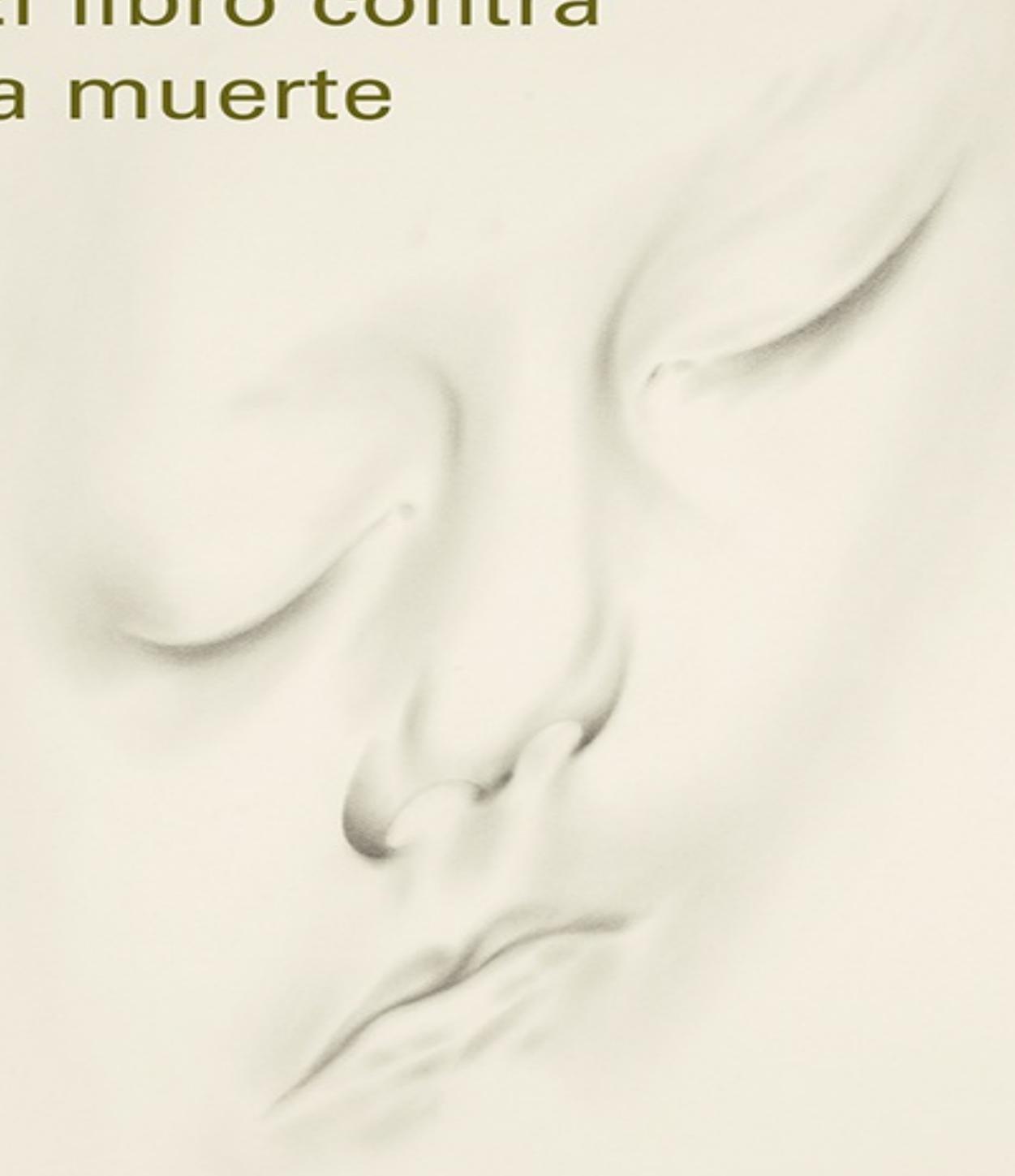


Elias Canetti
**El libro contra
la muerte**



Galaxia Gutenberg

Elias Canetti

El libro contra la muerte

Con un postfacio de Peter von Matt

Texto establecido por Sven Hantschek,
Peter von Matt y Kristian Wachinger,
con la colaboración de Laura Schütz

Edición en español adaptada y anotada
por Ignacio Echevarría

Traducción de Juan José del Solar
y Adan Kovacsics

Galaxia Gutenberg



La traducción de esta obra ha recibido una subvención
del Goethe Institut.

Edición al cuidado de Ignacio Echevarría

Título de la edición original: *Das Buch gegen den Tod*
Traducción del alemán: Adan Kovacsics Meszaros,
Juan José del Solar Bardelli y Adan Kovacsics Meszaros

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: marzo 2017

© Herederos de Elias Canetti, 2014
© Carl Hanser Verlag, Múnich, 2014
© de la traducción de los textos publicados anteriormente
en ediciones de Galaxia Gutenberg: Juan José del Solar
© del resto de traducciones: Adan Kovacsics, 2017
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2017
Imagen de portada: *Slumberland XLIX (Carlota)*, Jaume Plensa, 2016
Grafito sobre papel / 143 x 113 cm

Conversión a formato digital: María García
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16734-51-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Nota a la edición española

Haber presenciado a los siete años de edad cómo su padre se desplomaba repentinamente, víctima de un ataque al corazón, marcó a Elias Canetti de manera decisiva, y sembró en él la semilla de su visceral rechazo a la muerte, a cuyo imperio se opuso siempre, de manera a menudo estentórea. Desde muy temprano, Canetti acarició la idea de escribir un libro contra la muerte, pero la resolución de hacerlo no se le impuso hasta junio de 1937, cuando también su madre murió. Se juró entonces escribir ese libro, cuyo proyecto lo acompañó el resto de su vida. El «libro contra la muerte», sin embargo, nunca llegó a ser concluido; no llegó siquiera a adoptar forma. Canetti dedicó al tema de la muerte el tercero de sus dramas, *Los emplazados* (1955) —del que él mismo dice que constituye «mi primera toma de posición vinculante respecto a la muerte»—, y no dejó de abordarlo indirectamente en sus obras más conocidas, *Masa y poder* (1960) e *Historia de una vida* (1977-1985). Pero el «libro contra la muerte» nunca se escribió, y es en los innumerables apuntes de Canetti donde sin lugar a dudas ha dejado su rastro más marcado.

Durante el escrutinio del inmenso legado póstumo de Canetti, que se conserva en la Biblioteca Nacional de Zúrich, se encontró una carpeta con ocho legajos agrupados bajo el título común de *Libro de los muertos*. Una vez transcritos los materiales (pues Canetti, como es sabido, solía estenografiar sus escritos), dieron en total ciento sesenta páginas de apuntes sobre la muerte, pertenecientes a los años 1942-1988. Una parte de estos apuntes habían sido aprovechados ya por Canetti para armar *La provincia del hombre* (1973); otra, sensiblemente menor, está recogida en *El corazón secreto del reloj* (1987) y en *Apuntes 1973-1984* (1999). Los editores alemanes de Canetti planearon la publicación del contenido íntegro de la carpeta en 2010, y los editores españoles (Galaxia Gutenberg y Círculo de Lectores, por aquellas fechas) se sumaron a la iniciativa. Durante el proceso de edición, sin embargo, los editores alemanes reconsideraron su decisión, y optaron por supeditar la publicación del *Libro de los muertos* a nuevos rastreos de materiales relativos a la muerte. Los editores españoles, por su parte, perseveraron en su empeño, y así fue como el *Libro de los muertos* (es decir, el contenido íntegro de la mencionada carpeta) únicamente ha visto la luz en castellano, lengua en la que se publicó ese mismo año de 2010.

El *Libro de los muertos* (Barcelona, Galaxia Gutenberg y Círculo de lectores) constituye, pues, una rareza editorial, cuyo contenido, conviene advertirlo, sólo parcialmente se corresponde con el de este *Libro contra la muerte*. Entre otras razones, porque, junto a numerosos apuntes sobre la muerte (no todos recogidos aquí), el *Libro de los muertos* incluye otros varios que poco o nada tienen que ver con ella, así como materiales «tangenciales» (como, por ejemplo, unas notas sobre el doctor Sonne, de 1950). Se subraya esto para que quienes leyeron en su día el *Libro de los muertos* no se disuadan de leer ahora *El libro contra la muerte*. Este último no constituye una refactura del primero sino, más propiamente, otro libro sobre la muerte de quien, a lo largo de medio siglo, no dejó un solo día de pensar en cómo resistirse a ella.

Conforme explican los responsables de la edición alemana, el contenido de este libro es el resultado de cribar, entre la totalidad de los apuntes de Canetti –tanto los publicados como los inéditos–, los dedicados a la muerte, que suman cerca de una tercera parte. Entre éstos convenía, a su vez, cribar los más valiosos y representativos, y hacerlo con una severidad semejante a la que el propio Canetti empleaba en la tarea. Se empezó por filtrar las frecuentes repeticiones (sin por ello dejar de hacer visible el retorno de un mismo pensamiento en el curso de las décadas); en los casos en que se disponía de diferentes versiones de un determinado apunte, se dio prioridad, siempre y cuando las variantes fueran insignificantes, a las ya publicadas (es decir, las preferidas por el mismo Canetti); en los apuntes dedicados por Canetti a «sus muertos» (su padre, su madre, su hermano Georg, Friedl, Veza, Hera...), se descartaron los de contenido más netamente autobiográfico...

Sólo un tercio, aproximadamente, de los apuntes «contra la muerte» reunidos en este libro son del todo inéditos. Pero de la suma de unos y otros, y de su ordenación cronológica, se desprende el contorno más completo –por insuficiente que resulte– del libro que Canetti proyectó durante décadas. Observar cómo Canetti fracasa una y otra vez en su empeño de escribir ese libro constituye por sí mismo un espectáculo lleno de dramatismo, y quizás éste sea su auténtico «argumento». A la postre, el montón de materiales aquí acumulados –como ladrillos en torno a una obra cuya fábrica está por levantarse– pertenece a la legendaria lista de grandes proyectos inconclusos de la modernidad, entre los que destaca –salvadas las distancias– el *Libro de los pasajes* de Walter Benjamin, también un depósito de apuntes y citas desarticulados, en eterna espera de construcción.

El ímprobo trabajo de cribar los apuntes de Canetti fue repartido por los editores alemanes entre diferentes personas. A partir de la transcripción de todos los apuntes, realizada bajo la dirección de Johanna Canetti, dos acreditados especialistas en Canetti, Sven Hanuschek (biógrafo del escritor) y Kristian Wachinger (experimentado editor de Canetti en Hanser Verlag), llevaron a cabo una primera selección del material, que dejó a un lado cerca de tres cuartas partes de los apuntes que aludían de un modo u otro a la muerte. A continuación, Peter von Matt hizo una nueva criba, que redujo a la mitad los apuntes preseleccionados. Una última revisión del conjunto corrió a cargo de la misma Johanna Canetti, hija del escritor.

La edición alemana de este *Libro contra la muerte* se ofrece acompañada de un índice razonado de nombres y obras citados. Para la edición española se ha preferido confeccionar un aparato de notas en el que, además de dar la traducción de las numerosas citas que Canetti copia en inglés o en francés (y que se dan en el texto tal y como él las transcribió), se documentan fuentes, se relacionan alusiones y se amplían, cuando se conocen, algunas referencias. Las notas no van numeradas: un simple asterisco señala aquellos apuntes sobre los que, al final del volumen, se da alguna explicación o se hace un comentario. El índice de nombres que completa las notas se ha beneficiado del preparado para la edición alemana por Tina Nachtmann, a la que es justo expresar aquí nuestro agradecimiento, que se extiende a todo el equipo de la editorial Hanser. Nuestro agradecimiento, también, a José Manuel de Prada Samper, gran experto en Canetti, por su escrupulosa revisión del volumen y sus siempre oportunas observaciones e informaciones.

La traducción de todos los apuntes de Canetti correspondientes a las colecciones ya

previamente publicadas es obra de Juan José del Solar, quien hasta su muerte en 2014 fue el traductor «oficial» de Canetti al castellano. Los que permanecían inéditos han sido traducidos por Adan Kovacsics, traductor asimismo del postfacio de Von Matt.

Los apuntes ya editados llevan al final una sigla que permite identificar el libro del que proceden. A continuación se da la lista de las siglas empleadas y su correspondencia (véase, al frente de las «Notas», la relación bibliográfica):

AML	<i>Apuntes para Marie Louise</i>
PDH	<i>La provincia del hombre</i>
CSR	<i>El corazón secreto del reloj</i>
SDM	<i>El suplicio de las moscas</i>
HAM	<i>Hampstead</i>
APS	<i>Apuntes 1973-1984</i>
APS2	<i>Apuntes 1992-1993</i>

Para completar y ampliar lo que se dice en ésta, puede consultarse la extensa «Nota de los editores» que figura al frente del *Libro de los muertos*. Por lo demás, el excelente postfacio de Peter von Matt cumple sobradamente con la función de contextualizar una lectura que entraña un cierto margen de perplejidad. Von Matt es el autor del prólogo al volumen IV de la edición española de las *Obras completas* de Canetti, *Apuntes. 1942-1993*, que va precedido de una «Introducción» que asimismo hará bien en consultar quien quiera conocer mejor la relación que, en general, guarda el proyecto del «libro contra la muerte» con el cuerpo total de los apuntes.

Los editores alemanes hacen constar que el costoso proceso de preparación de *El libro contra la muerte* contó con una generosa subvención de la fundación Brougier-Seisser-Cleve-Werhahn. La fotografía del final es de Cornelius Meffert, Londres, 1977.

LIBRO DE LOS MUERTOS

Cementerios de estrellas

Se empieza contando a los muertos. Cada uno debería, por el hecho de haber muerto, ser único como Dios. Un muerto y uno más no son dos muertos. Antes se debería contar a los vivos, ¡y qué perniciosas son ya estas sumas!

Ciudades enteras y paisajes pueden hacer duelo como si todos sus hombres hubieran caído, padres e hijos, todos. Pero cuando han caído 11.370 intentarán eternamente redondear el millón.

Hormigas y muerte

La hormiga nada sabe de epidemias ni de todas nuestras enfermedades. No se nota cuando está muerta, tan fácilmente puede resucitar. A este respecto, Miss Fielde ha realizado experimentos bastante crueles pero concluyentes. De siete hormigas que había dejado durante ocho días bajo el agua, cuatro volvieron a la vida. A otras las hizo ayunar y no les dio sino un poquito de agua en una esponja esterilizada. Nueve ejemplares de *Formica subsericea* resistieron la prueba entre setenta y ciento seis días. Entre los numerosos ejemplares de laboratorio se dieron sólo tres casos de canibalismo, y los días veinte, treinta y cinco, sesenta y dos y setenta del ayuno, unas cuantas hormigas, medio muertas de hambre, lograron llevar una gota de miel a sus compañeras, cuyo estado era a todas luces desesperado. Las hormigas sólo son sensibles al frío. Si bien no mueren a causa de él: permanecen dormidas en un estado de inmovilidad gracias al cual ahorran energías y aguardan tranquilamente el regreso del sol.

Cobrar conciencia de la muerte parece ser el acontecimiento más grávido de consecuencias en la historia de la humanidad. Se convirtió en su *reconocimiento*. Matarse intencionadamente *unos a otros* sólo es posible cuando se sabe que un muerto sólo está muerto hasta cierto grado.*

La desaparición, el rapto repentino y misterioso de grandes y santos, *porque no les es lícito morir*.

El reparte años, un benefactor

Los *proprios años*, como reintegro para los demás. Alguien regala a otras personas, cuyo valor intuye, algunos años de su vida para que prolonguen las suyas. Le han vaticinado una larga vida, sabe que llegará a cumplir cien años. Entonces decide enterarse, viajando e informándose a fondo, de quiénes necesitan sus años. Los reparte con mucha cautela y parsimonia, nunca muchos ni demasiado pocos; es una profesión agotadora. Durante el tiempo que se reserva para vivir, tiene que decidir cuál es la mejor forma de utilizar lo que sacrifica. Pronto se propaga la noticia de su extraña dedicación. Él mismo cae en manos de especuladores que quieren hacer dinero a costa de

sus años. Intentan persuadirlo del valor de la vida de sus clientes, de su importancia y de su utilidad para los demás; pero en realidad se trata de mujercitas viejísimas y ridículas, que tienen mucho dinero y están ávidas de vivir unos cuantos añitos más. Los especuladores *producen*, pues, personas importantes, ya que al benefactor, un personaje puro, lo último que le interesa es el dinero. El limitado número de sus años hace que éstos sean cada vez más valiosos; cuanto menos le quedan, tanta más gente se afana por disfrutar de ellos. Surgen una especie de acciones o títulos secretos que circulan de mano en mano y alcanzan cotizaciones absurdas. Los que habían recibido años antes de que los especuladores interviniesen son ahora buscados y presionados de todas las maneras para que cedan sus derechos. Los años se dividen en meses y en semanas. Aquellos que han adquirido venalmente sus derechos fundan una asociación, con presidencia y elecciones, cuyo cometido principal es vigilar el momento en que al benefactor se le acabe el plazo de vida que le fijaron mucho tiempo atrás. A partir de entonces, les pertenecerá a ellos.

On the night following the 14th Sha'bán (the eighth month of the Muslim year) special services are held in all mosques. The traditional reason is that «on this night the Lote-tree of Paradise, on the leaves of which are inscribed the names of all living persons, is shaken, and the leaf of any mortal who is predestined to die during the ensuing year falls withering to the ground».*

Su tendencia a hacerlo todo en el momento *menos oportuno*; un desconsolador desorden en lo tocante al tiempo, como si no pudiera aceptar su irreversibilidad. Teme que al hacer las cosas en el orden de sucesión prescrito esté reconociendo a la muerte, hacia la que todo ese orden conduce.

Chinese Seamen «Reincarnated»

Fifty-four Chinese seamen, threatened with deportation from Canada for refusing to go to sea again after they had been torpedoed, claimed that they were Canadians by reincarnation. They said that they died in the Atlantic after their ship was torpedoed and were reincarnated in a Canadian vessel which picked them up. The Canadian authorities disagreed with this doctrine and the Chinese must go to sea again.*

«Certainly animals are conscious of a very real uneasiness in the presence of the death of one of their own kind. None of them however, make any pretence of burying their dead ceremonially. The first recorded examples of the latter come from the age of the so-called Neanderthal men, some fifty to one hundred thousand years B.C.»*

Las últimas palabras de la Bourignon (1680): «Y si muero, muero contra la voluntad de Dios...».*

«Le soleil ni la mort ne se peuvent regarder fixement» (La Rochefoucauld).*

Stalingrad, August 26, 1942

The last day's fighting has been largely hand-to-hand with tommy-guns and bayonets. The dead are so thick upon the ground that there has been no time to bury even a tenth of them.

Front reports have described how the German armies solved this problem by the use of field incineration, in appearance not unlike large camp cookers.*

La historia del hombre que no quiere que nadie lo sobreviva.

Died going to shelter

Hearing the sirens on Monday night, Charles Stephens Evans, a 67-year-old labourer, of Newport Street, Lambeth, got out of bed, and was on his way to a shelter when he collapsed and died in the street.*

Stalingrad

«They had time to bury their own dead in a brotherly grave.»*

«Ce qu'il y a de certain dans la mort est un peu adouci par ce qui est incertain; c'est un indéfini dans le temps qui tient quelque chose de l'infini et de ce qu'on appelle éternité» (La Bruyère).*

Muerte de un australiano

«A man had been found dying of spear wounds out in the bush, and carried to the Mission as he was breathing his last. I watched two of the lay brothers bearing the stretcher to one of the huts, a horde of natives following. I noticed that they held their burden curiously high in the air. Suddenly, as it was lowered for entry to a doorway, the natives crowding round, to my horror, fell upon the body of the dying man, and put their lips to his in a brutal eagerness to inhale the last breath. They believed that in so doing they were absorbing his strength and virtue, and his very vital spark, and all the warnings of the ›white father‹ would not keep them from it. The man was of course dead when we extricated him, and it was a ghostly sight to see the lucky ›breath catcher‹ scoop in his cheeks as he swallowed the ›spirit breath‹ that gave him double hunting power» (Daisy Bates, *The Passing of the Aborigines*).*

La muerte de Tomás Moro

More «laying his head upon the block, bade the executioner stay until he had removed aside his beard, saying that that had never committed any treason».*

Los muertos contraen matrimonio

«When one man has had a son, and another man a daughter, although both may have been dead for some years, they have a practice of contracting a marriage between their deceased children, and of bestowing the girl upon the youth. They at the same time paint upon pieces of paper human figures to represent attendants with horses and other animals, dresses of all kinds, money, and every article of furniture; and all these, together with the marriage contract, which is regularly drawn up, they commit to the flames, in order that through the medium of the smoke (as they believe) these things may be conveyed to their children in the other world, and that they may become husband and

wife in due form. After this ceremony, the fathers and mothers consider themselves mutually related, in the same manner, as if a real connexion had taken place between their living children» (Marco Polo, I, 50).*

Del *Diario* de Grillparzer, única anotación del año 1839: «La criada de Fröhlich cuenta que, cuando murió su padre, al que ella adoraba, y ayudó a lavar y vestir el cadáver, la gélida rigidez del mismo le pareció horrible, y pensó que si “una persona joven y sana” se echaba a su lado, tal vez el calor podría hacer que volviera en sí. Y esa noche, cuando todos dormían, se levantó, se acostó en la cama junto a su padre y pasó toda la noche allí. A la mañana siguiente la echaron de menos y la buscaron hasta que la encontraron, medio rígida, junto al cadáver. Una buena paliza fue la recompensa por el intento de curación alopática. Hay algo terrible pero a la vez heroico en esta entrañable necedad».

APUNTES

1942-1994

1942

A fin de ser totalmente muerte, ella busca insectos para matarlos. AML

Él quiere morir en secreto, para no concederle el triunfo a nadie, y como última cena se come su testamento. AML

La prisa de los muertos: quieren escaparse lo más pronto posible del ámbito de las explosiones. AML

Nadie lo sobrevivirá, pues todos los que lo soportaron han muerto. AML

Demasiado poco se ha pensado sobre lo que realmente queda vivo de los muertos, disperso en los demás; y no se ha inventado ningún método para alimentar esos restos dispersos y mantenerlos con vida el mayor tiempo posible.

Los amigos de un hombre muerto se reúnen determinados días y hablan sólo sobre él. Lo matan todavía más si únicamente dicen cosas buenas de él. Más les valdría discutir, ponerse a favor o en contra de él, revelar picardías secretas suyas; mientras puedan decirse cosas sorprendentes sobre él, cambiará y no estará muerto. La piedad que intenta conservarlo en un estado concreto no es en absoluto amable. Surge del miedo y sólo quiere mantenerlo en algún lugar donde no sea un peligro, como en el ataúd y bajo la tierra. Para que el muerto, a su manera más tenue, siga viviendo, hay que darle movimiento. Deberá enfurecerse como antes y, en sus ataques de ira, utilizar alguna injuria inesperada, que sólo conozca el que la revele. Deberá ponerse tierno; y quienes lo conocían como una persona severa e inmisericorde, deberán sentir de pronto cómo era capaz de amar. Uno casi desearía que cada uno de los amigos tuviera que representar su propia versión del muerto, y a partir de todas ellas éste volvería a estar ahí. También podrían admitirse poco a poco en esas fiestas a personas más jóvenes y no iniciadas, a fin de que, en la medida de lo posible, conocieran al que aún no conocen. Ciertos objetos relacionados con éste deberían pasar de mano en mano, y sería hermoso que, en cada encuentro anual, además de una revelación se añadiera también un nuevo objeto que hasta entonces había permanecido ignorado. AML

La palabra *libertad* sirve para expresar una tensión importante, acaso la más importante. Siempre queremos irnos, y cuando el lugar adonde queremos ir carece de nombre, cuando es impreciso y no vemos en él límite alguno, lo llamamos libertad.

La expresión espacial de esta tensión es el intenso deseo de traspasar un límite, como si éste no existiera. En el vuelo, la libertad se remonta hasta el antiguo sentimiento místico de ascender hacia el sol. La libertad en el tiempo es la superación de la muerte, y nos sentimos contentos

cuando logramos aplazarla más y más. La libertad entre las *cosas* es la disolución de los precios, y el despilfarrador ideal, un hombre muy libre, nada desea tanto como una variación incesante de los precios, no sometida a norma alguna, una variación mudable como el clima, no influenciado y ni siquiera realmente predecible. No hay ninguna libertad «para algo»; la gracia y la dicha de la libertad es la tensión del ser humano que quiere ir más allá de sus propias barreras y, para cumplir este deseo, elige siempre las barreras más perversas. Alguien que quiera asesinar tendrá que enfrentarse a las terribles amenazas que acompañan la prohibición de matar, y si estas amenazas no lo hubieran torturado tanto, seguro que se habría cargado de tensiones más afortunadas. – Pero el origen de la libertad se encuentra en el respirar. Todo el mundo ha podido siempre inhalar cualquier aire, y la libertad de respirar es la única que no ha sido realmente destruida hasta el día de hoy. PDH

La muerte de Molière: no puede dejar de actuar; los grandes papeles en que aparece en escena y las ovaciones que éstos cosechan entre la multitud de espectadores significan demasiado para él. Sus amigos le piden reiteradamente que deje de actuar, pero él rechaza esos consejos bienintencionados e incluso el mismo día de su muerte afirma que no puede privar a sus actores de la remuneración que les corresponde. En realidad, lo que le importa es el aplauso de los espectadores, sin el cual, según parece, no quería vivir. No deja de ser curioso que el día de su entierro se congregara ante su casa una multitud hostil, el negativo de la multitud que acudía al teatro. Aquella multitud hostil estaba integrada por individuos de tendencias clericales; no obstante, como si supieran que de alguna manera misteriosa se hallaban vinculados a esa otra multitud que ovacionaba, se dejan dispersar por el dinero que les arrojan: es la devolución del dinero de la taquilla. PDH

Los muertos se alimentan de juicios; los vivos, de amor. PDH

Los «asesinados» – ¡qué grandiosa suena aún esta palabra, qué explícita, qué amplia y valerosa!: los «asfixiados», los «aplastados», los «carbonizados», los «reventados», ¡qué avaro suena todo esto, como si no hubiera costado nada! PDH

Ya no se tiene medida para nada, desde que la vida del hombre ya no es la medida. PDH

Él quiere volver a un mundo saciado y maravilloso, cuando ya nadie muera y los hombres confíen sus guerras a las hormigas, que son muy humanas. PDH

El hombre será eterno mientras se interese por lo eterno, y siempre que no se ahogue en ello. PDH

Se muere con demasiada facilidad. Morir debería ser mucho más difícil. PDH

La promesa de la inmortalidad basta para poner en pie una religión. La pura y simple orden de matar basta para eliminar a tres cuartas partes de la humanidad. ¿Qué quieren los hombres? ¿Vivir

o morir? Quieren vivir y matar, y mientras quieran esto tendrán que contentarse con las distintas promesas de inmortalidad. PDH

Maldita sea la venganza, y si asesinan a mi hermano más querido, no quiero venganza de ningún tipo, quiero otros hombres. PDH

Las guerras se hacen por mor de sí mismas. Y mientras no admitamos esto, siempre será imposible combatirlas de verdad. PDH

Él confiaba en vivir mucho tiempo sin que Dios se diera cuenta. SDM

Temes todo lo que *no* venga después de la muerte. SDM

Nadie más alejado de la inmortalidad que el avaro. SDM

Oh, ojalá hubiera muerto yo hace diez mil años y hubiera regresado ya tres veces.

Amaba el viento y se hizo incinerar; por una vez, quería flotar plenamente sobre el viento.

En aquel cumpleaños suyo celebró unas pequeñas exequias; por él mismo, pues ¿no podría haber muerto ya?

No quiere volver a morir nunca más.

15 de febrero de 1942

Hoy he decidido apuntar mis pensamientos contra la muerte tal como me vienen por azar, sin ninguna coherencia y sin someterlos a un plan tiránico. No puedo dejar pasar esta guerra sin forjar en mi corazón el arma que venza la muerte. Será atormentadora y alevosa, como a la muerte le corresponde. En tiempos felices quería blandir el arma entre bromas y amenazas insolentes; imaginaba mi acto de matar a la muerte como un baile de máscaras, quería acercarme a ella en cincuenta disfraces, todos conjurados. Pero ahora ha vuelto a cambiar de máscaras. No contenta con los triunfos corrientes del día a día, golpea a diestro y siniestro. Tamiza el aire y el mar, tanto lo pequeño como lo grande le resultan familiares y agradables, lo ataca todo a la vez, no se toma tiempo para nada. Por tanto, a mí tampoco me queda tiempo. Tengo que agarrarla donde pueda y clavarle aquí y allá las primeras frases que encuentre a mano. No puedo fabricarle ataúdes por ahora y menos aún adornarlos y todavía menos poner los ataúdes ornamentados en mausoleos rodeados de rejas.

Pascal murió a los treinta y nueve años, yo pronto cumpliré los treinta y siete. Si mi destino coincidiera con el suyo, me quedarían apenas dos años, ¡cuánta prisa! Él nos dejó sus pensamientos desordenados, concebidos para defender el cristianismo. Yo quiero concebir los míos para defender al hombre ante la muerte.*

Anhela las sirenas: como si la muerte se superara sólo anunciándola en voz suficientemente alta.

No morirás (el primer mandamiento).

Alguien que vive mucho tiempo para aplazar el reencuentro con su padre, a quien teme. *Definición del hijo pródigo.*

Prefiere haber muerto a estarlo, tanto le importan los matices en este asunto.

No, dijo mi amigo, y volvió a mordisquear el cañón de su revólver, yo quiero seguir muriendo.

El verdadero arte de las sirenas fue el *gemido*; sonaba como si se estuvieran muriendo de tanto amar. Entonces todos querían salvarles la vida, a cambio de amor. Pero ellas sobrevivían a sus salvadores y continuaban agonizando de tanto amar.

Concurso por una larga vida.

Su último deseo: volver a estornudar una vez más.

Lo pillaron muriendo.

Es sin duda molesto que en la relación con la muerte coincidan dos elementos tan contrarios: la muerte de los otros y la propia. Resulta difícil distinguirlas, y a menudo estamos pensando en nosotros mismos cuando lloramos a los demás. Aun así, no hay que desanimarse. El llanto fúnebre de los pueblos primitivos es un acontecimiento tan meridiano, se graba de manera tan indeleble en la conciencia de cuantos de él participan, que no debemos dejar de confiar en la supervivencia de un rito tan auténtico incluso en nuestras sociedades. Nuestros entierros pueden ser fríos como las lápidas de nuestros cementerios, y los muertos pueden reunirse en el cielo escasamente vestidos y dulces como los ángeles, pero el llanto fúnebre no tardará en recuperar la antigua fuerza del conjuro y en esa ocasión, contrariamente a lo que antaño sucedía, los muertos resucitarán de verdad de sus lechos de muerte.

No podía morir antes de haber leído y corregido todas las necrológicas dedicadas a él.

15 de junio de 1942

Hoy hace cinco años murió mi madre. Desde entonces, la tierra se ha desbocado. Me da la sensación de que ocurrió ayer. ¿Es posible que yo haya vivido cinco años y ella no sepa nada? Me gustaría recuperarla del ataúd aunque tuviera que desatornillar cada tornillo con los labios. Sé que está muerta. Sé que se ha podrido. Pero nunca lo aceptaré. Quiero insuflarle nueva vida. ¿Dónde encuentro sus partes? Donde más queda de ella es en mi hermano y en mí. Eso, sin embargo, no es suficiente. Quiero encontrar a todos los hombres que ella conociera. Quiero recuperar todas las

palabras que ella dijera. Entrar en sus lugares y oler sus flores, las bisnietas de aquellas que ella se llevara a las poderosas ventanas de la nariz. Recomponer los espejos que alguna vez reflejaron su imagen. Conocer todas las sílabas que ella hubiera podido pronunciar, en cualquier lengua. ¿Dónde están sus sombras? ¿Dónde su ira? Le prestaré mi respiro. Que camine sobre mis piernas.*

Temo a los historiadores *vivos*; cuando han muerto, me gusta leerlos.

Se escondió bajo la cama para no morir; tanto había oído hablar sobre el lecho de muerte.

Very necessary qualification for a good Persian story-teller

«In addition to having read all the known books on love and heroism, the teller of stories must have suffered greatly for love, have lost his beloved, drunk much good wine, wept with many in their sorrow, have looked often upon death and have learned much about birds and beasts. He must also be able to change himself into a beggar or a caliph in the twinkling of an eye.»*

Yacía cómodamente a las puertas de la muerte.

Somos más serios que los animales. ¡Qué saben los animales de la muerte!

Se lo comieron los mosquitos: ahora, repartido por su enjambre, baila al sol.

Ridículo resulta quien hoy en día dice algo contra la muerte: lo mismo que alguien que no bebiera leche pero comiese ratas y gusanos. La muerte está de moda. Se la busca. Y también viene por sí sola. Es honrosa. Está del lado de la patria: ¿y qué puede ser más sagrado que la suma de padre y tierra? Va acorazada. Es explosiva. Alcanza las mayores velocidades. Se adelanta a todo el mundo. Lucha en todos los bandos. Sólo conoce patrias, y no es partidista. Dios ha sellado una vieja alianza con ella. La contrata de vez en cuando para que le haga de ángel. La muerte es formal. Ejecuta órdenes. Antes ella misma las impartía. Es puntual, ha sellado un pacto con el reloj. Sólo es sobornable en apariencia: quien mira con detenimiento no podrá negar que finalmente todo siempre acaba igual. Cede como la goma. Pero ¿de verdad ha cedido? Alguna vez tuvo un corazón, que en ocasiones se puede remendar. Pero es ella quien llama a quienes lo cosan. Está de buen humor porque todos la temen, incluso los patriotas. Nada hay más divertido que dar miedo: se dice de ella que surgió del temor así como el amor surgió del mar. Está en contra del horror; cuando se presenta de manera horrorosa, sólo lo hace para atenuar el espanto y convertirlo en temor. Acostumbra a los hombres a la vida y les enseña a amar hasta el horror. Se alegra también porque es gratuita. Todo lo demás está tan lleno de sentido. Lleva pantalones chillones a cuadros para familiarizar con los frecuentes cambios. Toca la flauta nasal, porque es silenciosa y a veces ha de atraer con algún reclamo. Tiene muy largos los dedos de los pies, pero sin uñas, porque la gente se las ha arrancado en los estertores. Sus tacones son pezuñas; en los codos tiene dientes largos como dedos. Come por delante y por detrás y también por los lados, y cuando lo hace no está para bromas. No se deshace de nada, ¡oh muerte, dónde están tus intestinos! Los

parientes aguardan los restos dondequiera que puedan aparecer, los aceptarían, los acogerían, los guardarían, los cuidarían, los besarían; pero ella es avara y no va de vientre. Sólo oye por un oído para poder ser sorda del otro. Sus ojos tintinean suavemente con las pestañas para acompañar a la flauta nasal. Sus pelos están siempre chamuscados y se le caen en mechones rojos y hediondos.

Y Dios contempla cómo un hombre se le muere a otro.

1943

Rompe con todos aquellos que aceptan la muerte. ¿Quién te queda? PDH

Los muertos temen a los vivos. Pero éstos, que no lo saben, les tienen miedo a los muertos. PDH

La ciencia se ha traicionado al volverse un fin en sí misma. Se ha convertido en una religión, en la religión del asesinar, y pretende hacer creer que ha habido un progreso desde las religiones tradicionales del morir a esta religión del asesinar. Muy pronto habrá que poner a la ciencia bajo la soberanía de un impulso superior que, sin destruirla, la reduzca a la condición de sierva. Para este sometimiento no queda mucho tiempo. La misma ciencia se complace como religión y se apresura a exterminar a los hombres antes de que tengan valor para destronarla. Así, el saber es realmente poder, pero un poder furibundo y adorado sin pudor alguno; sus adoradores se contentan con un poco de caspa o unos cuantos pelos suyos y, si no pueden conseguir otra cosa, con las huellas de sus pesados pies, artificiales. PDH

No hay que silenciar ni siquiera las acciones más perversas de los muertos, a tal punto les interesa continuar viviendo de *cualquier* manera. PDH

Lo más audaz de la vida es que aborrece a la muerte, y despreciables y desesperadas son las religiones que difuminan este odio. PDH

Si un consejo que tuviese yo que dar, un consejo técnico, tuviera como consecuencia la muerte de un solo ser humano, no podría concederme ya derecho alguno a la vida. PDH

La «cultura» se fabrica con las vanidades de todos sus promotores. Es un peligroso filtro que nos distrae de la muerte. La manifestación más genuina de la cultura es una tumba egipcia, donde todo lo que hay es fútil: utensilios, ornamentos, alimentos, pinturas, esculturas, plegarias, y sin embargo el muerto no está vivo. PDH

¡Qué ardides, qué subterfugios, qué pretextos y engaños no utilizaríamos tan sólo para que un muerto volviera a estar aquí! PDH

Vivir al menos el tiempo suficiente para conocer todas las costumbres de los hombres y todo cuanto les ha sucedido; para recuperar toda la vida pasada, ya que la venidera nos está vedada; para concentrarnos antes de disolvernó; merecer nuestro propio nacimiento; considerar los sacrificios que cada aliento cuesta a otros; no glorificar el sufrimiento aunque vivamos de él;

guardar para nosotros solamente lo que no podamos transmitir a otros, hasta que madure para ellos y se entregue espontáneamente; odiar la muerte de cualquiera tanto como la propia; en algún momento hacer las paces con todos mas nunca con la muerte. PDH

¿Y cuál es el pecado original de los animales? ¿Por qué los animales padecen la muerte? PDH

En la guerra, los hombres se comportan como si cada uno tuviera que vengar la muerte de todos sus antepasados, y como si ninguno de éstos hubiese fallecido de muerte natural. PDH

Es hermoso pensar en los dioses como los precursores de nuestra propia inmortalidad humana. Pero es menos hermoso observar cómo el Dios único se va apoderando de todo. PDH

¡Oh animales queridos, crueles, moribundos; animales que pataleáis, sois deglutidos, digeridos y asimilados! ¡Animales depredadores, y putrefactos entre charcos de sangre; animales huidos, reunidos, solitarios, avistados, acosados, destrozados; no creados, expoliados por Dios, abandonados a una vida engañosa como niños expósitos! PDH

La maldición de *tener que* morir debe ser transformada en una bendición: la de *poder* morir cuando vivir resulta insoportable. PDH

No debemos dejarnos atemorizar por los melancólicos. Padecen de una especie de trastorno digestivo hereditario. Se quejan como si hubieran sido devorados y estuvieran en un estómago extraño. Jonás mejor hubiera sido Jeremías. Y así, desde ellos habla propiamente lo que tienen en el estómago. La voz de la presa asesinada pinta la muerte en tonos muy atractivos. «Ven donde estoy yo», dice, «donde yo estoy está la putrefacción. ¿No ves cómo amo la putrefacción?». Pero incluso la putrefacción muere, y el melancólico, recuperado de pronto, sale a cazar bruscamente y sin pensárselo mucho. PDH

Desde hace muchos años nada me ha inquietado ni colmado tanto como el pensamiento de la muerte. El objetivo serio y concreto, la meta declarada y explícita de mi vida es conseguir la inmortalidad para los hombres. Hubo un tiempo en el que quise prestar este objetivo al personaje central de una novela al que, para mis adentros, llamaba el «Enemigo de la Muerte». Pero durante esta guerra me he dado cuenta de que es preciso expresar directamente y sin disfraces las convicciones de este tipo, que constituyen propiamente una religión. Por eso ahora voy anotando todo lo que guarda relación con la muerte tal y como quiero comunicárselo a los demás, y he dejado totalmente de lado al «Enemigo de la Muerte». No pretendo decir con esto que las cosas vayan a quedar así; tal vez el personaje resucite en años venideros de manera distinta a como yo me lo había imaginado. En la novela debía fracasar en su desmesurada empresa; pero le estaba reservada una muerte honrosa: un meteoro iba a ser el encargado de liquidarlo. Quizá lo que más me moleste hoy sea el hecho de que tuviera que fracasar. No puede fracasar, no le está permitido. Si bien tampoco puedo dejar que triunfe mientras los hombres siguen muriendo por millones. En

los dos casos lo que estaba pensado como algo serio y amargo termina resolviéndose en pura y simple ironía. Debo burlarme de mí mismo. Nada se consigue enviando cobardemente a un personaje por delante. En este campo del honor me es lícito caer, aunque luego me entierren como a un perrito anónimo, me desacrediten como a un loco furioso y me eviten como a un sufrimiento amargo, pertinaz e incurable. PDH*

A cuántos les va a merecer la pena vivir aún, cuando la gente ya no muera. PDH

Resulta divertido ver cómo cada cual se acondiciona su propia tradición. Se necesitan muchos antiguos contrapesos para hacer frente a lo nuevo, que tira de nosotros por todos lados. Nos lanzamos sobre hombres y épocas del pasado como si pudiéramos cogerlos por los cuernos, y luego, cuando caen presa de la furia, salimos corriendo, aterrorizados. La India, decimos con gravedad y suficiencia, en cuanto hemos dado la espalda a Buda. Egipto, decimos, después de haber cerrado en la mitad del tercer capítulo el *Sobre Isis y Osiris* de Plutarco. Es hermoso, sí, que ahora sepamos a ciencia cierta que bajo esos nombres vivieron hombres de carne y hueso y que, apenas los nombramos, echan a correr furiosos hacia nosotros. ¡Cómo quisieran vivir nuevamente! ¡Cómo mendigan y miran y amenazan! ¡Cómo se dan por aludidos por el simple hecho de que pronunciamos sus nombres! ¡Cómo olvidan lo que ellos mismos hicieron con otros más antiguos! ¿Acaso no viajaron a Egipto Tales y Solón? ¿No estuvo acaso el sabio peregrino chino en la India, en la corte de Harsha? ¿Acaso Cortés no le arrebató a Moctezuma su imperio y su vida? Encontraron la cruz en su sitio, pero la habían llevado ellos mismos. Los antiguos tienen que respirar para que los veamos más claramente; pero deberán permanecer allá, en las sombras. Deberán dormitar en espera de una señal nuestra, para luego presentarse al instante. No deberán sentir estima alguna por sí mismos, puesto que carecen de sangre. Deberán revolotear, y no avanzar pisando fuerte; deberán dejar los cuernos entre las sombras, y no mostrar dientes que muerdan; deberán sentir miedo y pedir clemencia, pues no hay espacio alguno para ellos, su aire se consumió hace ya tiempo. Como ladrones les es lícito deslizarse en los sueños, y se dejan sorprender en ellos. PDH

Representar a la muerte como si no existiera. Una comunidad en la que todo se desarrollase como si nadie tuviera conocimiento de la muerte, para designar a la cual no habría ninguna palabra en la lengua de esa gente, tampoco ninguna perífrasis para referirse a ella de forma consciente. Y aunque alguno se propusiera quebrantar las leyes, y en particular este primer mandamiento no escrito ni expresado, para hablar de la muerte, no podría hacerlo, pues no encontraría para ello una palabra que los demás entendiesen. Nadie sería enterrado ni incinerado. Nadie habría visto nunca un cadáver. Los hombres desaparecen, y nadie sabe adónde van; un sentimiento de pudor los induce repentinamente a alejarse; como se considera pecaminoso estar solo, no se menciona a ninguno de los ausentes. Éstos regresan a menudo y los demás se alegran cuando así ocurre. El período de alejamiento y de soledad se considera una pesadilla y no hay obligación alguna de referirse a él. Hay mujeres embarazadas que vuelven de esos viajes con niños. Dan a luz solas, en casa habrían podido morir durante el parto. Hay incluso niños muy pequeños que se alejan de

repente. PDH

Algún día resultará evidente que con cada muerte los hombres se vuelven peores. PDH

En el caso de una vida muy prolongada, ¿desaparecerá acaso la muerte como salida? PDH

Esa ternura sobrecogedora que nos inspiran las personas cuando sabemos que podrían morir pronto, ese desprecio por todo lo que antes considerábamos valioso o no valioso en ellas, ¡ese amor irresponsable por su vida, por su cuerpo, por sus ojos, por su respiración! ¡Y luego, si se recuperan, cuánto más los amamos! ¡Cómo les suplicamos que no vuelvan nunca a morir! PDH

Muchas veces pienso que en cuanto reconozca yo a la muerte, el mundo se disolverá en la nada. PDH

Tampoco se ha meditado a fondo sobre las consecuencias racionales de un mundo sin muerte. PDH

No puede preverse en qué creerán los hombres cuando hayan eliminado definitivamente del mundo a la muerte. PDH

Todos los moribundos son mártires de una futura religión universal. PDH

Pensar que encima tengamos que defender la causa de la muerte, como si su superioridad no fuera ya aplastante. Los espíritus «más profundos» tratan a la muerte como un juego de prestidigitación con naipes. PDH

El saber sólo puede perder su carácter mortífero mediante una nueva religión que no reconozca la muerte. PDH

El cristianismo es un paso atrás con respecto a la fe de los antiguos egipcios. Consiente la descomposición del cuerpo y lo vuelve despreciable representando su putrefacción. – El embalsamamiento es la verdadera gloria del muerto, mientras no se le pueda despertar nuevamente. PDH

La etnología, el estudio de los pueblos «primitivos», es la más melancólica de todas las ciencias. Con qué precisa minuciosidad, con cuánto rigor y esfuerzo se han mantenido esos pueblos fieles a sus antiguas instituciones y, sin embargo, se han extinguido. PDH

La más monstruosa de todas las frases: que alguien ha muerto «a tiempo». PDH

¿Es toda la gente demasiado buena para morir? No podemos decirlo. Antes, cada cual debería vivir más tiempo. PDH

Las lágrimas de alegría de los muertos por el primero que ya no muera. PDH

A la muerte la quiero grave y seria, a la muerte la quiero terrible, y más terrible aún allí donde ya sólo hay que temer la nada. PDH

Morir sería aún más difícil si supiéramos que subsistimos, pero obligados a guardar silencio. PDH

Una vez más, y es la segunda o la tercera, he pensado en la muerte como en mi liberación. Temo que yo mismo pueda cambiar todavía mucho más. Quizá pronto me convierta en uno de los que la alaban y luego, en su ancianidad, le rezan. Por eso quiero dejar aquí bien claro, y de una vez por todas, que, en caso de que se diera, esa segunda parte futura de mi vida no tendría validez alguna, no quiero haber existido para luego anular aquello por lo cual existí. Que se me trate entonces como a dos hombres, uno fuerte y otro débil, y que se escuche la voz del fuerte, pues el débil no ayudará a nadie. No quiero que las palabras seniles anulen las del joven. Prefiero ser partido por la mitad. Prefiero durar sólo la mitad. PDH

Sólo es soportable la erudición de quienes no rinden honores a la muerte. SDM

La muerte no calla nada. SDM

La desesperación de los héroes ante la abolición de la muerte. SDM

Las dos cosmovisiones en lo que respecta a la muerte:

Mejor palmarla que morir.

Mejor morir que palmarla.

La muerte viene de Dios y ha devorado a su padre.

Lo que más odia la libertad es la muerte, pero a continuación viene enseguida el amor.

Quiere convertirse en granos de arena después de morir. Las estrellas se le antojan demasiado vanidosas; y el mar, demasiado húmedo.

Notaba que con cada ciudad destruida se le desprendía un trozo de su vida.

¿Soy Núremberg? ¿Soy Múnich? Soy todas las casas en las que duermen niños. Soy todas las plazas por las que los pies caminan a pasitos. El asco me hace estallar cuando veo los nuevos instrumentos de tortura, los mejores, los óptimos. Y en cuanto esto haya acabado, vuelta a empezar. Ahora les gusta hacer explotar. Les gusta dar la vuelta al mundo en medio día y exterminar ciudades. Pero ¿qué pasará cuando ya no queden ciudades? ¿Qué explotará entonces? ¿Qué escuelas, qué niños? Los asesinos huirán a la luna, y el sol ya no tendrá que eclipsarse. Ante

su mirada caerán las grandes poblaciones lo mismo que los bosques y las montañas. Los ríos se encabritarán en su curso, alcanzados por los rayos de los nuevos ingenios. Ya no existirán los pájaros. Por los campos nevados se habrán esparcido figuras de cera, pero los generales presos no se dignarán ni a mirarlos. El noble sufrirá un temblor nervioso, sus órdenes no se entenderán; desesperadas, aún querrán ser oídas, pero resultará peligroso y, también, solamente les estará permitido temblar. De las barandillas de los balcones colgarán hombres, menos nobles. ¿Quién les cortará la soga? ¿Adónde irán a caer? ¿Cómo resucitarán? Los entierros se celebrarán sólo para los privilegiados, no quedará ya sitio en la Tierra. Quien se resista, será el primero en irse. Quien no se resista, se escupirá a sí mismo a la cara. Ay, muchos serán los que escupirán, y muchos los que se irán primero. A las moscas no se les hará daño, son demasiado pequeñas y no entienden ni una palabra. Pero ya los lactantes son grandes e inteligentes, demasiado grandes e inteligentes para vivir.

El heredero recibe algo *diferente* de lo que le deja el moribundo.

Sería más fácil morir si de uno no quedara *absolutamente nada*, ni un recuerdo en otra persona, ni un nombre, ni una última voluntad, *ni siquiera un cadáver*.

Quiere que lo devoren las hormigas, no los gusanos.

Implementación de la «ley sobre las siete muertes». Cada cual posee varias vidas, y las pierde poco a poco. Al principio, considerando que no habrá manera de agotar tantas, las derrocha; luego le quedan cada vez menos y al llegar a las dos o tres últimas se torna político y avaro.

Recopilar todos los poemas que se burlan de la muerte.

Se obliga a no pensar demasiado en lo que les ocurre a los judíos en Europa. Ha tenido tristes experiencias con estos pensamientos. Cuando leyó una crónica sobre el asesinato de judíos en cámaras de gas, se sintió de pronto satisfecho por la destrucción de las ciudades alemanas. Se odia a sí mismo por esa asociación repugnante, mezquina y desesperada entre miedo personalísimo y odio personalísimo. Lo que han hecho los alemanes es de tal naturaleza que ha de despertar necesariamente el temor más bajo por la vida. Mientras la repugnancia le provoca convulsiones físicas, tiembla uno por todos los parientes, por los más lejanos, por los más cercanos, por toda la estirpe, por la familia, por uno mismo. Y odia a los alemanes como se odia al propio asesino. Los llama a todos juntos «alemanes», igual que ellos a nosotros «judíos». Maldice sus ciudades, sus hijos, su país. Simpatiza con los bombarderos ingleses que en una noche destruyen las casas de decenas de miles. Ya no proclama: «¡Maldita sea la destrucción! ¡Que acabe! ¡Que acabe!», sino que se dice a sí mismo: «¡Que así sea! ¡Una noche tras otra, destrucción, destrucción!».

Yo, sin embargo, no quiero dar mi corazón al Moloc para que lo devore. No quiero odiar. Odio el odio. Lo odio más que nunca. Me da miedo. Tiene que seguir habiendo culpa e inocencia,

para que sólo los culpables perezcan. Hay que marcar las regiones de un hombre, y las mejores tienen que ser capaces de absolverlo de las malas. ¡Nada de tempestades de venganza! ¡Nunca más Yavé! ¡No enviar nada a la muerte! ¡La muerte es nada!

Para matar a los emigrantes, esta guerra ha inventado un método propio: mata a todos sus parientes en el continente.

Lloramos a los muertos. ¡Cuánto más habría que llorar a quienes han de morir aún!

Su patria consiste en todos los lugares donde ha comido; sus amigos son todas las personas que le han dado de comer. Les tiene afecto a las personas que estaban presentes cuando comía, y desprecia a los muertos porque ya no pueden comer.

Siento un profundo rechazo a cualquier tipo de crítica artística o literaria; aumenta cuando se acerca a mi verdadero ámbito; me resulta insoportable cuando se esfuerza por ser fría y justa. Existe un ejemplo en la literatura inglesa actual, el poeta Eliot, con cuyos ensayos sobre poesía me topo de vez en cuando. Ni yo mismo acabo de comprender por qué me producen ese rechazo tan repentino y especial. No obstante, siempre aparece al cabo de una o dos páginas y, con tenso asco, atento a cada palabra que pueda acrecentarlo, termino de leer aquello que debería apartar, y días después todavía abrigo la sensación de encontrarme en una cámara de tortura fea y envejecida.

En esos ensayos siempre se trata de una cuestión de *lugar*. Se acomete con objetividad la administración de los nombres, como un negocio bien meditado. ¿Merece este o aquel un lugar en la antología? ¿Ocupa mucho o poco espacio en ella? Se da entender claramente que, para empezar, los poetas viven de las antologías. Lo primero es el modesto resultado de alguna existencia plena y movida. Debe de ser un placer particular manejar a los muertos como bolos. Juzgar a los vivos ya es un empresa muy dudosa; más de uno preferiría que le arrancaran la lengua a usarla para pronunciar con ella una sentencia. Sin embargo, aparece alguien que no mueve ni un dedo por debajo del plano de los muertos. Coge a nueve o incluso más, preferentemente a algunos que lleven tiempo durmiendo en antologías, los coloca en su sitio y les lanza su bola de madera. Y luego explica con detalle por qué les dio precisamente a esos seis; describe a los derribados y aprueba con detenimiento su destino. Y honra con palabras contenidas a los tres que han quedado en pie. Porque, aunque su bola sea buena, sabe perfectamente que los tres le deben a él, y sólo a él, su posición; y le resultaría fácil agregarlos también a ellos a los muertos.

Tal empresa es repelente por varios motivos: demuestra hasta qué punto este jugador de bolos no es aquello que finge ser, un poeta. Si lo fuera, ¿cómo podría ocuparse fríamente en la organización de la fama póstuma? ¿Cómo podría luchar por unas líneas en las antologías? Si sus manos tiraran con fuerza, iría a parar fuera de la bolera y perseguiría a hombres vivos y a dioses. Pero él está en mangas de camisa y mide los muertos que él mismo ha puesto y él mismo ha derribado. Si tuviera un corazón, no le latiría rítmicamente, como sería deseable. A decir verdad, se hizo poeta sólo porque le late menos que a otros y quiere compensar con claridad lo que en obsesión le falta. No obstante, si la claridad le importara de verdad, la dedicaría a descifrar este

mundo real; pensaría en vez de limitarse a examinar, y en particular se avergonzaría de examinar siempre la fama póstuma sólo porque a él, personalmente, le interesa sobremanera. No piensa; hasta la claridad sólo es un instrumento para él. Entre los poseídos juega a ser el diáfano; entre los diáfanos, a ser el poseído.

¿Quién le tomaría a mal que saliera en pos de descubrimientos en el campo de las palabras? Sólo debería admitir su curiosidad; exponer él mismo el material; contentarse con lo que lo impresiona; alegrarse; enfadarse; asir, apartar; besar, comentar; y no instruir un juicio.*

Guillotine Bombed

«The French executioner Desfourneaux lost both his guillotines when his home was destroyed in the last Paris raid» (*Daily Telegraph*, 22 de septiembre).*

1944

Él desea dejar anotaciones dispersas como corrección al sistema cerrado de sus pretensiones. SDM

No es nada vergonzoso ni egocéntrico, es algo justo, bueno y bien fundado el que, justamente ahora, nada lo colme a uno más que la idea de la inmortalidad. ¿No vemos acaso como hay gente que es enviada en vagones a la muerte? ¿Acaso no se ríen, no bromean y alardean para darse falsamente valor unos a otros? Y están luego los que pasan volando por encima de uno en bandadas de veinte, treinta, cien aviones cargados de bombas, cada cuarto de hora, con pocos minutos de intervalo, y a los que vemos regresar pacíficamente, centelleantes a la luz del sol, como flores, como peces, tras haber destruido ciudades enteras. Ya no podemos decir «Dios»: está marcado para siempre, tiene en su frente el estigma cainita de las guerras, sólo podemos pensar en una cosa, en el único salvador: ¡la inmortalidad! Si fuera nuestra, si estuviera ya vigente, ¡qué distinto sería todo! ¡Inmortalidad! ¿Quién querría seguir asesinando? ¿A quién podría ocurrírsele asesinar *si ya no hubiera nada que matar?* PDH*

Un egipcio se encuentra con un chino e intercambia una momia por un antepasado. PDH

¡Oh buen Dios, haz que todos vivan! ¡Que vuelvan cuantos han muerto! ¡Que veamos con alegría a quienes no conocíamos!

Algún día quiero encontrar frases capaces de hacer que Dios se avergüence de mí. Entonces ya nadie más morirá.

El pensamiento más grande y más mortífero fue el cero. ¿No será que procede de la muerte?

La leyenda del hombre que era demasiado feo para morir.

Tierra, triste patria de la muerte.

A ése las estrellas
le dieron garrote.
Murió por su salud
cada dos noches.

Cogió una estrella
y la alegró.

Tenía también otra,
y la entregó.

Lanzó sobre la gente
luz que había robado.
Los hombres la comieron
y a él lo enjuiciaron.

A ése las estrellas
le dieron garrote.
Murió por su salud
cada dos noches.

Cualquier cosa menos ser más comprensible, cualquier cosa menos morir.

La sensación de que, en efecto, puedo llegar a ser un animal se ha intensificado en los últimos años hasta convertirse en una pasión vehemente, y a veces se me antoja ya tan importante como no morir.

1945

Que los dioses mueran vuelve a la muerte aún más insolente. PDH

Todo cuanto acontece en el mundo hoy en día se mueve entre dos juicios esenciales y opuestos acerca de los hombres:

1. Todo hombre sigue siendo demasiado bueno para morir.
2. Apenas ningún hombre es lo suficientemente bueno para morir.

Ambas opiniones son irreconciliables. Una u otra triunfará. No está decidido en absoluto cuál será. PDH

Las ciudades mueren, los hombres se meten a mayor profundidad bajo tierra. PDH

Nadie me obliga a seguir con vida. Por eso la amo tanto. Claro que los que luego vengan, aquellos para los que la muerte será objeto de reprobación, no conocerán ya esta enorme tensión y nos envidiarán algo a lo que nosotros hubiéramos renunciado con gusto. PDH

Las almas de los muertos están en los otros, los que sobreviven, y allí van muriendo del todo lentamente. PDH

Todo cuanto hayas podido pensar sobre la muerte no tiene ahora ninguna validez. Dando un salto gigantesco ha conseguido un poder de contagiar que nunca había tenido antes. Ahora es de verdad todopoderosa. Ahora es realmente Dios. PDH

Ahora sería el momento, Dante, para un Juicio Final preciso. PDH

Tengo sólo cuarenta años, pero apenas pasa un día sin que me entere de la muerte de alguien a quien he conocido. Con los años serán cada vez más. La muerte se irá deslizando hasta cada una de las horas. ¡Cómo no sucumbir finalmente a ella! PDH

La guerra ha llegado hasta el espacio cósmico, la Tierra toma aliento antes de su final. PDH

Uno que aprende palabras incluso en su lecho de muerte. SDM

Embustera que vende últimas voluntades de casa en casa como una buhonera. SDM

Un mundo en el que cada cual es libre de morir las veces que quiera, pero sólo por un tiempo

limitado. SDM

Ella se le adelanta dando saltos hacia la eternidad; él la sigue llevándole a rastras el equipaje y nunca llega.

Uno puede pudrirse durante una vida entera, y puede llegar a ser una larga vida.

Lo tengo difícil, me gusta vivir.

La catedral de Colonia sigue en pie. Es decir, se podía preservar aquello que se quería preservar. *Existía* algo que se quería preservar. El valor de los turistas y de las guías turísticas.

Sé perfectamente que esta fe espléndida en que todos vivan para siempre resulta monstruosa; sin embargo, la abrigaré en todo momento, aunque sucumba por ello.

Cuando las gallinas despedazan al héroe a picotazos.

No soporta a éstos, no soporta a aquéllos, no soporta a ningún varón, no se soporta a sí mismo, no soporta la muerte, ¿qué soporta?

Los últimos prados de la vida.

Esos ingleses se sienten tan comprometidos con el aburrimiento como si les salvara la vida sin cesar.

Ardillas matadas a tiros en diversos años, colgadas de un árbol esquelético, en medio de un exuberante huerto de cerezos.

Frente a los animales todo el mundo es nazi.

Renacimiento de los muertos en las máquinas, igualados todos por su vida de sombras en el Hades.

La felicidad de no volver a ver *nunca más* a una persona amada con todo el cariño: como si viviera eternamente.

La última muerte volvería a ser divertida, pero sólo la última.

Dios, un paranoico que destruye a los hombres porque se siente perseguido por ellos.

La historia de un pintor de cámara en la corte de los Han

El emperador Yuan-Ti (48-32) tenía tantas concubinas que no las conocía todas. Por eso encargó al pintor de cámara Mao-Yen-shu que pintara sus retratos; para parecer más bellas, las concubinas sobornaron al pintor. Sin embargo, Chao Chun, la beldad del harén, se negó a hacerlo; por eso apareció fea en el retrato. Después, cuando se consideró necesario enviar una novia imperial al khan de los hunos, se eligió a Chao Chun, por su fealdad. El emperador sólo la vio cuando era demasiado tarde y enseguida se enamoró perdidamente. Para recuperarla, envió al rey de los hunos un camello cargado de oro. El khan se negó a separarse de ella, y la convirtió en su reina. Cuando Chao Chun murió al cabo de unos años, ni siquiera permitió que su cadáver fuera trasladado a China. Su tumba se mantuvo siempre verde, aunque a su alrededor todo se secara.

Mao-Yen-shu, sin embargo, fue condenado a muerte por su traición y ejecutado.

Extender sobre el mundo hecho pedazos un cielo claro que vuelva a unirlo.

A los alemanes, los seis millones de judíos asesinados les han impregnado el cuerpo y el alma; nunca más habrá un alemán que no sea también judío.

1946

Disputa entre dos personas ávidas de inmortalidad: una de ellas quiere continuidad, la otra quiere volver una y otra vez al cabo de ciertos lapsos temporales. PDH

Lo útil no sería tan peligroso si no fuera tan fiablemente útil. Debería fallar muy a menudo. Debería ser siempre imprevisible, como algo vivo. Debería volverse contra nosotros con más frecuencia e intensidad. Apoyándose en lo útil, los hombres se han erigido en dioses, aunque tengan que morir. El poder sobre lo útil los engaña acerca de su ridícula debilidad. Y en su presunción se vuelven cada vez más débiles. Lo útil prolifera, pero los hombres mueren como moscas. Si lo útil fuera más raramente útil, no habría posibilidad alguna de calcular con exactitud cuándo será realmente útil y cuándo no lo será. Si tuviera fisuras, arbitrariedades y caprichos, nadie se hubiera hecho esclavo de lo útil. Hubiéramos pensado más, nos hubiéramos preparado para más, hubiésemos esperado más. Las líneas que van de la muerte a la muerte no se habrían borrado. Y nosotros no hubiéramos sucumbido *ciegamente* a ella; no podría escarnecernos, como a animales, en medio de nuestra seguridad. De este modo, lo útil y la fe en lo útil nos han recluso en nuestra condición de animales; éstos son cada vez más numerosos, y nuestra indefensión es cada vez mayor. PDH

Las formas de fe del hombre se componen de círculos o de vectores. Progreso, dicen los fríos y temerarios, y quieren que para ellos todas las cosas sean como flechas (escapan de la muerte asesinando); retorno, dicen los tiernos y pertinaces, y se cargan de culpas (volviendo aburrida la muerte mediante la repetición). Luego, en la forma de la espiral se intenta fundir ambas en una y se adoptan a la vez las dos actitudes frente a la muerte: la asesina y la repetitiva. Así, la muerte resulta mil veces más fuerte que nunca, y a quien se opone a ella como a ese algo único que realmente es, lo atacan con flechas, círculos y espirales. PDH

Sólo los muertos se han perdido totalmente unos a otros. PDH

Mi odio contra la muerte presupone una permanente conciencia de ella; me maravillo de poder vivir así. PDH

Se dice que, para muchos, la muerte llega como una liberación, y es difícil encontrar un hombre que alguna vez no la haya deseado. La muerte es el símbolo supremo del fracaso: quien fracasa en algo grande, se consuela con el hecho de poder fracasar todavía más y estira la mano hacia aquel enorme manto oscuro que lo recubre todo uniformemente. Pero si no existiera la muerte, nadie podría fracasar realmente en nada; con intentos siempre renovados se podrían remediar

debilidades, deficiencias y pecados. Al ser ilimitado, el tiempo nos daría un valor ilimitado. Desde muy temprano nos inculcan que todo se encamina hacia un final, por lo menos aquí, en este mundo conocido. Límites y constricción por todas partes, y enseguida una constricción última, terriblemente penosa. Ensancharla no depende de nosotros mismos. Hacia esa constricción miran todos; independientemente de lo que pueda haber detrás, es considerada inevitable; todos deben inclinarse ante ella al margen de sus propósitos y de sus méritos. Un alma puede ser tan amplia como le plazca: será constreñida hasta que, llegado un momento que ella no determina, quede asfixiada. Quién determina ese momento es un asunto que se deja al criterio de la opinión imperante y no del alma individual misma. La esclavitud de la muerte es el núcleo de toda esclavitud, y si esta esclavitud no fuera reconocida, nadie podría desearla para sí mismo. PDH

Siempre poseeré a pocas personas, para no tener que conformarme nunca con su pérdida. PDH

La brevedad de la vida nos vuelve malos. Ahora habría que probar si alargándola eventualmente no nos volveríamos igualmente malos. PDH

He atizado su ambición para que no quiera morir, y ahora, por ambición, me quiere matar.

Una habitación asesinada.

Inventar una historia nueva, una historia completamente nueva, como nunca la ha habido. Quien lo consiga, habrá vivido y no tendrá que reprocharse su muerte.

Je m'en vais quérir chercher le un grand peut-être! – ¡Voy a buscar un gran quizás! – Las palabras de Rabelais moribundo.*

Me gustaría no pensar en absoluto en la muerte durante una semana, ni siquiera en la palabra, como si fuese algo artificial, algo insertado en la lengua, uno de esos monstruos nuevos compuestos de iniciales, M.U.E.R.T.E., y nadie supiese ya lo que significan esas letras, y nadie que todavía respetara la lengua se rebajase a utilizarla.

Sólo el realmente estúpido puede pedir clemencia. No la hay. Son dioses a los que les gusta matar.

Para unos la muerte es un mar; para otros, dura como una roca.

En el pasado, algunas cosas, pocas, tienden a crecer a costa de las demás. Esto vale sobre todo para los nombres. Es como si la inmortalidad de unos sólo se consiguiese mediante la mortalidad y el olvido de otros. Nombres, a cuya naturaleza pertenece la capacidad de conquistar todas las lenguas, gustan de empezar temprano para poseer así un origen. Existen nombres que siguen creciendo con regularidad, como los árboles, y otros que sólo aumentan después de *desaparecer*. En las primeras desapariciones, algunos nombres se pierden del todo; sin embargo, en ciertos

casos se redescubren, y su futuro está entonces tanto más asegurado. Resulta sorprendente que todo dependa de los *nombres*; parece ser la única forma de supervivencia en que la humanidad posee alguna experiencia y certeza. No obstante, los nombres viven de los nombres. Se nutren de nombres, a los que devoran y digieren como el pez grande al chico. Son increíblemente ávidos. Exigen sacrificios continuos y se niegan a ingerir algo que no sea nombre. Tienen a sus ayudantes que les proporcionan las víctimas y así esperan hacerse un nombre para empezar. Mucho se habla de juicios y de transmutación de los valores, pero en realidad se trata de simple y vulgar alimento.

Una cosa está clara: el libro de los muertos sólo surgirá si en él puede evitarse la palabra *muerte*.

1947

A cada cual se le ha encomendado la custodia de varias vidas, y ¡ay de aquel que no encuentre las que debe custodiar! ¡Ay de aquel que custodie mal las que ha encontrado! PDH

Sentir permanentemente la muerte, sin compartir ninguna de las religiones que consuelan. ¡Qué osadía, qué terrible osadía! PDH

Aun cuando en la actualidad fuera fisiológicamente posible no morir, podría ser que nadie tuviera la fortaleza moral suficiente para esquivar su propia muerte, y esto sólo porque hay demasiados muertos. PDH

La muerte tiene una manera muy suya de deslizarse furtivamente entre sus enemigos, de minar su voluntad de lucha, de desmoralizarlos. No cesa de presentarse como la solución radical, nos recuerda que fuera de ella no existe todavía ninguna solución verdadera. Quien vive mirándola siempre fijamente con odio, se acostumbra a ella como al único punto cero existente. Pero ¡cómo crece ese cero!, ¡cómo de pronto confiamos en él, porque ya no podemos confiar en nada más!, ¡cómo nos decimos: esto es lo que nos queda, y nada más! La muerte abate cuanto se halla próximo a nosotros, y cuando ya no podemos más de dolor, nos dice sonriendo: «No eres tan impotente como te imaginas, tú también puedes abatirte a ti mismo, y a tu dolor contigo». Nos prepara los dolores de los cuales *ella* puede luego rescatarnos. ¿Qué juez torturador ha comprendido nunca mejor su oficio? PDH

Cuando leo acerca de cosas sagradas, su recuerdo se apodera de mí por el solo hecho de que fueran sagradas, y mientras este recuerdo respire en mí, estoy tranquilo. ¡Oh, la paz que deben de haber tenido cuando nadie las ponía en duda, manzanas de oro intactas, intensamente aromáticas y redondas! Busco todas las cosas sagradas y me parten el corazón porque son cosas del pasado. No encuentro nada más para después. He nombrado, desnuda, a la muerte, y ¡ay del que la ha invocado desnuda! Las cosas sagradas eran su vestimenta. Mientras estuvo vestida, incluso los hombres, esos eternos asesinos, pudieron vivir tranquilos, y nada les habría sucedido si no le hubieran arrancado esas vestimentas; esos saqueadores, esos bandidos, ¿acaso no les bastaba con asesinar? Yo mismo he sido uno de los peores. Quise ser audaz, de modo que dije: «Muerte», muerte y nada más. ¿Qué es la audacia?, ¡y cuánto más valía la cautela! Pero nos hemos vuelto poderosos, y a la muerte la hemos arrastrado hasta aquí, la hemos sacado de todos sus escondrijos, no hay ahora ninguno que no conozcamos. Despreciamos el infierno, pero ¿no venía al menos *después* de la muerte? ¿Qué dolor no sería mejor que nada? Audacia, ¡oh, estúpida audacia! He aquí que hemos caído en las tijeras de tu vanidad; nada, nada ha quedado sin cortar, y

ningún moribundo sabe ya adónde vamos. PDH

Uno que se vuelve inmortal a milímetros. PDH

Los resucitados acusan de pronto a Dios en todos los idiomas: el verdadero Juicio Final. PDH

No hay nada más terrible que ver a un enemigo moribundo; que esto no haya bastado para poner fin a toda la enemistad del mundo es algo que jamás comprenderé. Se ve la cara del moribundo, pero no el punto donde lo hemos herido. Pero ¡cómo lo sentimos! ¡Cómo sentimos la más pequeña punzada que le hayan asestado y cómo sentimos que sin ella, tal vez, hubiera vivido plenamente tres instantes más! PDH

El significado más profundo del ascetismo es el de conservar la compasión. El hombre que come tiene cada vez menos compasión y al final acaba no teniendo ninguna.

Un hombre que no tuviera que comer y, sin embargo, medrara; que, pese a no comer nunca, se comportara como un ser humano en los planos intelectual y sentimental, un hombre así sería el experimento moral más sublime que pudiéramos imaginar, y sólo si tuviera éxito se podría pensar seriamente en la superación de la muerte. PDH

Hagas lo que hagas, tú u otro, cualquiera de nosotros, es en vano. ¡Oh, vanidad de todos los esfuerzos! Las víctimas siguen cayendo, por miles, por millones. Esta vida, cuyo carácter sagrado te empeñas en propugnar, no es sagrada para nada ni para nadie. Ningún poder secreto desea conservarla. Puede que ningún poder secreto desee destruirla; pero ella se destruye a sí misma. ¿Cómo puede tener valor una vida organizada como un intestino? Tal vez entre las plantas esté todo mejor organizado, pero ¿qué sabes tú realmente de los tormentos del asfixiarse? PDH*

Pensar que hubiera otra vida detrás de ésta, y que la nuestra fuera de hecho el espacio tranquilizador en el que los de aquélla se recuperan. PDH

Me gustaría estudiar los rostros en el cielo. Por lo demás, no sabría ningún motivo para querer ir a parar allí. Conozco bien los del infierno, yo mismo los llevo y los voy cambiando.

Son las horas en que estamos solos las que definen la diferencia entre la vida y la muerte.

De «La visión de Tundal»

El príncipe de las tinieblas. Es de tamaño gigantesco, negro como las plumas del cuervo, mueve mil brazos en la tiniebla, con garras de hierro... Tiembla y se retuerce, echando espuma de rabia y dolor, recorre el aire oscuro todo lleno de almas, y cuando ha cogido un buen número de ellas, las aplasta con su boca calcinada como hace un campesino sediento con una uva, luego suspira y se deshace de ellas con un soplo; cuando vuelve a respirar, las absorbe todas de nuevo.*

Hoy, durante un entierro, apareció una mujer a la que hace treinta y cinco años fui a comunicar que mi padre había muerto. Entonces tenía yo siete años. Es como si las personas sólo se encontraran en los entierros, al menos los *parientes*. Exactamente eso es lo que quedará de las familias y clanes en el futuro. No se conocerán, no se verán los unos a los otros. Apenas escucharemos nada los unos de los otros. Sólo en los entierros nos enteraremos de pronto de quien anda por ahí con la misma sangre, pero con otra mezcla de cualidades.*

Que las letras todavía signifiquen algo, que posean aún una forma y un peso y la fuerza necesaria para componer algo en este paisaje devastado de la fe y de los cuerpos, que sigan siendo signos en vez de desintegrarse como la vida en sí, que no se hayan vuelto invisibles de vergüenza y sean capaces aún de construir las buenas frases a las que las obligamos, que de cada trazo de esta página no cuelgue un hombre inocente... ¿O es que son solamente más abyectas que nosotros y no se enteran de nada?

Cuando el célebre periodista falleció, se encontraron en su legado doce cajas con los editoriales para los próximos ochenta años.

Un pueblo de hombres marsupiales que llevan a sus muertos encogidos dentro de bolsas marsupiales.

Uno se golpea la cabeza con una lápida fúnebre y muere.

Si el mar entero estuviese envenenado y también todas las demás masas o corrientes de agua, y los hombres tuvieran que evitar cualquier contacto con el agua por resultar *mortal*, entonces, sólo entonces, se tendría una idea plena de lo que significa vivir hoy, en este mundo.

El envejecimiento como renuncia a moverse. Primero se viaja por todo el mundo. Luego se instala uno en una ciudad. Al cabo de unos años, se limita a la casa y después a la habitación. La habitación se convierte en un asiento. El anciano ya no se levanta de su asiento y ahí se duerme.

Un hombre que tiene a gente a su alrededor *para que se le muera antes que él*. ¿No es ésa la esencia más profunda del poderoso?

Adán estrangula a Dios; Eva lo mira.

Un ruego de Ananda, en el momento preciso, hubiera podido prolongar la vida de Buda. Pero no dijo nada, y Buda decidió adentrarse en el Nirvana en un plazo de tres meses. En el relato sobre la etapa final de la vida de Buda nada me ha conmovido tanto como esta oportunidad desperdiciada. En las manos del discípulo se hallaba la vida del Maestro. De haberlo amado Ananda mejor, de haber sido su amor más atento, Buda no habría muerto entonces. Esto pone de manifiesto la importancia de la precisión en el amor. Tan sólo en su precisión adquiere este sentimiento su sentido y salva o mantiene la vida del ser amado. PDH

En una religión como el budismo, en la que la muerte es aceptada, dirimida y transformada de todas las maneras posibles, en la que es enaltecida al rango de supermuerte múltiple, nada nos conmueve tan profundamente como cualquier reflejo de la vida *contra* la doctrina, por así decirlo, la llama que brota espontánea allí donde todo fuego debe extinguirse. Aquí, precisamente aquí, adquiere la vida algo inextinguible. Siendo ya octogenario, y tras haberse recuperado de una grave enfermedad, Buda discurre sobre la belleza de los parajes por los que había peregrinado; los va mencionando todos por su nombre, con la secreta esperanza de que su discípulo intente retenerlo en la vida. Repite su discurso tres veces, pero el discípulo no se da cuenta de nada, y la muda tristeza con la que Buda renuncia entonces a su vida es más elocuente que cualquier prédica. PDH

¡Cuántas manifestaciones creíbles de esperanza y de bondad deberíamos encontrar para contrapesar las de amargura y de duda que tan pródigamente hemos derramado en torno a nosotros! ¿Quién puede atreverse a pensar en la muerte sabiendo que no ha hecho sino aumentar la suma de amarguras, aun con las mejores intenciones? Si siempre hubiéramos callado, al menos nos sería lícito morir. Pero queríamos ser escuchados y gritábamos a voz en cuello. Ahora es el momento de decir lo otro y, sin embargo, hacerse escuchar, pues no lo podemos decir a gritos. PDH

Nietzsche nunca me resultará peligroso: porque más allá de cualquier moral albergo un sentimiento indeciblemente fuerte, omnipotente, del carácter sagrado de cada vida, sí, de todas y cada una de ellas. Y contra él se estrella el ataque más burdo, así como el más refinado. Antes renunciaría por entero a mi propia vida que entregar, aunque sólo sea hipotéticamente, la de cualquier otro. No hay en mí ningún otro sentimiento tan intenso e inamovible. No reconozco *ninguna* muerte. Y, así, los que han muerto siguen vivos para mí, no porque me exijan nada, ni porque les tema, ni porque pudiera pensar que algo de ellos perdura, sino porque no deberían haber muerto. Todas las muertes ocurridas hasta ahora constituyen un asesinato legal múltiple cuya legalidad no admito. ¿Qué me importan los precedentes sin número? ¿Qué me importa que ni uno solo siga vivo? Los ataques de Nietzsche son como aire emponzoñado, pero un aire que no puede

hacerme daño. Lo exhalo ufano y desdeñoso, y me compadezco de él por la inmortalidad que le aguarda. SDM

Los comedores

A algunas personas, la cercanía física de otros les resulta insoportable, como si sólo existiese una forma de proximidad, la presta a devorarte.

Por eso viven la megalomanía y la manía persecutoria tan cerca la una de la otra: quieres ser grande, crecer, para *apartarte* de los demás; como si a éstos les costara más atraparte si fueras *más alto*. El más alto de todos, el que lleva más libre la cabeza, sería quien menos riesgo corre. El perseguido se salva en la *lejanía*, mediante la rapidez; en lo *alto*, mediante la estatura; en la *profundidad*, escondiéndose.

El cielo, al que te incorporas tras la muerte, es el lugar donde ya nada te importuna. Nada intenta atraparte, ahí ya nadie muerde.

La *apropiación* todavía contiene cierta *indulgencia*, pues uno sigue viviendo a pesar de todo, podría haber acabado desgarrado. Beber es mucho más inocente que comer, porque los dientes no intervienen, no hay nada que dilacerar.

Adónde, adónde ha de ir el hombre con su temor a las *bestias* más fuertes. A todas se les arranca la dentadura completa en un solo día.

Entierro universal de los dientes.

Un café con héroes muertos que están ahí sentados, bebiendo café y comiendo pasteles.

Como diablo, Dios es realmente inmortal.

Las historia del pavo asesinado por mi propia amante el día de Navidad me fue contada con todo lujo de detalles escasas horas antes de que me sentara a la mesa del ágape navideño. Sabía de ese pavo desde que era pequeño. Todos admiraban su tamaño creciente, su andar altivo, su belleza. Lo habré visto cinco o seis veces en total, pero me resultaba tan familiar como si lo hubiera tenido todo el tiempo en mi habitación. Todos comieron de él, y yo también. Si no me hubiera avergonzado ante los demás, a los que les suponía un regocijo festivo, el primer bocado se me habría atragantado. Pero me contuve, de esa manera vergonzosa y automática a la que recurrimos en todos los casos parecidos, e incluso permití que se me sirviera una segunda porción. Después no me sentí mal, participé en las conversaciones, y luego en otras reuniones, y sólo hoy, al cabo de tres o cuatro días, me siento de repente tan mal al pensarlo que me da la sensación de haber sido obligado a comer carne humana.

1949

Jamás, desde que tengo uso de razón, le he dicho a nadie ¡Señor!, y cuán fácil es decir ¡Señor!, y cuán grande la tentación. Me he acercado a cientos de dioses y a todos los he mirado de hito en hito y lleno de odio por la muerte de los hombres. SDM

Lo tortura la idea de que tal vez todos hayan muerto *demasiado tarde* y de que nuestra muerte sólo llega a serlo realmente debido a su aplazamiento; que todos tendrían la posibilidad de seguir con vida en caso de que murieran *a su debido tiempo*, pero nadie sabe determinar cuál es ese momento. SDM

Todos los amantes de la muerte acaban negándola. SDM

Durante una terrible hambruna en El Cairo, algunos ciudadanos recurrieron a enormes anzuelos para pescar a hombres desde los tejados. Elevaban a las víctimas, las asesinaban y se las comían crudas.

La dependienta de la carnicería, que besa la cabeza limpia del cerdo.

Los australianos, hombres de la Edad de Piedra, creen en un tiempo de sueño eterno, el tiempo de los mitos, del que venimos y al que regresamos. Desde entonces no ha aparecido nada nuevo; sólo se ha quitado esto y aquello. Su creencia es la más elevada; la única que a veces comparto; si yo fuera un australiano, la abrigaría siempre. Sin embargo, como poseo la dudosa suerte de ser un hombre moderno que vive en Londres, no siempre la tengo; y sólo en la medida en que soy un escritor, sigo siendo un australiano.

Dios se dispone a asestar el último golpe.

Días en que se queda paralizado por miedo a su propia maldad. No le queda entonces más remedio que hacerse el muerto ante sí mismo.

¡Esas conversaciones, esas conversaciones con los viejos amigos! Este murió y aquel murió y aquel otro también; realmente, uno de cada dos ha muerto. Hace años que se desprendieron de uno, y uno no lo sabía; creía vivo a todo aquel de cuya muerte no se había enterado. Con qué tenacidad nos aferramos a la vida de los otros; con la misma tenacidad que a la nuestra, no existe diferencia alguna.

1950

Una sonrisa que *detenga* a la muerte. SDM

Me parece que sin una actitud distinta hacia la muerte nada podrá decirse realmente sobre la vida.

La existencia ha de ser en todas partes, si no, no es existencia.

No reconozco ni una sola muerte. Que tengan que morir hasta los mosquitos y las pulgas no me hace comprender mejor la muerte que la terrible historia del pecado original.

Que algo de nosotros siga vivo o no en algún lugar resulta irrelevante. No vivimos aquí lo bastante. No tenemos tiempo para demostrar nuestra valía. Y, puesto que reconocemos a la muerte, la utilizamos.

¿Cómo podría no haber asesinos mientras el hombre se *avenga* a morir, mientras no se avergüence de hacerlo, mientras *incorpore* la muerte a sus instituciones como su fundamento más seguro, mejor y más significativo? SDM

Juro que mi vida me resulta indiferente. Juro que me es indiferente la vida de aquellos a quienes amo. Juro que incluso mi vida me resulta indiferente. Juro estar dispuesto a desaparecer en el acto y sin dejar huella, de tal manera que nadie se entere, si a cambio no estalla una guerra. Estoy dispuesto a ese trato. ¿A qué instancia he de dirigirme? ¿No existe un dios para ello?

No tememos a los muertos, sino a aquellos que vendrán después de nosotros.

El nombre como primera pero secretísima muerte.

Todos los artistas son caníbales de sus antepasados.

Las bromas me producen una impresión como si se quisiera solucionar la muerte mediante *pellizcos*. Lo verdaderamente cómico, sin embargo, *contiene* la muerte en forma de *comida*.

Alguien que *teme* las flores porque se marchitan.

El muchacho

Un único individuo que fue realmente olvidado por la muerte y, además, para siempre. Un hombre muy sencillo que nunca cambió y que a los cien años *come* exactamente lo mismo que a los veinte. Pronuncia exactamente las mismas palabras y jamás se viste de otra manera. Su memoria, nunca particularmente buena, tampoco empeora. No se casó, no tuvo suerte con las mujeres y, en consecuencia, se quedó sin hijos. Es muy modesto y se contenta con tener para comer. Le gustan

las visitas, pero no demasiadas. Contempla la lluvia como si las gotas fuesen años. El sol le resulta a veces excesivo. Respira con regularidad y jamás tiene miedo. A veces estira las piernas como ramas, acercándolas al fuego hasta que llegan a chisporrotear. Ha olvidado su nombre, de manera que no tiene; sin embargo, generalmente lo llaman «muchacho». Considera a los niños sus iguales; enseguida entiende lo que quieren. Es un tanto lento para los adultos. El muchacho duerme sobre una colchoneta en el suelo de arcilla. Si no llueve ni hace frío, le gusta dormir delante de la cabaña. Su perro parece tan viejo como él, pero es siempre otro. Nunca lo llama. El perro acude por sí solo cuando su amo piensa que lo querría a su lado. Su pelo lleva tiempo sin crecer. Es un pelo extraño, sin duda, pero quien esperara una jungla allá arriba se decepcionaría. No se lo puede definir como blanco; su color tiene algo indescriptiblemente suave, como si sirviera para acariciar las lesiones de un herido. Es esa cualidad de su cabello la que a veces lleva a los enfermos hasta él. Porque quien lo ha visto alguna vez y sufre luego una enfermedad grave, recuerda ese cabello, incluso después de años, como si fuese un bálsamo, y habla de él en un estado febril. No cabe la menor duda de que algunos enfermos se han curado después de ver su cabello, aunque resulta difícil comprobar si se debía al efecto curativo de ese pelo. A las mujeres les extraña un poco; no esperan nada de él y pocas veces se curan al verlo.

Se han formulado diversas conjeturas respecto a su lugar de residencia. Suponen algunos que desde hace cientos de años siempre ha permanecido en el mismo lugar. Otros demuestran la existencia de huellas suyas en regiones remotas. Se dice que se han encontrado pelos suyos en África y pisadas suyas en Australia. No cabe la menor duda de que ha podido andar muy lejos; tiempo no le ha faltado para ello; y como ha aguantado vivir tantos años en un lugar, no se entiende que no haya podido hacer lo mismo en lugares muy diferentes y lejanos. Los escépticos que a duras penas aceptan su época africana se burlan de la idea de que viniera de Australia. Nadie ha recorrido ese mar sin mojarse, dicen, y se deberían haber encontrado huellas del barco que hubiera utilizado. No se resolverá aquí esta cuestión. No obstante, sería estúpido callar una duda. Es posible que otras personas trajeran al «muchacho» de Australia. Parece demostrado que siempre vivió solo. Pero ¿no es concebible que lo raptaran? A lo mejor lo emplearon como remero y luego resultó molesto e incluso inquietante a los señores por la curiosa sensación de soledad que transmitía. En vez de tirarlo simplemente al agua, lo dejaron en la costa de Asia, provisto de alimentos para un tiempo. Se quedó solo en otro continente, tal como probablemente lo habían encontrado y tal como les había parecido, un solitario, durante la larga travesía. Su frugalidad y el extraño talento para la vejez le conservaron también allí la vida.

Sin embargo, nos llevaría demasiado lejos analizar todas las posibilidades que contiene una existencia de este tipo. Quizá sería conveniente no querer demasiadas cosas al mismo tiempo y conformarse con contemplar al «muchacho» y considerar cómo es ahora. Una descripción de su persona, hecha de forma fiel y sin prejuicios, debería permitirnos profundizar más que toda suerte de conjeturas sobre su pasado. Por otra parte, parece mucho más propio del respeto que merece una criatura así.

Siempre te preguntan qué *quieres decir* cuando despotricas contra la muerte. Quieren de ti esas esperanzas baratas que en las religiones son devanadas hasta la saciedad. Pero yo no sé nada. No tengo nada que decir al respecto. Mi carácter, mi orgullo radican en no haber *lisonjeado* jamás a la muerte. Como todos, también la he deseado para mí algunas veces, muy raras, pero nadie ha escuchado nunca de mí un elogio de la muerte. Nadie puede decir que he inclinado la cabeza ante ella, que la haya reconocido o intentado explicar. Me sigue pareciendo tan inútil y perversa como siempre, el mal fundamental de todo lo existente, lo no resuelto e incomprensible. El nudo en el que todo está preso y atado desde siempre y que nadie se ha atrevido a destruir. PDH

Es una lástima por todos. Nadie hubiera debido morir jamás. El peor delito no merecía la muerte, y sin el *reconocimiento* de la muerte nunca hubieran existido los peores delitos. PDH

Habría que imaginar un mundo en el que nunca haya habido un asesinato. En un mundo así, ¿qué parecerían todos los otros crímenes? PDH

Lo más importante lo lleva uno dentro de sí durante cuarenta o cincuenta años antes de atreverse a decirlo de forma articulada. Ya sólo por esto resulta incalculable cuánto se pierde con quienes mueren tempranamente. Todos mueren tempranamente. PDH

El comportamiento de los mártires no le parece despreciable a nadie, aunque todo lo que ellos hacían, lo hacían con la mirada puesta en una vida eterna. ¿Qué despreciables les parecerían a los seguidores del cristianismo esos mismos mártires si les hubiera interesado una vida eterna *aquí*, en lugar de en otro sitio! PDH

Incluso la idea de la metempsicosis me parece tener más sentido que la de una permanencia en el Más Allá. Los defensores de la fe en el Más Allá no advierten en absoluto que se trata de algo que ni siquiera llaman por su nombre: un *permanecer juntos* en el Más Allá, una masa que nunca se disgrega. Quieren, una vez congregados allí, no tener que dispersarse nunca más.

Cómo sería un Paraíso en el que los bienaventurados no llegaran a verse jamás, en el que cada uno existiera para sí como una especie de ermitaño bienaventurado, muy alejados unos de otros, de suerte que ninguna voz pudiera llegar hasta ellos; un Paraíso de eterna soledad, sin necesidades ni quejas; una prisión sin muros, rejas ni guardianes, en la que no hubiera ningún lugar por donde escaparse porque no se podría llegar a ningún lado. Allí cada cual pronunciaría discursos para sí mismo, cada cual sería su propio predicador, maestro, consolador, y nadie excepto él escucharía. Una existencia beatífica preferible para muchos a los tormentos del infierno. PDH

No consigo explicar cómo la clara conciencia de las maldades de esta vida convive en mí con una pasión siempre renovada por ella. Tal vez siento que esta vida sería menos mala si no fuera arbitrariamente cortada y desgarrada. Tal vez he sucumbido a la antigua idea de que los habitantes *permanentes* del Paraíso son buenos. La muerte no sería tan injusta si no hubiera sido decretada *anticipadamente*. A cada uno de nosotros, incluso a los peores, nos queda la disculpa de que nada de lo que hacemos se acerca a la perversidad de esta condena decretada de antemano. Tenemos que ser malos porque sabemos que hemos de morir. Seríamos aún más malos si desde el principio supiéramos cuándo. PDH

Las religiones están todas satisfechas. ¿No hay ninguna religión de la desesperación siempre acuciante? Quisiera ver a aquel que no mirase tranquilamente a los ojos a *ninguna* muerte, ni siquiera a la suya propia; alguien que, a partir de este odio, haya excavado un lecho siempre lleno para el río permanente de su descontento, alguien que no duerma porque algunos ya no despiertan de su sueño; que no coma, porque mientras él come hay otros que son comidos; que no ame, porque mientras él ama hay otros que son violentamente separados. Quisiera ver a alguien que solamente fuera este sentimiento, pero que lo fuera siempre; que, mientras otros se alegran, tiemble por sus alegrías; que sienta como un suplicio agudo el trivial lamento sobre la «inestabilidad» de las cosas humanas, que lo sienta como el suplicio de la muerte en todas partes, y respire solo en este suplicio. PDH

N. desea invalidar retroactivamente todo contacto en cuanto se entera de que alguien ha muerto. Teme un contagio póstumo de la muerte. Cree que podrá seguir con vida si niega a los muertos de un modo eficaz, eficaz también para él. Para evitar la muerte, remata a sus muertos. SDM

La *Electra* de Sófocles contiene la muerte en todas sus formas. Se sitúa a la sombra de un asesinato y conduce a dos más. Son asesinatos en su forma más concentrada, el primero perpetrado contra un esposo, Agamenón, el segundo contra una madre, Clitemnestra. Sólo el tercero, el último, es el asesinato de un amante, alguien que no es un pariente cercano. Electra nunca deja de pensar en la muerte de su padre. Su hermano, Orestes, a quien ha nombrado vengador, vive en otra ciudad; está siempre en contacto con ella. Luego, cuando al fin llega, hace circular la noticia de su propia muerte. Asistimos simultáneamente a la reacción que esta noticia suscita en Clitemnestra y en Electra. El mensajero describe con gran elocuencia la caída de Orestes durante una carrera de carros. Para la madre, que lo teme como vengador, se trata de la muerte más *deseada*; para la hermana, que ha puesto todas sus esperanzas en Orestes, es la muerte más *temida*. El mismo Orestes se presenta llevando sus propias cenizas una vez que la madre ha dejado a Electra. Y de este modo vive el dolor de la hermana por su muerte, algo que raras veces les es concedido a los mortales, ya que nunca están presentes cuando llega esa noticia. El dolor de Electra es tan profundo que Orestes se da a conocer: regresa a la vida para ella. Su reencuentro resulta tanto más intenso debido a la falsa noticia.

En la escena anterior Electra ha asumido el papel del vengador, tras dar a su hermano por muerto. Su hermana, a quien trató de convencer para que la ayudase, rehusó dicho papel. Al

volver a la vida, Orestes vuelve a ser el vengador. Entra en palacio en calidad de mensajero y portador de sus propias cenizas, busca a su madre y la mata. Fuera, Electra también golpea con su terrible frase.

El final, el asesinato de Egisto se utiliza para una nueva metamorfosis de la muerte. Se le muestra un catafalco con un cadáver velado y él cree que se trata del cadáver de Orestes, levanta el paño y ve ante sí el cuerpo ensangrentado de Clitemnestra.

Así, esta obra contiene *todos* los elementos del morir y de la muerte. La *memoria* de la hija muerta que anima a Clitemnestra –ha vengado a Ifigenia en la persona de Agamenón–; la memoria del padre muerto como deseo de venganza en Electra y Orestes, como aceptación de la muerte en el caso de su hermana Crisótemis; el *miedo* a la muerte de los culpables, en Clitemnestra y, de otro modo, en Egisto, que vive *conscientemente* los instantes que le quedan antes de ser ajusticiado. La *impavidez* ante la muerte en Electra, y la fascinación que ésta ejerce sobre los demás. El asesino que se disfraza de muerto y llega con sus propias cenizas. El catafalco, la urna con las cenizas, la ofrenda a los muertos. La noticia del fallecimiento y sus diversos efectos. La inversión de una muerte deseada y su paso a la propia muerte (en Clitemnestra), la misma inversión, más lenta, y su paso a una muerte temida, de una muerte deseada a una temida y, finalmente, a la propia (en Egisto: Orestes-Clitemnestra-él mismo). Todas estas formas, elementos y metamorfosis de la muerte son también vividos por el coro. Su función es la de un cristal de masa que polariza los sucesos para un auditorio más numeroso. Orestes aparece con un amigo que nunca habla y que actúa como su doble o su sombra. El mensajero, un anciano, es algo así como un taimado ángel de la muerte que, al proclamar la noticia de una falsa muerte, prepara una real. SDM*

Existe una diferencia fundamental entre los muertos en general y los *propios* muertos, a los que uno ha conocido bien. Expresa exactamente la diferencia entre masa e individuo.

Queda por ver si conseguirá llevar unos apuntes legibles en los que no aparezcan nunca las siguientes palabras: *Dios, muerte, masa, transformación, amor y angustia*.

Sólo quiere ser besado por cuervos muy viejos.

Acábalo, acábalo por fin, acaba el terrible, el doloroso, el lento, el siempre anunciado y siempre fracasado libro, y luego: fuera, vete, vete de todos, lejos, muy lejos, no conozcas a nadie a quien hayas conocido, tampoco a ti mismo, a nadie, y, si no cabe otra solución, muere.

Poco a poco, en el curso de muchos años, la muerte pasó a ocupar para él el lugar de Dios. No ve ni piensa en otra cosa. ¿Lo soltará algún día?

Dios, tu verdugo.

¿Qué es más santo, la víctima desprevenida o la consciente, Abraham o Isaac, *cualquier* moribundo o Cristo, el animal o el soldado? Éste es el principal problema de toda religión, ¿y

quién es capaz de resolverlo?

Un muerto llama por teléfono (idea para una obra de teatro).

La condena a muerte de todos al principio del Génesis contiene en el fondo cuanto puede decirse sobre el poder, y no hay nada que no se deduzca de ello.

Una obra de teatro en la que los caracteres de los personajes sólo se distingan por la fecha de su muerte. Por tanto, una obra muy contenida en lo dramático. Los caracteres deberían estar trazados con moderación, si se quiere hablar de la muerte de manera seria y, además, de tal forma que se la perciba por doquier. Vale el principio de las antiguas danzas macabras, en las que las víctimas de la muerte sólo se distinguían por su posición social. Es posible que todo cambie en el curso de la representación. No obstante, de entrada percibo en mí una intensa resistencia a las máscaras acústicas, a todo lo extremo que no se base exclusivamente en el curso de la trama. Quiero ser muy sencillo y muy claro. Esta pieza habrá de conservar su plena identidad en todas las lenguas. Debe ser tan posible en un idioma bantú como en inglés o en japonés. Debe poseer más transparencia y más validez general que *Los viajes de Gulliver* y *Robinson Crusoe*. Quiero dar con una forma clásica nueva, como si en todas partes, en todas las lenguas y todas las culturas existiera algo clásico.

No puedo afirmar que esta meta me asuste o me resulte particularmente compleja. Creo que la idea misma impide cualquier otra forma. La idea contiene en este caso realmente la forma. Lo percibo con una certeza que no he tenido desde hace décadas. En la *Ópera del mono*, que escribí el año pasado, estaba atado por la idea de la música y por el compositor, al que conocía. En aquel caso, si actué con medida, fue por él. Pero la idea no era en absoluto moderada y habría tolerado perfectamente un ejecución extrema.

En este caso, *Los emplazados*, es como si yo pudiera hablar o actuar para cualquiera. La queja es de todos los hombres, y mi fe, que allí se manifiesta, contiene exactamente aquello que ha *quedado* de todas las religiones, ni más ni menos. La idea llevaba más de siete años latente dentro de mí. La primera vez que me vino fue a finales de mayo, cuando conocí a Gwyneth Barthall. Me hablaron de ella antes de que la viese, y lo primero que oí era que sólo le quedaba medio año de vida. La firmeza de esta predicción me afectó terriblemente. Cuando conocí a la muchacha, enseguida sentí afecto por ella y la amé mucho, pero de manera muy distinta de la de mi amor a otras personas. La traté como poeta, porque ella quería serlo, y tal vez le atribuí más talento del que tenía. Leí sus manuscritos con prontitud y buena fe, cosa esta que no me había ocurrido nunca ni me volvería a suceder, y conversé con ella durante horas al respecto. Le regalé algunos de mis libros más hermosos y aguanté durante tardes enteras la compañía insoportable de su madre y de su padre. La previsión se cumplió. Ella murió aproximadamente medio año después de que la conociera. Debería dedicarle esta obra de teatro. Lo haría si alguna vez hubiera dedicado una obra a alguien. Sin embargo, ni Veza ni mi madre ni Georg han recibido nunca una dedicatoria de un trabajo mío. Sería injusto e *indebido* dar prioridad a Gwyneth ante todos ellos, de manera que he de reflexionar aún sobre la cuestión de la dedicatoria.*

Desde hace algunas semanas, tal vez desde mi regreso de París, la actividad de los seres humanos se deshace para mí cada vez más en gestos, sus cuerpos en partes individuales claramente delimitadas. Veo la mano extendida de un vendedor que devuelve dinero; una boca de perfil que se abre para pronunciar unas palabras; percibo mis propios pasos al franquear el umbral de una puerta; una firma todavía húmeda; el abrigo ondeante de un desconocido; una cuchara sopera que se queda a media altura sobre la mesa; un asiento no del todo ocupado; unos dedos; unos pelos despeluchados; una cartera abierta. No consigo hallar una regularidad en todo cuanto me llama la atención de esta manera, salvo la existencia de una separación momentánea, de un aislamiento respecto a aquello a lo que pertenece.

Cada vez que esto ocurre, me propongo escribir una historia sobre ese gesto o esa parte de un hombre, pero una historia general que contenga algo así como la filosofía de ese gesto o de esa parte en todos los seres humanos, hoy, ayer, en el futuro. En ninguna de estas historias *explicaría* nada, sino que me limitaría a describir lo individual de forma concluyente mediante la particularidad de una trama.

En estas «visiones» cotidianas percibo una tímida emoción por el hecho de vivir y de poder ser testigo de las mismas, a una edad en que muchos otros ya no están con vida.

Hoy, día de los Difuntos, me juro que esta pieza, dedicada a todos los muertos y a todos cuantos aún han de morir, estará acabada pronto y con fuerza. Ha de ser de tal forma que todos la entiendan y que yo no tenga que avergonzarme de ella ante nadie. Porque si no dejo acabada esta obra de teatro, mi primera toma de posición vinculante respecto a la muerte, no habré vivido. En comparación, no cuenta nada de todo lo demás que he hecho. Ante todas las personas que se me han acercado, he despotricado contra la muerte, y nadie me ha entendido. Unas, las mujeres, veían en ello un exceso de energía y algo así como una promesa religiosa de carácter privado y dirigida a ellas personalmente, una juventud más larga, un amor más largo, un placer más largo de todo tipo. Los otros, los cristianos, trataban de interpretarlo a su manera: o sea, un cristiano secreto a pesar de todo, perteneciente a su fe y sólo impedido por su orgullo en reconocerlo abiertamente. Otros, a su vez, los aficionados al arte, lo veían como una expresión torpe y quizá demasiado pública de su propio afán: «Quiere ser inmortal». Dios, que no existe, testimoniará en mi favor y confirmará que yo no quería nada de todo eso: ni soy un amante, ni un cristiano, ni un artista, pero no reconozco la muerte, y eso es todo.

1952

Consideración previa a *Los emplazados*: no logro comprender cómo los hombres no se preocupan *más* por el enigma de la duración de sus vidas. En el fondo, todo fatalismo guarda relación con esta única pregunta: ¿la duración de la vida humana está predeterminada o resulta del curso de la vida misma? ¿Venimos al mundo con un *quantum* predeterminado de vida, digamos sesenta años, o bien este *quantum* permanece largo tiempo indeterminado, de suerte que la misma persona, atravesada la juventud, podría llegar aún a los setenta o quedarse simplemente en los cuarenta? ¿Y cuándo se llegaría al punto en el que la delimitación fuera *clara*? Quien cree lo primero, es naturalmente un fatalista; quien no lo cree, otorga al hombre una sorprendente medida de libertad y le concede cierta influencia sobre la duración de su propia vida. Y así vivimos inmersos en la vaguedad, como si esta segunda suposición fuese la correcta, y nos consolamos de la muerte con la primera. Tal vez ambas sean necesarias y deban aplicarse alternativamente para que la gente que carece de valor soporte la muerte. PDH

Una risa como del submundo.

Un ataúd en torno al cual se baila de vez en cuando. El muerto se estremece y sus huesos crujen hasta convertirse en polvo. «Lo bailan a muerte.»

Siente que lo besan desde el más allá.

Todavía espero la muerte *llena de sentido* de una persona a la que conozca, y sé que esa muerte no existe, que siempre carece de sentido.

He colgado cuadros de Grünewald por toda mi habitación, porque mi dolor no ha encontrado aún su sonido. Por tanto, es *él* quien dice mi dolor, y me he permitido poner también la *Virgen con el Niño*, tal vez perciba ella allá lejos que es por fin mi niño que yo antes nunca le concedí. He colgado el *Concierto de los Ángeles*, para que no cesen de tocar pidiendo clemencia por ella. También está el paisaje luminoso, teníamos una luz propia para el amor. Esta habitación significa ahora un espacio sacro para mí, y apenas me atrevo a entrar.

No me avergüenza este efecto mágico, nunca he amado ni admirado nada tanto como a Grünewald. San Grünewald, ruega por ella; San Grünewald, ruega por ella; San Grünewald, dale la vida.*

¡Pensar que precisamente yo me extinguiré!

El feliz suicida que treinta años antes ya se alegra del suicidio que cometerá.

Dejó una colección de mesas, y en cada una de ellas se hallaba la primera frase de una obra extraordinaria.

Primero la muerte le da un golpe en la crisma y luego no ha sido ella.

Las dos palabras que más he utilizado en mi vida son, curiosamente, *Dios* y *muerte*. En público, ante los demás, siempre llevo la muerte en los labios. Ante mí mismo, en mis apuntes, menciono una y otra vez a Dios, que se me escapa de la pluma generalmente contra mi voluntad y en frases que a menudo carecen por completo de sentido. Empiezo a creer que estas dos palabras, *Dios* y *muerte*, significan lo mismo, son lo mismo. – Mi filosofía de la identidad.

Nadie muere de tristeza; por tristeza se continúa viviendo.

¿Sería viable una lengua que no conociera la palabra *muerte*?

Un hombre que pone en riesgo su vida me parece maligno e ingenuo y sólo una *desesperación* muy monstruosa podría justificarlo. Arriesgar la vida por nada, algo que nos resulta tan corriente, es ingrato e indecente. No puedo perdonar a Kleist lo que hizo. Su acto más vil fue su final, y en él se manifestó de la forma más clara e ignominiosa la herencia de su origen militar. Ninguna explicación psicológica (por muy convincente que sea) podrá cambiar nunca este sentimiento mío básico. Toda muerte es posible, pero ninguna se justifica. Incluso alguien que se deja *asesinar* contra su voluntad es, desde mi punto de vista, culpable. No obstante, la culpa del asesino y también del suicida es a mi juicio inconmensurable y nunca se podrá expiar. Me pregunto seriamente si todo hombre que muere no es por eso mismo ya culpable. Si existiera un Dios justo, la historia del pecado original sería muy distinta. Adán sintió curiosidad por la muerte y, jugando, la probó. La manzana de la ciencia era la manzana de la muerte, era un solo árbol. *Por eso* lo castigó y lo maldijo Dios: desde entonces, el hombre debe esforzarse, con el sudor de su conocimiento, por escapar de la muerte, por eliminar las huellas de la manzana de la muerte que quedan en él. Ningún cristiano ni ninguna sangre será capaz nunca de redimirlo de esa culpa, él mismo deberá reencontrar su inmortalidad natural a través del conocimiento.*

La vejez es la muerte de los otros y nada más.

«Se le ponía una cinta de algodón alrededor del cuello, y dos personas tiraban de los extremos, cada una en un sentido contrario, mientras el nuevo rey sacaba de una calabaza un puñado de guijarros, todos los que podía: éstos indicaban los años que duraría su reinado, a cuyo término sería estrangulado» (Monteil, *Les Bambara du Ségou*, París, 1924, p. 305).*

Cabezas de gobernantes, separadas de sus cuerpos, clavadas en horribles estacas.

Mi injusticia fundamental frente a los hombres se deriva de mi postura respecto a la muerte. No puedo amar a nadie que reconozca la muerte o cuente con ella. Amo a todo aquel, quienquiera que sea, que la detesta, que no la admite y nunca, en ninguna circunstancia, la utilizaría como medio para alcanzar sus fines.

De ahí viene que no pueda aceptar a ninguna persona que hoy en día trabaje como físico o técnico nuclear; a nadie que siga voluntariamente una carrera militar; pero tampoco a ningún clérigo que utilice una vida futura como consuelo por la muerte mientras que a él mismo ni se le ocurre morir pronto; y a nadie que considere el fallecimiento de un pariente o amigo como acertado en el tiempo, como una suerte de cumplimiento de esa vida concreta; a nadie que no sienta vergüenza en vez de satisfacción por la muerte de un enemigo; a nadie que haya puesto el ojo en una herencia... Así las cosas, ¿a quién puedo aceptar, quién no pertenece a una de estas categorías, al menos de vez en cuando o en relación con una u otra persona?

Por tanto, mientras exista la muerte, yo, que afirmo la vida sin reserva y sin restricciones, debo condenar moralmente a todo ser humano de acuerdo con una moral que, de hecho, ni siquiera es aplicable. Soy tan consciente de esta contradicción fundamental de mi naturaleza que me exhorto una y otra vez a practicar la mesura y a considerar con más detalle todas las circunstancias cuando, una vez más, he emitido el juicio más duro contra una persona.

1953

Una horrible sensación de paz nos invade conforme vemos caer cada vez más gente en torno a nosotros. Nos volvemos completamente pasivos, y ya no devolvemos el golpe. Nos convertimos en pacifistas de la guerra contra la muerte y le ofrecemos la otra mejilla y a la primera persona que aparezca. De esto, de este agotamiento y debilidad, extraen su capital las religiones. PDH

Uno que se convierte en asesino de masas porque una enfermedad a consecuencia de la cual murió la persona a la que más quería se vuelve curable poco tiempo después de esa muerte. PDH

Imagínate que *a todos* les han quitado, como a ti, las ilusiones, que nadie barrunta ningún Más Allá, que todo se acaba para todos en el momento de la muerte, y que aquí, en todas partes y para siempre, los hombres se han vuelto *de este mundo* – ¿qué cambiaría exactamente en su vida en común? ¿Serían menos o más emprendedores? ¿Más astutos? ¿Más herméticos? ¿Les bastaría con ocultar sus maldades hasta el último momento, aun sabiendo que luego, de un solo golpe, serán despojados de todo? ¿O bien el recuerdo que dejen detrás de sí ocuparía por completo el lugar de la vida ulterior? No creo que se pueda decidir esto con precisión, porque los residuos de credulidad que permanecen en cada uno de nosotros contribuyen a formar una opinión a este respecto; pero sí puedo imaginarme que el placer de hacer el bien se transforme, en uno de esos incrédulos, en una verdadera pasión, como si él mismo representase a una potencia suprema e iluminada y todo lo que de ésta puede esperarse. PDH

¿Será posible que su muerte me haya curado de los celos? Me he vuelto más tolerante con las personas a las que quiero. Las vigilo menos. Les concedo gustoso su libertad. Pienso para mí: haced esto, haced aquello, haced lo que os divierta, siempre que viváis; haced, si es necesario, todo lo posible contra mí, ofendedme, engañadme, ponedme a un lado, odiadme – yo no espero nada, no quiero nada, tan sólo una cosa: *que viváis*. PDH

La parálisis entre muerte y muerte: ninguna palabra libre entre medio, ningún paso libre. La parálisis más grave, esa esperanza sin esperanza de que a pesar de todo la supere.

¡Oh, la comodidad de los creyentes que pueden disiparlo todo, que pueden consolarse con la idea de un reencuentro que no les será concedido nunca! ¡Lo que daría uno por vivir en ese mundo tranquilo y virtuoso en el que los muertos sólo se han ido de viaje! En el que basta con llamar adecuadamente para verlos y oírlos, al menos por un breve tiempo, antes de llegar del todo a ellos. En el que se pueden enfadar con nosotros y conseguir así que los calmemos; en el que pasan frío, hambre y sed y se preocupan por los deudos. Mi anhelo de ese mundo de la fe es a veces tan

intenso que no soy capaz de concebir otra idea. Veo entonces las sombras de Odiseo y deseo que las mías se encuentren entre ellas. Dibujo su imagen en el vacío y una hábil voz dice en ese preciso instante: ¡Cree, y las tendrás cuando quieras! Pero es esta voz la que me hace entrar en razón. No puedo *comprar* a mis muertos. No puedo permitir a nadie que negocie entre ellos y yo. Si están *cautivos*, que me lo hagan saber, y yo pondré todo mi empeño en liberarlos. Si están *rendidos*, todavía me queda tiempo para dejarme llevar por esa misma terrible rendición/sumisión, y el plazo que tengo hasta entonces, el plazo de la rebelión, es lo más valioso que poseo. Si no están *en ninguna parte*, no quiero ninguna ilusión engañosa en torno a ellos, allí acaban para mí todas las mentiras y todas las ficciones, allí, y sólo allí, quiero la verdad más pura.

Vacío en un local que hace unos momentos estaba lleno. Los niños han desaparecido, sus voces han enmudecido. La fuerza repentina del reloj. Las dos camareras que ahora acceden al poder; ya nadie les da órdenes, ellas han salido vencedoras. Todo vacío de este tipo es tranquilizador y triste a la vez; como si uno ocupara un sitio en el que la muerte no lo alcanza; como si ella hubiera alcanzado a todos los demás.

Su letra, que es cada vez más valiosa cuanto menos legible; que alcanza el valor máximo cuando ya no significa nada en absoluto. El miedo a que se borre en el bolsillo. ¿Cuándo empieza algo a ser reliquia? ¿Cuándo temblamos por el objeto más insignificante por el mero hecho de que un ser querido lo tuviera en su mano? ¿Cuándo comenzamos a cuidarlo como lo mejor por lo que uno pueda vivir, esto es, como a los propios vivos? No sé lo que se desplaza en ese momento; lo que hemos de experimentar una y otra vez para tomárnoslo en serio; lo que sólo podemos experimentar como algo singular; lo que no se aprende nunca porque nunca se puede reconocer. Incluso en el objeto que podría quedar le estamos diciendo a la muerte: ¡no, no! ¡Pero qué le importa a la muerte una vez que ha conseguido su triunfo máximo, una vez que nos ha obligado a trasladar a un simple objeto el amor por la persona que hemos perdido! Nunca sabremos si existe una intención detrás de aquello que llamamos muerte; pero, si existe, sólo puede ser la siguiente: rebajar y degradar lo vivo a mero objeto fútil, a una huella que no es ni una millonésima parte de lo que habría podido ser el viviente.*

Un moribundo inmortal... ¿Qué si no es Jesucristo?

El fallecido nos arranca de todos los vivientes, con tanto más intensidad cuanto más cercano es a nosotros. No aguantamos las actitudes desbordantes de los vivos, las poses que adoptan y que contraponen a la impotencia y al desamparo del fallecido, que no nos abandonan nunca. Hay una injusticia bárbara en el hecho de que los vivos asuman la herencia y pisoteen al muerto. Nos ponemos del lado de los caídos y despreciamos a los vencedores. Es tan fácil desear la muerte a alguien y tan difícil mantener a alguien con vida. El sentimiento cargado de parcialidad por el fallecido se torna tan fuerte que todos los demás que participaban de la misma carrera se encogen por el mero hecho de seguir con vida; y olvidamos que cada uno de ellos, si hubiera sido el

primero en perder la carrera, habría cobrado la misma importancia para nosotros.

1954

¡Cuán sagaz era el padre de Buda! ¡Y cuán oprobiosa es la leyenda del primer encuentro de Buda con la vejez, la enfermedad y la muerte!

¿Habría sido todo diferente si su padre lo hubiera enfrentado de niño con un anciano, un enfermo o un moribundo como sus compañeros de juego y animales favoritos, como sus bailarinas, mujeres y músicos? PDH

A los vivos que conocemos bien siempre tenemos algo que reprocharles. A los muertos, en cambio, les agradecemos que no nos prohíban el recuerdo. HAM

Nunca sabes qué será lo más valioso de cuanto queda de ti; tal vez alguien se llevará a los labios un par de viejos zapatos tuyos, viejos y desgastados, cuando todos tus papeles se hayan quemado ya hace mucho tiempo.

Quedan unos cuantos hombres contados que se encargan de todos los dioses. A cada hombre le corresponden dos mil dioses. Los supervivientes como bestias de carga de la adoración del pasado.

No saben que los muertos se refugian en los vivos y allí se esconden: hasta que de repente, de la forma más inopinada, uno de ellos te saca la lengua que te resulta tan familiar.

El padre de Kierkegaard tenía cincuenta y siete años cuando él nació; su madre, cuarenta y cinco. Él murió a los cuarenta y dos.

La idea islámica de que las paredes de la tumba se contraen para atormentar al muerto es lo más inquietante que he escuchado jamás y podría quitarme, si las tuviera, las ganas de morir.

Sueño de Veza (noche del 3 al 4 de junio de 1954)

Ayer por la mañana, cuando llamé a Veza, me preguntó angustiada cómo me encontraba. «Bien, bien», le respondí, «ya sabes que últimamente me siento muy bien». Siempre le digo lo mismo, pero es que ayer, además, era cierto. Entonces me contó que mi madre se le había aparecido en un sueño y le había dicho que me hallaba en grave peligro. Estaba muy envejecida, Veza no la reconoció, pero sabía que era mi madre.

No me costó tranquilizar a Veza. Eso sí, me extrañó un poco que me resultara tan fácil, porque ella es, por naturaleza, muy supersticiosa.

Por la tarde me reuní con unos amigos, entre los cuales se hallaba Clement. Le mencioné el

sueño de Veza, y ella me dijo que la noche *anterior* (es decir, no simultáneamente con Veza) había soñado algo parecido. En el sueño, Veza la llamaba y le decía: «Quiero que estés conmigo, Clement. Canetti está agonizando». Ella soltó un grito y oyó por primera vez su verdadera voz. Francis estaba junto a nosotros cuando conté a Clement el sueño de Veza y ella a mí el suyo. Lo apunto solamente porque ambas tuvieron un sueño parecido en dos noches seguidas. Por supuesto, no creo que suponga nada; pero si a pesar de todo esos sueños se hacen realidad, no carecería de interés encontrarlo apuntado.*

Alguien se deja crucificar para demostrar que no pasa nada.

Avanza entre la gente envuelto en el grueso abrigo de la bondad, así jamás siente frío. Se desprendería de su última camisa antes que entregar este abrigo de la bondad. A veces se imagina horrorizado que pudiera existir una prohibición de pasar por bueno. El sudor le baña la frente y, como si lo acosaran, se precipita al encuentro de sus víctimas, que lo reciben agradecidas y radiantes de alegría. Cuando ha hecho algún bien a dos personas que no se conocen mutuamente, él se preocupa de que se conozcan. Luego se las imagina juntas y hablando sobre él. Más adelante hace que ambas partes le cuenten lo que hablaron y compara las dos versiones con todo detalle. Porque está dispuesto a dejar que lo engañen en todo, excepto en su bondad.

Actúa con la máxima modestia cuando hace el mayor de los bienes, tanto más grande será el efecto. Le gusta repasar mentalmente su propia vida y comprueba que no ha habido ningún período en que no haya sido bueno. No puede asistir a ningún sepelio sin identificarse con el difunto, y quizá hasta lo envidie un poco porque todos hablan bien de él. Pero se consuela imaginando todo lo que dirían si él fuera el muerto.

Alguna que otra vez se toma en serio esta quimera y hace propagar la noticia de su propia muerte. Se abona entonces a una agencia de prensa y recibe puntualmente todas las necrológicas relacionadas con su persona. Pasa luego unos días felices pegando las necrológicas en un álbum. Pero es justo y no elimina las que le parecen demasiado breves. Luego deja el imponente álbum en su cama, como una almohada, y duerme sobre él. Sueña con su entierro al día siguiente y, cuando todos lo han hecho ya, él también arroja una paletada de bondad en la tumba. PDH

Mientras exista la muerte, no hay lugar para la humildad. SDM

A veces, uno se siente tan triste que parece que hubiera muerto y supiera que no debería haber sucedido.

- Hace tiempo que no te veo.
- Es que he muerto.
- Vaya, qué terrible. ¿Cuándo ocurrió?
- Hace dos meses.
- ¿Pero ahora te va bien?
- No me va mal, gracias.

Una bata de la que uno nunca despierta.

Narrar, narrar hasta que nadie muera. Las mil y una noches, las millones y una noches.

Qué quiere el hombre, por qué lo llevan los pies
por las calles ridículas y desalmadas de la ciudad,
qué quiere el hombre, por qué vuelve a abrir
los ojos todas las mañanas, qué quiere el hombre,
por qué contiene la respiración en los sueños,
qué quiere el hombre, por qué abre / ofrece
la boca a alimentos falsos / venenosos / maldicientes,
el espíritu a libros vacuos / a palabras engañosas,
qué quiere el hombre cuando despotrica,
qué quiere el hombre cuando alaba,
qué quiere el hombre cuando nunca recorre un camino hasta el final,
qué quiere el hombre cuando nunca abandona un viejo lugar.
Qué quiere el hombre cuando cae y qué quiere cuando sube,
qué cuando aguarda durante días y semanas, meses y años,
qué cuando persigue / expulsa a niños, a enemigos, a perros, a mujeres,
qué quiere el hombre, qué quiere el hombre.
Qué quiere el hombre cuando gime,
qué quiere el hombre cuando ríe,
qué quiere el hombre cuando grita / vocifera,
qué quiere el hombre, qué quiere el hombre.
Qué quiere el hombre cuando se arrastra,
qué quiere el hombre cuando vuela,
qué quiere el hombre cuando cree,
qué quiere el hombre cuando se mofa.
Qué quiere el hombre, qué quiere el hombre.
Qué quiere el hombre cuando miente, qué quiere el hombre cuando dice
terriblemente la verdad,
qué quiere el hombre cuando mendiga, qué cuando regala.
Qué cuando regala, qué cuando roba.
Qué cuando escupe, qué cuando traga,
qué cuando calla, qué cuando canta,
qué cuando llora, qué cuando golpea,
qué quiere el hombre cuando asesina.
Qué quiere el hombre cuando ama.
Qué quiere el hombre, qué quiere el hombre.
El hombre, el hombre quiere encontrar a sus muertos.

1956

Cada año debería tener un día más que el anterior. Un nuevo día en el que nunca ocurra nada, un día en el que nadie muera. PDH

Puede que no estuviera nada mal morir feliz mientras nunca se haya vivido con alegría la muerte de otro. PDH

Desde que ella murió, él aparta la mirada de cualquier retoño. PDH

Pensar en los muertos supone un intento de reanimarlos. Nos importa más devolverlos a la vida que *mantenerlos* en vida. Este deseo ardiente de reanimar es el germen de toda fe. Desde que ya no los tememos, sentimos frente a los muertos una culpa única e incommensurable: la de no conseguir que regresen. Esta culpa alcanza su máxima intensidad los días en que nos sentimos más vivos y felices. PDH

Una obra de teatro en la que vayan apareciendo todos los muertos que nos pertenecen. Algunos de ellos se reencuentran, otros se conocen por primera vez. No hay ninguna aflicción entre ellos. ¡Tan inmensa es la felicidad que les produce salir al escenario! (¿Y qué decir sobre la felicidad de quien los hace salir a escena?) PDH

El poder de matar se desvanece ante el poder de conjurar. ¿Qué es el asesino más grande y terrible comparado con un hombre que, mediante un conjuro, pueda devolver la vida a un solo muerto?

¡Qué ridículos parecen los esfuerzos de los poderosos por escapar a la muerte! ¡Y qué grandiosos son los esfuerzos de los chamanes por conjurar muertos! Mientras lo crean, mientras no se limiten a fingirlo, merecen toda veneración.

Despreciables me parecen los sacerdotes de todas las religiones que no pueden hacer regresar a los muertos. No hacen sino consolidar una frontera que nadie puede traspasar. Administran lo perdido de manera que siga perdido. Prometen una peregrinación a un lugar desconocido para disimular su impotencia. Están contentos de que los muertos no regresen. Los mantienen al otro lado. PDH

Con frecuencia hay algo penoso y opresivo en el culto funerario de *otros*. Un apartarse del mundo de los vivos, al cual pertenecemos nosotros mismos; de ahí que nos sintamos heridos por el culto a un muerto que practica otra persona, como si pudiéramos no importarle nada en absoluto, como si ningún ser vivo pudiera importarle algo.

Habría que tener mucho cuidado de no encerrarse con el muerto; hay que dejarlo libre y permitir que muchos otros se relacionen con él. Deberíamos, pues, sin ser impertinentes, hablar sobre él a otras personas, y no desfigurarlo aisándolo. PDH

Pero ¿quién eras tú para investigarlo todo? ¿Cómo te atreves? La sola preocupación no te da ningún derecho a investigar.

Tu única justificación es tu inquebrantable odio a la muerte. Es la muerte de todos y de cada uno, y así tú la investigas por todos y cada uno. PDH

Con la creciente conciencia de que estamos sentados sobre un montón de muertos, animales y hombres, y de que el sentimiento de nuestra propia dignidad se alimenta de la suma de aquellos a quienes hemos sobrevivido; con esta toma de conciencia, que va ganando terreno rápidamente, se nos hace cada vez más difícil encontrar una solución de la cual no nos avergoncemos. Es imposible apartarse de la vida, cuyo valor y cuyas expectativas sentimos siempre. Pero también es imposible no vivir de la muerte de las otras criaturas, cuyo valor y cuyas expectativas no son menores que las nuestras.

La dicha de referirse a una lejanía, de la cual se alimentan todas las religiones tradicionales, ya no puede ser la nuestra. El Más Allá está en nosotros: una comprobación que pesa mucho, pero está prisionera en nosotros. Ésta es la gran e insalvable escisión del hombre moderno. Pues en nosotros está también la fosa común de las criaturas. PDH

Comprendo la religión como nunca la he comprendido, un sentimiento que sólo puede definirse como religioso me domina ahora por completo. *Religión* es el sentimiento de unión con los muertos. Tal vez este sentimiento fuera tan intenso en algunas personas que realmente llegó a dar vida a los muertos. ¿Cristo?

Durante años y años vuelvo una y otra vez a esa figura que es Mahoma. No la suelto, no me suelta, he encontrado su horribilidad dentro de mí. ¡Nada de griegos, nada de judíos, nada de chinos! ¿Por qué intento engañarme con esos hombres de las verdaderas culturas? Por mucho que los anhele, no soy como ellos. Pero Mahoma es como un judío. Ha metido en el paquete al Dios de los judíos. Ha llevado al Dios de los judíos hasta el final, a su imperio universal. El verdadero profeta es Mahoma, los demás malinterpretaron a Yavé. Yo sé exactamente lo que quería Mahoma, yo sé exactamente lo que sentía. Conozco sus cementerios, conozco a sus mujeres, conozco la arrogancia de su tribunal. Conozco su inclinación a la corporeidad, conozco su temor a las almas. Conozco el fuego de la repetición y conozco la decadencia de la revelación que se convierte en ley. Sé que lo primero que experimentó fue la muerte y que luego la experimentó mil veces, y yo también ansío que todos vuelvan a cobrar vida. Yo tampoco quiero nada entre la tumba y la nueva vida. El alma sin cuerpo me parece una burla y toda fe que hablaba de las almas me resbalaba como el agua. Yo también conozco el miedo, el único gusano de verdad; pero sé que no es el miedo a ese juicio, sé lo que Mahoma no sabe, que es miedo al juez que hay dentro de mí, que no para de juzgar a los otros.

1957

Me he pasado todo este mes reflexionando sobre el triunfo del matar o del sobrevivir. Podría parecer que todo cuanto he conseguido con mi jactanciosa rebelión es comprobar que la muerte de los demás es fortalecedora y, por ello, bienvenida. No des tanta importancia al hecho de tu propia muerte, antes de ti verás morir a muchos otros.

¡Como si cada muerte individual, sea quien sea el que muere, no fuese un crimen que hubiera que evitar por todos los medios! PDH

El latido del corazón de todos aquellos que murieron demasiado jóvenes: así, como todos ellos, palpita su propio corazón de noche. PDH

Pasa por «grande» quien escapa con bastante frecuencia a una muerte a todas luces inminente. Cómo logra crear el peligro es asunto suyo. HAM

Perutz, muerto, sentado a mi mesa, muy amable... En el café.*

Yo, contemporáneo consciente de las dos guerras más grandes que ha conocido la humanidad, las he vivido *desde fuera*. No pertenecía a ningún ejército, no podría haber estado nunca en uno ni lo estaré jamás. Me he opuesto a la guerra con todo el poder de mi alma, un alma fuerte y apasionada. Hacerla imposible para siempre es el objetivo confeso de mi vida, del que nada podrá disuadirme. Esta convicción, sin embargo, que impregna por completo a la persona, no sirve para facilitar la comprensión de la guerra desde dentro. Toda acusación *desde fuera* ha resultado inútil. Hombres mejores que yo han fracasado. Hay que tener la fuerza para introducirse en la boca y las fauces de la guerra y arrancarle las tripas sin piedad. Y quien sucumba al asco antes incluso de que abra su boca, que la evite y se dedique a cantar canciones. Oh, a mí también me habría gustado cantar, y muy lejos está de mí despreciar a quienes se han entregado a ello. Sin embargo, he decidido arrostrar la guerra y la muerte sin matar yo mismo, he decidido destruir su hechizo, echar a sus sacerdotes y colmar a los hombres con aquello que podrían ser sin guerra y sin muerte. Todo cuanto he intentado hasta ahora han sido los preparativos para ese único instante decisivo. Su boca se ha abierto para mí, mi puño ya está dentro. No debo retirarlo hasta agarrar sus tripas, hasta llegar al fondo.

1958

En un periódico italiano leo la noticia de una monja que acaba de fallecer a la edad de cien años.

Ya había muerto una vez, cuando era una joven de diecisiete años; habían clavado ya la tapa del ataúd encima de ella, cuando su hermana insistió en que lo abrieran de nuevo. Entonces ella volvió en sí y se incorporó. Este milagro la decidió a tomar los hábitos y dedicar su vida a Dios. Y así, después de su primera muerte, vivió aún ochenta y tres años. PDH

Los últimos pensamientos de un moribundo influyen en su siguiente reencarnación (*budista*).

Oh calma y lejano ferrocarril, muerto el tormento de aquel año; daría todo por que siguiera con vida como tormento.

En su día, cuando aún vivía, hace cien años, ayer.

Siempre he conocido a Kanaima; Dios ha sido Kanaima para mí; desde que soy capaz de pensar ha estado dentro de mí, el espíritu de la enemistad, amenazando desde todas partes. Kanaima... ¿Ha conocido el griego más sabio algo más profundo? Kanaima es miedo y odio a la vez, el asesino asesinado por doquier.*

La campaña de quince hombres taulipang y un solo arekuna contra un número mucho mayor de pishauko que están reunidos por la noche en su casa grande mientras su curandero insufla salud a un enfermo; ahí están ellos, hombres, mujeres y niños, y el curandero les dice: viene gente; el curandero dice: hay gente aquí, y en ese preciso instante dos mujeres que acompañan a los taulipang y al arekuna y que están fuera arrojan fuego sobre la casa, varios amenazados se precipitan al exterior, los enemigos penetran en la construcción y matan a todos. Dos mujeres jóvenes logran escapar. Los niños lloran, los arrojan al fuego, un hombre de los pishauko queda con vida, se embadurna y se esconde bajo los muertos. Sin embargo, a todos los muertos los parten en dos, de manera que encuentran al superviviente y también lo parten en dos. Cuelgan al jefe muerto de la tribu de los pishauko, le disparan hasta que lo deshacen a balazos. El jefe victorioso le abre la vulva a una mujer muerta y dice a uno de los suyos: «¡Mira, aquí podrás penetrar a gusto!», y entonces los guerreros regresan a casa cantando felices y bailan en su hogar. Luego se sientan en pequeños taburetes sobre unas hormigas gigantes que los pican terriblemente; después se levantan y se azotan los unos a los otros.

Esto es todo. Y lo sigue siendo. Ahora, sin embargo, son más de quince.

Cabe añadir que algunos enemigos que vivían en casitas más apartadas pudieron huir a las montañas. Y siguen viviendo allí, odiados por todos, como asesinos secretos. Kanaima.

Es exactamente lo mismo. No hay nada que añadir. Tanto entonces como ahora podrías haber dedicado toda tu vida a comprenderlo.

Pero ¿lo has comprendido? Ayer leíste esta crónica de no más de cuatro páginas, hoy has vuelto a leerla, la copiaste palabra por palabra y luego has tornado a leerla dos o tres veces. No la has olvidado en ningún momento. Antes tampoco podías olvidarla. Sin embargo, has aprendido una palabra, más breve, más precisa, más concentrada que todas nuestras teorías y tratados. *Kanaima*. ¡Quién hará el ridículo hablando de agresiones cuando puede decir «Kanaima» y decir mucho más!*

Yo, no obstante, estoy entregado a la sabiduría de los antiguos, a todos sus mitos.

Amo la estupidez de los vivos.

Odio la muerte.

Tranquilizar al cuervo con la trucha. Pero la comadreja está muerta.

1959

Hace poco, en una isla del Pacífico, se comió por última vez carne humana, en honor a una explosión atómica. PDH

A veces tengo la impresión de que concluir lo emprendido se ha convertido en una especie de fin en sí mismo. Pienso en los objetivos con los que empecé, en la confianza con la que quería hacer algo verdadero. Mientras lo hacía, el mundo se fue cargando de una destrucción mil veces mayor. Es una destrucción *contenida*, pero ¿cuál es la diferencia?

¿Y qué es esta obsesión que me impulsa a atacar cualquier destrucción, como si me hubieran nombrado protector del mundo? ¿Qué soy yo mismo, un ser indefenso al que se le van muriendo, una tras otra, las personas más cercanas, un ser que ni siquiera puede mantener con vida aquello que más le pertenece? ¡Un naufragio por todos lados y un grito lastimero!

¿A quién le soy útil? ¿A quién sirvo con este empecinamiento inquebrantable?

No ha quedado nada, salvo este empecinamiento. Las personas nuevas se alejan escurriéndose de mi lado, las palabras y conversaciones nuevas se me escapan, el pasado aún sigue vivo. ¿Cuándo lo atacará también la destrucción? No quedará nada y, no obstante, yo continuaré en pie, un niño que por vez primera se yergue sobre sus piernas, y gritaré a voz en cuello: ¡No! PDH

Una cara toda compuesta de muertos.

1960

La lamentación por los muertos apunta a su resurrección, *ésta* es su pasión. La lamentación deberá durar hasta que la consiga. Pero se interrumpe demasiado pronto: no hay la pasión suficiente. PDH

Podría ser que al hombre que no quiera matar se le niegue, al final, cualquier decisión libre. Y aunque tuviera que petrificarse del todo: no deberá matar. PDH

En toda vida es posible encontrar los muertos de los que la persona en cuestión se ha alimentado. En hombres tiernos, buenos, ordinarios, malos, en todas partes están los muertos de los cuales se ha abusado. ¿Cómo puede soportar la vida alguien que sabe esto de sí mismo? Prestando a sus muertos su propia vida, no perdiéndola nunca y perpetuándolos. PDH

En la aflicción se prepara siempre algo, pero de nada sirve decírselo.

Mi aflicción no tiene nada de liberador. Porque siempre sé demasiado bien que contra la muerte no he hecho absolutamente nada. PDH

Una mujer que debe sonreír a todo el mundo, que sonrío hasta sumirse en la confusión más grande, que no puede renunciar a su sonrisa en la penuria y muere sonriendo para agradar a todos los que pudieran verla muerta. Sonríe en el ataúd y debajo de la tierra. PDH

Quien de verdad supiera qué es lo que ata a los hombres entre sí, estaría en condiciones de salvarlos de la muerte. El enigma de la vida es un enigma social. Nadie va en pos de sus huellas. PDH

Sólo puedo ser amigo de espíritus que conozcan la muerte. Ciertamente es que me hacen feliz cuando consiguen callar sobre ella, pues yo no puedo. PDH

Un local en el que todos hayan enmudecido. Sentados solos o en grupos, los parroquianos consumen sus bebidas. Muda, la camarera muestra la carta a alguien que le señala algo con el dedo, ella asiente con la cabeza, le trae lo que ha pedido y, siempre muda, lo deja sobre la mesa. Todos se observan unos a otros sin decir palabra. En el local donde nadie habla, el aire se estanca. Todo es como de vidrio. La gente parece más frágil que los objetos. Resulta que las palabras otorgan su fluidez a los movimientos. Sin palabras todo está fijo e inmóvil. Las miradas se vuelven siniestras e incomprensibles. Es posible que piensen únicamente en el odio. Alguien se pone en pie. ¿Qué hará? Todos se asustan. Un niño que parece pintado abre desmesuradamente la boca, pero no se oye ningún grito. Los padres no dicen nada y le cierran de golpe la boca.

La luz se va, se oye un ruido como de algo que se hace añicos, regresa la luz, pero nadie se ha roto. La gente paga con monedas que son tan mansas como animales pequeños. Un gato salta sobre una mesa y domina el local. En ningún momento ha enmudecido, pues siempre había callado.

Y entonces el local se anima con muertos. PDH

Los diarios de Pavese: todas las cosas que me preocupan, cristalizadas de otra manera. ¡Qué felicidad! ¡Qué liberación!

Su muerte preparada: pero sin abusar de nada, sin desertar ningún sentimiento por él. Sobreviene como si fuera natural. Pero ninguna muerte es natural. Su muerte es para él algo privado. Uno se entera de ella, pero no resulta modélica. Nadie querría matarse porque él lo hizo.

Y sin embargo, cuando anoche quise morir en medio de mi humillación más profunda, cogí sus diarios y *él murió por mí*. Es difícil creerlo: gracias a su muerte hoy he vuelto a nacer. Se podría investigar este misterioso suceso, pero yo no quiero hacerlo. Quiero dejarlo intacto. Quiero silenciarlo. HAM*

Uno que escapa a la muerte porque nunca ha oído nada de ella. HAM

Él prevé siempre el final: para no comenzar nada. HAM

¿Qué haré si me dicen: no tiene usted nada? Llamaré a Veza, después iré a pasear un rato por el centro de la ciudad y tal vez me compraré unos libros. Porque sin comprar libros no existe ninguna emoción para mí, es como para otros el beber. Luego, esta misma noche me pondré a escribir como un poseso y produciré un determinado número de páginas *diarias*, un número que no podrá ser pequeño, cinco como mínimo.

¿Qué haré si el médico me dice: usted tiene cáncer? Llamaré a Veza y le diré lo mismo que en el caso anterior. Tal vez con un tono más alegre para convencerla mejor. En vez de ir a pasear me sentaré en un café y mantendré un soliloquio. No me compraré más libros. Al atardecer, antes de que se haga de noche, me pondré a trabajar, a escribir. Produciré como mínimo diez *páginas* diarias. En tres meses una novela inmensa estará acabada. Entretanto viajaré a París para hablar con mi hermano. En verano viajaré con Veza. Quiero ir a París y a Zúrich, a Múnich y a Viena. Por fin viviré como siempre tendría que haber vivido, en un estado de actividad febril, y aunque sólo me quede un año de vida, dejaré la novela más grande de nuestra época de la cual no existe aún ni una sola palabra, y muchas cosas más.

Uno que ha concluido la obra de su vida a los treinta años y luego alcanza los cien años de edad. Tiene tiempo para vivir su gloria, su olvido y su redescubrimiento.

1961

En cada generación ya sólo muere uno. Como intimidación. PDH

La víctima que, al morir, se convierte en quien la mata y pide ayuda con la voz de éste (*Ramayana*). PDH

Aprender a hablar nuevamente a los cincuenta y cinco años, no un nuevo idioma, sino a hablar. Echar los prejuicios por la borda, aunque no quede nada más. Releer los grandes libros, los hayamos o no leído realmente. Escuchar a los demás sin aleccionarlos, sobre todo a quienes no tienen nada que enseñar. No seguir admitiendo el miedo como medio para lograr la plenitud. Combatir la muerte, sin tenerla todo el tiempo en la boca. En una palabra: valor y justicia. HAM

Los diez soles de los chinos. El arquero que con sus flechas derriba a nueve del cielo y salva a los hombres de morir achicharrados.

1962

Napoleón moribundo, horrible, como si nunca hubiera sabido nada de la muerte, como si la experimentara por primera vez. PDH

Allí los muertos siguen viviendo en nubes y fecundan a las mujeres en forma de lluvia. PDH

Allí los vivos ayunan y alimentan a los muertos. PDH

Hasta al más querido se le desvanecen los muertos, y al final se olvidan de invitarse donde él.

Es mejor vivir tan intensamente que nadie pueda morir. HAM

Nadie me convencerá de la excelencia de matar, sé lo que se siente al hacerlo sin haber matado yo mismo, es menos valioso que un solo aliento del asesinado o del asesino.

La mano que forma una sola letra es más grande que la mano que mata; y el dedo que haya contribuido a perpetrar una muerte deberá secarse antes de que tenga tiempo de encorvarse. ¡Como si no bastase con que la gente se muera, como si encima tuvieran que echarle una mano!
HAM

¿No sería el retorno aún más triste que la desaparición? HAM

Ya no quiero nada *en cantidad suficiente*. Quiero que sea poco, y en cuanto he dado el primer paso para conseguirlo, ya no lo quiero.

Me avergüenza aprovechar una ocasión. Es tan hermoso el hecho de que se ofrezca, de que esté ahí, ¿cómo podemos, encima, aprovecharla? Quien está seguro de ella, no la utiliza. Quien echa mano de ella, la ha perdido. Pero también quien no la aprovecha puede haberla perdido, y yo jamás pienso en eso.

Soy demasiado viejo. No odio casi nada. He llegado a ese estadio en el que a uno le gusta todo si está allí. Empiezo, por vez primera, a comprender que haya filósofos que den por bueno todo lo existente. Es cierto que los partidarios de la muerte siguen provocando mi animadversión. Pero no he encontrado solución alguna. Me encuentro ante la misma duda a la que me he enfrentado siempre. Sé que la muerte es mala. No sé con qué podríamos sustituirla. HAM

Con cada hora que estés solo, con cada frase que escribas, recuperarás un trozo de tu vida. Nunca ha existido un hombre que pueda ser feliz con tanta facilidad; concretamente, escribiendo sin cesar. Y nunca ha habido uno que se niegue esta felicidad de manera tan insistente y absurda.

Escribe hasta que se te entorren los ojos o se te caiga el lápiz de la mano, escribe sin dudar ni

un instante ni ponderar lo que es ni cómo es, escribe desde la plétora de una vida desaprovechada que ha crecido y se ha petrificado, convertida en una cantidad de macizos montañosos dentro de ti, escribe sin añadirlo a los cientos de andamios y enrejados a riesgo de que no se aguante, a riesgo de que se desintegre enseguida, escribe porque sigues respirando y porque tu corazón, que quizás esté ya enfermo, todavía late, escribe hasta que se haya desmontado *algo* de las enormes montañas de tu vida, porque ni siquiera un pueblo entero de gigantes sería capaz de desmontarlo *todo*, escribe hasta que tus ojos se cierren para siempre, escribe hasta asfixiarte.

El joven Burns Singer (zoólogo y poeta, amigo de Gavin) viene a verme y me cuenta que la primera vez que quiso suicidarse fue a los nueve años. Después de una discusión entre los padres, su hermano de siete años y él decidieron estrangularse mutuamente. Cada uno puso las manos en torno al cuello del otro y apretó todo lo que pudo, pero no ocurrió nada.

Luego, ya como estudiante universitario, llegó a casa después de disecar un calamar y encontró a su madre ahorcada en la cocina. Él tenía entonces veintidós años. Se sintió culpable y quiso quitarse la vida. Su madre era diminuta, «4 foot 8”». Su padre, un hombre muy alto con una nariz enorme, se emborrachaba a menudo, y la madre vivió durante veinte años un infierno con él. Cuando el padre estaba muy borracho, obligaba a los niños a arrodillarse y a rezar *Sh'ma Israel*. Era la única frase hebrea, la única plegaria que conocía el pequeño Burns, y la aprendió así, en la embriaguez de su padre.

El padre, que provenía de una familia ortodoxa, se casó tres veces, y ninguna de sus mujeres era judía. Por eso obligaba a sus hijos a rezar cuando estaba borracho.*

Ayer leí las conversaciones con Stalin, de Djilas, y sentí asfixia. No sirve de nada que muchas de mis intuiciones respecto al poder se vean allí confirmadas. Está Stalin con vida o no, todo continúa de manera parecida. No quiero decir con esto que siga así en Rusia, sino que, en el fondo, en todas partes es igual. ¿Qué hacer? ¿Qué decir? ¿Tiene sentido continuar dándole vueltas a lo mismo?

Sólo tiene sentido si creo poder conseguir algo. Nunca he perdido esa fe. Sin embargo, podría ser que se trate en este caso de una fe similar a la de los propios potentados. ¿Qué me convierte en su peligroso enemigo? ¿Estoy celoso de ellos como Nietzsche de Dios o como Dios de los otros dioses? Sería tan terrible que no lo puedo admitir. Realmente no lo creo. Mi instinto más profundo se opone al acto de matar, y de matar depende todo potentado.

La esencia del poderoso consiste en odiar su muerte, pero solamente la suya, y en que la muerte de otros no sólo le resulta indiferente, sino que la necesita. Esta tensión entre su muerte y la de los demás es lo que lo constituye.

Mi esencia, en cambio, es rechazar y odiar cualquier muerte. No considero imposible que en algún momento llegue a aceptar más o menos mi muerte, pero jamás la de otro. Es tan seguro, lo siento con tal intensidad, que podría encabezar con ello mi pensamiento y mi mundo. Es mi *Cogito ergo sum*. Odio la muerte, soy así. *Mortem odi ergo sum*. Y eso que esta frase omite lo más importante, el hecho de que odio cualquier muerte.*

Quien no haya matado no es un hombre. Esta frase, muy propia de Hemingway, no significa nada en absoluto. No significa nada y para colmo es falsa. Porque, por un lado, no existe nadie que no haya matado, y cuanto menos haya matado alguien, más se ocupará del asunto. Si algo de «virilidad» hay en el hecho de matar (e incluso ese «algo» me resulta dudoso), reside en la vacilación a la hora de hacerlo, que luego se supera a pesar de todo. No obstante, esa vacilación desaparece tan pronto como se mata con frecuencia, y el matar se produce entonces de manera mecánica, no es más interesante que fumar o escribir a máquina, y no requiere ni vacilación ni reflexión, se convierte en una necesidad tan absurda como fumar o en una destreza tan fría como escribir a máquina. Puede que matar sea algo en la primera ocasión y, si queda en esa primera vez, puede que lo ocupe a uno durante toda la vida. A mí me basta haber visto simplemente a alguien que murió de repente: mi padre. Pero que los cazadores, los soldados y los asesinos no se envanezcan. Lo que supone una excitación real es el *peligro* en que se encuentran, y sin duda deben sentirla cada vez que se repite la situación, pero el matar en sí no es nada; sólo sus consecuencias en la supervivencia vuelven a ser algo, y quien habla de la virilidad del acto de matar confunde lo uno con lo otro.

La estupidez de Hemingway me repugna de manera indecible. Celebro la vida de cada cual, pero me parece que la suya ha sido particularmente superflua y dañina.*

No temo la muerte. La considero superflua.

Belleza de las cenizas, como resto sacro del mundo. Como si las cenizas permitieran intuir cada forma destruida.

Lo llamo P., el pavo real práctico, y por un momento quiero verlo todo con *sus* ojos.

P. quiere allanar todos los cementerios, quitan demasiado espacio.

P. quiere destruir todos los registros, para que no se sepa quiénes vivieron antes.

P. suprime la enseñanza de la Historia.

P. no ha decidido todavía qué hacer con los apellidos, mantienen vivo el recuerdo de los padres, abuelos y otros muertos similares.

P. no tiene nada contra las herencias, pero no deberán estar vinculadas a los nombres de los anteriores propietarios.

P. va incluso más lejos que el filósofo chino Mozi: está contra los entierros en general y no sólo contra el dispendio y las pompas vinculadas a ellos.

P. quiere la Tierra para los vivos, ¡fuera los muertos! Incluso la inhóspita Luna le parece demasiado buena para ellos, aunque quizá podría utilizarse como cementerio en una fase transitoria. Todo lo muerto sería lanzado a la Luna de vez en cuando. La Luna como basural y cementerio. ¿Monumentos? ¿Para qué? Desfiguran plazas y calles. P. aborrece a los muertos, ¡cuánto espacio quitan! Están esparcidos por todos lados.

P. sólo tiene amantes jóvenes. Al primer signo de marchitez, las repudia.

P. dice: «¿Lealtad? La lealtad es peligrosa, termina entre los muertos».

P. va por donde puede, precediendo con el buen ejemplo, e inventa crueldades que ponen los pelos de punta.

P. censura un periódico: *así* debería ser. Nada de necrológicas. Nada de oraciones fúnebres.

P., que es muy rico, compra todas las momias y las destruye públicamente con sus manos.

P., sin embargo, no es partidario de matar. Sólo es partidario de matar a los muertos.

P. está rescribiendo la Biblia para sus objetivos modernos. También se interesa por otros libros sagrados y los purifica todos según sus propósitos.

P. se viste de una forma que jamás recuerda a los muertos.

P. no permite que en su casa haya ningún objeto que provenga de personas muertas.

P. destruye al instante todas las cartas y retratos de personas que acaban de morir.

P. inventa un eficaz arte de olvidar.

P. sólo visita a los enfermos cuando ya están otra vez sanos. Para los moribundos hay lugares secretos que nadie conoce o bien personas que se encargan de ellos.

P. opina que tratamos correctamente a los animales. Sólo rechaza y combate los rituales que se celebran con los animales domésticos muertos.

P. exige una reeducación de los médicos.

P. tiene sus plegarias especiales. Hay rasgos de Dios que él aprueba. A Cristo lo considera un embustero.

P. *camina* de otro modo, como si nada supiera de los muertos.

P. está convencido de que ver a un muerto nos deja apestados para siempre y de que jamás nos curaremos de esa peste.

P. afirma que nunca envejecerá porque no toma en cuenta a los muertos. PDH*

El año en que el lago se heló. El año en que la muerte se vengó de él. PDH

Cuando el vencido se retuerce en el suelo, ya no sabe nada y sólo quiere una cosa: el regreso de esos muertos; cuando esté dispuesto a entregar a todos los vivos por esa única cosa, entonces y sólo entonces comprenderá que la muerte lo ha aniquilado y que más le hubiera valido no nacer nunca. PDH

Los inquebrantables, ¿cómo lo hacen? Los imperturbables, ¿de qué están hechos? Cuando todo ha terminado, ¿qué respiran? Cuando el silencio se impone, ¿qué escuchan? Cuando lo caído no vuelve a levantarse, ¿cómo caminan? ¿Dónde encuentran una palabra? ¿Qué brisa les acaricia las pestañas? ¿Quién abre para ellos el oído muerto? ¿Quién susurra el nombre helado? Cuando el sol de los ojos se extingue, ¿dónde encuentran luz? PDH

Conocemos a la persona que se nos ha muerto, a todos los vivos los desconocemos. PDH

Su ojo negro que es alimentado por la muerte. PDH

Los nudos de la existencia están allí donde recuperamos a un muerto arrebatándolo a los ojos de los vivos. Pero queremos que éstos lo *sepan*, no se lo regalamos. Somos infelizmente avaros con los muertos. PDH

Podría ser que sólo el más desdichado sea capaz de sentir realmente una dicha y esto parecería casi un acto de justicia. Pero también están los muertos que, al parecer, callan sobre esto. PDH

1964

Una sociedad en la que los hombres desaparezcán repentinamente pero no se sepa que han muerto; no existe la muerte, no hay ninguna palabra para designarla, y ellos están contentos. PDH

El budismo no me satisface porque renuncia a demasiadas cosas. No da respuesta alguna a la muerte, la elude dando un rodeo. El cristianismo, sin embargo, ha puesto en su centro el hecho de morir: ¿qué otra cosa es la cruz? No hay ninguna doctrina hindú que trate verdaderamente sobre la muerte, pues ninguna se ha enfrentado a ella de modo absoluto. La carencia de valor de la vida ha descargado a la muerte.

Aún queda por ver qué fe surgirá en el hombre que vea y reconozca la *enormidad* de la muerte y le niegue todo significado positivo. La incorruptibilidad que presupone este reconocimiento de la muerte no ha existido nunca: el hombre es demasiado débil y abandona la lucha antes de haber decidido iniciarla. PDH

El ilusorio desagravio ofrecido a los muertos: no podemos mejorar nada, ellos no saben nada, y así cada cual sigue viviendo con deudas incalculables y su carga aumenta y aumenta hasta que lo asfixia. Tal vez morimos de nuestra creciente carga de deudas ofrecidas como desagravio a los muertos.

No hay relación más intensa que la de dos personas que se encuentran bajo la tortura de estas deudas. Una de ellas puede cargar temporalmente con las deudas de la otra y aliviarla durante apenas unos momentos. Pero incluso esos breves momentos de intercambio pueden salvarles la vida. PDH

La puerta ante la cual escucho su respiración por la noche.

Continúo escuchando.

La cabeza negra sobre la almohada. Cenizas.

Su egolatría, su tumba.

Ahora conviene taparte los oídos a menudo y hacerlo por la fuerza si no cabe otra solución. Porque no hay otra manera de escuchar las voces de antaño, convertidas en interiores.

He montado una biblioteca para trescientos años y más, y todo lo que necesito ahora son esos años.

1965

A ella le gusta tanto la carne que, al morir, quisiera ser despedazada por aves de rapiña. PDH

La historia de un hombre que oculta a todos la muerte de la persona más cercana a él.

¿Se avergüenza acaso de esa muerte? ¿Y cómo logra ocultársela a todos? ¿Recupera la vida de esa persona en los que nada saben de su muerte? Y ella, ¿dónde está? ¿Está con él? ¿En qué forma? Él la cuida, la viste, le da de comer. Pero ella jamás puede abandonar la vivienda y él nunca viaja, nunca se aleja de ella por más de pocas horas.

Él no recibe visitas. Dice que ella no quiere ver a nadie. Y añade que se ha vuelto extraña y no soporta a nadie. Pero a veces, en el teléfono, habla como ella y también escribe todas sus cartas.

Y así él vive por ambos. *Se convierte* en ambos. Se lo cuenta todo, le lee en voz alta. Al igual que antes, comenta con ella lo que debe hacer y a veces se enfada por su testarudez. Pero al final siempre logra arrancarle una respuesta.

Ella está muy triste porque no ve a nadie, y él tiene que consolarla y alegrarla.

Y él, con un secreto semejante, se convierte en el hombre más extraño del mundo, que debe comprenderlos a todos para que ellos no lo comprendan. PDH

La escisión de la muta de lamentación en *Los persas* de Esquilo: por un lado, los que son suficientemente fuertes para recuperar al muerto, y por el otro, los que se lamentan en vano con el superviviente.

El drama propiamente dicho empieza con Atossa, la viuda del rey: su sueño es el primer mensajero de la desgracia, y este sueño lo es todo hasta que llega el auténtico mensajero que, luego, trae en su relato la verdadera imagen de la desgracia. Conmovido por ésta, el coro se transforma en una muta de lamentación y conjura en presencia de la viuda al más sublime de los muertos, cuyo veredicto de culpabilidad precede la aparición del culpable, y es como si el muerto hubiera ido a buscar al vivo, el padre al hijo, el fundador al devastador.

Así pues, *Los persas* está compuesta por tres conjuros consecutivos, lo soñado o lo contemplado atraen lo real. El sueño de Atossa atrae al mensajero, cuyo relato visionario atrae —a través de la muta de lamentación, conmovida por él— al más sublime de los muertos, quien, por último, mediante su condena, atrae al hijo abatido. PDH*

Sé que todo *va cambiando*, y precisamente porque siento venir de modo ineludible lo nuevo, me vuelvo hacia lo viejo, donde quiera que logre captarlo. Tal vez sólo quiera salvarlo y aproximarle porque no soporto la fugacidad. Pero también podría ser que lo examine para oponerlo a la muerte, que aún permanece invicta. HAM

Otros han *recordado*. También a mí me fascina el recuerdo. Sólo que me cuesta tomármelo con la seriedad suficiente a la vista de todas las muertes.

Quizá también tema que, al rastrear sus fuentes en mi vida, pueda debilitar lo que de seriedad y compromiso hay en mis convicciones. No es importante saber cómo he recalado en algo que concierne a todos tanto como a mí. Debería, pues, recordar de modo tal que, al hacerlo, reforzara mis convicciones a los ojos de todo el mundo. Aún desconfío de la inteligencia selectiva de unas convicciones tan jóvenes. Y tampoco tomo con la seriedad suficiente las consideraciones formales sobre la renovación de un arte que alguna vez fue mío. Me parecen escarceos. Cierto es que me gustan los escarceos, pero no quiero sacrificarles ni una pizca más de mis verdaderos intereses. Podría intentar decir: olvídate de la muerte durante un año y utilízalo para hacer todo cuanto has dejado pasar por ella. Pero ¿podré hacerlo? ¿Podré hacerlo realmente? HAM

¡Qué saben los listos de toda la astucia y esfuerzo que uno necesita para no sucumbir a la paranoia, que sería su condición natural! ¡Con qué tenacidad ha de luchar contra su *unidad*, como otros contra su desintegración! ¡Con qué ingenio y asiduidad debe dispersar su espíritu para que no se le reduzca a delirio y maldad! ¡Cómo debe repartirse una y mil veces para conservar el aliento mediante el cual aspira al mundo! ¡Cómo tortura a quienes ama, porque ama mucho más intensamente! ¡Cómo tiene que guardarse de calar hondo en demasiadas cosas, pues todo aquello en lo que cala se le acaba convirtiendo en nada! ¡Cómo no puede apartarse de su enemigo, la muerte, pues sólo ésta tiene la suficiente universalidad para mantener unidos, por él, a todos aquellos a los que amenaza! HAM

Nuestra verdadera dificultad con el drama hoy en día reside en que carecemos de dioses y, por tanto, no sabemos nada sobre los muertos. Si *un solo* muerto se manifestara, el drama volvería a ser posible.

Sin embargo, como no tenemos a ese muerto, la tragedia sólo es concebible disfrazada de comedia.

Imagen de los innumerables automóviles en la ciudad, su flujo incesante que acaba en un accidente.

Habría que inventar el auto en el que estuviéramos a salvo de cualquier peligro. Sólo cuando nos bajáramos volveríamos a exponernos a la muerte. Coches seguros, segurísimos, a los que la gente se sube para sentirse inmortal durante un rato.

Mi auto seguro son mis lápices. Mientras escribo, me siento (absolutamente) seguro. A lo mejor sólo escribo por eso. Da igual lo que escriba. Lo importante es no parar. Puede ser cualquier cosa con tal que sea para mí, no puede ser una carta, nada que se me imponga o se me exija desde fuera. Sin embargo, si he pasado unos días sin escribir *nada*, me siento desconcertado, desesperado, vulnerable, desconfiado, amenazado por mil peligros.

Excusas, excusas, ¿dónde ha quedado todo lo que has sido? ¿Adónde lo has metido, escondido, acongojado? ¿Las historias que has sido, dónde están? En los mataderos secretos de los años, en

los pozos de la escuela, los rostros de los muchachos, el olor de los idiomas, el patriarca ciego, su bisnieta que lo guía, toneladas hirvientes de agua del Danubio, y sacos llenos de granos, de polvo, de arcilla y de melones, niños y gallinas, el canto fúnebre del refugiado armenio, cortar leña y el hacha bien afilada con que quisiste matar a tu prima. Agora vo a matar a Laurica! Agora vo a matar a Laurica! Cántico guerrero temprano, antes de las batallas del siglo.*

Los gusanos le felicitan por su 160 aniversario.

¿Quién mataría a quién si se mantuviera en secreto con toda seguridad, *in aeternum*?

El diplomático que representa una política asesina, y por las noches su diarrea.

Podría ocurrir que un odio poderoso a la muerte surtiera al menos *un* efecto: quitarle al hombre por fin las ganas de matar.

No se trataría de nada utópico, desde luego, ya que la supervivencia de la humanidad depende de ello.

La mayoría de las personas lo saben, pero no entienden que la solución de este asunto no puede ser de carácter técnico-legal, sino que exige la creación de una postura nueva y activa. Como nos apartamos asqueados de los excrementos, así debemos ver la muerte: repugnante como el hedor.

Por primera vez la sensación de que hay gente que te entiende. Pocos, sin duda, pero éstos te entienden particularmente bien.

¿He de alegrarme de ello? ¿O he de desconfiar de pensamientos que se han vuelto comprensibles?

Lo que más me extraña es que mi actitud respecto a la muerte no se tope con burlas, sino que se comprenda, es más, casi se apoye. Y ésa ha sido siempre la preocupación más importante de mi vida. Nunca he escrito la novela sobre el «enemigo mortal». La obra en que desembocó, *Los emplazados*, apenas se conoce. Sin embargo, la sustancia de aquello que habría que decir contra la muerte, está ahí, en los «apuntes», y a lo mejor se destaca de muchas otras cosas muy distintas. Aunque mañana muriera, *esto* ha quedado dicho y puede ser recogido y desarrollado por otros. Por eso abrigo el sentimiento de no haber vivido del todo en vano. He lanzado una piedrecilla hacia el futuro.

Quería soledad. Ahora la tengo. ¿Pero la quiero ahora?

Sólo existe la soledad respecto a los vivos. Respecto a los muertos no existe la soledad. Ellos siempre están ahí.

A lo mejor es cierto lo que ha escrito un crítico: que he hallado mi forma en los «apuntes» breves. Entonces no soy un escritor, entonces ya puede ahorcarme.

1966

Debería haber una instancia que nos liberase de la muerte si respondiéramos honestamente a todas sus preguntas. PDH

¿Para qué los inefables sacrificios, la sangre de los animales, la tortura y la culpa? ¿Para qué? ¿Para morir también nosotros?

Miserable el que sabe. ¡Cuán miserable debería ser Dios, el omnisciente! PDH

Tampoco a Goethe le fue ahorrada la agonía. Pero se le conceden unas cuantas horas de tranquilidad, para que el efecto sea más bello y acorde con sus costumbres. PDH

Deseo ardientemente desprenderme de las cosas que me han marcado a mí y a todos los pensadores de esta época, y meditar sobre la muerte tan «imparcialmente» como si fuera un hombre del siglo pasado. HAM

Antes de cenar, Megan, la esposa, nos enseña el oratorio, *the chapel*. Se alza en la granja, a pocos metros de la casa, que fue construida en el siglo XIV. El oratorio es sobrio y sencillo, en la pared cuelga una placa dedicada al bisabuelo de Megan, que fue predicador allí:

Nació en 1805
Volvió a nacer en 1825
Murió en 1849

Detrás mismo del oratorio hay un pequeño cementerio, las losas sepulcrales son casi todas de esquisto, hace cien años que los familiares cercanos y lejanos reciben sepultura en él.

Y así la granja lo contiene todo a la vez: los vivos, los animales, el oratorio, los muertos, y se sigue hablando el antiguo idioma. HAM

Hay gente a la que no he visto en mucho tiempo y se me olvida que ha muerto. HAM

De pie ante su muerto más querido, él dijo: Dios es bueno. Lo repitió una y otra vez, mil, cien mil veces: el muerto no se levantaba.

Dios es bueno, sigue diciendo todavía, y el muerto ya ni siquiera vuelve en sueños. HAM

El final del que odia la supervivencia: preocuparse de que lo sobrevivan. HAM

Es posible que los escritores que aman la muerte jamás logren pinchar con la dureza que el odio a

la muerte inspira. Como no tienen nada que objetar contra ella, su espíritu se debilita. La muerte no los molesta, por eso nada los obliga a imitarla.

Pero hay escritores que aceptan la muerte *en apariencia*, por pura astucia frente a ella, como Schopenhauer. En su fuero interno le guardan una profunda aversión, y esto se trasluce en su manera de escribir. HAM

Hombre sería sólo aquel que nunca hubiera matado ni se hubiera deseado la muerte. HAM

Muerte aparente de larvas en helio. Después de tres años, completamente desecadas, pueden cobrar vida de nuevo: inalteradas. Por tanto, un hombre también podrá retirarse alguna vez de esta existencia y dar instrucciones para que lo resuciten al cabo de trescientos años. De esta manera, la transmigración de las almas se convertirá en una transmigración de los cuerpos.

Esta conclusión será mucho más importante y emocionante para el futuro que el viaje al espacio. ¿Qué valentía se necesitará para ello? ¿La tendrás tú? ¿No es esto lo que has manifestado siempre como tu máximo deseo? En vez de lanzar tu nombre hacia el futuro, podrías dirigirte *intacto* hacia el porvenir, con todo lo que eres, con todo lo que sabes, con todo lo que recuerdas. Dormirte y, en vez de despertarte a la mañana siguiente, hacerlo dentro de tres siglos, siendo *el mismo*; una idea inmensa, ante la cual tiembles, igual que otrora un fiel Moisés tembló ante la presencia de Dios en la zarza ardiente.

La delicada situación de las estrellas desde que realmente estamos a punto de alcanzarlas. Ya no son las mismas estrellas.

Recubiertas por la lepra de la muerte, producen otra luz.

La respiración, la respiración,
¿dónde encuentro mi respiración?
¿Es la mía propia?
No,
la respiración de los asfixiados
soy su ceniza
soy su angustia
soy el gas
soy su asesino
no puedo desensamblarme.
En mí está agazapada
su respiración que se corta.
Un anciano,
su dedo huesudo
metido en mi garganta.
Nunca lo he visto

nunca lo he fortalecido.
Cuando él jadeaba, ¿dónde estaba yo?

Los inventos más ingeniosos, los más prudentes, los más pacientes, los más exactos, no han rasguñado siquiera la superficie de la muerte.

Tan pronto como consigan esto, y un poco más, los poetas podrán palmarla tranquilamente.

Desde que poseo a una muerta valiosa, indeciblemente valiosa, ya no veo muerte por todas partes.*

Lo que más echaré de menos cuando muera: las voces de gente en un local.*

*Une vie multisonore, multicolore, multimorte.**

Lo que más me interesa es la verdadera clave del drama, la muerte.

Es, en cuanto vulgar comida, el núcleo de la comedia; en cuanto *sacrificio*, el de la tragedia. Hoy, en el drama moderno, comedia y tragedia se han unificado, la indivisible, la ambigua muerte.

Ante Jean Améry siento vergüenza como ante muy pocas personas. Fue torturado y humillado, y no quiere olvidarlo. Su muerte tuvo otro aspecto que la mía, lo atacó directamente. La mía alcanzó a mis seres más queridos en mi presencia y me perdonó la vida. Por eso he podido decir: odio vuestra muerte, no la mía. Por eso he podido vivir en una mentira, que me ennoblecía. Pues ¿de dónde sabía yo que no se trataba únicamente de mi muerte? Jean Améry sí lo sabe, porque lo experimentó. Lo llamo por su nombre, que ni siquiera es el suyo. Yo no he tenido que renunciar a mi nombre. Conseguí refugiarme entre personas que me dejaron mantenerlo. Él, en cambio, se nombra a sí mismo y sabe que no es él, y la patria que no tiene es su nombre perdido.*

Oh, qué vergüenza, qué vergüenza el haber sobrevivido *yo* a todas las víctimas. ¿Estuve yo en el Madrid derrotado, estuve yo en la huida de París, estuve yo en Auschwitz?

¿He hecho lo suficiente, he justificado el haber sido sólo testigo, no víctima? ¿Me es *lícito* seguir con vida, y cambiaré esta vida lo más mínimo los horrores del futuro?

Tal vez todo cuanto he pensado resulte insuficiente, fallido, tal vez contenga, surgido de los años sangrientos, tan sólo gérmenes invisibles de nuevas desgracias.

¿Qué he de hacer? ¿Y he hecho al menos lo que podía?

Poseído por *mis* muertos, por aquellos a quienes amé, por quienes significaban mi vida, ¿he pensado lo suficiente en aquellos a quienes amo porque *no* los he conocido?

¿Cómo encontrar el equilibrio entre los cercanos y los lejanos, cómo ser yo una balanza justa? En el fondo de mi corazón estoy convencido de que no me preocupo por mí, sino por todos, pero ¿es suficiente saberlo en el fondo del corazón? El corazón quizás engaña.

Yo ya no existo, yo soy miles de lápices, yo no quiero saber lo que escriben, yo quiero disolverme

en sus movimientos que ya no entiendo.

La insatisfacción en que vivo ahora tiene una causa sumamente sencilla. Estoy seguro de que no he conseguido nada contra la muerte. ¡Muere, bocazas!

Elías: «Se le dijo: existen tres llaves en el cielo, una para las estancias de la lluvia, otra que engendra vida nueva y una tercera que *devuelve la vida a los muertos*. Sin embargo, sólo se le da una llave a un hombre para que no se diga: dos llaves están en manos del hijo y una sola en la del padre. Por tanto, Elías devolvió una llave (la de la lluvia) y *recibió a cambio aquella que resucita a los muertos*.»

«En el segundo año del reinado de Ocozías, Elías se retiró y se ocultó; para que no fuese visto hasta la llegada del Mesías. Entonces aparecerá y desaparecerá por segunda vez, hasta que vengan Gog y Magog.

»*No obstante, en el entretanto, Elías escribe la historia de todas estas generaciones.*»*

La ascensión: «Cuando quiso Elías ascender al cielo, se le opuso el ángel de la muerte. Dijo el Señor: “He creado el cielo solamente para que Elías pueda subir”. El ángel, empero, contestole: “*A partir de ahora los hombres se remitirán a él y no querrán morir*”. Respondióle el Señor: “Elías no es como los demás. *Hasta a ti puede quitarte del mundo*. Desconoces su poder”. Habló entonces el ángel de la muerte: “Permíteme bajar a él y tocarlo”. Dijo el Señor: “Puedes hacerlo”.

»Y descendió el ángel exterminador. Y Elías, en verlo, lo puso bajo sus pies. *Tenía el propósito de expulsarlo del mundo, pero eso no se le permitió*. Por tanto, sometió al ángel exterminador, y él mismo se alzó y voló al cielo» (*Las leyendas de los judíos*).

El castigo por la fama es el abuso jubilante del famoso después de su muerte. Lo que se asombraría, si pudiera escuchar, de todo cuanto se dice y piensa sobre él. Hubo gente que se le instaló incluso en el interior del cuerpo, en sus pulmones, en su corazón, en sus riñones, en sus intestinos. Son capaces de inventarlo por dentro, como ni él mismo se conocía. Estaban presentes cuando abrazó a una mujer y eran conocedores de sus gemidos amorosos. Lo vieron llorar y saben por qué lloraba. Les contó todo a cada uno de ellos, no tenía ningún secreto ante cientos de personas. Cada cual lo sabe mejor que nadie y lo que saben los demás es falso.

1967

Esa gente que, con una sonrisa, aduce en favor de la muerte la existencia de una pulsión de muerte. ¿Qué han querido decir con esto si no que la resistencia contra la muerte es en cualquier caso excesivamente débil? PDH

La única ambición que es siempre legítima, la de prolongar la vida humana, se ha convertido en una profesión de la que se alimentan unos cuantos: los médicos. Son éstos quienes más muertes ven, y se acostumbran a ellas más que los demás. Su ambición se ve incluso deslucida por sus accidentes profesionales. Ellos, que desde siempre han sido los que más han combatido la resignación religiosa ante la muerte, acaban por aceptarla como algo natural. Deberíamos desear médicos que sacasen de su actividad profesional una nueva convicción: una inquebrantable resistencia contra la muerte, hacia la cual sintieran cada vez más odio, cuanto más a menudo la vieses. Sus derrotas serían el alimento de una nueva fe. PDH

Escribir cartas para después de nuestra muerte, para años después, dirigidas a todos aquellos a quienes hemos amado u odiado. O bien: preparar una especie de confesión para después de la muerte, una confesión en etapas escalonadas gradualmente a lo largo de años. PDH

Lo que a menudo resulta aburrido en Goethe: que siempre revela *plenitud*. A medida que envejece, desconfía cada vez más de la unilateralidad de las pasiones. Pero él mismo es tan grande que necesita un equilibrio diferente al de los otros hombres. No camina sobre zancos, sino que reposa siempre plenamente sobre sí mismo como un enorme globo terráqueo del espíritu, y para comprenderlo hay que girar a su alrededor como una pequeña luna, un papel humillante, pero el único apropiado en su caso.

Nos transmite fuerza no para la audacia, sino para la duración, y no conozco a ningún otro gran escritor junto al cual la muerte haya permanecido oculta tanto tiempo. PDH

El máximo esfuerzo de la vida consiste en no habituarse a la muerte. PDH

Una persona dice de sí misma: «Durante toda mi vida no ha muerto ni un solo hombre».

Esta persona, esta única persona, es a la que yo envidio entre todas las demás. PDH

La preocupación del parásito amenazado con su muerte, la de su sustentador. No sabe qué sería mejor para él. ¿Habrá acumulado lo suficiente para iniciar luego, ya sin el control del moribundo, una carrera propia con ello? ¿No debería agenciarse a toda prisa algo más? ¿Deberá hacer todo lo posible por mantenerlo a uno con vida un rato más? ¿No debería al menos estar presente a la hora

de la muerte, para ser el «único» en informar sobre ella? Si después de esa amenaza uno interrumpe el contacto con él durante un tiempo, cae presa del pánico. Llama cada día y uno no coge el teléfono. ¿Tendrá finalmente valor para acecharlo a uno, por «temor», frente a la casa? Gratitud no conoce ninguna, ¿quién le agradece a su propio sustento? Sólo le tiene ojeriza al sustento que de pronto se le sustrae. HAM

¿Y si Dios, avergonzado ante la muerte, se hubiera retirado de la Creación? HAM

Un dios griego, oculto en el mar, el último. Lo pescan, y fallece en la playa.

Un asesino complaciente

Un personaje vomitivo se queja ante el tribunal. Es honesto. Nunca ha asesinado. Sólo ha asesinado obedeciendo a órdenes. Ha obedecido por idealismo. ¿Y le ha servido de algo? El Reich se derrumbó. Pero está dispuesto a devolver el salario que recibió en su día por su actividad. No su jubilación, porque en este tiempo ha sido inocente y puede demostrarlo. Ya no había campos de concentración y exterminio, ¿a quién podría haberle hecho daño entonces?

Esta convicción sumaria a favor de la vida, de cualquier vida, ¿en qué se basa?

Si meramente ocultara el hecho de que tú mismo no quieres morir, no valdría nada.

Sin embargo, aunque fuese honesta e incluyera realmente a todos, ¿por qué merecerían todos vivir?

Has reconocido las raíces permanentemente dolorosas de esta vida de forma más meridiana que nadie, ¿y aun así ha de seguir?

No sé la respuesta. Soy, tal como se demuestra, un *chovinista*, de todos los hombres, de todos los animales, quizás incluso de todas las plantas. Un hindú sin la migración de las almas, un cristiano sin Dios. Veo, sin ningún pudor, masas y masas que crecen ante mí, y cualquier intento de limitarlas recurriendo a la muerte como instrumento me provoca odio y repugnancia. Nunca he aceptado/admitido ninguna muerte, ni siquiera la del hombre más viejo y más miserable. La imagen de los soldados egipcios muertos en el desierto de Sinaí me persigue como la rampa de Auschwitz. Sé lo que habrían hecho estos mismos soldados si hubieran llegado a las ciudades de los judíos. Pero ahora son *ellos* los muertos: ahora recibo yo *su* rencor. No puedo hacer distinciones entre los muertos. En este caso no tengo ningún poder sobre mí, no puedo tocar esta convicción básica. Creo que podría ser útil como convicción fundamental, y una vez asumida haría desaparecer muchas de las dificultades inveteradas de la convivencia humana. De hecho, no puedo pensar de otra manera, aquí mantengo algo que resulta tan importante como parece limitado.*

Todavía abrigo una esperanza, pero ya no es la misma, la muerte me ha golpeado demasiado y el amor me ha hecho demasiado feliz.

Cuánto pagaría ella por poder matar a la muerta.

«La vida de ella a punto de extinguirse, y nadie ha de venirme con que los campos de batalla y demás horrores son más terribles y espantosos que el final de cualquier ser humano. Los finales son en sí crueles, y toda vida humana es una vida heroica, y morir es por doquier y en cualquier circunstancia igualmente desconsolador, triste y atroz, y todo ser humano ha de prepararse para lo peor y para la máxima desdicha, y todo cuarto en que yace un muerto es una habitación trágica, y en ninguna vida humana ha faltado nunca la tragedia sublime» (Robert Walser, *La señora Scheer*, p. 330).

Qué será de las ratoneras en su vivienda cuando muera.

«...porque los hombres aman por encima de todo la inmortalidad» (Platón, *El banquete*).

El banquete: una maravilla, aunque sea lo último que haya leído (noche del 24 al 25 de septiembre de 1967).

1968

Lo más importante es hablar con desconocidos. Pero hay que arreglárselas para que *ellos* hablen, y que todo lo que nosotros mismos hagamos sea hacerles hablar.

Cuando esto nos resulta imposible, ha comenzado la muerte. PDH

No hay nada que el hombre y el animal tengan más en común que el amor.

La muerte se ha convertido en algo diferente para el hombre. Éste se ha apoderado tanto de ella que ahora la arrastra por todos.

La vinculación entre amor y muerte, sin embargo, es una vinculación estética. El hecho de que haya llevado a magnificar la muerte es su mayor pecado, uno de los pecados más graves, que no se puede expiar con nada. PDH

Tengo que releer *El labrador de Bohemia*, que leí en mis años escolares. Quiero saber si el odio y la oposición tenaz contra la muerte que impregnan este diálogo son auténticos o simplemente retóricos. ¡Cuán poco odio verdadero contra la muerte hay en la literatura que ha llegado hasta nosotros! Pero este poco tenemos que encontrarlo, reunirlo y concentrarlo. De una Biblia semejante contra la muerte podrían muchos sacar fuerza cuando estén a punto de paralizarse. Le quitaría, además, algo de arrogancia a nuestra propia obstinación contra la muerte. Pues ¿cómo podríamos ser nosotros los únicos capaces de calar hondo en la muerte? Yo no voy en busca de aliados, sino de otros testigos. Porque ¿no sería acaso terrible que mi propia actitud dura y hostil contra la muerte, una actitud que no se deja conmover por nada, pudiera ser explicada algún día psicológicamente y neutralizada como producto específico de las particulares condiciones de mi vida y, por tanto, válida únicamente para mí? Dondequiera que esta actitud se encuentre en otras personas, formará parte de *otra* vida, y la probabilidad de que formase parte de *toda* vida sería más grande. PDH*

Un buen hombre me preguntó por el camino. «No me está permitido decírtelo», fue mi respuesta. Me miró con aire amable y asombrado. Pero no dijo nada y se dio por satisfecho con esta respuesta. Inseguro, prosiguió su camino, y de sus pasos podía deducirse que ya no preguntaría a nadie más. Triste, lo seguí con la mirada. ¿Debía decirle acaso la verdad? Sabía que él tenía que morir; en cualquiera de los caminos que le hubiera mostrado lo aguardaba la muerte. Si lo supiera, podría detenerse, pensé, y sólo deteniéndose podría salvarse. «¡Detente!», le grité. Me oyó, pero como ya lo había rechazado, no se atrevió a detenerse y siguió avanzando. «¡Detente!», exclamé con más fuerza, y él aceleró el paso. Luego se lo repetí en un alarido, mi culpa me atormentaba, y él echó a correr. HAM

Sálvame, Kafka. ¿No quieres salvarme? ¿Desprecias mi peso, mi voluptuosidad, mi vientre? ¿No era Flaubert tan pesado como yo, era menor su voluptuosidad? ¿Dónde están tus obras?, te oigo preguntar. Ay, en ninguna parte, en ninguna parte. Pero ¿no puedo encontrarlas aún? No estoy muerto, pues amo con un ardor, una pasión y una entrega que nunca alcanzaste. ¿Pasa tu camino a la verdad sólo por el ascetismo? Kierkegaard y Flaubert nunca han sido mis modelos. Stendhal, sin embargo, y Gogol y Aristófanes no son en absoluto inferiores.

También para mí, escribir es una plegaria, la única que conozco. Mi proceso es contra la muerte, y no ha acabado aún. A ti, esa cuenta te llegó demasiado temprano. Yo llevo más tiempo viviendo y cargo con más muertos que tú. Son ellos los que me niegan el ascetismo. No puedo contentarlos pasando hambre. Yo no quería sobrevivir a ninguno, por eso están todos en mí. Qué lengua puedo encontrar para ellos, aún no la tengo. Sin embargo, no puedo ignorarlos, he ahí mi infertilidad.*

Estoy tan lleno de mis muertos que ya no debe morir nadie más: no cabría.

En el centro de la ciudad, sobre un alto pedestal, estaba su monumento más sagrado: un automóvil.

Ante este automóvil desconocido hacían los habitantes tres veces al día –por la mañana, al mediodía y por la tarde– sus devociones.

Por la noche, el automóvil estaba fuertemente vigilado. Demasiadas veces se habían encontrado suicidas en su interior.

Un hombre como este Simon Wiesenthal, cuyo libro acabo de leer, me impresiona sobremanera.

Un Michael Kohlhaas, pero judío y más inteligente; quién puede negarse a la justicia que promete conseguir por su propia mano. Hay en su libro cosas que conmueven en lo más hondo (en vez de realizar el trabajo que me había propuesto para estos días pasados, me he dedicado sobre todo a leer su libro). Es valiente y justo, y no se le puede reprochar que se haya convertido en un cazador de hombres, pues no son hombres aquellos a quienes persigue. Lo que extraña es que no haya más gente como él. Si yo hubiera experimentado lo que experimentó, habría acabado siendo más duro y tenaz que él. Es la policía unipersonal de los prisioneros judíos en los campos. Otros que sobrevivieron han querido olvidarlo todo, y el intento de hacerlo quizá lo haya empeorado todo aún más para ellos.

De otra manera, eso sí, yo también me he convertido en algo semejante a un policía, pero no he podido conformarme con serlo solamente para los judíos, sino que he querido serlo para toda la humanidad y para toda la historia. *Masa y poder* no es más que la búsqueda de todos los crímenes del poder, y con qué frecuencia he sentido, en los largos años que he dedicado a esta tarea, asco de esa historia y de los hombres que la han sostenido en cuanto poderosos, en cuanto delincuentes. No he descansado hasta hallar los horrendos orígenes en mí mismo. Todo cuanto ha ocurrido se aloja como predisposición y como posibilidad en cada uno de nosotros. Quizá sea esto lo que me separa de un hombre como Wiesenthal. Ambos no podemos olvidar y ambos estamos convencidos de que no se debe olvidar. Pero él busca a los perseguidores; yo, *la persecución dentro de nosotros mismos*. No me bastaría con conducir a uno de esos carniceros, los más terribles de los

terribles, hasta su castigo, porque los demás hombres que podrían convertirse en perseguidores seguirían aquí a pesar de todo. No puedo compadecerme de nadie al que el propio Wiesenthal haya descubierto después de años de búsqueda. La compasión no siempre está indicada. Sin embargo, más terrible que todo cuanto ocurrió me parece que aquello fuese posible y *continúe* siendo posible. El ser humano tiene que conocerse con precisión, como si fuera su peor enemigo, y no debe ahorrarse ni una gota de autoconocimiento. Debe comprender lo que la muerte ha hecho de él y debe acabar de una vez para siempre con este «hecho de la naturaleza».*

Está muerto. Pero no quiere a esa gente en torno a su cadáver.

Caín mata a Abel: le clava los dientes en el pecho. «Y le clavó los dientes como una sierpe» (según el Zohar, I, 54b).

En la Biblia de Abba, el asesinato se describe de la siguiente manera: Abel yace tumbado boca arriba, Caín está sobre él, con los dientes clavados justo debajo de la tráquea, en la parte superior del pecho, del cual mana la sangre.

Sólo besa cervices, y las gargantas las atraviesa de un mordisco.

Eres el orden personificado, no has absorbido *nada* del caos, te escondes cobardemente en tu concha de caracol, no sabes nada, no eres nada, nunca has vivido, algún libro has leído en la oscuridad, a veces has persuadido a una mujer pusilánime y la has instalado a mil millas de distancia de ti, no has procreado a ningún hijo, no has sustraído a nadie de la *muerte*, pronto te extinguirás y de ti quedarán unas cuantas letras bien ordenadas.

Ya no puedes decir nada *en contra*, se ha petrificado tu resistencia y convertido en pose, eres listo, astuto y despreciable como todo el mundo, no puedes aprender del hombre al que amas y que se ha mantenido puro.

Tu desgracia consiste en no ser lo suficientemente malo, tu desgracia consiste en no ser lo suficientemente bueno, señor moderado, obsesionado por un único temor: el temor a dar muerte a alguna criatura. Cuando aún eras un escritor, hace ahora cuarenta años, ese mismo miedo ya existía en ti, pero oculto, innostrado, activo pero inexpresado. Desde que lo has expresado, estás paralizado, la avispa llamada muerte te ha picado y te ha llevado a su recinto: *provisión*. ¿Provisión para qué?

¿No soy yo como esos mendigos, no grito sin cesar «¡Muerte!» en vez de «¡Alá!», no soy también un santo ciego de la repetición?

Sólo nos asusta la repetición de los otros, en la propia nos acomodamos.

1969

Uno que *devora* más después del anuncio de cada defunción. PDH

No apuntar nunca que alguien está marcado por la muerte. El simple hecho de apuntarlo es ya un pecado. PDH

El hombre que respira dice: «Aún me queda todo por respirar». El desdichado dice: «Aún tengo cabida para la desdicha de otros». El muerto dice: «Aún no sé nada, ¿cómo puedo estar muerto?». PDH

Encontrar una palabra más fuerte para *amor*, una palabra que fuera como *viento*, pero desde el interior de la tierra, una palabra que no necesitara montañas, pero sí enormes cavernas en las que instalarse y desde las cuales se precipitase sobre valles y llanuras, como torrentes, mas no de agua, como fuego, pero que no queme, que resplandezca por entero como el cristal, pero que no corte, que sea diáfana y toda ella forma, una palabra como las voces de los animales, pero que éstos se entendieran, una palabra como los muertos, pero que todos estén de nuevo ahí. PDH

Lo esencial de mi naturaleza es que no puedo humillarme y, sin embargo, debo metamorfosearme.

No puedo acceder a la metamorfosis a través de la muerte. Por eso, y con una obstinación irrevocable, la veo como el final.

Sé que aún no he dicho *nada* sobre la muerte. ¿Para cuándo me reservo lo definitivo? ¿O debo acaso renunciar a decirlo, justamente por odio hacia ella? HAM

Tres albatros levantaron el vuelo cuando su corazón se detuvo y juntos, como pesaba tanto, se lo llevaron a casa.

Un mes sin periódico y a lo mejor llegarás a algo. Un año sin periódico y acabarías muerto.

Musil, como oficial en la guerra, se acostumbró a ver muertos. Yo me he negado hasta el día de hoy a acostumbrarme, y cada muerto que veo sigue siendo para mí el primero.

Tengo que respetar mucho su capacidad para decir no. Rechaza casi todo de su época y *se mantiene firme* en ese rechazo. La energía del rechazo es el ímpetu de su libro. Inventa figuras que sólo existen en lo intelectual para atacarlas con precisión y perfección. Es en gran parte, aunque no siempre, un combate caballeresco con numerosas filigranas. Como apenas se toma realmente en serio a los adversarios, como siempre lleva ventaja, incluso en los recorridos largos, al final sólo le importa disfrutar de su superioridad.

No hay nada de Don Quijote en Musil, y como el personaje de Don Quijote es el más grande que haya creado el espíritu europeo, siempre queda una pizca de vanidad en Musil, y por tanto algo de pequeñez. El más inteligente y el más invencible por su inteligencia es él mismo. No fue un esclavo, no fue un hombre hecho prisionero en la guerra como Cervantes ni perdió un brazo en *su* conflicto bélico. En cambio, tuvo la posibilidad de medirse con los espíritus exteriormente más exitosos de su época. El poder superarlos fue su dicha y su desdicha. El trofeo supremo, precisamente el reconocimiento de su intelecto, no le era en absoluto indiferente. La palabra *genio* recorre su libro como un fantasma, de manera excesiva e importuna. Quiere volver a limpiarlo y guardárselo para sí, limpio.

A sus experiencias legítimas pertenece también el amor, en particular en un sentido físico. Sólo de la riqueza de esta experiencia surgen sus inclinaciones al ascetismo. Yo he seguido el camino inverso: durante toda una vida no me abrí realmente al amor, pero ya a cierta edad, después de rechazarlo o, de hecho, excluirlo debido a mi obsesión por la masa, me he entregado plenamente a él, se ha convertido en la culminación de mi vida después de superar en lo esencial la tarea menor que me había impuesto, la comprensión de la masa, mientras que la otra, la mucho más importante, la de impedir la muerte ha fracasado terriblemente.*

Se ahorcó colgándose de sus pestañas postizas.

¿Y si tu prohibición de la muerte no fuese más que una barrera contra tu propio afán destructivo?

Así habría querido Fritsch hacer realidad a Thomas Bernhard. Conocí a ambos a la vez, en febrero de 1962, en una «merienda» en la Sociedad Austríaca de Literatura. Había más gente, estaban Herbert Zand, Friedrich Heer Jeannie Ebner, alguien apellidado Adel y otros a los que no recuerdo. Fritsch no dijo casi nada, Bernhard destacó por sus preguntas rebeldes y centró toda la atención. Fue el único que me contradijo de forma obstinada e incluso llegó a explicarme lo que era una orden. Herbert Zand se indignó por su comportamiento «irrespetuoso» y me apoyó. A mí, sin embargo, me atrajo la tenacidad de Bernhard, y me cayó bien. Fritsch se mantuvo extrañamente indefinido y no me causó ninguna impresión.

Ya entonces, Fritsch parecía físicamente muy *trigueño*, siempre tenía ese algo «trigueño».

Me da mucha vergüenza haber sobrevivido a un hombre casi veinte años más joven que yo.

El telefilme para el que Gerhard Fritsch escribió el texto se emitirá el 12 de junio. Entonces su nombre estará todavía al lado del mío.

Pienso en el cariño y la preocupación con que, en Graz, traté a Franz Nabl, que tiene ochenta y seis años, precisamente por la fecha en que Gerhard Fritsch, que tenía la mitad de su edad, se ahorcó en Viena.

Si hubiera podido salvar a Fritsch, esa pregunta espantosamente inútil.

Bernhard, sin familia, completamente libre, no tiene que ocuparse de nadie, sólo pensar en sí mismo.

Fritsch, con hijos de tres matrimonios y otro a punto de nacer. Complaciente y por tanto sobrecargado. Sin agudeza en el pensamiento, sin una voluntad fuerte, profundamente

impresionado por todos los obsesos de sí mismos. ¿De dónde la agudeza de *Carnaval*? Lo entiendo cada vez menos, porque no entiendo su muerte.*

¿Cómo se vive con esta enorme cantidad de fuertes recuerdos?

¿Es posible atenuarlos para vivir con más libertad? Las imágenes que llevas en tu interior no pueden atenuarse con nada. Cuanto pertenece a los muertos se fortalece día tras día. Te has convertido en aquel que los mantiene con vida. No se pueden reprimir, son ahora lo verdadero, no cesan de aparecer y hablar como si se les hubiera dado de beber sangre. Tal vez tenga que ser así: que toda la vida que hay en ti se transforme en la vida de estos muertos. Lo que ves, lo que oyes, lo que hueles, los alimenta. No se conforman con saberes y conocimientos que no se refieran a ellos.

Es curiosa su fuerza, que tanto tiempo se ha mantenido muda. Cuando observas a jóvenes, fascinados ellos por su ingenua fuerza y belleza, no penetran en ti como algo propio, en su propio nombre. Son asidos por los muertos y sirven a éstos como *su* vida. No es un proceso feo, de voracidad y rapacidad, sino que posee algo calmo, agradable, natural y obvio, transcurre como si fuese lo único sensato, no lo disminuye a uno, sino más bien lo amplía y lo fortalece; sin embargo, supone un obstáculo para cualquier otra tarea, es lo único legítimo y lo demás es usurpación.*

Lo denominado queda con vida.

Un joven árabe vino a verme para decirme que no estaba enfadado conmigo y me abatió a tiros.

Poco a poco se vacía para ti la muerte. La palabra ha dejado de ser lo que era para ti, se te ha convertido en un bordón. ¿La tirarás y vivirás entonces eternamente?

A la luna

A lo mejor faltan aún los muertos en la luna. Con los primeros hombres que allí sucumban, con los primeros muertos, se nos antojará más familiar.

Nueva forma de suicidio: desaparecer en el espacio interplanetario. El suicidio más caro, para billonarios.

Si supieras, predicador, que *caerás* mañana, ¿qué predicarías esta noche?

Desde que ha experimentado cómo se concibe la muerte en la jerga sociológica ya no le gusta pensar en ella. No es la misma desde entonces. La muerte se ha *atontado*.

Uno que aplaza sus obras más importantes de año en año. Sabe que no puede morir antes de entregarlas y cualquier truco le parece lícito cuando se dirige contra la muerte.

«Sabíamos cuándo estaba muerta la gente porque dejaba de gritar» (Rudolf Höss).*

Las matanzas de los norteamericanos: es cada vez más evidente que todos son capaces de todo.

Y tú no te excluyas, el no haber estado nunca obligado a matar no supone ningún mérito. Si hubieras estado allí y hubieras podido *evitar* algo poniendo en riesgo tu vida, sabrías algo sobre ti mismo. Tal como están las cosas, no sabes nada sobre ti.

Lo que se deba decir se ha de decir contra todos, tú incluido. No existen hombres mejores, sólo existen hombres terribles, se trata de que *todos tienen que* cambiar.

Las matanzas recorren la Tierra y pueden mantenerse ocultas durante *años*. Es decir, muchas han permanecido ocultas.

Lo que has dicho sobre los supervivientes es *cierto*, pero *todos* son supervivientes.

Quienes viven al amparo de Londres como tú, los que viven a cualquier amparo, tienen que saber lo que son realmente, lo que serían capaces de hacer. Señalar a otros, ¡qué asco!

Señalarse a *sí mismo*, ¡sí!

Estoy cada vez más convencido de que las teorías políticas del siglo XIX –me refiero a *todas* sus teorías políticas– son erróneas y falsas. Y esto no quiere decir, en absoluto, que se deban mejorar o complementar: son falsas de raíz. Queda patente en las teorías de mayor trascendencia para el futuro, es decir, las que se derivaron de Hegel. No hay nada que hacer, *nada de nada*, con la dialéctica tal como la entiende Hegel.

Al fin y al cabo, esto tiene que ver con un *hecho fundamental e irreversible* que es la base de todo: la muerte.

Una filosofía que se oriente de forma real y no sólo aparente por la muerte no puede ser dialéctica.

La muerte no contiene vida, no se vuelve vida. Es clara, terminante, infértil y no se deja persuadir por nada. La vida inferior *no* apunta a la muerte, no la conoce, no conduce a ella. La muerte es por el momento tan sólo una cualidad de toda vida *superior*. Por tanto, habría *dos tipos* de vida, la inmortal y la mortal, pero la inferior es la inmortal, no al revés.

1970

Durante el entierro se perdió el ataúd. Echaron a toda prisa paletadas en la tumba con los deudos dentro de ella. El muerto surgió de pronto de la asechanza y fue tirando un puñado de tierra en su tumba sobre cada uno de ellos. PDH

La muerte: «Vadim murió en febrero del año 1843, yo estaba presente cuando falleció, y fue la primera vez que viví la muerte de una persona cercana a mí, y además en todo su horror, no mitigado por nada, en toda su absurda contingencia, en toda su estúpida injusticia, contraria a la moral» (Herzen, I, p. 180). HAM*

No basta con decir que todo es muerte.

Por supuesto que todo es muerte.

Pero también hay que decir que, por inútil que parezca, nos oponemos con dureza y encarnizamiento a la idea de que todo es muerte. La muerte –sin ningún engaño trivial– debe perder su prestigio. La muerte es falsa. Y es propio de nuestra condición encontrarla falsa.

Quien por honestidad no hace sino pregonar que sólo existe la muerte, la fortalece. HAM

Algunos de los mejores escritores de nuestra época se han convertido, por odio hacia la muerte y sin saberlo realmente, en sus panegiristas: hay en ellos un resto de mentalidad cristiana, un resto equívoco. HAM

Esa tantas veces mentada relación con la muerte, de la que tan orgulloso te sientes, te ha costado casi todo en la vida. Ha exacerbado tu sensibilidad a la muerte de los tuyos en tal medida que deberías vivir principalmente para evitar sucumbir tú mismo en cada caso.

Los demás se lo toman más fácil, ya que sólo registran la muerte de manera convencional. Te parecerá despreciable, pero aun así contiene la experiencia de toda la historia de la humanidad. Lo que tú intentas, vida *desprotegida* y abierta a la muerte, es de una arrogancia tremenda, como si tú mismo, con tus propias manos, pudieras suprimir, anular, invalidar el principio malo de la creación.

Visita en casa de Thomas Bernhard

El príncipe de Vierkanthof. Los tres solios. Veinte pares de zapatos y botas. Cuarenta jarras pequeñas de cerveza. Vacío. En una de las habitaciones de arriba, un grabado de Basilea sobre el retrato de la madre, que nació precisamente en Basilea.

Paseo por prados y bosque hasta una vieja taberna. Después de comer escuchamos la conversación de tres hombres. B. la considera *su* conversación, que luego nos comenta (apenas se

le pasa por la cabeza que también pueda ser «mía»).

Camino de regreso nos cuenta su visita al hospital de Gmunden, situado al lado del matadero. Los pacientes oyen los bramidos procedentes del matadero. Su sensibilidad a las matanzas es la misma que la mía. No obstante, él ha estado muchas veces enfermo y es un hipocondríaco en activo. Su feo color rojo, siempre se le ven erupciones en la piel. Con las paredes y los muros blancos y pelados de su casa se ha creado una piel impecable.

Que este castillo de forma cuadrada exista, que no sea mero invento, me impresiona y al mismo tiempo me inquieta. Sea como fuere, él no se ha instalado a la manera burguesa. Quizá no quiera animales en su finca porque los animales se sacrifican. (Bernhard)*

Creo que B. no me cae bien. Creo que desea a todos la muerte.

No se puede narrar la muerte.

Todo el mundo me pregunta por Thomas Bernhard, todo el mundo quiere saber qué me parece. Lo elogio, lo explico, trato de acercarlo a los demás, lo elevo nombrándolo discípulo mío, pues desde luego lo es, en un sentido más profundo que Iris Murdoch, quien lo tuerce todo hacia lo agradable y ligero y se ha convertido en el fondo en una autora –inteligente y divertida, eso sí– de obras literarias para el gran público. Ella no es una verdadera discípula mía por el mero hecho de estar poseída por el *sexo*. Thomas Bernhard, en cambio, está poseído por la muerte, igual que yo.

Eso sí, en los últimos años ha sucumbido a una influencia que *oculta* la mía, concretamente la de Beckett. La hipocondría de Bernhard lo hace propenso al influjo de Beckett. Igual que éste, cede a la muerte, no se opone a ella. La ve en todas partes y condena a todos a ella, sin resistencia.

Por eso considero que, gracias al fortalecimiento causado por Beckett, existe ahora una sobrevaloración de Bernhard, pero una que viene de arriba: los alemanes han encontrado en él a su propio Beckett.

La mezcla con Beckett de todo aquello que en Bernhard proviene de mí es curiosa y evidente. Y demasiado simple para que realmente me guste. Por eso he de constatar aquí que lo defiendo en exceso, por una especie de magnanimidad. No estoy muy seguro de que lo merezca.

Jóvenes con cara de funeral y las correspondientes voces. Ahora conozco a tres en Hampstead, se parecen como un huevo a otro huevo, visten igual y van y vienen con bolsos de líneas aéreas como si se prepararan para el funeral después de una catástrofe aérea.

Prohibidas las necrológicas, las esquelas mortuorias sólo se entregarán personalmente de casa en casa, de piso en piso.

El profeta Elías derrotó al ángel de la muerte. Cada vez más inquietante me resulta mi nombre.

Lo que aún falta por completo en mi libro es *una investigación del acto de matar en sí*. Me había

propuesto esa investigación. Incluso había encontrado un camino que me permitiera entrar: *Kanaima*. Quería estudiar el acto de matar que no se produce como consecuencia de una orden, el matar que surge de los propios individuos.

Abandoné el proyecto durante diez años. Impresionado por la muerte de la persona que me era más próxima y querida, no fui capaz de realizar la investigación. Para mantenerme luego con vida, tuve que lanzarme a una pasión, a un amor al que me entregué por completo. Como nunca había conocido esa vivencia con tal intensidad, se convirtió en una experiencia singular que durante siete años llenó por completo mi vida. A decir verdad, en estos últimos siete años no he hecho más que llorar una muerte y amar. Ha llegado el momento de cambiarlo. Nada me oprime. Todavía poseo todas las fuerzas, o eso creo al menos, y debo intentar continuar lo que empecé en su día.*

En todos estos últimos años, mientras ponía en negro sobre blanco mis soberbias frases contra la muerte, personas han sido torturadas y asesinadas de la manera más vil.

La violencia de los poderosos ha provocado la violencia de los depauperados. Nada resulta más comprensible, y mucho me cuidaré de equipararlas. Sin embargo, hay algo en la violencia que nadie ha examinado a fondo aún, y es eso lo que debería suceder por fin.

1971

¡Y si resultara que nosotros, los sempiternos penitentes del futuro, hubiésemos vivido en la mejor de todas las épocas!

¡Si nos tuvieran *envidia* por los millones de bengalíes que se mueren de hambre!

¡Si hicieran mofa de nuestro descontento y de nuestra miserable conciencia moral atacándolos como exquisitas actitudes propias de gente que vivió en una época de pacífico bienestar!

¡Si investigaran una y mil veces cómo hemos llegado a tener tanta libertad, tanto aire, tantas ideas!

¡Si declarasen nuestra imprevisión como la manifestación más elevada del humanitarismo y viesen en nuestra aversión hacia la muerte un *inocente* placer homicida! PDH

Los cosmonautas rusos estaban muertos cuando aterrizaron. El aterrizaje fue bueno y los mató sin ninguna herida exterior. Cuando el corazón dejó de latir, fueron tres corazones a la vez. Un final más conmovedor que desaparecer en el espacio. Así fueron encontrados, una advertencia. Lo mejor sería que jamás se descubriera una razón para su muerte.

No obstante, algo a tomar muy en serio es la aflicción colectiva de los rusos por sus tres muertos. Si esas tareas pudieran asumir la función de las guerras, como participación colectiva en una empresa de altos riesgos, los viajes espaciales tendrían, pese a todo, un sentido. PDH*

Con los dioses de los antiguos se perdió tanto que podríamos temer que también se perdiera algo con nuestro propio Dios, más sencillo.

Pero nunca podré hallar el camino hacia aquel que introdujo la muerte en el mundo. Por ningún lado veo a un Dios de la vida, solamente veo ciegos que decoran con Dios sus iniquidades. PDH

Los filósofos que quisieran *entregarnos* la muerte como algo que *debemos llevar*, como si desde un principio hubiera estado en nosotros.

No soportan verla sólo al final, prefieren prolongarla hacia atrás, hasta el principio, convirtiéndola en el acompañante más íntimo de toda la vida, y así, bajo esta forma atenuada y familiar, les resulta tolerable.

No comprenden que de este modo le dan más poder del que le corresponde. «No importa nada que mueras», parecen decir, «de todas formas has estado siempre muerto». No intuyen que se hacen culpables de una artimaña vil y cobarde, pues así paralizan la fuerza de quienes podrían ponerse en guardia contra la muerte. Impiden el único combate por el que sería digno combatir. Convierten en sabiduría lo que es capitulación. Persuaden a todos de ser tan cobardes como ellos mismos. Los que, entre ellos, se consideran cristianos envenenan así la verdadera esencia de su fe, que sacó su fuerza de la superación de la muerte. Todas las resurrecciones que Cristo consiguió en

los Evangelios carecerían, según ellos, de sentido.

«¿Dónde está, muerte, tu aguijón?» No hay ningún aguijón, dicen ellos, pues la muerte ha estado siempre ahí, incrustada en la vida como su hermana siamesa.

Entregan al hombre a la muerte como a una sangre invisible que fluye sin cesar por sus venas. ¿Habrá que llamarla la sangre de la resignación, la sombra secreta de la verdadera sangre, que se renueva incesantemente para vivir? PDH*

La pulsión de muerte freudiana es una descendiente de antiguas y oscuras doctrinas filosóficas, pero es más peligrosa que éstas, pues se arropa con términos biológicos, que tienen el prestigio de la modernidad.

Esta psicología, que no es ninguna filosofía, vive de la peor herencia de ésta. PDH

Los filósofos del lenguaje, que dejan de lado a la muerte como si fuera algo «metafísico». Sin embargo, el que la muerte haya recalado en la metafísica no altera en nada el hecho de que es el *factum* más antiguo; más antiguo y decisivo que cualquier lengua. PDH

Los estoicos superan la muerte con la muerte. La muerte que nos damos a nosotros mismos ya no puede hacernos nada, por tanto no hay que tenerle miedo.

El que se ha cortado la cabeza, ya no siente dolores. PDH

Nos preguntamos si hacer intencionadamente la recapitulación de uno mismo en la vejez es algo condenable. Pues podría pensarse que, bajo la presión de lo recapitulado, nos cerramos hacia fuera y no queremos ya recibir nada ni damos cabida a nada.

Tal vez el valor de lo asimilado tardíamente sea dudoso. No penetra en todas partes, discurre sobre la superficie, y nosotros llevamos puesto un abrigo impermeable contra lo nuevo.

En cambio, la apertura hacia *dentro* aumenta tanto que tenemos que ceder a ella, aunque el beneficio que nos deje lo justifique sólo a medias. La dificultad reside en que hay un resplandor que cae sobre todo lo que es pasado simplemente por el hecho de serlo, y se trata, en particular, de un resplandor proveniente de los muertos. No nos es dado desconfiar de este resplandor, pues contiene la gratitud por lo vivido. Sólo puede ser lo vivido por nosotros mismos, lo propio; y la culpa que a veces podamos sentir porque no se trata de lo vivido por todos los demás, porque, como quien dice, lo excluye, es una culpa presuntuosa, pues ¿cómo podríamos haber llevado la vida de todos? PDH*

Las normas morales que me obsesionan son las que más desconfianza me inspiran.

Pero nada me parece más despreciable que echarlas simplemente por la borda, como ha hecho N.

Sobre la terrible ampliación del yo bien puedo decir algo.

Pero también sé que no es *nada*, una mísera ilusión sobre la muerte, contra la cual de nada sirve. HAM*

«Bunin apenas podía llevar el paso del anciano, que había echado a correr y repetía con voz impetuosa y desenfrenada: “¡La muerte no existe! ¡La muerte no existe!”.» Sobre Tolstói. HAM

Podría ser que algún día muera *resignado*. Pido perdón a todo el que llegara a saberlo. HAM

¿En qué reposa la *policromía* del budismo?

¿En su amplia difusión y en la heterogeneidad de los pueblos en los que ha echado raíces?

¿Por qué el cristianismo es mucho menos policromo?

¿Porque sus sedes principales nos son conocidas hace ya mucho tiempo y con excesiva precisión? ¿O porque sólo raras veces y en escasa medida involucra a los animales?

Esta última razón supone una gran ventaja. Todo lo relacionado con san Francisco es emocionante. Frente a un cuadro del Veronés en la Galleria Borghese, *San Antonio predicando a los peces*, me quedé pasmado como ante una obra prodigiosa. Ninguna Madonna hubiera podido significar tanto para mí.

Cristo en la cruz *significa* algo cuando sus tormentos son aterradores. Pero en general es un hombre agradable y hermoso. Uno podría bajarlo y oírlo hablar como si nada hubiera sucedido. Hace más ligera la muerte presentándola como algo atractivo.

El debilitamiento del cristianismo me resulta intolerable cuando pienso en la grandiosidad del Sermón de la Montaña, o en los tormentos de la muerte de Cristo.

¿Sentiría yo, si viviera en un país budista, el debilitamiento del budismo?

La caída no puede ser exactamente la misma, el cristianismo es en esencia más intenso y violento, incluye el matar, y los padecimientos en la cruz no pueden ser leves, de lo contrario no significarían nada.

En el budismo, la muerte del fundador es dulce. Accede a ella muy lentamente, a través de un proceso espiritual, no mediante la violencia exterior. La ejemplaridad de ese personaje fundador ha sido siempre algo asombroso para mí. Hasta hoy no he comprendido totalmente su repercusión.

Pero como su vida excluye de entrada toda violencia, nunca ha podido degenerar al contacto con nuestra propia violencia.

La policromía del budismo, en cambio, de la cual partí, reposa en un supuesto que, *eo ipso*, le confiere universalidad: la creencia en la metempsicosis.

Cada existencia le ha resultado familiar a Buda alguna vez. Comparadas con las historias de sus nacimientos, las jatakas, las hagiografías de la Iglesia tienen algo monótono.

Buda, que una vez lo fue *todo*, tiene la existencia de mayor amplitud jamás atribuida a ser alguno. El *núcleo* de esta fe ha conservado su policromía, por más que en su práctica haya degenerado o empalidecido. HAM

Es imposible pasar en silencio una muerte. Desearíamos una muta de lamentación, y al no haber ninguna cerca, la vamos convocando a la distancia mediante cartas.

Pero la intensidad del dolor por el difunto es tan grande que no sólo escribimos a quienes lo conocieron, sino que también comprometemos a todos nuestros conocidos a honrar su memoria. Les presentamos tardíamente al difunto, transmitiéndoles lo mejor que sobre él pueda decirse y

haciéndoles ver muy claramente lo mucho que significaba para nosotros. De ese modo ejercemos una especie de presión: ¡y ay si él no significa también mucho para ellos! En secreto hacemos depender la continuación de nuestra amistad con ellos de su reacción ante la noticia de esa muerte: los examinamos, los observamos con recelo, ponemos cuidadosamente cada palabra que digan en el platillo de la balanza, y si nos parece demasiado ligera, los repudiamos sin misericordia, de forma que nunca más puedan ser de los nuestros. HAM*

En los juegos verbales desaparece la muerte. HAM

Si fuera del todo sincero conmigo mismo, diría que desearía destruir todo lo que ha representado Joyce.

Estoy contra la *vanidad* del dadaísmo en la literatura, que se alza *por encima de las palabras*. Adoro las palabras intactas.

La parte más verdadera de la lengua son para mí los *nombres*. Puedo atacar y derribar los nombres, pero no hacerlos pedazos.

Eso vale incluso para el nombre de aquel al que más odio, el inventor y custodio de la muerte: Dios.

Las únicas cartas que me gustaría escribir serían las dirigidas a mis muertos.

Estaría dispuesto a no hacer nada salvo escribir cartas a mis muertos.

¿Qué puede uno saber sobre lo que significará para la gente del futuro? A lo mejor los aburrirá a más no poder. A lo mejor los estimulará hasta la médula. A lo mejor los acariciará o los fustigará. A lo mejor los animará a lo peor o se convertirá en su conciencia.

Sin embargo, no puede saber cómo será y su esperanza de que su vida guarde un sentido es necesaria, pero también cómica.

El único personaje que podría inspirarme sería el defensor de la muerte. Para despertar de la parálisis de mi hostilidad a la muerte debo inventar al *amigo de la muerte*.

¿No estarás demasiado orgulloso de tus «rechazos»? Has rechazado primero a Dios, luego a Freud, después a Marx, y siempre, ya de entrada, la muerte. ¿De qué huyes con tanta diligencia, conejo?*

El *kitsch* de la muerte. Reflexiona sobre la pregunta de si *Los emplazados*, tal como está ahora, no es *kitsch*, tu *kitsch* de la muerte.

Cada nueva masacre crea un nuevo modelo, y da la impresión de que el crecimiento acelerado de la humanidad sólo sirve para su matanza.

Nadie, literalmente nadie puede decir qué milagro podría poner fin a esto.

Si se percibiera como esperanzador el hecho de que la experiencia y la conciencia y la

conmiseración generalizada de la opinión pública empujan a terminar la guerra de Estados Unidos, se podría objetar que esta guerra ha estado exenta de victoria. A lo mejor es posible trocar hoy en día medias derrotas en repugnancia. Sin embargo, no existe todavía el remedio contra los triunfos.

La victoria contra los judíos indefensos era irresistible, e igualmente irresistible es en la actualidad la victoria en Bengala.

Las armas que matan con mayor facilidad que nunca matan de forma masiva, pero no suprimen el matar individualmente, *sólo lo incluyen*.*

No puedes matar las polillas que revolotean en torno a tu ropa, porque te gustan sus alas sedosas.

Tampoco has mandado capturar el ratón que ha ensuciado tus alimentos. Has observado fascinado las huellas de sus dientes en el papel de plata que envuelve tu mantequilla.

Has observado la mosca que fue a parar al calor de tu lámpara y cayó sobre la mesa en la que escribes. Parecía gravemente herida, calcinada. Yacía torcida, un ala parecía mutilada, dos de sus patas estaban pegadas, no estaba en condiciones de moverse. Así se quedó un rato, sacudiéndose. Poco a poco se dio la vuelta, aunque parecía estar agonizando. Yo no sabía cómo ayudarle. Me dio la impresión de que sufría fuertes dolores y me limité a no tocarla para no asustarla.

De repente extendió las alas, a modo de prueba. Noté que se sorprendió de que fuese capaz de hacerlo, aunque no pudo moverlas enseguida, le costaba y temblaba ligeramente. Acto seguido levantó el vuelo y desapareció trazando una curva en torno a mis lápices.

Me inundó una sensación desbordante de felicidad y me habría gustado comunicársela.

Se toma el alemán muy a pecho y pide la autorización de los muertos.

Se retiran todos los corazones y se sustituyen por corazones de plástico más tranquilos.

Quiero volver a ver el cometa Halley (1986). Me parece mesurado, pues podría querer verlo todavía tres veces (1986, 2062, 2138).

Masticando se arrojó ella desde el acantilado al vacío.

Pensar en una única persona a la que uno ha perdido puede dar pie a amar a todas las demás. ¿A quién perdió Cristo? La laguna en los evangelios.

¿Quieres renunciar a la transformación de los muertos en nosotros? En su transfiguración reconoces el origen de lo bello. Lo que no puede seguir aquí se convierte en hermoso. Inaccesibilidad es transfiguración. Una palabra maravillosa: ¿cuánto ha de desprenderse, cuántas cosas insignificantes y confusas se desprenden hasta llegar a la transfiguración? La grandeza de los muertos reside en haber estado aquí y ser recordados. ¿Quieres, puedes renunciar a ello?

Leo lo que los diversos filósofos han escrito sobre la muerte y me dan vergüenza. ¿Soy el único que ha reencontrado el camino al sentimiento originario de la humanidad primitiva? ¿Puedo ser el único? ¿Es eso concebible? ¿Tuvo que morir tan pronto mi padre para que yo tomara ese camino? ¿Era él la víctima necesaria, que fue ofrendada para tomar yo ese camino imprescindible?

No me cabe la menor duda de que habría acabado siendo un hombre muy distinto si en su día me hubiera quedado en Inglaterra, si mi padre *no* hubiera muerto tan prematuramente. Es probable que me hubiera convertido en un escritor en lengua inglesa, pero no puedo imaginar qué habría tenido que escribir sin ese núcleo, cualquier tontería, nada, y en ese caso habría sido mejor seguir la carrera de médico. No me cabe la menor duda de que existen acontecimientos capitales que cambian a la persona radicalmente.

Distribuye las gracias del difunto

Ha muerto alguien cercano a él, y él escribe a todos sobre esa muerte. ¿Qué escribe?

Ensalza al difunto, lo describe, lo eleva y lo define –contra su propia convicción– como un santo. Insiste en que el fallecido le era próximo, muy próximo, al final resulta que era la persona más próxima a él. Tan bien se llevaba con un santo.

Luego intenta relacionar a cada destinatario de sus cartas con el santo. «Le hablé de ti, charlamos sobre ti, él lo sabía todo sobre ti.» A veces llega a producirse incluso un último mensaje del difunto al interesado. «Me pidió que te dijera esto y aquello. Me lo encargó.»

Estos encargos son puro invento. Una fuerza irresistible lo impulsa a inventarlos. *Podrían* ser ciertos, pero no lo son. A lo mejor deberían haber sido ciertos. Pero como se trata de la santidad del difunto, cuya muerte llora profundamente, resulta asombroso que se atreva a inventar mensajes. Le queda la satisfacción, no siente ninguna culpa, son mensajes positivos y honrosos. Su intención reside sin duda en hacer recordar de manera más intensa al difunto, en despertar la curiosidad por él. Forzar que se lo rememore bien, he ahí sin duda el principal impulso; está tan colmado por el muerto que se convierte en él, actúa como él, como si él siguiera con vida.

Quizá no habría nada que objetar a ello. Pero no acaba aquí. Se arroga la representación del difunto, lo administra y se procura así un prestigio sobrenatural, él decide por sí solo los mensajes del muerto. Considera que le está haciendo un bien al fallecido, aunque en realidad sólo aumenta *su propio* prestigio. Actúa igual que los sacerdotes cuando reparten la bendición de Cristo. Se provee de un cuerpo espiritual y lo saca a pasear entre los vivos, los cuales tiemblan ante *su propia* muerte.

Una ventana pequeñísima que da a un futuro sin muerte.

1972

Él estrechó la mano de todos los muertos y se instaló entre ellos como el último. PDH

Quien se odia a sí mismo se ama *más*. Tartamudea ante la muerte y dice: «Es lo mejor que tenemos». PDH

Todo lo que recuerda el ratón de setenta y cinco años es falso. Pero nadie le habla si él no recuerda. Y así habla y habla y sigue afirmando cosas, y basta con que algunos nombres sean correctos para que le permitan envejecer y saber menos, menos, y cada vez menos.

Al final es demasiado pequeño incluso para el último agujero y se evapora. PDH

Es muy importante lo que un hombre se propone aún hacer al final. Da la medida de la injusticia de su muerte. PDH

Lo «más profundo» era lo más cobarde. No hay que alejar de nuestros pensamientos el muro hacia el cual corremos.

Cargar con el insoportable peso. No eliminar nada negándolo. No alejarnos a saltitos. PDH

Ni la soledad, ni los achaques, ni la aflicción de los viejos, nada es capaz de convertirte. Tu convicción es cautelosa e ineluctable como un tigre. ¿Será autosatisfacción? ¿Podrás decir sí al fragmento más pequeño de la Historia? Sin embargo, no deberá acabar.

¿Cómo podrían ser distintas las cosas después de esta Historia? ¿Será acaso posible ocultarla, negarla, modificarla? ¿Tienes tú una receta para ello?

No obstante, es posible que estemos viendo una Historia *falsa*. Quizá la verdadera sólo pueda revelarse cuando se haya derrotado a la muerte. PDH

De los esfuerzos de unos cuantos por apartar de sí la muerte fue surgiendo la monstruosa estructura del poder.

Para que un solo individuo siguiera viviendo se exigía una infinidad de muertes. La confusión que de ellos surgió se llama Historia.

Aquí es donde debería empezar la verdadera Ilustración que establezca las bases del derecho de *cada* individuo a seguir viviendo. PDH*

Cuando sepamos lo falso que es todo esto, cuando seamos capaces de medir el grado de falsedad, entonces y sólo entonces la obstinación será lo mejor: el ininterrumpido ir y venir del tigre ante los barrotes de su jaula para que no se le escape el único y brevísimo instante de la salvación.

PDH

Tu desprecio a cuantos han equiparado muerte y nacimiento, como si éste la compensara.

Ahora, sin embargo, tú mismo piensas en un nacimiento, y he aquí que la muerte apenas te viene a la mente, no te oprime ni te preocupa, de pronto ha dejado de interesarte, ya sólo cuenta para ti el esperado nacimiento.

¿Es posible que la muerte te poseyera tanto porque hasta una avanzada edad nunca habías vivido con la mirada puesta en un nacimiento?

Sobre esto habría que decir lo siguiente: aunque tu propia muerte se vea aligerada por este nacimiento, no modifica en absoluto la muerte de los demás. En realidad pensabas en ellos, no en ti. Tu obsesión no era egoísta, sino lo que era: obsesión por todos. ¿Qué nacimiento que vivas puede mitigar la muerte de *ellos*?

Sin embargo, has extraído *un* conocimiento de esta nueva situación de tu vida:

El hecho de que los hombres no se rebelaran seriamente contra la muerte está relacionado con que les haya sido dado engendrar vida nueva. *En ello* estaban ocupados, *ello* los ha sobornado.

Una institución tremenda este engendramiento de niños. El florecer de vida nueva junto a la propia que se marchita. La confianza en que la vida nueva sea *mejor*, puesto que uno no se siente satisfecho con la propia.

Mucho puede decirse a favor de esta continuidad de la vida, ya que nadie se las arregla con la propia. Ascenso y descenso pegados el uno al otro.*

Dramas

v.

A los muertos se los lleva aquí y allá y se los adora. Disfrutan de una adoración propia de dioses, aunque sean muchos. Poco a poco se encogen y se convierten en joyas que adornan los collares.

xix.

Por cada condena de muerte que pronuncia, el juez recibe una distinción. Los jueces no tardan en tintinear por las condecoraciones que acumulan, igual que oficiales veteranos.

Me gustaría saber lo que es una acción. Por el momento sólo sé: ¿es tan sólo otra forma de matar?

Allí se ponen en fila para morir, y cada cual aporta su certificado para demostrar que puede.

Un traficante de armas que va y viene con un séquito de esclavos, con los cuales demuestra los efectos de sus armas. Su fortuna le permite reunir la colección de arte más grande del mundo, que regala a la humanidad. Muere como filántropo.

Para que nada se pierda, sólo escribe cartas que no envía: su legado completo.

En 1953, cuando regresé por primera vez, era una vergüenza andar por ahí como judío. Lo admitiera o no, era un superviviente y así lo percibían tanto los culpables como yo.

Hoy en día, uno se mueve por aquí como alguien que no se vio afectado por nada. Las masacres se han trasladado a otras partes del mundo, Vietnam y Bengala están lejos. Los vieneses pueden remitirse a ello con orgullo. Ningún extranjero intuye lo que ocurrió en esta ciudad. El principal efecto de Viena sobre el mundo, Hitler, ha desaparecido. Los bandidos vuelven a actuar en la cultura.*

El animal más bello no llegó a conocerse. Se extinguió antes de nosotros.

Has rehuido lo más importante: la enumeración de las cosas. Te resultaba demasiado aburrido listarlas. Para ti, un pensamiento sólo valía si poseía la fuerza del asesinato. Tú, que condenas la muerte y el acto de matar, eres un asesino múltiple en cien mil frases.

La mayoría de los salmones del Pacífico muere poco después de desovar en los desovaderos. Largos trechos de los ríos, bordeados de cadáveres de salmones muertos.

Mi amigo me pidió la momia, y no se la di. No se la habría dado a ningún amigo. Me pidió un centímetro de su pelo, y tampoco se lo di. A nadie le habría dado ni un centímetro de pelo de ella. Dijo mi amigo que ella lo amaba, que le sonreía. Maté a mi amigo al que la momia le sonreía.

El primer Matusalén. ¡Lo que daría yo por conocerlo y formularle preguntas! A lo mejor es alguien que hoy ya vive, a lo mejor se le podrían hacer al menos algunos *encargos*.

Domingo, 24 de diciembre de 1972

Comienzo el balance del año ya en Navidad. Tengo motivos para empezar tan temprano, porque es ya el año que viene. Por primera vez me ha *nacido* alguien. Hasta ahora, año tras año: un muerto, otro muerto, otro muerto.

Tal vez tuve que vivir necesariamente como viví para cobrar suficiente *conciencia* de la muerte. Ahora, sin embargo, cuando ya es evidente que he visto la muerte, esto puede cambiar y puedo contemplar cómo crece la minúscula criatura que ha nacido, cómo medra, cómo patatea y balbucea. Aunque dedicara todo mi tiempo a contemplarla, no me avergonzaría.

1973

¿Por qué te rebelas contra la idea de que la muerte está ya presente en los vivos? ¿No está acaso en ti?

Está en mí porque tengo que atacarla. Para eso, y nada más, la necesito, para eso he ido a buscarla. CSR

Coleccionistas de últimas miradas: cómo compadezco a los resignados que, con su muerte, renuncian a todos los que viven y han de vivir después. CSR

De tres maneras sobornó la muerte a Schopenhauer: por la renta de su padre, por el odio hacia su madre y por la filosofía de los hindúes.

Se considera insobornable porque no es profesor. No quiere reconocer que el más imperdonable de los sobornos, por nada reparable ya, es el de la muerte.

En eso no es un adversario útil. Lo que haya que decir en contra de él vale más decirlo contra los hindúes. CSR

Salvar la exageración. No morir sensatamente. CSR

Quien está obsesionado por la muerte, por ella se hace culpable. CSR

Que Dios haya muerto o no: es imposible no hablar de él, que ha estado ahí tanto tiempo. CSR

Difuminar el final o acentuarlo: única elección. CSR

Lo habrás puesto en duda, pero seguro que te has deseado fama. Sin embargo, ¿no has deseado mil veces más lo otro: el regreso de algún muerto? Y no lo has conseguido.

Sólo se cumplen los deseos mezquinos, superfluos, desvergonzados. Los grandes, los dignos de un ser humano, no llegan a realizarse.

Ninguno volverá, ninguno vuelve nunca; podridos están aquellos a los que odiaste, podridos están aquellos a los que amaste.

¿Sería posible amar *más*? ¿Hacer, mediante más amor, que un muerto vuelva a la vida? ¿Nadie habrá amado suficientemente todavía?

¿O bastaría una mentira que fuera tan grande como la Creación? CSR

¿Qué pasará con las imágenes de los muertos que llevas en tus ojos? ¿Cómo las dejarás al morir?
CSR

Ya no sabría enumerar a todos mis muertos. Si lo intentara, olvidaría a la mitad. ¡Son tantos y están en tantos sitios! Tengo muertos dispersos por toda la Tierra. Y así la Tierra entera es mi patria. Casi no queda un país que aún tenga que hacer mío; los muertos ya lo han hecho por mí. CSR

«Llorando Solón por habersele muerto un hijo, como le dijese uno que de nada le aprovechaba el llanto, respondió: “Por eso mismo lloro, porque de nada me aprovecha”.» CSR

Acaso uno sienta que aún existen los muertos, pero en muy pocas palabras, y quien supiera esas palabras podría oír a los muertos. CSR

Un misionero como superviviente del fin del mundo. APS

No me arrepiento de esas orgías de libros. Me siento como en la época de la expansión para *Masa y poder*. También entonces todo sucedió por aventuras con libros. En Viena, cuando no tenía dinero, gastaba todo lo que no tenía en libros. En Londres, en los peores momentos, conseguía, contra viento y marea, comprar de vez en cuando libros. Nunca he aprendido nada sistemáticamente, como otra gente, sino por excitaciones súbitas. Siempre empezaban con que mi mirada caía sobre algo que tenía que poseer fuera como fuera. El gesto de asir, la alegría de tirar el dinero por la ventana, el llevarlo a casa o al local más próximo, el contemplar, acariciar, hojear, el guardarlo durante años, el momento de un nuevo descubrimiento cuando las cosas se ponían serias – todo esto es parte de un proceso creativo cuyos detalles secretos desconozco. Pero en mi caso nada sucede de otro modo, y por lo tanto tendré que comprar libros hasta el último instante de mi vida, sobre todo cuando sé con seguridad que ya nunca los leeré.

Creo que es también parte de la rebeldía contra la muerte. Nunca quiero saber cuáles de estos libros se quedarán sin leer. Hasta el final no puede determinarse cuáles van a ser. Tengo libertad de elección, puedo elegir en cualquier momento entre todos los libros a mi alrededor, y por ello tengo en *mi mano* el curso de la vida. APS

La muerte es mi plomada, y me afano desesperadamente por no perderla. APS

Apunte de mi época de Zúrich, en la Scheuchzerstrasse: «Me gustaría morir como un héroe por mi madre».

Lo escribí en un papelito que guardé en un libro. Enorme vergüenza cuando mi madre encontró el papelito. Imaginé el fuego al que me arrojaba para salvarla. Me figuré sacándola del fuego en mis brazos. Acababa de cumplir doce años, era bajito y delgado, pero no me devanaba los sesos pensando cómo conseguiría llevarla. Veía el fuego al que me arrojaba con valentía, me veía a mí mismo sacando a mi madre del fuego en mis brazos. Y aunque conseguía salvarla, yo moría sacrificándome por ella. No pensaba ni en las quemaduras ni en los dolores, lo único importante era morir por ella.*

No puedo proponerme escribir mi *De la Mort* en vez de su (Stendhal) *De l'Amour*. Tal vez sería

conveniente procurarla a partir de su importancia. No obstante, soy un zelote y un judío y llevo en la sangre la Biblia, que no era uno de sus libros preferidos.

La disciplina de la muerte empieza muy temprano. ¿Termina alguna vez? (¿Cuándo termina?)

Claro que no creo en una buena Tierra, una Tierra llena de hombres buenos que conviven bien y aun así llevan una vida plena.

¿En qué creo entonces? La idea de la *congestión* de la Tierra y de la necesaria castración de la masa, a la que ya no le estaría permitido crecer, me atormenta. Es como si el falso número de los hombres me arrebatara la fe en el posible valor de los individuos. Mientras que antes le admitía *todo a cada individuo* y no quería ponerme a mí mismo ni a otros por encima de nadie, ahora debo concentrarme en cómo impedir que muchos lleguen a vivir. Como si uno fuese un *estrangulador*, decide que tantos y tantos no deben existir: selecciones antes del nacimiento, selecciones para el futuro. Es tan terrible que no logro superarlo. Mis sentimientos hacia los seres humanos, que tenían algo ilimitado e indestructible, están ahora infectados por la idea de una necesaria destrucción.

Me entretengo con esta vergüenza y me desespero.

El libro sobre la muerte que debo escribir se alza amenazante delante de mí. Estoy lleno de infinitos temas sobre los que preferiría escribir.

Creo que es la existencia de mi hija la que me llena de un mayor temor a la muerte. Me parece abominable expresar cosas que incluyan o tomen en consideración su muerte. No quiero cargar con mis pensamientos su tiempo, que comienza ahora.

Se demuestra cuánta maldad se necesita para pensar sin cesar en la muerte, como si con tales pensamientos se convirtiese uno en su cómplice.

Hasta los pensamientos sobre la muerte son mortíferos.

No se contenta con las religiones que ha encontrado. Necesita más. Tiene que hallar e inventar religiones hasta captar *todas* las facetas de la muerte.

¿Morimos soñando?

Los libros «cerrados» son aquellos que contabilizan la muerte, concretamente como última y verdadera partida. O bien aparece ella misma como final insuperable, con todo su poderío que crece con cada deceso, como final en forma de reconocida debacle, o bien se intenta levantar una fortaleza contra ella, sin fisuras por las que pueda entrar, cerrada a cal y canto. Los libros «abiertos» son aquellos que la apartan, prescinden de ella, desearían quitarle todo peso e importancia.

La muta de lamentación de los elefantes

«En las laderas del monte Elgon en Kenia, el guarda Winter tuvo que matar a finales de 1964 a

tres animales de una manada de treinta machos, hembras y elefantes jóvenes para evitar su proliferación. Cuando se produjeron los disparos letales, se desató el infierno entre los supervivientes. Agitaron sus macizos cuerpos, barritaron y gritaron terriblemente. Luego intentaron levantar del suelo a sus compañeros muertos.»

El guarda Winter escribe, literalmente: «Los animales, enloquecidos, empujaban con enorme fuerza los cadáveres. Encajaban los colmillos entre los de los muertos y trataban de levantarlos de esa manera. Esto duró poco más de un cuarto de hora. De repente, una hembra grande galopó hasta uno de los machos muertos, se arrodilló a su lado e introdujo los colmillos bajo su vientre. Luego intentó incorporarse junto con el muerto. Se tensó su cuerpo por el enorme esfuerzo. De repente se produjo un gran estruendo, y su colmillo derecho salió volando en un amplio arco hasta una distancia de diez metros».

¡Para ayudar al macho, que era quizá su marido, la elefanta sacrificó uno de sus colmillos!

«Poco después de este suceso, la manada abandonó el lugar haciendo un ruido terrorífico y trituró cuantos árboles encontró en el camino. Pero luego, de pronto, volvieron esos gigantes, barritando y gritando sin parar, y de nuevo trataron de levantar a sus compañeros muertos. Tres veces repitieron sus trabajosos intentos. Por último, el líder de la manada adoptó una pose mayestática y soltó varias señales sonoras, como si quisiera hablar con las víctimas. Al no lograr nada, barritó con fuerza, y la manada se retiró definitivamente» (Winter, «Elephants tried to move their *dead*», *New Scientist*, vol. 25, núm. 428, 28 de enero 1965, p. 205; citado por Vítus B. Dröscher, *Die freundliche Bestie*, pp. 89-90).

Lago hipnótico que obliga a todos sus ribereños a nadar hasta morir.

El final se presenta de otra manera desde que está la niña. El peligro de la reconciliación. El truco de la procreación.

Oh hija mía, hija mía, ¿hasta cuándo podré ser tu padre todavía?

No tengo por qué lamentarme, ya que te he conocido. He vivido tus primeros pasos y palabras. Ni siquiera esos he merecido, no he merecido nada, puesto que no he podido impedir la muerte de nadie. Mi única verdadera pasión ha sido en vano, y lo único que he conseguido es un nombre asquerosamente inflado.*

Sólo en sus frases dispersas y contradictorias consigue el hombre recogerse, ser un todo sin perder lo más importante, repetirse, respirarse, enterarse de sus gestos, fundamentar su acento, ensayar sus máscaras, temer sus verdades, convertir sus mentiras en vapor de verdades, encolerizarse para la muerte y desaparecer rejuvenecido.

El asesino que no pronuncia ni una sola palabra dura.

El asesino que mata a inocentes antes de que lleguen a ser culpables.

El asesino que *salva* a sus víctimas.

El asesino que llora con ternura a quienes ha salvado.

El asesino que crea un cementerio para sus salvados.

El asesino que honra su memoria, a su gran familia.

El asesino que habla de lo maravillosos que eran; que conserva con celo su recuerdo: fueron los mejores que ha conocido, los mejores que habrá nunca.

El asesino que recuerda nombres como si él los hubiera puesto, que no promueve a nadie antes de poder nombrarlo, que preguntaba por sus nombres como un amante, y cada cual le resultaba más bello y querido que el anterior, y cada cual merecía más ser salvado.

El asesino que tejía coronas para sus víctimas y fabricaba medallas para otorgárselas a sí mismo por sus operaciones de salvamento y que bajo su peso no podía ya ni andar ni asesinar.

El asesino que en un gesto de abnegación se deshizo del peso de las medallas para empezar de cero.

1974

¡Cuánto has eludido para no reducir la violencia de la muerte! CSR

Toda muerte rompe la cohesión de la intrincada red que es el mundo. APS

Es especialmente importante investigar si la muerte palidece para el que ve crecer a una niña, si se vuelve indiferente, si el engendrar nuevos seres humanos basta para soslayar la muerte, o si sólo se trata de otra forma de autoengaño, que exige ser apaciguada. APS

No es sentimental pensar en un muerto, mientras no se haya reconocido su muerte. APS

1975

Eres menos creíble que Kafka por vivir ya tanto.

Pero podría ser que los «jóvenes» busquen ayuda en ti contra la epidemia de muerte que existe en la literatura.

Como alguien que cada año desprecia más a la muerte, eres necesario. CSR

El retrato de mi padre, que ya no estaba vivo, encima de las camas, en la Josef-Gall-Gasse de Viena, un retrato algo borroso que nunca significó nada.

En mí estaban su sonrisa y sus palabras.

Nunca he visto un retrato de mi padre que no me pareciera absurdo, nunca he leído una palabra suya en la cual haya creído.

En mí él fue siempre algo más debido a su muerte. Tiemblo al pensar en lo que hubiera podido convertirse para mí de haber vivido.

Así te opones tú a la muerte como si fuera el sentido último, el esplendor y el honor.

Pero lo es tan sólo porque no debería existir. Lo es porque yo exalto al difunto en contra de ella.

La muerte aceptada con resignación no es ningún honor. CSR

Ninguna muerte ha logrado aún apagar mi odio en los casos en que de verdad he odiado. Quizá también sea ésta una forma de no reconocer a la muerte. CSR

Extinguirse por un tiempo determinado, pero estar seguro de volver a encenderse luego. CSR

Un testimonio importante: «Un hombre me dijo que suponía que los blancos no lloraban ni se apenaban tanto cuando moría un hombre blanco como lo hacen los bosquimanos ante la pérdida de uno de los suyos. “Los blancos son tantos”, dijo, “y los bosquimanos tan pocos”» (Lorna Marshall). CSR*

Esta inquebrantable sensación de perdurar, no menguada por ninguna muerte, ninguna desesperación, ninguna pasión por los otros, mejores (Kafka, Walser): no logro hacerle frente. Sólo puedo registrarla con repulsión.

Sin embargo, es cierto que sólo aquí, sentado a mi mesa, ante las hojas de estos árboles cuyo movimiento me viene emocionando hace ya veinte años, soy yo mismo, sólo aquí se mantiene intacta esta sensación, mi seguridad atrozmente maravillosa, y quizá *deba* tenerla para no rendir las armas ante la muerte. CSR

Sólo podrías evadirte en otra actitud ante la muerte. Jamás podrías evadirte. CSR

Cartas de muertos. Datos alterados. APS

Herder no se asfixió. Si no, Jean Paul no hubiera podido amarlo.

Aún es más extraño que Goethe no se asfixiara. APS

Es increíble cómo Wagner ha acostumbrado al mundo a la muerte con grandilocuencia sentimental.
APS

Sigo sin creermelo que tengo que morir, pero lo sé. APS

El enemigo de la muerte no fue escrito y, así, yo no he hecho nada. He merecido con creces la burla que cosecho por sus convicciones. Si estuviera aquí, si existiera físicamente, si de verdad estuviera aquí, nadie sería capaz de burlarse de él. APS

Tener hijos en vez de sobrevivir: a ver, se podría hablar de ello, gran tentación.

Siempre he percibido la metafísica como un rechazo de *esta* vida. Como si se pudiera calar o simplemente captar esta vida mediante la física.

La mujer centenaria que recuerda los nombres de todos sus perros.

He empezado a romper cartas, y eso proporciona un placer enorme. Lo decidí para facilitarme el trabajo por si me veía obligado a cambiar de piso. Se han amontonado aquí papeles y cartas desde hace veinte años, antes no era capaz de romper ningún papel escrito. Desde que he comenzado, sin embargo, ya no tiene nada que ver con la intención inicial: el rasgar se ha convertido en una *finalidad en sí*. Paso una o dos horas diarias dedicado a ello. Se juntan bolsas y más bolsas llenas de recortaduras de papel, retiradas cada sábado de la vivienda.

Rasgar supone en sí un placer. Pero más aún me gusta leer las viejas cartas antes de decidir qué destruiré. La *decisión* es una especie de sentencia que pronuncio respecto al remitente. Quiénes merecen permanecer conmigo, quiénes sólo sirven para desaparecer. Es como decidir sobre la vida y la muerte. Me doy cuenta, sin embargo, de que son precisamente los muertos aquellos cuyas cartas jamás destruyo. Trato a los vivos de manera mucho más despiadada. Incluso quiero enterrar a algunos de ellos. Una actividad asesina, que retomo días tras día. Nada me atrae más por el momento, ni siquiera la compra de libros, por no mencionar la escritura.

Considero posible que vivamos realmente de los muertos.

Ni me atrevo a pensar lo que seríamos sin ellos.

Goethe configuró su vida de tal manera que se convirtiese en paisaje. Ahora es un trozo de tierra,

pero lo sobrevuelan sus pájaros.

1976

Cada cual tiene que enfrentarse de forma totalmente nueva a la muerte. Aquí no hay normativa alguna que pueda adoptarse. CSR

Aquel B., que mediante el suicidio pretende disciplinar a la muerte. No se suicida antes de haber convencido a todos de que lo mejor es la muerte. CSR

Son demasiados. El sobrepeso de los muertos lo mata a uno. CSR

Él olvidó morir, tan satisfecho estaba de sí mismo. Procuró que los demás no lo olvidaran. APS

Que uno espere sobrevivir a todos es el pecado capital. APS

Él no es viejo, aún odia la muerte; nunca será viejo, siempre odiará la muerte. APS

Un hombre muy viejo – una especie de monje jaina que nunca ha matado. Si no matar nunca se ha convertido en el único objetivo de una vida, ¿qué clase de ser humano queda?

Deseo una respuesta honesta a esta pregunta: la experiencia de un hombre de ese tipo. APS

De la rutina del asesinato me he tenido que mantener alejado. Nunca he leído novelas policíacas. Si las hubiera leído, habría perdido la facultad de asombrarme. Todavía no comprendo *ningún* asesinato, tengo que resolver un enigma, porque es insoluble, estoy vivo. APS

Reconciliación de dos enemigos mortales ante el amigo común muerto. Él fue el que los enzarzó. Se ha llevado consigo a la tumba el odio de ambos. APS

Estremecedor e inexplicable lo que los elefantes hacen con los huesos de sus muertos. APS

Es inútil, no tiene sentido, incluso es despreciable dar por perdida a la humanidad.

Hay una sola posibilidad de esperar hasta el último resuello una escapatoria que aún no conocemos.

Da lo mismo cómo llamemos a esa esperanza, con tal de que exista. APS

Resulta casi imposible contraponer una doctrina no probada, que ni siquiera ha sido reflexionada a fondo, a la experiencia de las religiones, a su maestría en el trato con la muerte. Queda por ver, además, si esa doctrina se puede pensar hasta sus últimas consecuencias; quizá no sea más que un

impulso que invita a experiencias nuevas, diferentes.

«Cada una de estas historias demuestra lo que ha atraído hasta a los pueblos más avanzados como señal más elevada de la inmortalidad: la energía y el poder del alma humana. La muerte es antinatural; el hombre está hecho para vivir eternamente; sólo con medios sumamente drásticos se puede vencer su alma fuerte y vivaz. De ahí que no sorprenda que esa alma enérgica, una vez vencida por la muerte, sea esencialmente peligrosa» (Verrier Elwin, *Myths of Middle India*, p. 413).

En la noche del 16 al 17 murió en un sueño y gritó furioso: «¡Qué diablos!».

3 de marzo de 1976

Querido Thomas Bernhard:

lo he criticado duramente, y usted golpea a diestro y siniestro y sin ton ni son.

Sabe usted perfectamente hasta qué punto me he tomado en serio su obra, *Transtorno* me impresionó sobremanera, y se lo dije a usted. Luego vi la siguiente manifestación suya: «La muerte es lo mejor que tenemos». Consideré que esto, dicho por alguien que había estado cerca de la muerte y se había salvado de ella, era de un cinismo repugnante. Nadie sabe mejor que usted cuán contaminados estamos por la muerte. El hecho de que usted, además, se convierta en su abogado me ha llenado de desconfianza hacia su obra. Estoy convencido de que precisamente esta actitud suya la hace más floja, y quería decírselo públicamente.

Usted siempre reacciona ebrio de ira a las críticas. Como no soy un gacetillero, pensé que un golpe duro procedente de mí, a quien usted en realidad ve de manera muy diferente que en su filípica, le ayudaría a recobrar el juicio. Usted no tiene a nadie que le diga la verdad, ¿es que ahora le resulta ya indiferente?

Suyo,

Elias Canetti *

Quise enviar esta carta, aunque *no estaba en absoluto convencido*, por si Bernhard se sentía demasiado afectado por mi crítica, concretamente, por si le había hecho realmente daño.

Pero luego me lo pensé. Su reacción, sea cual sea la causa, ha sido tan infame, tan por debajo de lo peor que la gente es capaz de expresar incluso en un acceso de rabia, que *no debo* hacerlo. Podría interpretarlo con orgullo: como un intento de mi parte de *sustraerme* a sus insultos. En ese caso él lograría un éxito y saldría reforzado en su vileza. Sería lo contrario de cuanto yo quería conseguir. Que la carta, pues, quede aquí conmigo tal como la he redactado, como síntoma de cómo me sentí.

El etnólogo que tras una guerra perdida va a ver los pueblos más antiguos para mendigar los rituales de matanza con el fin de justificar los asesinatos cometidos por el suyo.

Si quieres su vida eterna, ¿los quieres sin intestinos?

Nunca he matado, pero soy responsable del ocaso de varias personas.

¿Estaría una sola de ellas con vida sin mí?

Una pregunta terrible: para responderla desearía un Juicio Final en el que pudiera comparecer.

Un pueblo que entierra a sus muertos en hormigueros.

1977

Vivir la muerte de un animal, pero como animal. CSR

Imaginar una forma de desaparecer que sojuzgue a la muerte. CSR

«Uno se duerme», le dice él a la niña, «pero no vuelve a despertarse». «Yo siempre me despierto», dice la niña muy contenta. CSR

Cuando te toque hacer balance, habrás de tener en consideración lo siguiente: la transformación debida a la proximidad de la muerte, aunque sea supuesta; la intensidad, la seriedad, la sensación de que sólo cuenta lo más importante que uno es, y de que no puede haber error, de que no puede decirse nada aproximado, pues ya no habrá oportunidad de rectificarlo.

Si uno lograra posponer realmente la muerte hasta el punto de no sentir más su proximidad, ¿dónde quedaría entonces *esta* seriedad? ¿Qué podría ser aún lo más importante? ¿Y habría algo que se acercase a ello, que fuera equivalente? CSR

Estoy obligado a hacer este balance. Sin él no me es lícito desaparecer. Es lo único que no puede serme de ninguna utilidad. Este balance nada puede añadir a la intensidad de esa actitud contra la muerte. Como apología, sólo podrá debilitarla. Con una defensa –y es lo que esto sería– resulta imposible conseguir el mismo efecto que con un ataque despiadado.

En aquel balance, y sólo en él, aún podría ser aquello que he intentado ser toda mi vida: alguien sin metas, sin criterios utilitaristas, sin intenciones, sin mutilaciones, libre en la medida en que un hombre pueda realmente serlo. CSR

Quien se ha abierto demasiado pronto a la experiencia de la muerte jamás podrá cerrarle otra vez sus puertas; una herida que acaba siendo una especie de pulmón a través del cual se respira. CSR

Callar sobre la muerte. – ¿Cuánto tiempo serías capaz de hacerlo? CSR

Entre los mohave, «el conflicto entre la añoranza de los muertos y la imposibilidad de volver a verlos, si se vive demasiado tiempo después de su muerte, conducía a un número aterrador de suicidios» (Verrier Elwin, *Maria Murder and Suicide*, p. 58).

Sería *mi* razón para el suicidio, la única. APS*

No quiero saber cuándo va a darme alcance, pero *tengo que saber* a quién conservo. APS

Que clama al cielo. ¡Vaya expresión!

El amor y la muerte son siempre equiparados, pero sólo tienen una cosa en común: la separación.

¡Como si se tratara de mí! Sin pestañear podría desplomarme dentro de un instante. A mí me importa cada cual.

«Lo que atrae al lector hacia las novelas es la esperanza de que la muerte sobre la que lee le abrigue su vida que tirita de frío» (Walter Benjamin).*

1978

Nada hay más horrible que la unicidad. ¡Oh, cómo se engañan todos esos supervivientes! CSR

Él murió por amor a la última voluntad de su dinero. CSR

Ahora él es aproximadamente todo lo que siempre ha aborrecido. Ya sólo le falta pedirle a la muerte que venga. CSR

El *último* libro que él lea: inimaginable. CSR

Es peligrosa esa apertura ante la muerte: contra ella uno nunca se permite así protección alguna. Pues cuando en ningún caso se le concede validez, cuando se considera un pecado *reflexionar* sobre ella, cuando se la prohíbe a los demás tanto como a sí mismo, se está tan expuesto a cualquier amenaza suya como si ésta se presentara por primera y única vez.

No puede uno decirse: «Llegue como llegue, la aceptaré resignado, de mí no depende el modo como se presente, y tampoco sé si alguien lo decide; pase lo que pase, está más allá de mí, yo no he traído a la muerte, cuando llega es porque no he podido impedirlo, voluntad no me falta, claro que me opongo con fuerza a ella, pero lo que llega es más fuerte que yo, no hay fuerza alguna capaz de hacerle frente».

Ninguno de estos razonamientos te están permitidos. La carne de tu alma es sincera y cruda, y lo seguirá siendo mientras estar vivo signifique algo para ti; y siempre significará algo para ti.

¿Qué arma te queda entonces? ¿Hay algún escudo que pudieras colocar delante de ti y los tuyos? ¿Algún discurso noble, alguna renuncia magnánima, algún sublime perdón por la injusticia que en ti se comete contra todos ellos? ¿Hay alguna idea que la supere, algún retorno medianamente seguro, una promesa en la que pueda confiarse, alguna independencia ante ese cuerpo que se pudre o se incinera, algún alma que uno pudiera husmear hinchando las fosas nasales, algún sueño que dure, una mano en el sueño, algún credo proporcionado a la amenaza? – Nada, no hay nada, y tampoco te tranquiliza el hecho de que digas *nada*, pues la esperanza de que puedas equivocarte jamás será ahogada. CSR

En su nueva vida, que empezó a los setenta y cinco, él olvidó la muerte de su padre. CSR

Sale a luz. ¿Qué? Lo que él siempre temió pensar. ¿Terminará con una declaración de amor a la muerte? ¿Recuperará la cobardía contra la que supo defenderse con firmeza? ¿Unirá su voz a la del salmista de la muerte? ¿Se volverá más débil que todos aquellos cuya debilidad le repugnaba? ¿Rendirá honores a la descomposición que llena su vientre, convirtiéndola en la ley de su

espíritu? ¿Revocará todas las palabras que fueron el sentido y el orgullo de su vida, y se convertirá a la iglesia de la muerte, fuera de la cual no hay salvación?

Es posible, todo es posible, no hay ninguna miserable autotraición que no haya sido verdad alguna vez, y en lugar de la historia de las palabras, son *ellas mismas* las que deben valer, independientemente de todo lo que hubo antes o viniera después. CSR

No hay ninguna muerte digna. Hay, para los demás, muertes que pueden olvidarse. Indignas son también ellas. CSR

Vivir *sin merecerlo*. – Sentimiento inevitable para el que ama la vida. Sólo el *amigo de la muerte* que odia la vida se comporta como si le *correspondiera*. APS

Ni un solo ser humano ha sido agotado jamás. Ni en su extrema reducción, ni en la muerte, ni en su destrucción ha sido agotado jamás un ser humano. APS

«No podíamos soportar ya que tantos seres humanos entonararan un réquiem poco antes de morir.»
APS

Ojalá pueda respirar dolor, dolor mejor que nada.
Oh antigua herida, no te ocultes más, te busco, te necesito.

Besa la tierra que se dispone a no cargar más con él.

Curiosidad por la *última* conversación. ¿Con quién se mantendrá?

No quiero enterrar a nadie más. Para eso mejor que me entierren de una vez.

No es que los maestros me resulten indiferentes desde que aparecen como personajes en mi libro; al contrario, le sigo el rastro a su destino, procuro enterarme de lo máximo posible sobre ellos. El proceso por el que los seres humanos se conservan con vida es más peculiar de lo que imaginaba. Aquello que uno pone ante sí, que, por así decirlo, existe negro sobre blanco de manera inmutable, cobra ahora vida propia y repercute en la historia del personaje hasta donde ella puede averiguarse. A veces me da la sensación de que mi descripción de los maestros modifica a posteriori su vida real. Me gustaría examinar a fondo lo que aquí ocurre exactamente.*

¿Es este jardín lo que yo buscaba, es todos los jardines? El sol, el lago, la casa amarilla, las ventanas cubiertas de telas de araña en las que patalean las presas, víctimas tan pequeñas que sólo pienso en ellas cuando las veo, pues luego aparto la mirada y las olvido.

Aun así, no consigo olvidar realmente a las víctimas, y las hay que no son tan pequeñas como esos mosquitos.

¿Qué será de todo lo acumulado en ti, tanto, tantísimo, un almacén inmenso de recuerdos y hábitos, de preguntas aplazadas, de respuestas tiritantes, de dudas, emociones, ternuras, durezas, todo allí, todo allí, qué será de todo ello cuando en ti se apague la vida?

Lo desproporcionado de esta acumulación, ¿y todo para nada?

La pequeña quiere saber lo que es la guerra. Como no se le habla mucho sobre la muerte (porque a una edad temprana la espera la muerte de su padre), nos limitamos a referirnos a la guerra como una época en la que escasea la comida.

Y eso la impresiona más que enterarse de la verdad.*

Llevar el corazón de otoño a otoño hasta que se hunde entre las hojas.

Una extremaunción en cada lugar en que uno ha vivido y pecado. Una extremaunción como *viaje*.

La muerte se ha convertido para él en una institución. Mientras ella lo ignore, seguirá con vida.

Ese hombre cree seriamente que lo más distinguido es rendirse a la muerte, se ensalza a sí mismo como su fiel lacayo y se ofrece a dar clases de morir.

«El jorobado de Mallorca que muere de hambre. Su joroba consistía en billetes de banco por un valor de diez millones de liras» (cuadernos de apuntes, octubre de 1929).*

Hans Mayer

La parte más interesante de la conversación que mantuvimos fue para mí todo cuanto se refería a su época en Leipzig. Habló sobre Becher, quien siempre lo había apoyado, y alabó su postura de aquel entonces, aunque sin reconocer su poesía. Narró una visita a Döblin moribundo en Emmendingen, lo fue a ver junto con Huchel, ambos enviados por Becher para averiguar si se podía hacer algo por Döblin. En esa ocasión, Döblin se manifestó muy críticamente sobre un ensayo de Bloch en la revista *Sinn und Form*, titulado, aunque cueste creerlo, «El sabio Stalin». Me dijo Mayer que él no sabía nada de ello, pero que Döblin, perfectamente lúcido, le dijo: se publicó en *Sinn und Form*. Huchel agachó la cabeza, consciente de su responsabilidad. En aquella ocasión, Mayer y Huchel se llevaron el manuscrito de *Hamlet*, que se publicó primero allí, en Alemania del Este.

También me habló de la muerte de Fallada, que murió como morfinómano en Berlín Oriental, casi al mismo tiempo que Becher, quien también se había hecho adicto a la morfina, pero al final la había abandonado. Becher, quien siendo muy joven todavía mató de un tiro a su amante en Múnich y luego intentó suicidarse, se quedó con la bala en el cuerpo y se salvó. Desde entonces llevaba dentro la bala, la cual fue de manera indirecta la causa de su muerte. Tenía cáncer y fue examinado por médicos rusos; cuando le descubrieron un tumor en el pecho, se les dijo que era la bala que llevaba siempre en el cuerpo, de modo que no insistieron y el cáncer no se detectó en su momento.*

«¿Cómo miden el tiempo los inmortales?» (libro de apuntes, enero de 1932).

«Probablemente regalaremos a los animales las primeras bendiciones de una prolongación de la vida. Contemplaremos asombrados a viejísimos ratones y cobayas igual que ahora miramos los caracoles petrificados» (libro de apuntes, junio de 1932).

1979

¿Escribir sin brújula? Siempre tengo en mi interior la aguja, siempre señala su polo norte magnético: el final. CSR

Él murió teniendo en sus labios las palabras: «Finalmente no sé nada». CSR

Ni siquiera muerto está uno solo. CSR

Pitágoras

«Hermes le había dicho que pidiese lo que quisiese, excepto la inmortalidad, y él le había pedido que vivo y muerto retuviese en la memoria cuanto sucediese. Así que mientras vivió se acordó de todo, y después de muerto conservó la misma memoria.

»También hablaba de cómo efectivamente transmigraba y circuía por todo género de plantas y animales; de saber lo que padecería su alma en el Hades y lo que padecerían las demás almas allí detenidas.»

La *memoria* de todas las vidas como don de los dioses. APS

Qué inseguridad, cuando se vivía sin teléfono. No se sabía nada durante mucho tiempo. Y, sin embargo, la preocupación por otros seres humanos no ha disminuido. Quizá incluso es mayor, ya que crece con cada llamada infructuosa. La muerte es tan rápida como una llamada.

La inmediatez de la comunicación recuerda en todo momento a la muerte. Lo que debe tranquilizarnos se convierte primero en sobresalto. APS

Es difícil creer en la transmigración del alma. ¿No será todavía más difícil creer que no se volverá jamás? APS

«Les morts eux-mêmes, dit-on, souhaitent d'être nombreux» (*Madagascar*). APS*

La famosa hospitalidad de los masalotas: «Cuando los amigos se separaban, intercambiaban préstamos en dinero, que había que devolver en el más allá. El que tenía la intención de suicidarse, debía pedir permiso a los senadores; si sus razones eran convincentes, recibía gratis la cicuta» (Momigliano). APS*

¿Qué valor tiene el pasado por el que tú tanto te esfuerzas si no existe el futuro? ¿O es posible detener de una vez para siempre la idea de ese *fluir* en el tiempo, quitárnosla de la cabeza?

Idea de un tiempo que es como un espacio, con sus puntos cardinales, sin flujo.

«El olor de los cadáveres no me resulta desagradable. Quizá un tanto dulzón, le sube a uno a la cabeza, pero resulta mucho más soportable que el olor de los vivos, de las axilas, de los pies, de los culos, de los prepucios cerosos y de los óvulos frustrados» (Samuel Beckett).*

«La primera descripción precisa de un campo de concentración bien montado la debemos a la imaginación muy cristianamente pervertida de Dante» (Arno Schmidt).

No puedo renunciar a la vivienda en Thurlow Road. Aunque no esté nunca allí, tengo que saber que puedo estarlo.

Se encuentra un tanto abandonada y no es bonita. Miles de libros se acumulan allí, los leo como si los fuese a perder pronto y luego me asombra reencontrarlos. Una biblioteca que no se utiliza durante semanas y en ocasiones durante meses lo espera a uno con una fuerza terrible. Me sorprende salir de allí con vida. No obstante, es de esperar que algún día me maten de un golpe, sean los libros, sea alguien que en mí se venga de ellos.*

La isla bretona de Sein

Antiquísimo *culto a los muertos*. Hace apenas una generación, los isleños aún se saludaban con fórmulas tales como «Joie aux morts. Amen», «Alegría a los muertos, Amén». En una boda, la visita al cementerio forma parte de la ceremonia. Una nave fantasma, *Bag Noz* ('Barca de la Noche'), recorre el horizonte con las velas desplegadas, pero sin tripulación.

En *Bag Sorserez* ('Nave de las Brujas'), las viudas malditas surcan los mares.

«Al navegante que se les acercaba le comunicaban un terrible secreto. Si lo revelaba, no tardaba en morir en el mar.»

En la última guerra mundial –después del llamamiento de De Gaulle a continuar la lucha–, «los hombres de la Île de Sein sacaron fuerzas de flaqueza y zarparon rumbo a Inglaterra en todas las embarcaciones disponibles. Ciento cuarenta y cuatro marineros y pescadores, de los cuales treinta y seis sucumbieron en la guerra».

Salvar las mañanas que antes pasaba durmiendo después de noches en vela. El tiempo transcurre ahora tan rápido que debería escribir a la misma velocidad. Me resulta ahora más fácil escribir que leer. Me siento aturdido al leer, nada se registra con la nitidez de antaño. Al escribir, la mente se libera y se aligera. ¿Debo dejar de leer? La lectura se ha convertido en una especie de mal hábito para mí, del que no consigo desprenderme. Es probable que incluso trate de leer en el lecho de muerte.

Tu placer en alargar cualquier vida a cualquier precio contiene algo tremendamente primario.

¿Desearías lo mismo para los demás si ya no siguieras con vida?

Las ciudades se desintegran para mí, en sus mataderos.

Esta sensación de resultar cada vez más aburrido porque me limito a inspirarme en mi propio

pasado.

¿Puede uno existir sin *agregar* nada nuevo?

¿O reside precisamente ahí la diferencia: en que uno existe sin sumar nada nuevo?

Una parada, un momento de suspensión, en el que se demuestra cuán hondo se puede respirar sin desintegrarse.

El mes en que se reverenciaba a los muertos

Este mes era la fiesta de los difuntos. En este mes sacan los difuntos de sus tumbas y les dan de comer y de beber y les visten de sus vestidos ricos, y les ponen plumas en la cabeza y cantan y danzan con ellos.

Y les ponen en unas andas y andan con ellos de casa en casa y por las calles y por la plaza, y después tornan a meterlos en sus tumbas, dándoles sus comidas y vajilla, al principal, de plata y de oro y al pobre, de barro. Y les dan sus carneros y ropa, y los entierran con ellas y gastan en esta fiesta muy mucho (Huamán Poma de Ayala sobre el Aya Marcay Quilla, p. 66).*

Un toro engendró doscientos mil terneros

El toro frisón Alsopdale Sunbeam II falleció a la respetable edad de catorce años. Como informa la agencia británica de la industria lechera, Alsopdale tiene más de doscientos mil descendientes. Su prole engendrada mediante inseminación artificial está dispersa por todo el mundo: en Australia, en Nueva Zelanda, en Zambia, en Grecia y en numerosos otros países. Dos de sus hijos siguen ya las huellas del padre en la granja experimental de la asociación de productores lácteos.

He de descubrir qué son las mascarillas funerarias. Todavía no lo sé, y eso que desde hace más de cincuenta años me significan infinitamente mucho.*

Los yámana declaran no saber nada sobre la naturaleza del más allá, y ése es también uno de los motivos por los cuales se sienten tan tristes cuando muere alguno de sus familiares.*

1980

No me interesa su abolición, que según parece es imposible. Me interesa la *proscripción* de la muerte. CSR

Es imposible *imaginar* siquiera la propia muerte. Parece irreal. Es lo más irreal. ¿Por qué lo has llamado siempre obstinación? Es falta de experiencia. CSR

Tras una vida llena de miedo, logró ser asesinado. CSR

Registrar el momento en el que uno se resigna a la muerte. CSR

Amenazar con la propia muerte, uno de los medios de vida más importantes entre los hombres.

Alguien que piense mucho en la muerte no siempre podrá pasarla en silencio. ¿Cómo hará para no amenazar con ella? ¿Representarse una inmortalidad propia sin creer en ella? ¿Simular salud y fuerza en medio de la decrepitud? ¿Cómo se aparenta tener salud? ¿Cómo se finge la fuerza? CSR*

Gente que escribe sobre la muerte como si fuera algo superado hace ya tiempo. CSR

Es duro formar parte de los poderosos, aunque uno sólo se sume a ellos en el futuro, después de muerto. CSR

Con sus primeros años de vida consiguió audiencia para los de etapas posteriores.

Y no sin razón, pues todo empezó ya entonces con gran ímpetu.

Allí estaba la muerte en todas sus formas: como amenaza, tabla de salvación, acontecimiento y queja, como una culpa eternamente mudable a lo largo de los años. Así reunió él las fuerzas para repudiarla. Y así la ha mantenido lejos de sí hasta el día de hoy. CSR

¿Cuántos muertos es uno capaz de soportar cuando definitivamente se ha negado a aceptar la abyección de la supervivencia? CSR

«Y de la unión de los seres desaparece la muerte» (*Hiperión*). CSR*

Uno se resiste a llevar muchas cosas consigo. Querría desempacar unas cuantas. Como sabe que la mayoría quedarán sin desempacar, querría destruirlas.

Intolerable idea: pasar de un mundo a otro, o de éste a la nada, cargado de equipaje. CSR

La nube en la que uno se cree a buen recaudo mientras otros mueren. CSR

Mientras no haya comprendido clara e incondicionalmente qué significa la muerte, no habré vivido.

Todas las otras cosas que he emprendido, ya sea que las llevase a término o que las dejase en estado embrionario, no significan, comparativamente, nada. ¿Querré darme de verdad por satisfecho con semejante balbuceo? ¿Acaso no he sentido algo mucho más *concreto*? ¿Y no tendré la firmeza necesaria para hacerlo comprensible?

El siniestro alarido de rabia de quienes actúan como defensores de la muerte me ha confundido. Con demasiada frecuencia pienso que existen, como si esto fuera un gran descubrimiento. Claro que existen, claro que han existido siempre. Precisamente por eso debo prescindir de ellos y abocarme a mi tarea como si no existieran.

El peso de todos los muertos es monstruoso, ¿qué despliegue de fuerzas se necesita para oponerle un contrapeso! Y si al final no se hace, quizá dentro de poco ya no será posible recurrir al pensamiento para contrarrestar el peso, cada hora mayor, de los difuntos. CSR

Las visitas a los muertos, su localización, son necesarias; de lo contrario se pierden con suma rapidez.

En cuanto se toma contacto con su lugar legítimo, el sitio en el que *podrían* estar, si estuvieran, recuperan su vida con una prisa avasalladora. De pronto, sí, de un momento a otro vuelve uno a saber sobre ellos todo cuanto creía olvidado, oye lo que dicen, toca sus cabellos y florece en el brillo de sus ojos. Quizá por entonces no estaba uno muy seguro del color de aquellos ojos, y ahora lo reconoce sin hacerse la menor pregunta sobre él. Es posible que ahora todo sea en ellos más intenso de lo que fue, es posible que sólo en este brusco resurgir vuelvan a ser enteramente ellos mismos. Es posible que cada muerto aguarde su consumación en la resurrección que le ofrezca un superviviente. Nada seguro puede decirse sobre esto, tan sólo deseos. Pero éstos son lo más sagrado que tiene un ser humano, y ¿hay acaso un solo hombre, por miserable que sea, que a su manera no los acaricie y proteja? CSR

¿Por qué te enorgullece realmente tanto el que la muerte no se aparte de tus pensamientos?

¿Te ves acaso a ti mismo más auténtico o más valiente? ¿Es ésta tu forma de ser soldado: sin aceptar órdenes, pero vestido con una especie de uniforme que es el de todos y del que hasta ahora nadie ha sido capaz de deshacerse?

¿Tendrías que pensar siempre en la muerte si hubiera uno solo que hubiese escapado de ella?
CSR

El doble reproche del idiota: que has permanecido desconocido hasta casi la vejez; que ahora, en la vejez, eres conocido.

Mi reproche a mí mismo sería más sencillo: que el libro contra la muerte aún no existe. Éste sería un reproche muy fuerte, quizá un reproche devastador. APS*

Al hacer como si hubiera muerto, será olvidado por la fama. APS

Un luto más *discreto*, más *casto*, ¿no podría rescatar más del muerto? APS

La idea de los horrores que le esperaban quizá le aligeraron el dolor de dejar atrás a sus seres humanos. Lo que le esperaba era mucho peor que todo lo que pudiera sucederles a ellos. APS

Intento de organizar una vida de modo que se pueda morir en ella varias veces. Retorno *comedido*, no ruidoso. APS

Es casi imposible escribir el libro contra la muerte porque ni siquiera sabes dónde has de empezar. Es como si hubieras recibido el encargo de escribir todo, absolutamente todo, sobre todo. APS

Él progresó. Se volvió inmortal. Ahora puede volver a ser mortal. APS

Los emplazados nació de un impulso que duró año y medio. ¿Cómo podrías haber escrito jamás algo más serio? APS

¿Por qué despierto tanto odio en los hombres cuando ataco a la muerte? ¿Están acaso encargados de su defensa? ¿Conocen tan bien su propia naturaleza asesina que se sienten ellos *mismos* agredidos cuando ataco a la muerte? APS

Pronto hará cuatro años que decidí –bajo la impresión de la amenaza sobre Hera, tras su primera operación, y sin sospechar que habría una segunda– escribir el libro sobre la muerte.

En su lugar surgió la segunda parte de *Historia de una vida: La antorcha al oído*.

Tal vez con este aplazamiento haya dejado perder el libro sobre la muerte. Aunque también podría ser que salga *mejor* porque lo escribo ahora. No sé si aún me quedará tiempo para hacerlo. Conseguir ese tiempo a la fuerza sería algo bueno y acorde con el propósito del libro. Lo primero que me he propuesto es hacer justicia también a la muerte. Quiero tratar de sentir todo lo que se dice en favor de ella. También quiero decirlo yo mismo, para que me sea lícito replicar. Quiero ocuparme de ella *por completo* y no quedarme en mis ladridos parciales de antes. También a la luna han ladrado algunos perros, pese a lo cual, ¿acaso no llegaron otros a ella?*

El hombre, elegantemente vestido, lo tomó de la mano y dijo: «Ven». Pero él se informó sobre el esqueleto y no fue.

El mayor enigma de un ser humano es la fecha de su muerte. Y no lo es menos porque yo haya escrito una obra de teatro sobre él.*

La arqueología lo fascina por los esqueletos que encuentra y por las representaciones de lo

viviente. Todo lo demás, los objetos que no son representaciones de lo viviente ni restos de ello, le tiene totalmente sin cuidado.

La peste en Bizancio, 746-747

Duró un año entero, durante el cual la razón de la gente también se veía perturbada y a veces se exaltaba de modo enfermizo.

«Muchos se encontraban en la calle con extraños personajes, en parte deformes, que los acompañaban, de suerte que podían entablar una verdadera conversación con ellos. En esas conversaciones, que a veces anotaban al regresar, se enteraban de cosas, en particular de la muerte de otros, que el destino corroboraba poco después. Otros veían a esos personajes entrar en las casas de conocidos suyos y estrangular o apuñalar allí a quienes el destino hubiera decidido exterminar» (Nicéforo).

En la *Crónica universal* de Teófanos se lee el siguiente relato sobre la peste: «Aquel mismo año murieron muchos víctimas de la peste, que se inició en Sicilia y Calabria y se propagó como un incendio durante toda la indicción 14 a Monembasía, Grecia, y las islas aledañas. Fue un castigo admonitorio contra el impío Constantino y calmó por un tiempo su ira contra la Iglesia sagrada y los venerables peregrinos, aunque él mismo no se enmendó, como otrora el faraón. Una peste bubónica asoló la capital del Imperio en la indicción 15.

»En los mantos de la gente y en las vestimentas sagradas y velos (cortinajes) empezaron a aparecer de pronto, sin que pudiera verse de qué manera, muchas coronitas pequeñas, como pintadas al óleo. Este fenómeno causó gran confusión y una honda consternación entre los habitantes. Una locura enviada por Dios se apoderó no sólo de la gente en la ciudad, sino también en los alrededores, y la fue exterminando de forma inmisericorde. Muchos tenían visiones y en sus éxtasis creían entrar en contacto con personajes extraños y gigantescos que, según les parecía, les hablaban como viejos conocidos y conversaban con ellos. A veces anotaban sus palabras y se las contaban luego unos a otros. También los veían entrar en sus casas y matar a una parte de los que vivían en ellas, y a otros los herían con la espada. La mayor parte de lo que contaban ocurría realmente tal como lo habían visto. En la primavera de la indicción 1 la peste atacó con más virulencia, y en verano fue tan devastadora que familias enteras se extinguieron y era imposible encontrar sepultureros.

»En medio de esa enorme desgracia decidieron hacer lo siguiente: ataban cuatro cestos a la silla de montar de las cabalgaduras y sobre ellos ponían tablas en las que sacaban a los muertos, que también eran apilados en carros. Como todos los cementerios dentro y fuera de la ciudad, así como los pozos y las cisternas secas, estaban repletos de cadáveres, no sólo se excavaron la mayoría de los viñedos, sino que también los jardines del interior de la ciudad se utilizaron para sepultar a los muertos. Pero esto no fue suficiente. Mientras cada casa era asolada de semejante modo por la desgracia porque los gobernantes habían destruido de forma impía las imágenes sagradas, la flota de los árabes zarpó inesperadamente de Alejandría rumbo a Chipre, donde estaba anclada la flota bizantina...» («Iconoclastia e invasión de los árabes en Bizancio. El siglo VIII (717-813)», de la *Crónica universal* de Teófanos).

La promesa de una vida *más allá*, en algún lugar, dondequiera que sea, crea una rigurosa separación de la vida de aquí. Es una exclusión enmascarada: ¡quédate allí y mantente lejos de mí!

Pero ¿debe un muerto mantenerse lejos de uno? ¿No debe uno exponerse a él? Por muy pérfidamente que se comporte el muerto, el vivo *merece* esa perfidia. Sin embargo, ¿qué ocurre si el abrirse al muerto provoca tal miedo que se debilita la resistencia a la muerte propia? ¿Si el muerto consigue realmente arrastrarlo a uno al otro lado? ¿Hay que ceder también en ese caso y no cerrarse ante él?

Sobre el trato con los propios muertos aún hay que decirlo todo.

Después de años de dolor él puede conseguir algo como ligereza y gracia.

Intento de pensar en la muerte como si hubiera *pasado*.

Él batió palmas y apareció la muerte. Era lo único en lo que podía confiar.

Un personaje claro, que nunca llegara de forma indeseada, ¿sería también la muerte?

«...If I must die,
I will encounter darkness like a bride,
And hug it in mine arms...»
(Shakespeare, *Measure for Measure*, III, 1)*

La Tierra, sembrada por doquier de tumbas. ¿Qué sería la Tierra sin sus tumbas?

No hay nada *más específico* que la muerte. Todo cuanto se dice acerca de ella acaba resultando demasiado general.

El terremoto es la forma *más limpia* de la muerte: la Tierra como asesina.

Es como si yo tuviera que *pintar* siempre lo mismo, mi montaña de Sainte-Victoire.*

Lo terrible no es que los animales se devoren unos a otros, pues ¡qué *saben* de la muerte! Que los hombres, que *saben* lo que es la muerte, sigan matando, eso es lo más terrible.

«A la muerte no se la puede ver, y aunque se la vea, no se la reconoce. Pienso que ahora mismo estará por ahí, cerca, dónde había de estar si no ... Pero sí que se la puede escuchar. Una vez me adormecí y alguien me echó su aliento frío. Yo me incorporé de un salto, no se veía a nadie, pero escuché que alguien se alejaba gimoteando a cada paso.»*

«Sin embargo, yo sí he visto a la muerte. En medio del campo hay una mujer de pie, muy alta y descarnada. Tiene la cara cubierta con un paño negro. Empieza a levantar la cabeza, pero ella

misma no se mueve. No pude esperar su mirada, a tal punto fui presa del terror» (Sofia Fedórchenko, *El pueblo en guerra*).

En Montaigne vuelvo a encontrarlo todo, todas las trivialidades de la Antigüedad sobre la muerte, a las que se suman las suyas propias.

Él, al que admiro y quiero por tantas cosas, tiene, en lo tocante a la muerte, un único mérito: nunca deja de pensar en ella.

Por lo demás, se cuenta entre *los que apaciguan*. Si bien no se deja aterrorizar por la muerte, hasta el final considera que la vida es preciosa y sabe que no se debe renunciar a ella.

Un *sacrificio* que reconozco y por el que siento el más profundo respeto es el de Sophie Scholl.

Ésa es la única muerte permitida.

Pero ¿qué pasa con quienes la celebran? ¿Te parece admisible esa celebración, los vivos liberados de su mala conciencia? ¿Es lícito que la muerte de otro *nos* libere del pecado?

La cuestión central del cristianismo.*

Se asesina en todas partes. Pero hay unos cuantos países civilizados en los que el asesinato no se decreta oficialmente. Esto suena a nada, pero es muchísimo.

El aburrimiento inherente a la idea del amor al hombre: no aborrece a tanta gente, ¿y debe acaso amar a todos?

Pero uno no aborrecería a nadie de quien supiera que debe morir muy pronto.

El precepto del amor al hombre se alimenta de su mortalidad.

Allí, en el momento de la muerte cada cual se sumía por completo en el olvido.

¡Qué diálogo con Georg! – Si por él fuera, yo no debería haber vuelto a pensar en él desde hace más de nueve años. De esta forma, el muerto es alejado mejor *todavía*, del todo, completamente, jamás ha existido. Su lugar, su nombre, su mirada..., ¡nada! Un hermano deja de ser hermano porque ya no es nadie. ¿Un padre? ¿Una madre? Nadie. Uno vino al mundo solo y huérfano. El mejor amigo, ¿cómo se llamaba? No tenía nombre. ¿Una amante? ¡Como cualquiera! ¿Una mujer? ¿Quién era? ¿Un hijo? ¿Era un niño o una niña? Si es indispensable, se puede mirar el registro.

¡Qué miramientos tan profundos y de todo orden con el superviviente! Sólo él cuenta. Sólo él es importante. El superviviente es rey. No es lícito torcerle un solo pelo a su alegre corazón. Ninguna carga, ningún pesar, ningún recuerdo vano. Hay que ahorrarle cualquier lágrima. Sus días están contados, ¡qué desperdicio atribular aunque sólo sea una de sus horas!*

El alma revolotea como una mosca en torno a la persona y no deja que la ahuyenten. ¿Varias moscas?

¿Puedes conseguir que te resulte indiferente lo que ocurra con tus obras?

No, mientras sigas escribiendo.

¿Puedes dejar de escribir por fin? ¿Por ejemplo, cuando hayas terminado este libro?

No, no puedo. No podré jamás.

Entonces nunca podrás hacer las paces con la muerte. Nunca.

«Existía en el judaísmo oriental la costumbre de regalar a un enfermo querido algo de tiempo de la propia vida. Y esto tenía un significado plenamente real; por eso se hacía un regalo moderado, de unos minutos o a lo sumo unas horas. Una vez, la hija del sirviente de la sinagoga regaló todo el tiempo de su vida al rabino, que se encontraba enfermo. En ese mismo instante, ella se desploma y muere. El rabino recobra la salud y llega a una edad muy avanzada. (La vida no vivida de la muchacha se inscribe fantasmagóricamente en la suya. En visiones nocturnas oye la música de su boda, oye la agitación de cuando nacen sus hijos. Desasosegado, escucha por sí irrumpe en la vida de ella algo doloroso que, de ser así, la muerte le habría ahorrado. En ese caso, el sacrificio, que él nunca quiso, no le pesaría tanto. Sin embargo, en la vida prevista para la donante no se encuentra ni una sola sombra)» (según una balada del poeta ruso-yídish Frug, narrada por Michael Landmann en *Conversaciones con Ernst Bloch en el verano de 1968 en Korčula*, la isla en que nació Marco Polo).

Bruno y Elettra Schärer vinieron ayer a vernos. Nos contaron que la señora Brock-Sulzer lleva medio año en el hospital –perteneciente al asilo situado muy cerca de nosotros– donde Hera fue operada dos veces.

La señora Brock-Sulzer era con mucho el mejor crítico teatral de Zúrich, podría decirse que el único. Ahora tiene setenta y ocho años aproximadamente. Phoebe, la hija de los Schärer, que la visitó hace unos meses, se asustó al escucharla:

«¿Cómo sabía usted que estoy muerta?», le preguntó tan pronto como llegó.*

Cientos de candidatos a verdugo

Springfield, 10 de junio. Algunos lo hacen, dicen, por un sentimiento de deber, otros por sed de venganza, un tercer grupo sólo busca un empleo: la administración de justicia de Springfield, en el Estado de Illinois, USA, recibe desde hace semanas cientos de solicitudes de todo el mundo para ocupar el puesto de «verdugo voluntario».

La avalancha de cartas empezó cuando, tras la condena del asesino múltiple John Gacy, la administración propuso asignar la ejecución de la condena a muerte a un voluntario, puesto que era reacia a exigir a uno de sus funcionarios que accionara el fatídico interruptor.

Algunos remitentes enviaron currículums detallados, haciendo hincapié en su experiencia profesional en ese sentido. «Tengo treinta años, soy varón, soltero, y los demás me definen como un joven frío, tranquilo, fiable, meticoloso y discreto. Creo firmemente en la pena capital», señala el cajero de un banco londinense. Un policía de Wisconsin resalta el hecho de que, en una de sus anteriores ocupaciones, en un asilo para animales, se dedicara a la «eliminación de animales». Un hombre de Viena se interesa, según parece, por el salario. «No disfruto matando, pero por dinero lo haría.» Otro voluntario, un veterano de la marina de cuarenta y dos años de edad, está

cumpliendo una condena en una prisión de Nueva York: «Pronto me concederán la libertad condicional y necesito un trabajo».*

Su goma elástica, de la que se cuelga a diario.

Mi única esperanza es ahora el libro sobre la muerte. La semana pasada me acerqué a él un poquito, desde una distancia enorme. Sea como fuere, noto que existe una plétora sorprendente de cosas que tendría que decir, siempre y cuando me pusiera manos a la obra.

No serán en absoluto esas cosas lineales, un tanto limitadas y demasiado seguras que he estado diciendo al respecto durante toda mi vida. Concederé la palabra a cualquier duda, incluso a todos los *amigos* de la muerte. Han de hablar con sus voces más potentes y convincentes. Quiero que se manifiesten de tal manera que dé la impresión de que no cabe ninguna posibilidad de refutarlos, porque, una vez hayan dicho todo, una vez se hayan expresado de forma tan sólida y concluyente que yo mismo parezca anonadado ante ellos, deseo encontrar nuevas fuerzas para derrotarlos.

Hasta ahora me lo he puesto demasiado fácil. El griterío de afirmación de la vida que soltaba ha sido ridículo y pueril.

Cualquier enemigo envidioso y vil podría aferrarse a eso y desacreditar mi idea culminante, el proyecto de mi vida.

Así no puede ser, con afirmación y refutación, con la repetición permanente de la misma frase. Para eso podría sentarme con las piernas cruzadas en un rincón de la habitación y pronunciar cinco mil veces al día ¡Alá! ¡Alá! ¡Alá!

¿Nunca has tenido esta sensación de que podría estar *equivocado* tu proyecto fundamental? ¿*Realmente* no has dudado nunca de él?

No, jamás he dudado de él. Tengo que crear primero las dudas y plantarlas ante mí y ante los otros para obtener el derecho de no dudar.

Hay algo *rígido* en cuanto he hecho, y eso no se debe al lenguaje, sino a la sustancia. Es como si siguiera siendo el mismo desde hace sesenta y ocho años, desde la repentina muerte de mi padre. La muerte, que llevo clavada desde entonces, me ha marcado, no puedo desprenderme de ella.

Tengo que *cambiar*. Puede que resulte ridículo decir esto a los setenta y cinco años. Sin embargo, sólo ahora sé que debo cambiar, y hasta qué punto.

Es poco probable que lo consiga. No obstante, valdría la pena intentarlo, por insólito.

Trata de imaginar cómo podrías cambiar.

«Entierro en el cielo» en el Tibet

«Subí la montaña hasta llegar a la roca de los buitres. Abajo, en el siguiente gran valle, se podía ver el ritual que los tibetanos conocen desde hace siglos.

»Porque en un país en el que la tierra es demasiado dura para cavar tumbas y en el que apenas se encuentra leña para incinerar a los muertos, la naturaleza ha obligado a “enterrar en el cielo”.

»Allí abajo ocurrió, pues: los familiares trasladaron a sus difuntos hasta una enorme roca plana. Desvistieron los cuerpos sin vida y los pusieron boca abajo sobre la roca. Después les

partieron el cráneo para que el alma pudiera encontrar el camino a una nueva vida.

»A continuación, los sepultureros les abrieron el pecho a los muertos y dieron el corazón y el hígado al buitre más grande.

»Acto seguido extrajeron otras partes del cuerpo, que fueron entregadas a los cuervos. Por último, un hombre cogió los huesos que quedaban y los trituroó con un martillo para convertirlos en alimento para las aves.

»Al final, tres hombres extenuados quedaron descansando de su trabajo sobre la roca. Una anciana les llevó bebida.

»El río centelleaba en el valle. A lo lejos, el templo fortificado de Potala con sus cientos de ventanas flotaba en medio de la bruma. Sólo se oía el graznido de los cuervos y el aleteo de los buitres en el cielo.

»“¿Qué diferencia hay?”, preguntó esa noche un tibetano. “Vosotros dejáis que los gusanos devoren a vuestros difuntos, nosotros dejamos que lo hagan los pájaros.”»*

«No respiraba al nacer y ya lo daban por muerto. Sin embargo, un tío le sopló humo de tabaco en la nariz... Y Picasso dijo años más tarde: “Entonces torcí el gesto y me eché a llorar”.»*

Su ventaja: que en la era de Freud y de Henry Miller se aparte de las consideraciones sobre asuntos sexuales. Ya lo hacen los demás, para eso no se le necesita. Él apunta a algo más sospechoso, sobre lo cual *nadie* sabe nada: la muerte.

Una muerte muy bella: dormirse en la nieve antes de que la tierra explote en la próxima guerra.

Un apunte de Sophie Scholl en su diario

«Mucha gente cree que nuestra época será la última. Las terribles señales podrían hacérselo creer. Pero ¿no carece esta creencia de importancia? ¿No debe todo ser humano, al margen del tiempo en que viva, contar siempre con ser llamado en el instante siguiente a rendir cuentas ante Dios? ¿Sé yo si mañana por la mañana estaré viva? Una bomba podría destruirnos a todos esta noche. Y entonces mi culpa no sería menor que si sucumbiera junto con la tierra y con las estrellas.»

Recuerdo de la última noche de Sophie Scholl, apuntado por su compañera de cautiverio Else Gebel: «La noche se estira interminable para mí, mientras tú, como siempre, duermes profundamente, imperturbable.

»Poco antes de las siete he de despertarte para este día difícil. Enseguida te espabilas y me cuentas, sentada aún sobre la cama, tu sueño de esta noche: en un hermoso día de sol, llevabas a bautizar a un niño todo vestido de blanco. El camino a la iglesia discurría por una montaña escarpada. Pero tú sujetabas firmemente al niño. De manera inesperada se abrió una grieta en el glaciar. Apenas te dio tiempo para poner al niño a salvo en el lado seguro, porque en el instante siguiente te precipitaste a las honduras. Interpretas el sueño de la siguiente manera: el niño vestido de blanco es nuestra idea, que se impondrá a pesar de todos los obstáculos. Nosotras podemos ser

las pioneras, pero antes hemos de morir por ella.»*

¿Hasta cuándo hemos de vivir para desprendernos de aquello con lo que nos intoxicaron en los primeros años?

El efecto cruel del cuero: desolladuras.

1981

A nada me he acostumbrado, a nada, y menos que nada a la muerte. CSR

¿Cuántas veces habría que vivir para entender la muerte? CSR

Y si la muerte no existiera, ¿qué sustituiría el dolor de la pérdida? ¿Será esto lo único que habla en favor de la muerte: el que necesitemos este inmenso dolor, que sin él no seamos dignos de llamarnos hombres? CSR

El mezquino: en vez de plantarle cara a la muerte, le pone cien mil peros a la vejez. CSR

Él consiguió ganarse la enemistad del muerto. CSR

Cartas mendaces. Deporte de los muertos. CSR

Allí cada cual puede olvidar por completo quién es un año antes de su muerte, y llevar una vida totalmente nueva e inesperada. APS

«Los bueyes mueren prematuramente bajo un yugo de madera deformado, los burros se desmoronan con el lomo ensangrentado bajo sillas de carga excesivamente grandes.» APS

¿Hay algo más aterrador que ir con la época? ¿Hay algo más mortífero? APS

«Investigar», dice él, y se refiere a tumbas. APS

G. decidió no conocer a nadie que hubiera muerto. APS*

Lo que más hondamente lo ha conmovido de todo fue la *resurrección de un niño*.

Lo que me fascina en las religiones es su concepción de la muerte, y mientras no haya comprendido esto en cada fe que haya existido, no sé nada.

«Muchos de los inmortales aún viven hoy, en opinión de los tukuna, en el curso superior de un arroyo, y celebran allí una fiesta cuando hay luna llena. Pero el que intenta acercarse a ellos enloquece» (Curt Nimuendaju, *The Tukuna*).*

«No, tenga usted la seguridad de que la razón, que no ve con indiferencia que se renuncie a una vida de veinte años, es igualmente incapaz, y quizá todavía menos, cuando se trata de una de cien años» (Marcus Herz a Moritz, durante su enfermedad).*

«En Japón todavía puede ocurrir hoy que una mujer se quite la vida para, después de su muerte, devolver la luz a los ojos de un amante ciego con un trasplante de córnea.»

«La muerte no puede ser un mal, porque es algo general» (Schiller, enfermo, uno de los últimos días de su vida, a su cuñada Karoline von Wolzogen).*

«Pero a la muerte no la estatuyo» (Goethe a F. Förster).

«Es, en cierto modo, una imposibilidad que de pronto se vuelve realidad» (Goethe a Eckermann).

«No concibo ningún pensamiento en el que la muerte no esté cincelada» (Miguel Ángel, ya viejo).*

¿Te has facilitado la muerte con frases grandilocuentes contra ella?

Él nunca se cansa de escuchar los sonidos de la viola de gamba.

Le pide a ella que la siga tocando para él cuando ya no esté.

Lo peor es la nada. Grandiosas eran las ideas de un después. ¿Cómo éste ha podido desaparecer? ¡Con qué facilidad! ¡Cuán repentinamente! Yo siempre lo relaciono con la historia de las explosiones. Son ellas, me parece, las que han liquidado cualquier después.

Antes de las explosiones, la muerte era diferente: abarcable con la mirada, repugnante tal vez, pero uno la tenía ante sí.

Pero cuando no se tiene absolutamente nada ante sí, cuando todo se astilla en un sinnúmero de partes imposibles de encontrar y que ya no pueden volver a juntarse, ¿de dónde sacaremos el después?

La atomización de la muerte es la peor de nuestras desesperaciones.

Idea frecuente: la de que debo viajar a Hampstead para morir allí.*

«Y Dios ató firmemente el alma al cuerpo del hombre. El alma del hombre está atada a él para que, cuando la aflicción lo domine, no se quite el alma y la tire.»

En la gran plaza volvieron a congregarse todos formando un círculo. Se inclinaron unos frente a otros, luego dieron media vuelta y se fueron, cada cual solo, dispersándose en su última dirección.

¿Qué ve alguien ante sí cuando muere? No un paraíso para los buenos ni un infierno para sí, el malo, sino un infierno para todos, buenos y malos, pronto, aquí.

Resulta extraño decirse que *toda* fe, incluso la más terrible, ha sido demasiado optimista; que ninguna idea de castigo, ninguna amenaza se aproxima a lo que le hemos hecho a la Tierra.

Lo cual no significa una reconciliación con la muerte. Pues cabe suponer que hemos llegado a este punto gracias a ella, a que la conocemos, y a la posibilidad de utilizarla para determinados fines.

La niña se niega a comer algo que haya tenido vida. Pero eso no le basta: ahora también se niega a comer algo que haya tenido la *forma* de un ser vivo: un escarabajo, una liebre, un cordero de chocolate.

Para los animales deberían bastar los renacimientos. Hasta la resurrección no han llegado.

Y aunque me ha de llegar a mí pronto, lo que más me indigna es que *otros* padezcan la muerte.

Él llegó a ser lo bastante viejo como para vivir la autodestrucción de la Tierra.

La prolongación de la vida

«Había una vez un hombre llamado Fu-hsing ('La felicidad se levanta'). Tenía unos quince años, y su familia era muy pobre. Él vivía de cortar leña. Su padre había muerto hacía tiempo, y la madre, una anciana incapaz ya de trabajar, vivía del trabajo de Fu-hsing.

»Un día en que volvió a las montañas en busca de leña, vio a dos hombres que jugaban al ajedrez. Eran Cesto del Sur (una constelación) y Cesto del Norte (nuestra Osa Mayor), los que se ocupan del destino de los seres humanos. Jugaban al ajedrez y conversaban y decían que un hombre alcanzaría la edad de 287 años y otro, un tal Fu-hsing, moriría muy pronto, a los diecinueve.

»Al oírlo sin que se dieran cuenta, se asustó mucho, regresó a toda prisa a casa y se lo contó a su madre. Ella dijo: "Seguro que son Cesto del Norte y Cesto del Sur. Pide prestado un poco de dinero a un amigo y compra una bandeja grande de frutos diversos, que es lo que les gusta comer. Después arrodíllate ante ellos cuando se dispongan a comer y entonces podrás exponerles tu petición". Compró Fu-hsing la fruta, fue a la montaña y se arrodilló ante ellos.

»Los dos comieron la fruta, y cuando se disponía a morder una, Cesto del Norte miró a Fu-hsing y le preguntó: "¿Por qué has venido?". Fu-hsing respondió: "Os he oído decir que yo sólo alcanzaría los diecinueve años de edad. Así que quiero pedirlos que me deis un poco más de vida". Y entonces volvió a postrarse ante ellos. Cesto del Sur preguntó: "¿Eres tú Fu-hsing?". Y como él asintió, dijo: "Vale, te daré, pues, noventa y nueve años". Y pronunció a continuación las fórmulas mágicas. Fu-hsing se quedó pensando y se alegró mucho. Luego, sin embargo, rogó que se le concediera un año más, pero no había acabado de pronunciar su frase cuando los dos se volvieron invisibles.

»*Nota:* Cesto del Sur se identifica generalmente con Shou-hsing, el dios de la larga vida. Tiene el cráneo alargado, lleva como acompañante un ciervo y como atributo los *melocotones que alargan la vida*. Por eso se le ofrendan frutas. Lleva el registro de la vida, del que en otras

leyendas se encarga uno de los dioses del submundo» (Wolfram Eberhard, *Cuentos populares del sudeste de China*, núm. 67, pp. 112-113).

«Por tanto, la muerte no es nunca aquello que da un sentido a la vida. Todo lo contrario, es aquello que le quita fundamentalmente todo significado. Si tenemos que morir, nuestra vida no tiene ningún sentido, puesto que sus problemas quedan sin resolver y porque incluso el significado de estos problemas queda indeterminado» (Sartre).*

Según Sartre, es inútil lamentarse o rebelarse y preguntar ingenuamente por el porqué de la muerte.

«Amar a una persona significa decir: tú no morirás. ... Como no puedo amar sin desear la inmortalidad de aquel a quien amo ... no puedo aceptar la muerte» (Gabriel Marcel).

Un perro, invitado a los entierros

Desde hace un año, un perro de tamaño medio, al que nadie conoce y del que nadie sabe de dónde viene, es un invitado más a todos los entierros de la localidad siciliana de Ribera. Cuando en el pueblo se ponen en marcha los preparativos para un funeral, el perro, mezcla de razas diversas y de color marrón claro, aguarda durante horas ante el umbral y espera a que saquen el ataúd. Luego sigue al coche fúnebre hasta la iglesia, escucha las marchas fúnebres tocadas por la banda municipal y acompaña a la comitiva hasta la tumba. Al final del entierro desaparece sin dejar rastro para volver a aparecer en el siguiente funeral que se celebre en Ribera.

Generaciones de «aves de las praderas que aprenden rápidamente a juntarse en superficies recién calcinadas y a devorar los saltamontes asados por el fuego».

«Muerte. Considero la muerte, si no llega de forma prematura, un acontecimiento muy natural y adecuado. En el curso de unas décadas tenemos tiempo suficiente para ocuparnos de los defectos y aristas de nuestra persona. Uno acaba conociéndose a fondo y tiene ganas de cambiar de aires» (Döblin. ¡Un acontecimiento «adecuado» y tardío!).

«On May 1, 1968, a contingent of government officials went to the Shanghai home of the mother of a young woman named Liu Zhao, who had been jailed for keeping a diary critical of the party.

»As three Chinese reporters recently recounted the incident, the officials told the mother that her daughter had been executed three days earlier as a counterrevolutionary.

»They told the mother that the money spent on her daughter's execution had been a waste, and they demanded that the mother pay five fen – a little more than three cents – to cover the cost of the bullet they had put through the back of her daughter's head.»*

«Por encargo del señor canciller de la orden le comunico a usted que la orden lamenta la muerte del profesor Dr. Carl Ludwig Siegel, fallecido el 4 de abril de 1981 a los ochenta y cuatro años

de edad.

»El funeral se celebrará el 9 de abril de 1981 en la capilla del cementerio municipal de Gotinga. *El profesor Siegel no deja deudos.*»

Has vivido más tiempo que Kafka, que Proust, que Musil, más incluso que Broch. ¿A qué te obliga tan monstruosa injusticia?

En el abrigo del tiempo de vida de Goethe caben: Jean Paul, Hölderlin, E.T.A. Hoffmann, Kleist, Novalis, Hegel.

Mucho espacio en esa vida.

Febo asignó mil años de vida a la Sibila de Cumas: ella le mostró un puñado de polvo y deseó llegar a tantos años como partículas de polvo estaban allí contenidas. Olvidó, sin embargo, deseárselos como años de juventud. Por tanto, está condenada a la vejez, tiene setecientos años cuando se dirige a Eneas, le quedan trescientos todavía para vivir. Se encogerá y perderá peso, y sólo se la reconocerá por la voz (*Metamorfosis*, XIV, 129-153).

Mariposas que salen de la crisálida en la clase. Cada niño se lleva una a su casa para *no* atravesarla con un alfiler.

La Biblia se durmió y despertó cuando ya nunca más se hizo de día.

Podría haber conseguido mucho si no me hubiera *desprendido* de mi obsesión por *Masa y poder* tras la muerte de Veza. Porque en realidad sólo estaba poseído por la muerte.

Un asesino crítico: el hombre al que ha de asesinar no *encaja* con él.

Los protozoos (igual que las bacterias) se multiplican por división; de un individuo surgen dos iguales y así sucesivamente. Cada generación se parece plenamente tanto a la anterior como a la siguiente.

En la división no quedan restos que se destruyan. *No existen cadáveres, por muy pequeños que sean.*

Muchos que ya no están vivos se habrían alegrado, aunque no tanto como para que su alegría pudiera hacerlos volver a la vida. CSR*

No se puede dar demasiada importancia al hecho de que uno esté en la recta final. Mucho ruido se viene haciendo –y desde hace ya tiempo– a propósito de que todo, en general, está en la recta final: unos cuantos, éste, aquél, todos. CSR

La despreocupada multiplicación, auténtica ceguera de la naturaleza, absurda, descabellada, vana e insolente, sólo se convierte en ley gracias a la declaración de odio contra la muerte. En cuanto la multiplicación deja de ser ciega, en cuanto empieza a interesarse por cada individualidad, se carga de sentido. Del aterrador aspecto del «¡Más! ¡Más! ¡Más! ¡Por mor de la destrucción!» se pasa al «Para que cada ser individual sea santificado: ¡más!». CSR

Antes de volverse disolución, la muerte es confrontación. Valor para hacerle frente, pese a todo lo vano de la empresa. Valor para escupir a la muerte en plena cara. CSR

Su experiencia desde hace mucho tiempo: siempre que arrecian sus escarnios contra la muerte, ésta le arrebató a algún ser próximo.

¿Siente él la inminencia? ¿O es un castigo? ¿Quién castiga? CSR

Ha aumentado su indefensión ante la muerte. La fe con la cual se comprometió no era ninguna protección. No le estaba permitido protegerse.

Pero resulta que había otros ahí, con él. ¿Acaso no los protegió también a ellos? ¿Cómo es que casi todos han caído y él sigue aún en pie? ¿Cuál es esa relación secreta y vergonzosa que él desconoce? CSR

Hay algo *impuro* en ese quejarse de los peligros de nuestro tiempo, como si tales quejas pudieran servir para disculpar nuestro fracaso personal. Algo de esta impura sustancia se halla contenida ya, desde un principio, en los lamentos fúnebres. CSR

Cada vez, antes de cada renacimiento, él se ponía a la defensiva. CSR

Él se imagina qué edad tendría si no se le hubiera muerto nadie. CSR

¡Y pensar que quienes captan lo terrible del poder no ven cuánto se sirve de la muerte! Sin la

muerte, el poder sería inofensivo. Y ellos hablan y hablan sobre el poder, creen arremeter contra él y hacen caso omiso de la muerte. Lo que consideran natural les tiene sin cuidado. Pero no van muy lejos con su naturaleza. Yo mismo me he sentido mal en la naturaleza cuando se presentaba como algo inmodificable y yo la tenía por tal. Ahora que sus modificaciones aparecen por todas partes, en todos lados y direcciones, me siento peor todavía, pues ninguno de los modificadores sabe qué no debió modificarse jamás y bajo ningún concepto. CSR

Juan Rulfo

«Un muerto no muere. El día de los difuntos la gente habla con él y le da de comer. La viuda engañada se dirige a la tumba de su difunto esposo, le echa en cara sus adulterios, lo insulta, lo amenaza con vengarse. La muerte en México no es sagrada ni extraña. La muerte es lo más cotidiano que hay.

...

»—¿Y qué siente usted, señor Rulfo, cuando escribe?

»—Remordimientos de conciencia.» CSR

Cuando todo se hunda: hay que *decirlo*. Cuando no quede nada... al menos no hagamos mutis obedientemente.

No siento ninguna debilidad mientras pienso para qué estoy aquí todavía. En cuanto dejo de pensarlo, siento debilidad. CSR

¿Habrá que traicionarse de vez en cuando a sí mismo, reconociendo la imposibilidad de un comienzo y sacando las consecuencias de ello? ¿Por qué nos gustará mucho más la gente que no puede hacerlo, que, por así decirlo, se cree a sí misma hasta morir? CSR

Él hizo pedazos su ataúd y puso en fuga a dentelladas a los deudos. APS

Él derramó lágrimas por el amigo cuyo nombre había olvidado. APS

Te reprochan que no hayas denigrado a tu padre y a tu madre o que, al menos, no los hayas desnudado. Te reprochan respeto, veneración por los muertos, gratitud.

¿De qué iban a estar agradecidos los nadies? ¿A quién tendrían que respetar que no les dio nada? ¿A qué muertos tendrían que recordar que se alejaron de ellos asqueados? APS

Los cómplices que *saludan* al desastre.

Que pueda decirse: «¡Está bien así, porque yo no estaré aquí para verlo!».

Los empleados de la muerte, que escriben un libro tras otro para justificarla.

Se necesita un poco de esperanza para poder atacar. Esperanza es que también otros se defiendan.

«Cuando yo no esté aquí, no quiero que estén otros.»

Amor a sí mismo y amor a la muerte. Su relación está por explorar. APS

El argumento principal en favor de la muerte: el aumento vertiginoso de los seres humanos. Parece que Malthus ha tenido razón, incluso después de su influencia sobre Darwin. Pero como hoy *todo* está amenazado de destrucción, Malthus no ha tenido razón.

Esto es lo que ha cambiado desde los tiempos de Malthus. Entonces una catástrofe universal era impensable. APS

Ya no estás obsesionado con la masa. Ya no te empeñas en inventar recetas para su buen comportamiento y su bienestar.

Estás más obsesionado que nunca con la muerte. La muerte en masa ha absorbido para ti a la masa. Tu propia muerte ya sólo puede ser indiferente. Está absolutamente claro que es únicamente cuestión de la muerte en general. APS

Tu aversión al *sacrificio* en las religiones, empezando por el sacrificio de Isaac por Abraham, es una *desconfianza*. Una muerte se carga en cuenta y se ratifica. Se introduce su repetición y se desea.

Sacrificio de insectos. Quema de hormigueros. APS

Es fácil combatirte. En cuanto reconocemos la situación desesperada de un enfermo grave, todo lo que se hace por él parece un despilfarro sin sentido, arrancado a los vivos. En este campo de batalla pensamos cuando hablamos del combate contra la muerte. Pero no es en absoluto esto a lo que yo me refiero. Yo me refiero a una *convicción* equivocada, que se encuentra especialmente entre los que están sanos, una división entre la vida y la muerte, como si ambas tuvieran los mismos derechos. Esta convicción es la que concede a la muerte el prestigio de la vida. La equiparación de ambas es una falsificación que se alimenta de esa clase de creencia que atribuye a la muerte más y más vida. No sólo se teme su cólera, se intenta prevenirla y se confiere y regala vida a los muertos. «¡Allí estáis vosotros! ¡A cambio dejadnos a nosotros estar aquí!» Para convencerlos de cuánto nos alegra saberlos allí, hacemos de ello algo especial, cargado de vida. Les otorgamos vida, a través de nuestra veneración. APS

A quién creer: cuestión clave de toda vida. Mudanza en el curso de una vida. Mudanza en el tipo de los hombres en los que creemos. Desgaste de los anteriores, en los que creímos.

¿Con qué rapidez y por qué se desgastan los inspiradores de fe? En parte depende de cuántos creen aún en ellos. Pero también hay transformaciones en el equilibrio de fuerzas de la fe, que no dependen de los muchos.

Creencias a las que se les acaba el aire (también podríamos decir: las palabras). Marchitamiento o asfixia de la fe. Creencias que se insinúan más tarde y poco a poco. Oímos algo durante mucho tiempo, sin escuchar. De pronto, oímos eso mismo y tiene un sentido. ¿Cómo se produce ese incremento de sentido? ¿Por la repetición o por el transcurso debilitador del tiempo vital? Enseñanzas, experiencias, informaciones nos abren a reflexiones razonables, que no son excesivamente agobiantes, y nos llevan a pensar sin odio en lo más monstruoso, la muerte. APS

Las almas de los muertos producen viento cuando se alejan de los cuerpos. Este viento es especialmente fuerte en el suicida. Alguien debe de haberse ahorcado en el bosque, dicen cuando se levanta un viento repentino. APS

Incluso la brevedad de la vida desempeña en Schopenhauer un papel como argumento, también la muerte.

Pero ¿no le conferimos a la vida un gran valor, cuando denunciamos su brevedad y denunciamos la muerte? APS

«Me gustaría poder levantarme de entre los muertos cada diez años, llegarme hasta un quiosco y comprar varios periódicos. No pediría nada más. Con mis periódicos bajo el brazo, pálido, rozando las paredes, regresaría al cementerio y leería los desastres del mundo antes de volverme a dormir satisfecho, en el refugio tranquilizador de la tumba» (Luis Buñuel, a los ochenta y dos años).*

All Souls, commemoration of all the faithful departed. Its earliest object was to commemorate all the dead of the Monastic Order. Under Odilo of Cluny (962–1049) it was decided to extend it to include «all the dead who have existed from the beginning of the world ... until the end of time».*

Mucho tiempo se ha perdido y no debe quedar mucho por delante; aun así, no consigo calcular en términos de tiempo. Qué poco he hecho con mi vida. ¿Qué hay de mí aquí? El espectáculo de diciembre engaña: me han premiado por las escasísimas obras mías que existen... Kafka está por encima de todos los premios o, dicho de otro modo, él se les habría escapado mediante la destrucción de sus obras. Hoy merece lo máximo que los seres humanos puedan conceder y para tales casos tan poco frecuentes debería existir un premio póstumo, incluso cincuenta años después de su muerte...

En cuanto a mí, ¿cómo expresarlo ahora? Siempre fui de la opinión de que merezco el premio por *Masa y poder*, por los años y años en los que me aferré a esa obra. Mantenía esa opinión por Veza, quien llevó la verdadera carga del esfuerzo. Pero luego, tres años después de la publicación del libro, ella murió. ¿Qué mérito me queda después de su muerte? Ninguno, porque encontré a Hera y viví durante ocho años, de 1963 a 1971, una vida desordenada para mis circunstancias. Podría decirse que sólo entonces empecé a vivir. En esa época escribí algunos ensayos, buenos, ciertamente, pero tan escasos que a lo mejor ni siquiera cuentan. El siguiente paso terrible fue la última enfermedad de Georg y su muerte. Comenzó el tiempo de la autobiografía y de la niña...

Es seguro, sin embargo, que esta distinción no habría llegado sin la autobiografía, y por eso no sé si el esfuerzo de Veza y mío, precisamente por *Masa y poder*, tiene allí el peso suficiente. Todo parece como desplazado, en el tiempo y en el significado. Es como si en una vida nueva me hubieran premiado por una anterior, pretérita, y lo hubieran hecho por la mera circunstancia de haber conservado y registrado el recuerdo de esa vida anterior.*

«Cuando las llamas habían alcanzado las plantas superiores, los judíos aparecieron en las

buhardillas. Fueron sus últimos minutos. Corrían de ventana a ventana, gesticulaban desesperados con los brazos, saltaban sobre los alféizares. Sus siluetas oscuras se destacaban con nitidez de la pared medianera incandescente. Para evitar la muerte dolorosa en las llamas, se arrojaron al vacío. No sobre almohadas, sino directamente sobre el asfalto de la calle. Los suicidas yacían como muñecos negros con las cabezas coloradas. Cráneos reventados, masa encefálica despachurrada. Los edificios siguieron ardiendo mientras los tejados se venían abajo uno tras otro con estruendo. Las ruinas continuaron echando llamas durante días; sólo las lluvias de mayo apagaron los rescoldos que quedaban» (Jürgen Stroop, sobre el 4 de mayo de 1943).*

Sábado, 1 de mayo de 1982

Hoy hace diecinueve años murió Veza.

¡Qué vida podría haberle dado a sus ochenta y cinco años!

El otoño pasado muchos me escribieron que todavía existía una justicia. No existe, porque Veza no está con nosotros para vivir su triunfo. Para ella habría significado un triunfo, era como Débora, una luchadora y una jueza del Antiguo Testamento.

Hace unas semanas fui a verla, en la vivienda de Hampstead convertida en su monumento fúnebre. Ya no le gusta tanto estar ahí, pero la he encontrado. A lo mejor ama a la niña que siempre me deseó y está a menudo con nosotros. Hera le tiene simpatía y yo sé hasta qué punto ella quiere a Hera. Percibo su bendición a nuestra vida. Su nombre es ahora conocido en muchas lenguas y pronto se sabrá lo más bello sobre ella por doquier.*

Hoy he vuelto a estar en el *Titanic* y me he enterado de lo que realmente tocó la orquesta en el momento del naufragio.

En otoño, un hombre me comunicó por carta que estaba escribiendo una obra de teatro sobre el suicidio. Según decía, Enzensberger le había hablado de mi «estrecha» amistad con Jean Améry. Y entonces quería venir a verme para saber más sobre su suicidio.

No le contesté, aunque me entraron ganas de asesinarlo. Para eso debería haberlo hecho venir.

Cada vez más se consolida en mí la convicción de que los responsables de la muerte de Benjamin fueron sus amigos, sobre todo Horkheimer y Adorno, pero también Scholem.

Eso sí, tiendo a buscar *culpables* para cada suicidio.*

De los fuegos artificiales a los misiles terminales. Contribución china al apocalipsis.

«Dijo Grillparzer el otro día: “Nada es más difícil que recordar. La mayoría de las personas nace por la mañana y muere por la noche”» (De los Diarios de Eduard von Bauernfeld, 24 de octubre de 1836).

La resistencia contra la muerte transmite la impresión de que se trata sólo de la propia muerte. Eso sería demasiado poco. No sería nada. ¿Cómo conseguir que resulte evidente, más allá de

cualquier duda, que se trata de la muerte *en general* y quizá menos de la brevísima duración de la vida que del efecto de la muerte, el cual resulta tóxico?

Nuestra úlcera cancerosa es la muerte, que lo contagia todo. El carácter *perentorio* de la muerte en todas las vidas; es posible siempre y en todas partes. Se *cuenta* con ella, incluso aunque no se la espere.

Lo asombroso es que a pesar de todo se siga viviendo como si no se tuviera nada que ver con ella. Esta doble vía: verla por doquier y no obstante apartarla, reconocer que todos son merecedores de morir pero negar que uno también lo es (puesto que construye casas, hace planes, contrata seguros), esta doble vía constituye una especie de falsedad fundamental de la vida.

Has tocado los dos puntos neurálgicos, la masa y la muerte. No has manifestado nada *decisivo* al respecto. Has hecho grandes anuncios. ¿Habías podido tú, u otra persona, conseguir algo más?

Te achacan *temor* a la muerte y no quieren creerte tu *odio* a la muerte. ¡Malos lectores!

Cuando murió mi madre, juré escribir el libro contra la muerte. Volví a leerlo en las cartas a Veza. Las leí durante buena parte de la noche (como en los viejos tiempos). En aquel entonces escribí también que mi madre debería llegar a ser inmortal. Y entretanto lo es, como también aquella a la que se lo escribí, pues también ella ha llegado a ser inmortal. Mientras existan seres humanos, nadie podrá quitarles eso a mi madre y a Veza.

No obstante, lo que no he escrito es el libro contra la muerte. Lo debo desde el 15 de junio de 1937, desde hace cuarenta y cinco años.

Quiero arrancar tiempo para ese libro.*

No tenemos suficiente espacio para pensar en un muerto. ¿Cómo contenerlo?

Ya es hora de que investigues la *peligrosidad* de tus frases contra la muerte. Hay algo en ellas que incita a algunos a asesinar. ¿Qué es?

Sin duda, la expresión «enemigo mortal», que has transformado y a la que has dado un sentido propio, concretamente de ‘enemigo de la muerte’, resulta *contagiosa*. Quien la capta con suficiente intensidad, se percibe de pronto como un enemigo mortal, no de la forma mítica o abstracta de la muerte, sino de un *ser humano* al que concibe como enemigo y al que debería herir. Surge entonces la *necesidad* de herirlo. El carácter *implacable* de mi rechazo a la muerte, que transmito sin ambages, posee algo *asesino*. Y esto es lo contagioso, aunque en el caso de los demás no está decidido aún contra quién se dirigirán esos deseos asesinos. Los acogen *tal como vienen* y a continuación determinan qué hacer dependiendo de sus propias necesidades.

Masivo «Die-in» en Osaka

Osaka, 25 de octubre. Cerca de cuatrocientos cincuenta mil personas contrarias a las armas nucleares participaron en un llamado *Die-in*, ‘muerte masiva simulada’, en un parque de la ciudad japonesa de Osaka. En diez lugares diferentes del parque se dejaron caer al mismo tiempo al

suelo, fingiendo de este modo una muerte por los efectos de una bomba atómica, con el fin de manifestarse así a favor de una congelación a nivel mundial del despliegue de armas nucleares. Al mismo tiempo, la acción se dirigía también contra las centrales nucleares japonesas. Sólo fue posible organizar el *Die-in* con tan elevado número de participantes en el parque municipal de Osaka porque en algunos puntos varios manifestantes se desplomaron unos sobre otros.

1983

Allí es a la hora de morir cuando la gente está más viva. CSR

¡Qué maravillosamente se comporta el budismo al lado de nuestros negadores de la vida!

Hastío de la vida, pero mil historias de renacimientos. CSR

Deberías llegar a una edad tan avanzada que ya no la notes. CSR

A éste le echan muertos en el camino como si fueran flores. APS

Desde que sabe que va a morir, no mira ya a nadie a la cara. APS

Él dio unos golpecitos en la puerta de ella, entró, la vio sonreír y su angustia mortal por ella se desvaneció. APS

Lo asquea el orden de desaparición de los muertos. ¿Quién lo determina? APS

La señora Von Krüdener regresó en 1804 a Riga, de visita. «Un día, contemplando la calle desde su ventana, vio a un conocido, el hombre se quitó el sombrero para saludarla y se desplomó muerto.»

Este grotesco episodio se convirtió para Julie en su camino a Damasco: ingresó en la Hermandad Morava.

En Baden cayó bajo el influjo de Jung-Stilling, quien a partir de un simple cálculo fue capaz de predecir la fecha exacta del fin del mundo: 1819.*

Justo sería que apuntaras por fin algunos *beneficios* de la muerte: ¿cuáles?

A lo mejor los costes de las nuevas bombas nos salvarán de ellas.

En cada cuaderno, en la misma página, siempre el mismo insecto aplastado.

Entierro de un cacique

«Una de las mujeres empieza al cabo de un rato a cortar el pelo al muerto con una navaja. Otra, la que fuera su esposa más distinguida, se estira sobre el muerto de tal manera que la boca va a parar sobre la boca, las manos sobre las manos, los pies sobre los pies. Mientras tanto, la primera sigue cortando el pelo, y la segunda comienza por último a llorar y a cantar alternativamente. Esto

dura varias horas.»

«There was Dresden», said Vonnegut, «a beautiful city full of museums and zoos – man at his greatest. And when we came up, the city was gone... The raid didn't shorten the war by half a second, didn't weaken a German defence or attack anywhere, didn't free a single person from a death camp. Only one person benefited.

»And who was that?«

»Me. I got several dollars for each person killed. Imagine« (Conversación con Kurt Vonnegut).*

«It is well to remember that in the war that ended with the Peace of Westphalia, Germany lost 35 percent of its population. Bohemia's population fell from 3 millions to 780.000. This was at a time when people had to be killed one at a time, often with muscle power.»*

Buñuel: «Cuando, desde hace algunos años, me preguntan por qué viajo cada vez menos, respondo: “Por miedo a la muerte”. Me señalan que hay tantas probabilidades de morir aquí como allí, y yo digo: “No es miedo a la muerte en general. Usted no me comprende. En realidad me da igual morir. Pero que no sea durante un traslado”. Para mí, la muerte atroz es la que sobreviene en una habitación de hotel, en medio de maletas abiertas y papeles desordenados...

»Al aproximarse mi último suspiro imagino con frecuencia una última broma. Hago llamar a aquellos de mis viejos amigos que son ateos convencidos como yo. Entristecidos, se colocan alrededor de mi lecho. Llega entonces un sacerdote al que yo he mandado llamar. Con gran escándalo de mis amigos, me confieso, pido la absolución de todos mis pecados y recibo la extremaunción. Después de lo cual, me vuelvo de lado y muero.

»¿Pero se tendrán fuerzas para bromear en ese momento?«*

Sábado, 12 de marzo de 1983

Hoy, Hera ha cumplido cincuenta años.

El hecho de haber vivido este día me reconcilia con muchas cosas.

Estábamos los tres sentados al sol, a la mesa sobre la que estaban puestas las rosas amarillas abiertas de par en par y que nos resulta familiar desde que ha sido cambiada de sitio.

Fue un día tranquilo, la risa feliz de Johanna, la sonrisa luminosa de Hera, mis bromas pesadas.

Nadie sabe lo que vendrá, por todas partes se presentan dolores como mensajeros, hasta ahora siempre se han ido, quizá pronto vendrán para quedarse, quizá se acerque el final, pero este día ha sido. He estado con mis seres queridos, con la diosa y con la niña, y si tengo que irme, permanecerá esta imagen en mis ojos.*

El anciano jefe de los bajau laut ('bajau del mar') poco tiene para legar a sus hijos: cuando muera, su barca se desmontará y se convertirá en su ataúd.

Es posible que uno dependa más de las patrias cuando no tiene una sola sino varias. Pero el asunto posee más enjundia. Sin duda me atraen los lugares que he *conocido* bien –Viena, París–, pero lo que en ellos más me importa son los sitios en donde han estado mis muertos. No me atraen las tumbas, sino los sitios de su vida. Me avergüenza visitar las tumbas de mis parientes, ya que ante las tumbas me siento culpable de mi supervivencia, no he vuelto a ver la tumba de mi madre en el cementerio de Père Lachaise desde el día de su entierro (junio de 1937), ni siquiera conozco la de mi padre en Manchester (octubre de 1912), ante la tumba de Friedl estuve en 1953, en Grinzing, su nombre no estaba todavía en la lápida. Las cenizas de Veza siguen en mi vivienda de Hampstead. Todavía no me he resuelto a confiarlas a una tumba o a una urna. Es evidente que evito mis tumbas particulares. Tanto más visito todos los sitios de vida de mis muertos.

¡Este fin del mundo! ¡Este fin del mundo! Dejad ya de amenazar con él, que todavía tardará en llegar.

«Sueño con mi padre. Está sentado a la mesa, con cara seria. Come despacio, muy poco, casi sin hablar. Yo sé que está muerto y susurro a mi madre o a una de mis hermanas que está sentada a mi lado: “Sobre todo, que nadie se lo diga”» (Buñuel, p. 84).

Sobrevivió a su fama y siguió muriendo felizmente.

Para *Teseo y el centauro*, Canova mandó matar a un caballo con el fin de examinar y aprovechar todas las fases de su agonía.

Carrera entre la medicina y la física nuclear. Ninguna ha llegado todavía a la meta.

Sigues preguntándote si has conocido a *una sola* persona que fuera *buena*. ¿Importa aún? Sólo eso importa. Aunque se trate de la última pregunta, sólo eso.

Los respiros de estos niños, de todos estos niños, ¿y eso no nos salvará?

Ellos deliberan, deliberan. Los últimos relojes hacen tictac.

Él dice realismo y se refiere a máquinas. Yo digo respirar y me refiero a no morir.

4,7 mil millones de seres humanos. Justificación de la guerra nuclear. Reducción de la población mundial a una sola familia. La nueva arca.

Aquí doy comienzo por fin al libro que me había propuesto escribir hace años y decenios.

No basta con insistir una y otra vez en que estoy contra la muerte. Se ha comentado y no se ha dicho *nada* con ello. El tiempo apremia: si aún se me ha concedido más tiempo, las fuerzas pueden menguar y luego quizá no me sea posible encontrar todo cuanto habría que decir al

respecto. Empiezo hoy y ya no me es lícito dejar de hacerlo.

El formato de la defensa: es importante saber *cuánto tiempo* y con cuánta conciencia y resolución se ha defendido uno contra la muerte.

Cada día de una vida larga se debería escribir sobre ello algo *nuevo* y que nunca haya sido pensado.

Él mantiene animales para morir; cuando llegue el momento, ofrendará alguno.

En él no tiene ningún nombre. Él nunca lo ha pronunciado. Pero lo sabe.

¿Se le puede tomar a mal a alguien por mor de qué ha muerto? ¿Y por qué no han muerto los hombres?

Se le puede tomar a mal por qué ha matado.

Resultó que los animales tampoco es que no tuvieran la menor idea sobre ella.

Hombres que duren igual que las efímeras. ¿Sería esto por fin suficientemente atractivo?

La mariposa como fantasma de la oruga.

Para reflexionar: la resistencia contra la muerte ¿aumenta su seducción?

Muerte de Tännerlin

«Así murió él y fue sepultado con gran pompa en su reino. Os quiero comentar que *se pasó un año entero lamentándose de noche en su tumba*. Los sacerdotes que vigilaban el sepulcro podían oírlo claramente. Los amigos del rey hicieron grandes sacrificios para que dejara de lamentarse, pero de nada sirvió. Los sacerdotes deliberaron, fueron a ver al hijo y le pidieron que liberase a todos aquellos a los que su padre había hecho prisioneros en otros países, en particular a los que estaban en la capital. Pues Tännerlin había mandado traer a todos los artesanos prisioneros a la capital, donde debían trabajar para él. Su hijo y sucesor los liberó a todos. Y en cuanto lo hizo, el muerto no volvió a lamentarse» (Johannes Schiltberger).*

Todas sus preguntas tienen una segunda intención, que él no revela: ¿Cómo es que todavía sigues vivo?

Él regresó como reina de las hormigas y fundó un Estado.

Pero ahora no eres mejor, solamente más astuto. ¿Qué esperas, pues, de más años?

Él destrozó al paria y respetó a la vaca, y en su vida siguiente se volvió a encontrar rumiando.

La última vez que vi a Veza ya la habían operado. Pero en la cara no se le notaba nada.
Georg estaba conmigo. Ocho años después murió él.
? años después morí yo.*

1984

La *culpa* de sobrevivir, que tú siempre has sentido. CSR

La muerte como *ofensa*. – Pero ¿cómo habría que visualizar esto? CSR

La muerte, a la que no tolera, carga con él. CSR

No volverse más lento ante la muerte: más rápido, más rápido. CSR

Una reserva de muertos, para *arrepentirse*. CSR

Pienso en mi deplorable círculo de relaciones y en mi vida íntima, y también en que en la vejez amo siempre con más intensidad y con apremio, el pensamiento siempre puesto en la muerte de mis seres más queridos, nunca en la mía propia; pienso en que cada vez puedo ser menos «objetivo» y jamás indiferente ante esos seres próximos; en que desprecio todo cuanto no sea respiración, sensación y lucidez.

Pero también pienso en que *no quiero* ver a otra gente, en que cada persona nueva me inquieta hasta lo más profundo de mi ser y que contra esa inquietud no puedo defenderme con aversión ni con desprecio; pienso en que estoy totalmente desamparado y a merced de cualquiera (aunque éste no se dé cuenta), y que debido a ello no puedo hallar reposo, ni dormir, ni soñar, ni respirar; en que cada nueva persona es para mí algo quintaesenciado, importante, lo más importante, y cuando comparo esto con la placidez provechosa (correcta) y cómoda de Goethe, que él al fin y al cabo habría merecido más que nadie, no sé qué prefiero: me avergüenzo de su placidez como me avergüenzo de la desnudez de su alma, y querría y no querría ser como él, y de una cosa estoy seguro: he afrontado mejor la muerte, que él eludía.

Él conoció los horrores y los ocultó; ambos hemos alcanzado la vejez, su obra se mantiene, yo he sacrificado la mía a los horrores, de mí no queda casi nada... ¿Sé yo si me gustaría estar en su lugar? CSR

Es asombroso que me recuerden precisamente ahora la *terribilità* de Miguel Ángel, por la que tanto Wotruba como yo nos sentimos tan impresionados, cada uno a su manera e independiente del otro.

Yo me muevo ahora en el recuerdo y en lugares más benignos, y me siento protegido por un niño.

¿Me he convertido en cristiano, poco antes del fin del mundo que se avecina? ¿Rezará aún rápidamente a aquel que se dispone a destruirnos?

La muerte de ese hombre de cuarenta años que de manera ejemplar nos llevó en su corazón a Wotruba y a mí me duele. He tardado once meses en enterarme de esa muerte. D.S. murió en Ludwigsburg, el día del estreno de *Los emplazados* en Stuttgart, como si hubiera querido integrarse en esta pieza dedicada a todos los que han de morir. Habló conmigo tres veces, de una a otra olvidé su rostro. Le negué una conversación sobre Wotruba. Él mismo halló sus propias palabras. Es mi profundo deseo que sean tomadas en serio. APS*

D.S., con la mitad de años que yo, muerto el año pasado. Él, que ya tan joven intuyó lo que Wotruba y yo éramos el uno para el otro, y comprendió nuestro sentido, lo que éramos *aunados*, y supo expresarlo.

Lloro su muerte como si Wotruba y yo hubiéramos muerto con él, y no me avergüenzo de este duelo, que podría parecer egoísta. Porque lloro por la amistad más intensa de mi vida y no por mí, y esa amistad había sido comprendida total y misteriosamente por él, que murió el año pasado en un accidente. APS

¿Por qué rechazas la idea de otra vida, anterior, posterior? ¿Por qué incluso la transmigración de las almas, la palabra misma, te resulta insoportable?

¿Has caído bajo el hechizo de esta mesa, única, sólida, en la que ahora escribes? ¿De esta niña, de esta mujer? ¿No puedes renunciar a nadie y a nada por otra vida? ¿No te atraen inesperadas revelaciones e inesperados encuentros? ¿Están tus muertos del todo muertos para ti, precisamente para ti?

No, sólo por eso, por celebrar el reencuentro con un muerto, estaría dispuesto a aceptar la idea más repulsiva de todas, la de una transmigración de las almas. APS

Origen de los terremotos... una asamblea de los muertos (Pitágoras). APS

Domingo, 1 de enero de 1984

Empiezo este año con la sensación de que será mi último.

Me propongo desmentir esta sensación escribiendo.

Porque si tengo algo que decir que me sorprenda, no será el último.

Desde la visita ayer en casa de W., él ha ponderado lo más terrible, la violación del mandamiento supremo que nunca antes había osado tocar, ni siquiera en pensamientos.

No quiere decaer sin amparo. Quiere decaer hasta un determinado punto y no más. Mientras tenga que decírselo a sí mismo, o sea, escribirlo, a su persona le puede ir cada vez peor; el hecho de dar *testimonio* de ello justifica su estado. Sin embargo, cuando ya nada interesa, cuando la decadencia excluye toda necesidad y toda posibilidad de testimonio, ¿entonces qué?

¿Basta entonces la esperanza del milagro que pueda anular la decadencia?

Un enemigo ha muerto. ¿Dónde está tu generosidad? Lo has aceptado sin avergonzarte, hasta se ha agitado en ti una pizca de disimulada satisfacción. ¿Qué ha sido de ti?

Eso sí, te has dicho a ti mismo: tal vez sólo nos separen unas semanas.

Es demasiado viejo para morir; ahora, ser espantoso, sobrevive a todos.

¿Desde cuándo eres viejo? Desde mañana.

El presidente televisivo: su sonrisa, su rigidez, su cerrilismo.

A él, sólo a él, le deseo que muera en medio de una sonrisa.

Si ya sólo eres capaz de desanimar, será mejor que te vayas.

Ro-lang, el cadáver que se levanta

«El hechicero es encerrado con un cadáver en una habitación oscura. Para resucitar al muerto, ha de tumbarse sobre él, boca sobre boca, y repetir una y otra vez la misma fórmula mágica, sin que sus pensamientos se distraigan ni por un segundo. Al cabo de unos momentos, el cadáver se mueve, se levanta y quiere huir. El hechicero, muy arrimado a él, ha de sujetarlo con fuerza. El muerto se mueve cada vez más, da gigantescos respingos, y el mago, que también salta y se sacude, no debe separar nunca los labios de los del cadáver. Al final, al muerto le cuelga la lengua, y ése es el instante decisivo. El hechicero ha de cogerla y arrancársela, tras lo cual el cadáver vuelve a quedar inmóvil. La lengua, que el hechicero seca de forma meticulosa y guarda, se convierte a su vez en poderosa arma mágica.

»Ngays-pa sabía describir de forma sumamente intensa el paulatino despertar del cadáver, cómo los ojos vidriosos miraban primero alrededor y el temblor inicial se convertía en fuertes sacudidas, de tal manera que el hechicero apenas podía dominarlas y había de sujetar recurriendo a todas sus fuerzas. Describía sus sentimientos cuando aparecía la lengua y le tocaba sus labios, pues acababa de llegar el terrible instante en que o bien vencía, o bien terminaba derrotado por el muerto.

»Como dudaba, pedí ver la “lengua”, a lo cual el hechicero me mostró una cosa negruzca, endurecida, que tal vez fuera algún día una lengua.

»El contacto de Ro-lang es mortífero, y el pérfido espíritu toca a cuantos puede alcanzar» (Alexandra David-Néel, *Místicos y hechiceros del Tibet*, pp. 161-163).*

¿Debo escribir el libro que me propuse hace más de cincuenta años: *El derrochador*?

Ahora sé realmente quién es un derrochador. Porque he derrochado vida y aquí sigo y veo cómo la Tierra se despilfarra y me pregunto qué será de ella, y sé quién es el gran, el verdadero derrochador: la muerte. Sólo puedo considerarla una derrochadora. El verdadero libro por el que he vivido, el libro contra la muerte y el libro sobre el derrochador que soy yo, ha de ser *uno*.

El derrochador es la muerte. Eso es lo que has de demostrar.

Aparta todo lo anterior. Velos juntos, al derrochador y la muerte, descubre su secreto.

Cuarenta y siete años libres que aún me pertenecen. 1937-1984, lo incesante, lo terrorífico, y yo aún tengo que decirlo.

18 de agosto de 1984

Respiro... Así he titulado el libro y el respiro se me ha concedido. Quiero utilizarlo. Aquí voy a proseguir con los apuntes sobre la muerte que empecé en los dos últimos meses del año pasado.

«Todo tiene su tiempo.» No la muerte, que no tiene ninguno.

El muchacho que en aquella ocasión reaccionó violentamente contra mis frases sobre la supervivencia. Su padre había muerto, él sabía de qué hablaba y se enfrentó lleno de ira y desprecio contra mi «teoría». No había sentido *ninguna* satisfacción con la muerte de su padre, ninguna, ni el menor rastro de satisfacción. De pie entre mucha gente que tras la lectura se arremolinó en torno a mí, él me exigió una respuesta, *conocía* aquello de otro modo, estaba tan enfadado por mis afirmaciones que a mí me habría encantado abrazarlo. Pero le corté la palabra y dije que no pensaba «discutir allí».

Deberías enfrentarte nuevamente, a miles, en un discurso inmediato. Deberías ser asesinado.

La idea y esta «exigencia» que te haces a ti mismo de ser asesinado, te aproxima al cristianismo. La idea de ser mártir de tu fe te atrae.

Los días buenos, en los que él no acepta creer en nada, ni en la muerte, ni en la resurrección, ni en la edad biológica.

It was believed by practitioners of yin-yang divination that *a person's hour of death was determined at his birth* and could be foretold by an examination of the celestial stars governing his birth.*

«Hay ciertas cosas que sólo deben provenir de los muertos» (Gottfried Benn).

«Se negaba a darse por enterado de su inminente final: la idea de morir le resultaba tan terrible (escribió el médico más tarde a Marie Taxis) que la mantenía lo bastante apartada de sí para no preguntar ni siquiera qué enfermedad padecía. Ni una sola vez mencionó la posibilidad de su muerte, aunque cada día, cuando yo me quedaba con él a petición suya, hablábamos con total sinceridad sobre su estado de salud y sus amigos» (sobre Rilke).*

«En definitiva, ellos ya no nos necesitan, los ausentados prematuramente: se desacostumbra uno de lo terrenal, suavemente, como de los dulces pechos de la madre. Pero nosotros, que tan grandes misterios necesitamos, y para quienes tantas veces surge del dolor tan feliz avance, ¿podríamos ser sin ellos?» (Rainer Maria Rilke, *Primera elegía de Duino*).

«Amo mis pensamientos porque voy a morir. No necesito avergonzarme de mi odio a la muerte. No es personal. Me conformaría con un solo hombre inmortal (si no lo fuera a costa de los demás

– a mis expensas podría serlo)» (junio de 1932).

«Palmer the tragedian died when he should have counterfeited a scenic death in Drury Lane; the audience hissed because the hero did not die well but the poor actor was found lifeless» (Emerson, *Journals and Notebooks*, VI).*

Hodler (1853-1918). Permanencia de la muerte

«Cuando H. tenía cinco años, su padre murió de tisis. En 1867 (él tenía catorce años) murió la madre. Mientras trabajaba en el campo, cultivando un terreno en Allmend, cerca de Thun, rodeada por sus propios hijos, se desplomó muerta un día de primavera. Los hijos tuvieron que cargar el cadáver hasta el carro y llevarlo a casa sollozando. En el curso de los años siguientes, H. fue testigo de la muerte de todos sus hermanos y hermanas (eran nueve). “En la familia todo era muerte. Acabé teniendo la sensación de que siempre había un muerto en casa, y debía ser así”.»*

«Cuando estéis muertos, ¿seguiré estando yo completa?» (niña de tres años).

La dignidad de los deudos depende de cómo murió el difunto.

No todas las maniobras para calmar logran su objetivo. Hay muertos levantiscos, así como hay supervivientes levantiscos.

1985

Mucho habría que envidiarle a Stendhal. Sobre todo el quedar verdaderamente expuesto después de su muerte. CSR

Haces todo por reforzar la conciencia de la muerte. Magnificas el peligro, ya grande de por sí, para tener la idea siempre en mente. Eres lo contrario de un hombre que toma drogas, a tu conocimiento de lo terrible no le es lícito reposar jamás.

Pero ¿qué ganas manteniendo siempre despierta esta conciencia de la muerte?

¿Cobras acaso fuerzas? ¿Puedes proteger mejor a *quienes se hallan en peligro*? ¿Infundes ánimo *a alguien* pensando siempre en ello?

De nada sirve todo este enorme dispositivo que te has montado. A nadie salva. Da una falsa apariencia de fuerza, es un simple alardeo, del principio al fin tan desvalido como cualquier otro. CSR

Pero maldigo a la muerte. No puedo evitarlo. Y aunque en ello me fuera la vista, no puedo evitarlo, rechazo a la muerte. Sería un asesino si la reconociera. CSR

Él no toma sus últimas disposiciones. No le rinde este homenaje a la muerte. CSR

¿Hasta dónde has llegado –después de tanto anunciarlo– con los preparativos de tu libro contra la muerte?

Intenta lo contrario, su enaltecimiento, y llegarás rápidamente a ti mismo y a tu verdadero propósito. CSR

Evadido del mundo, el único en lograrlo. CSR

¿Lo que te resulta más penoso? Una última voluntad. Es como si fueras a capitular con ella. CSR

¿Y si la consigna fuera: una hora más? CSR

Él depuso su último miedo y se murió. CSR

Aquí está él y observa a la muerte. Ésta le sale al encuentro, pero él la rechaza. No le hace el honor de contar con ella. Luego, cuando la confusión se apodera de él pese a todo... no se ha inclinado ante ella. La ha nombrado, la ha odiado, la ha rechazado. Es todo lo que ha conseguido, pero es mejor que nada. CSR

El necio se ha apoderado de la decadencia. CSR

Frases, tan simples y terribles como ella misma.

Muerte de al-Hamadhani, creador de las Maqamat (1000 d.C.)

«Me enteré por una fuente fiable de que al-Hamadhani había entrado en coma y había sido enterrado precipitadamente. En la tumba recobró la conciencia, y por la noche lo oyeron gritar. Entonces volvieron a abrir la tumba y lo encontraron con las manos crispadas, agarrándose la barba. El espanto le provocó la muerte» (según Abu Said, en Hartmut Fähndrich, *Arabistik*, pp. 30-31).*

Subasta de autógrafos en Sotheby's

«Entre las curiosidades de la subasta había una carta de Sigmund Freud de mayo de 1911, en la que cinco días después de la muerte de Gustav Mahler reclamaba al administrador de la herencia el pago de sus honorarios por varias horas de tratamiento del compositor. Luego, en octubre, firmó un recibo correspondiente a la cantidad de 300 coronas. En la subasta, la carta de reclamación valía ahora 6.820 libras; el recibo, 3.850 libras.»

«Me ató los pechos para que no pudiera dar de mamar a mi bebé. Quería observar cuánto tiempo aguantaba con vida sin tomar alimento» (tribunal sobre Mengele en el auditorio de Yad Vashem).*

Al final del tribunal sobre Mengele, Telford Taylor, que llevaba tres días sentado en el estrado sin decir palabra, realizó una breve declaración. También como testigo, recordó la comparecencia ante el tribunal militar de Núremberg de un general médico que seguía en sus trece. Pregunta: «¿Cuánto tardaba en producirse la muerte después de una inyección de fenolina?». Respuesta: «Tráigame a un hombre. Yo se lo demostraré.»

La muerte de Heinrich Böll. Respeto por ese rostro que llevaba escrita la honestidad. Apenas conozco su obra, de manera que no puedo decir nada al respecto. ¿Por qué no me atrajo más? Nunca lo vi, pero conozco su voz, hablamos una vez por teléfono, por el asunto polaco. Era la voz de un hombre muy triste que no sólo estaba abatido por su enfermedad.

Estaba preocupado por el destino de sus amigos, se le había dicho que los *golpeaban* (lo cual resultó no ser cierto) y quería que algunos nombres –aparte de él– se sumaran a la protesta. Me llamó la atención la inteligencia con que consiguió que yo aprobara algo de lo que no estaba muy seguro. Tenía experiencia en la protesta pública y le importaba muy poco que su nombre se abaratara por eso. No era avaro con su nombre, lo cual le granjeó muchas enemistades, y si bien temo el uso excesivo del nombre para este tipo de cosas, creo que, en la medida en que puedo apreciarlo, siempre he estado de su lado. Estoy convencidísimo de que *nunca* actuó movido por un deseo de magnificarse (contrariamente a G.G., que es un estúpido con maneras dictatoriales).

Existe una grandeza en la forma de reaccionar que depende por completo de la perseverancia. Si Böll se hubiera negado una sola vez, no habría merecido ser llamado la conciencia de la

nación. No puede haber una conciencia intermitente.*

Ayer lo enterraron. Hoy se levanta y grazna sobre el estiércol.

Allí los asesinos enseguida llevan flores a la tumba.

Allí lloran las imágenes y la gente se muere de frío.

Allí cada cual es perseguido por los espíritus de los animales comidos, hasta que él se derrumba y confiesa.

Sea como fuere, ahora puede sentarse tranquilamente en cualquier sitio y morir.

El mismo asombro ante cualquiera que muera, la misma incredulidad, nunca serás capaz de concebirlo, no quieres concebirlo, tu única vivencia primigenia inalterable.

1986

La tragedia griega, que no admite distracción alguna. La muerte –del individuo– conserva aún todo su peso. El asesinato, el suicidio, el enterramiento y la tumba, todo está aquí presente de un modo ejemplar, desnudo y descarnado; también el lamento (castrado entre nosotros); también el dolor de los culpables.

Cuánto ha cambiado en nuestra época el entorno de la muerte. Su carácter masivo ya no constituye la excepción, todo desemboca en él. En ese apresuramiento que conduce a él, la muerte del individuo pierde importancia. Tantas personas más... ¿han de morir aún individualmente? Cuando ya no se les permita hacerlo, se habrá alcanzado un punto sin retorno. SDM

Todavía es capaz de escribir la palabra *inmortalidad*. Lo sacude la repugnancia, pero la escribe.

«Imaginez la vie sans la mort. De désespoir, tous les jours on essaierait de se tuer» (Jules Renard, *Journal*, p. 1039).*

Murió mientras dormía. ¿En medio de qué sueño?

El centro, diríase que el héroe de *Electra* es la tumba de Agamenón.

No hay nada que entienda mejor: el centro secreto de mi vida son las cenizas de Veza en Thurlow Road.

«¿Se ha insistido lo suficiente en que el tipo de música y la cantidad de música que uno ha escuchado en vida son decisivos para el estado anímico y las decisiones después de la muerte?» (Stockhausen).

Allí asan a la gente antes de enterrarla.

Mi desconfianza de Nietzsche, mi rechazo, mi aversión se confirman año tras año. Sin embargo, no me animo a atacarlo citándolo más veces. Me arredro ante sus palabras en mi escritura como si fuesen contagiosas. Lo considero un amante declarado y también encubierto del acto de matar.

«Jesús y sus discípulos pasaron junto a un perro muerto. Los discípulos dijeron: “¡Qué asco como hiede!”. Pero Jesús les dijo: “¡Su dentadura es tan blanca!”. De esta manera les advirtió no hablar mal de nadie.»*

Murió antes de poder destituir a su sucesor.

Trabajos en que quiero ocuparme:

El trickster: una investigación que debería contener también aspectos importantes de la metamorfosis.

Las metamorfosis de Ovidio, su análisis preciso, como manual literario de la metamorfosis.

La tragedia griega, estudio de los treinta y un dramas que se han conservado. A continuación, también las comedias de Aristófanes.

Sobre las jerarquías, partiendo del sistema de castas de la India, un tema enorme cuya investigación todavía debo.

Algunas observaciones sobre los *libros bíblicos*.

El libro sobre la muerte. Continúa siendo mi verdadero libro. ¿Lo escribiré por fin *de un tirón*?

Escribirá moribundo; antes de acabar del todo terminará la frase y exhalará el último suspiro previamente a la siguiente, justo entre una frase y otra.

Konjaku Monogatari

El primer cuento se titula así: «Cómo un hombre que había comprado y soltado una tortuga recuperó la vida gracias a la ayuda de Jizo».

Los pescadores cogieron encantados el lienzo que les daba y entregaron la tortuga al hombre. Éste, después de comprar la tortuga, dijo: «A una tortuga le está dada una larga vida. Quien tiene vida, la considera un tesoro. Yo, a pesar de ser pobre en bienes, he dado mi lienzo y te he salvado la vida». Después de decir estas palabras a la tortuga, la soltó para que volviese al lago. El hombre regresó a casa con las manos vacías...

El hombre no vivió mucho tiempo; enfermó y murió. Fue enterrado en la empinada ladera del monte Kane. Pasados tres días, recobró la vida. Por esa época precisamente, el gobernador de Iga viajaba por su provincia y encontró al hombre que acababa de despertar de la muerte. Movidado por un noble sentimiento, tomó agua y se la vertió en la boca. Al ver que la garganta se le humedecía, prosiguió su viaje. Cuando escuchó esto la esposa, se dirigió al lugar, cargó sobre la espalda a su marido y regresó a su casa.

Al cabo de unos días, el hombre explicó a su mujer lo siguiente:

«Después de morir, me detuvo un funcionario y me llevó preso. Iba detrás de mí. Atravesamos un extenso desierto y llegamos a las puertas de un recinto administrativo. Al ver el antepatio tras esas puertas, descubrí allí a muchos hombres encadenados. Los pensamientos angustiosos eran terribles en mi corazón.

»Se acercó entonces un monje bajito, puro y amable y dijo: “Este hombre es alguien que me trató con compasión. Me hallaba yo, para revelar la gracia a los seres vivos, en la playa del lago de Omi, dentro del cuerpo de una gran tortuga. Cuando fui sacado del agua por unos pescadores y a punto estaba de que me matasen, este hombre, movido por un noble sentimiento, compró la tortuga, le salvó la vida y la devolvió al lago. Por eso ha de liberarse a este hombre de inmediato”. Tras oír esto, el funcionario me soltó.

»Me señaló el camino y me permitió regresar a casa, y entonces aparecieron, cuando yo

miraba alrededor, dos demonios que empujaban a fuerza de golpes a una bella muchacha de unos veinte años de edad. Al verlo, pregunté: “¿Tú de dónde vienes?”. Y la muchacha respondió entre sollozos: “Soy de la provincia de Chikuzen, hija del prefecto de la pequeña ciudad de Munakata; separada de pronto de mi padre y de mi madre, tomé sola el camino oscuro y, perseguida a golpes por los espíritus, he venido a parar aquí”. La escuché y, afligido por la compasión, me dirigí a aquel monje bajito:

»“He superado ya la mitad de los años de mi vida, de manera que poco me queda ya. Esta muchacha es joven, lejos está aún su final. Por eso, toma a esta muchacha a cambio de mí y libérala”.

»El monje escuchó esto y dijo: “Tienes un corazón lleno de bondad. Dar el propio cuerpo para salvar a otro es una acción misericordiosa. Por eso suplicaré por vosotros dos y os liberaré”. Eso dijo, y se volvió hacia los espíritus, y ella quedó libre igual que yo. La muchacha lloró de alegría, me juró adhesión eterna y nos despedimos, pues tomamos cada uno su camino».

Pasado un tiempo, se le ocurrió al hombre visitar a la muchacha que conociera en el reino de los muertos y se marchó a Tsukushi. Se presentó en la provincia de Chikuzen en la casa del prefecto de Munakata y, efectivamente, tal como había contado la muchacha en el mundo de abajo, allí vivía realmente una joven hija del prefecto. «Ella enfermó y murió, y cuando llevaba dos o tres días muerta recobró la vida», le explicó la gente. El hombre escuchó esto y quiso que la muchacha le contara aquellos hechos acaecidos en el mundo de abajo. La muchacha se enteró de ello y, turbada, salió a saludarlo. El hombre la vio y comprobó que no se distinguía de aquella que conociera en el reino de los muertos. Juntos derramaron lágrimas, lloraron, se lamentaron y contaron lo ocurrido en aquel reino.

Luego volvieron a jurarse adhesión eterna, y el hombre regresó a su provincia natal (páginas 13-16).*

«Pompa mortis magis terret queam mors ipsa» (Seneca, citado por Bacon, *Of Death*).*

Cómo tendré que hablarle en algún momento, si es que aún sigo aquí. Decirle que la muerte no es la muerte, negarme a mí mismo ante mi propia hija.

¿Me lo perdonará?

Libro de los muertos

Tendré que decirlo sin miramientos, de lo contrario no poseerá ningún valor.

Dejo a otros las tímidas correcciones.

Tampoco debo temer las afirmaciones que suenen delirantes si es realmente lo que quiero decir.

Ayer murió. Hoy no sabe ya nada de eso.

Desmontar la muerte; sus partes integrantes.

1987

Tu alegato contra la muerte no es menos irreal que la inmortalidad de las almas esgrimida por las religiones. Es incluso más irreal, ya que desea conservarlo *todo*, no sólo un alma.

Una insaciabilidad casi inconcebible. SDM

Esta mañana ha empezado algo horrible. Me levanté con la sensación de que ya no quería vivir. Asco de todo. No quiero más.

«El alma viaja al país de los muertos, y llega hasta donde hay una *enorme fresa*. Si come de ella, nunca más podrá regresar al reino de los vivos. Pero si no lo hace, es posible que vuelva» (indios ojibwa).

«El rey que jamás reía porque temía mucho a la muerte. Eso atormentaba a su entorno, y cuando le preguntaron por qué razón, respondió con la siguiente horrible imagen: no reía nunca porque había cuatro lanzas dirigidas contra su cuerpo y lo atravesarían si él dejaba entrever algún signo de alegría. La primera lanza eran los amargos padecimientos de Cristo; otra era la idea de la muerte, que separa el alma del cuerpo; la tercera lanza era la incertidumbre de la hora de la muerte y el miedo a la muerte repentina, a morir en pecado, y ésta le había quitado cualquier tipo de goce terrenal; la cuarta lanza era, por último, el miedo al Juicio Final» (Walter Rehm, *La idea de la muerte en los poetas alemanes*).

«La filosofía no es, pues, un consuelo; es más, reconcilia, transfigura lo real, que parece injusto, elevándolo hacia lo racional, mostrándolo como lo que está fundado en la Idea misma y con lo cual debe satisfacerse a la razón.» ¡Horrible! (Hegel, *Lecciones sobre la filosofía de la Historia universal*).

Una gran frase de Schelling, en una carta a Georgii, Pascua de 1811: «No podemos conformarnos con una perduración general de nuestros difuntos. Quisiéramos conservar toda su personalidad» (*Schellings Leben in Briefen*, vol. II, p. 249).

«¿Por qué es, en general, algo, por qué no es nada?» (Schelling).

«Filosofar significa preguntar: ¿por qué es, en general, el ente y no más bien la nada?» (Heidegger).

«No cómo sea el mundo es lo místico, sino que sea» (Wittgenstein, *Tractatus*, 6. 44).

W. ha manifestado a veces un sentimiento de asombro de que, en general, exista algo.

En estas preguntas se oculta la muerte *supuesta*. Todo pensamiento que empieza así está infectado por la muerte. La inmortalidad destruida deja la nada como herencia. Quien introduce la inmortalidad en la vida física ya no es capaz de enfrentarse a la nada y a la pregunta por ésta.

«Pues lo doloroso es la separación ... él volverá su corazón a cada objeto de su patrimonio, de su prestigio, de sus fincas, o incluso a una camisa que solía ponerse y le agradaba» (Algazel, citado por Gräf, p. 135).*

Se imaginaban la muerte como un carnero de dimensiones cósmicas que, tras el ajuste de cuentas en el Juicio Final, era sacrificado entre el Paraíso y el Infierno por Gabriel o Juan. La vida es simbolizada por una yegua.

Sacrificio de Isaac

Algunos exégetas enseñan: cuando Abraham cortaba un trozo del cuello de Isaac, Dios lo sanaba, de modo que Isaac seguía viviendo. Algunos exégetas judíos de la Edad Media afirmaban que Isaac estuvo varios años en el Paraíso para que las heridas de su cuello se curasen del todo (Gräf, p. 139).

«¿Puede Dios hacer que sus criaturas sean capaces de dar la vida y la muerte? El dogma imperante dice: no» (Ashari, *Magalat*).

Fuego griego

«Cuando los enemigos prenden fuego a *un* barco de musulmanes y la tripulación no ve ninguna posibilidad de salvarse, al que considere intolerables los dolores de arder vivo le es lícito lanzarse al agua. De todas formas, es más conveniente morir por mano ajena que por la propia» (Erwin Gräf, *Concepciones de la muerte en el marco de la antropología islámica*, p. 142).

«Una mujer simple, un caso de esquizofrenia crónica que, mientras estuvo físicamente sana, apenas pronunciaba una frase sin emplear neologismos ni distraerse, de suerte que a menudo era imposible entenderse con ella hablando. Sin embargo, al ver que un carcinoma en su seno había hecho metástasis e iba a poner fin a varias décadas de permanencia en el sanatorio, agradeció la última visita con frases sencillas y perfectamente bien ordenadas» (Hans Heimann).

Zen

«¡Jóvenes, si no queréis morir, morid ahora! Si estáis muertos ahora, no moriréis cuando muráis», decía el maestro Hakuin (1689-1768).

Una tarea que un maestro de zen suele encomendar a sus discípulos dice así: «¡Muere tu muerte a fondo y ven a mí!».*

«Exhalar significa exhalarlo todo fuera de sí mismo a la inmensidad exterior, agotándose uno

mismo – eso ya es una muerte. Inhalar significa hacer que la inmensidad vuelva a entrar en uno – eso ya es una resurrección.»

«Entre los seguidores del zen es costumbre componer en el lecho mortuario un poema muy breve, que también se denomina “poema legado”. Es un postrer saludo de despedida que incluye un resumen sobre la gente de su vida.»

En el fondo, todas las últimas palabras de los moribundos se consideran poemas legados, hayan sido o no expresadas según las pautas de alguna composición poética.

Ganto, un maestro zen chino de la época Tang, fue asesinado durante un viaje. También su último grito de dolor se considera un poema legado, y el budismo zen pregunta: «¿Escuchas su grito? ¿Cómo escuchas su grito?».

El Eclesiástico sobre la muerte

«¡Oh muerte, cuán amarga es tu memoria, para el hombre que se siente satisfecho con sus riquezas; para el hombre a quien todo le sonríe y en todo prospera y que aún puede disfrutar de los placeres!

»¡Oh muerte, bueno es tu fallo para el indigente y agotado de fuerzas, para el cargado de años y de cuidados, quebrantado de ánimo y sin esperanza!

»No temas el fallo de la muerte; acuérdate de los que te precedieron y de los que te seguirán, y que éste es el juicio del Señor sobre toda carne. ¿Por qué rebelarte contra el fallo del Altísimo, ya vivas diez, cien o mil años?

»En el Hades no hay disputas sobre la duración de la vida» (Eclesiástico 41:1-7).

Extraña la última frase, relativa al tiempo que ha vivido alguien. ¿Cree el Eclesiástico en una igualdad de los años en la muerte? ¿Sería esto un consuelo? Si todos llegaran a la misma edad, ¿sería esto un consuelo?

Rolling head

The skull of a suicide must roll in the dust until it has saved a life.*

Sólo las religiones tienen algo que decir sobre la muerte. Las filosofías no dicen nada sobre ella.

Cuántas veces habré copiado la horrorosa necrológica dedicada a Lenz: «Murió, llorado por pocos y sin que nadie lo echara de menos. Este desdichado erudito pasó la mejor parte de su vida en un ajetreo inútil, sin una verdadera meta. Ignorado por todos, luchando contra la escasez y la miseria, alejado de todo cuanto le era querido, nunca perdió el sentimiento de su valía, su orgullo se estimulaba con las innumerables humillaciones y degeneró finalmente en esa terquedad que suele ser la compañera de la noble pobreza. Vivía de limosnas, pero no aceptaba la caridad de cualquiera y se ofendía cuando alguien le ofrecía dinero o apoyo sin que él lo pidiera, y eso que su persona y todo su aspecto invitaban con urgencia a practicar la caridad» (*Allgemeine*

Literaturzeitung, mayo de 1792).

Después de tu autobiografía te debes una especie de furibundo ataque a ti mismo: *el enemigo de la muerte al que todos se le murieron*. ¿Es ese el sentido de la hostilidad a la muerte?*

Continúa cabalgando sobre un caballo muerto.

La *cronicidad* de una enfermedad adormece. Nos acostumbramos, y el peligro parece menor.

Toda *duración* posee algo tranquilizador, aunque sea motivo para la máxima inquietud. Es el mismo efecto que en muchos produce la paz europea desde 1945. Después de este largo período, se dicen ellos, ya no *puede* estallar una guerra. ¡Así que sigamos armándonos tranquilamente!

¿Es hora ya de renunciar a la muerte? Es muy sabido hasta qué punto la *odias*. La repetición no fortalece tu odio, sólo lo hace más aburrido.

Olvidó a los muertos, y estos resucitaron.

Estuve en Londres durante las elecciones. Por tercera vez eligieron el vomitivo, la Thatcher... Dickens, que murió hace 117 años, se sentiría de nuevo en casa. Las mismas posturas que en aquella época, pero sin el imperio. La gente que se siente a gusto porque *debajo* de ella existe una clase de marginados, de desempleados...

El ser para la muerte

«Durante todo el proceso vital, mueren células y nacen otras. ¿Es la muerte, a diferencia de esta necrosis, la necrosis de *todas* las células? Aun así, una vez que se produce la muerte general, ciertas células siguen viviendo. Los pelos y las uñas le crecen en quien se está pudriendo. *Hasta la espermatogénesis continúa más allá de la muerte*. Teóricamente, es posible engendrar un ser vivo con el espermatozoide de un muerto. La biología por sí sola únicamente es capaz de dar una idea difusa de la muerte...

»Pero ¿dónde está en este proceso la frontera entre vida y muerte? No la conocemos. La biología no es capaz de definir la muerte como tampoco la vida ni lo que supone ser un ser humano» (Hans Saner, *El ser para la muerte desde una perspectiva filosófica*).

Se va mezclando un nuevo de Dios. Hecho de restos.

Tengo cada vez más claro que sólo podré escribir el libro sobre la muerte si estoy seguro de no publicarlo en vida. Ha de estar o al menos tener un volumen suficiente para *poder* publicarse más adelante. Sólo así puedo estar del todo seguro de que lo expreso todo con *veracidad*, sin consideraciones a personas vivas, sin consideraciones sobre todo a la enfermedad de Hera. Tampoco quiero estar vivo cuando se publique, para no tener que luchar por este libro. Quiero decir lo que pienso, quiero decirlo sin miramientos, pero no quiero ninguna lucha.

A lo mejor bastaría yuxtaponer todos los apuntes inéditos sobre la muerte por orden cronológico. Sin embargo, esta idea no me satisface, porque hasta ahora siempre me he guiado [...] utilizar pensamientos sobre este tema para un libro que yo mismo publicaré. No obstante, creo que sólo podré decir esas cosas últimas y realmente importantes si sé que no viviré su recepción. Hay en estas recepciones algo indigno cuya idea no soporto. No se trata de mí, se trata de la muerte. Mientras exista aquel que dice cosas sobre la muerte, ellas le pertenecen. De eso, precisamente de eso no debe tratarse.

Lo que más me gustaría sería escribir este libro, además, *como si yo fuese otro*. Eso, empero, no será posible, porque mi intención es conocida desde hace tiempo, también mi estilo, de manera que no habría manera de mantener en secreto el verdadero origen de la obra.

Por otra parte, hay que tener en cuenta que, si el libro contra la muerte se da a conocer después del fallecimiento de su autor, sólo servirá de prueba para demostrar el fracaso de tales pensamientos. El libro perdería así su verdadera fuerza y se presentaría como la historia de una quimera.

Ya no tenía a nadie. Iba poniendo uno tras otros guijarros sobre la mesa y les hablaba hasta que comenzaban a bailar.

Tan pronto como se agacha, nota la muerte en la nuca y se incorpora rápidamente para sacudírsela de encima.

A un noble no se lo podía mandar a la prisión por deudas ni ejecutar en la horca. A un noble se lo decapitaba (como en toda Europa); en España, de frente. A los traidores se les cortaba la cabeza por detrás.

En su teoría sobre la muerte expuesta en *Ser y tiempo*, Heidegger presenta a la muerte como la más propia, insuperable, cierta y a la vez indefinida posibilidad. El ser para la muerte heideggeriano se convierte, traspuesto al plano activo, en ser para matar.

«La capacidad del hombre de matar a sus semejantes constituye quizá aún más historia humana que su destino esencial de tener que morir» (Kosellek).

«La última compañía de un regimiento de artillería es aniquilada con lanzagranadas. Muo preguntó: “¿Qué deben hacer los soldados sin municiones?”. Schmidt: “Emplear cuchillos, o morder”.»

Lo peor de la muerte es su *concentración*. Lo relaciona todo consigo: estrechamiento. Las religiones no quieren darse por satisfechas con ese estrecho. Detrás del estrecho pintan enormes paisajes. ¡Qué atractivo!

Situar esos paisajes *delante* del estrecho.

Seguro que lo más sagaz fue esquivarla, para Goethe, que tenía el suficiente contrapeso. Pero ¿quién más?

Quien puede decir cosas ingeniosas sobre la muerte, quien se anima a hacerlo, la merece.

«Los egipcios embalsaman a sus muertos y los conservan en casa; los persas los envuelven en cera antes de enterrarlos, para que el cuerpo se conserve el mayor tiempo posible. Los margios tienen la costumbre de no enterrar los cuerpos de los suyos hasta que no hayan sido desgarrados por animales. En Hircania el pueblo cría, en general, perros, excelentes perros caseros de una raza noble, según sabemos, pero cada cual se consigue unos cuantos, como buenamente pueda, para hacerse desgarrar por ellos, y lo consideran el mejor de los entierros» (Crisipo).

1988

«Pensées» contra la muerte

La única posibilidad: deben seguir siendo fragmentos. No debes publicarlos tú mismo. No debes prepararlos para la imprenta. No debes *unificarlos*. SDM

Resurrección entre los egipcios

Los dos hermanos: Anup y Bata. «Él encontró una baya. Se la llevó consigo, pues era el corazón de su hermano menor. Trajo un cántaro con agua fresca y la puso dentro, luego se sentó como era su costumbre cotidiana.

»Cuando llegó la noche, el corazón había absorbido el agua. Todos los miembros le temblaban a Bata, alzó la mirada hacia su hermano mayor, cogió el cántaro de agua fresca donde yacía el corazón de su hermano menor e hizo que la bebiera, de suerte que su corazón se instaló donde tenía que estar. Y él volvió a ser como había sido. Uno abrazó al otro y cada uno se puso a conversar con su amigo.»

¡Escándalo! ¡Vuelve a vivir!

«Fluirá la sangre... Arderá la tierra de norte a sur, de este a oeste, se apilarán montañas de cadáveres de los extranjeros que nos quieran esclavizar. Será la matanza más terrible de la historia. Se formará un Himalaya de cadáveres» (el presidente Duvalier al anunciarse la invasión estadounidense).

Dios es la creación más singular del hombre, el verdadero ideal de su ansia de poder. De él sólo podría derivarse lo que es el poder. Aun así, nadie lo comprendería, todavía estamos cegados por la aureola que lo rodea y evitamos desmenuzarlo fríamente. Lo negamos con facilidad, pero no lo utilizamos. Puede estar muerto, pero no se permite su autopsia. A mí, su figura pomposa siempre me ha repugnado. Entretanto, ha alcanzado cierta abstracta y explosiva gloria: él *es* la bomba atómica.

Todo a una carta con el libro sobre la muerte: ¿qué será primero, el libro o la muerte?

Lo importante es separar en el futuro los diarios de los apuntes. Éstos deben ser accesibles, a lo mejor contienen algo que pueda presentarse al público. Los diarios, en cambio, en los cuales está registrada la historia de nuestro amor en todo su esplendor y horror, no incumben a nadie. Tal vez pueda autorizar que algo de ellos se dé a conocer cincuenta años después de su muerte, en todo caso muchas de las primorosas *cartas* de ella. Son lo más maravilloso en la relación, y nada de lo

que yo haya apuntado o pueda apuntar sobre nosotros llega a la suela de los zapatos de sus cartas. Hera alcanzará la inmortalidad a través de esas cartas. Sin embargo, sólo podrán publicarse en un mundo que las merezca y, si es posible, con independencia de mí, mucho más adelante.*

Ninguna muerte acaba.

El *tono* de los egipcios es más tuyo que ningún otro. *Animales* tan sagrados como la *escritura*. Juicio y balanza. El muerto desmembrado que regresa a la vida. El lamento fúnebre.

El lamento fúnebre que no le reprocha nada al muerto.

Recuperar lo que el muerto amaba en uno. Renunciar por él a lo que odiaba. Purificarse para el muerto. El muerto como instancia. Nada se le oculta.

Aprovechar el pasado como tiempo de los muertos. SDM

Lo permanente, lo inamovible de los personajes, tanto Don Quijote como Sancho Panza, y, sin embargo, su riqueza dentro de los límites más estrictos. ¡Cuán imprecisas y poco comprometidas, cuán blandas nos resultan, comparadas con ésta, las novelas posteriores!

Retórica en grado sumo, pero dentro de los límites de los personajes. Retórica caballeresca contra retórica refranera.

El pacífico glotón no siempre carece de razón.

Los nobles discursos del hidalgo emocionan por su alternancia con los discursos del glotón.

Si encontrara a un buen interlocutor para él, aún se podría salvar a mi enemigo de la muerte.

Mi enemigo de la muerte no debería ser menos que el caballero andante. La verdadera dificultad, es más, su probable imposibilidad reside en que el caballero andante es un personaje que *cierra* algo, que mira *atrás* hacia algo que existió durante mucho tiempo, mientras que el enemigo de la muerte no se remite a nada que existiera, debe convencer a pesar de que todo en él es nuevo. SDM

Aunque lea algo aburrido de Goethe (y de eso hay muchísimo en su obra), nunca lo lamento.

Es que se tiene la sensación de que forma parte de su energía de la vejez o, mejor dicho, de su fuerza para envejecer; lo aburrido, como necesaria protección, no trata a su genio con dureza, esto es, con dureza contra sí mismo o contra los demás; lo inserta en hábitos insulsos, en sumisión a sus duques y a otros príncipes, en propiedades, en colecciones, en conversaciones como forma de legar algo. Aunque lo posea a raudales, maneja su genio con parsimonia, como un jefe de familia.

Tu *modo de pensar* no ha cambiado en absoluto. Pero ¿cómo quieres justificarlo? Tu *rechazo* de la muerte no es más absurdo que la fe en la resurrección que sostiene al cristianismo desde hace dos mil años. La diferencia reside en que mi rechazo no ha hallado su forma.

¿Cómo se puede seguir con vida si los hombres continúan muriendo sin cesar? ¿Qué dice quien odia la muerte cuando las víctimas caen a su alrededor? No puede ignorarlo, y por eso forcejea con la muerte. Está más fascinado por ella que los demás. *Alimenta* su odio mediante la experiencia incesante de la muerte. La confrontación con ella se convierte en el verdadero

contenido, en la constante de su existencia. ¿Qué se dice a sí mismo, cómo se prepara para sostener con firmeza su convencimiento si se da cuenta una y otra vez de que acaba vencido?

Se ve obligado a ser testigo de una injusticia cometida de manera continua; lo comprueba indignado repetidas veces, y no puede evitarlo. Existe el peligro de *acostumbrarse* a esa injusticia. Está inmerso en una guerra que no acaba nunca. Cualquier tratado de paz le resulta sospechoso, sólo puede significar el reconocimiento de la derrota. No obstante, puesto que lucha completamente solo, él es el único responsable. Aceptar una muerte significa aceptarlas todas.

En un mundo a rebosar de tantas instituciones para administrar la muerte, una sola persona se dispone a enfrentarse a ella y quiere ser tomada en serio en su empeño. Sonrisas por todos lados. Ya verá el chiflado. Cuando le toque, se terminará su rebeldía.

¡Como si no lo supiera! ¡Como si le fuese posible ceder por motivos prácticos y útiles! ¡Para cuántas creencias no se ha encontrado gente! ¡Para cuántas no estaba la gente dispuesta a morir incluso! ¿Y no se hallaría a nadie dispuesto a anunciar la ley suprema que prohibiera la muerte? Lo asombroso es que no haya ocurrido hasta ahora. Lo asombroso es que los hombres –y no sólo en *esta* religión– se conformen con esperar el Juicio Final.

Los «simples» gobernantes del islam que consideran normal la condena a muerte. Así se convierten de la manera más fácil en Dios, y eso que tienen el equipararse con Dios por la peor de las blasfemias. Al disponer de la muerte se apropian, sin más, de su modo de actuar.

«En cuanto al temor a la muerte, parece que no fluye en mí ni una gota de tu sangre, porque no me contiene. Además, en mi caso se suma, por ciertas consideraciones individuales que tú en ningún caso puedes compartir conmigo, una indiferencia a la vida que a ti te resultará paradójica, puesto que no me conoces del todo. Estoy firmemente convencido de que en el mundo se puede perder mucho más que la vida y de que la vida sólo recibe su encanto de nosotros, de que siempre sólo puede ser un medio y casi nunca un fin y de que a menudo se pierde muy poco haciendo mutis de esta estrella» (Novalis en una carta a su padre, febrero de 1793).

Novalis, mi adversario más puro:

«La muerte es una victoria sobre sí mismo que, como toda autosuperación, procura una existencia nueva y más leve» (11).

«La vida es el comienzo de la muerte. La vida es por mor de la muerte. La muerte es fin y principio al mismo tiempo» (15).

El estoico: No sientas apego a nadie. Podría morir.

El amante: El apego más profundo es a aquel que podría morir.

El estoico: ¿Qué tal estás ahora, huérfano? ¿Qué amas?

El amante: Lo que he perdido, lo que más amo es lo perdido.

El estoico: ¿Y de qué sirve?

El amante: Para el dolor, para el dolor.

El estoico: ¿No habría sido más fácil cortarte un brazo?

El amante: Más fácil, sí, pero sin amor.

El estoico: La palabra, la trampa, la palabra desatinada.

El amante: Pero no insensible.

El estoico: Esta sensibilidad también muere.

El amante: Muere tu insensibilidad.

El regreso de mis muertos, lo único que sigue sin cumplirse; pero el deseo continúa siendo en mí tan intenso como siempre, de modo que puedo afirmar: estoy *plenamente* vivo.

1990

Ése interpreta la muerte. SDM

Se dice: «Cuando una persona recuerda de pronto su anterior nacimiento y lo dice, morirá irremediabilmente».

¿Y si lo calla? (Somadeva). SDM*

Cuando se trata de los muertos, de lo que les ocurre, siento una rabia inmisericorde.

Pero han de ser mis muertos. Cuando son otros me limito a observar compasivo o asustado.
SDM

La historia más terrible la encontré hoy en las memorias de una mujer, Misia Sert. La llamo *el suplicio de las moscas* y la transcribo literalmente:

«Una de mis compañeras de habitación había llegado a dominar el arte de cazar moscas. Tras estudiar pacientemente a estos animales, descubrió el punto exacto en el que había que introducir la aguja para ensartarlas sin que murieran. De este modo confeccionaba collares de moscas vivas y se extasiaba con la celestial sensación que el roce de las desesperadas patitas y las temblorosas alas producía en su piel». SDM

El más religioso es el que no se deja disuadir de la muerte. SDM

«Según cálculos de ciertos antropólogos sociales, en la última década de este segundo milenio llegará el momento en que el número de seres humanos vivos en la actualidad supere el de todos aquellos que han vivido desde que existe el hombre.»

¡Qué tontería! Lo esencial es precisamente que no han vivido al mismo tiempo.

Es un cálculo que no significa nada de nada.

Lo importante es el número de muertos *que todavía lo son*.

En cada muerto muere todo el mundo. Ése es el sentido de Cristo en la cruz.

Desde hace un tiempo, nada me gusta tanto como leer las vidas de los santos. Figuras en el sentido más verdadero, indescifrables por ninguna modernidad, aún inalterables, desencajadas por el dolor pero no desfiguradas, obstinadas, inmortales a despecho de ellas mismas.

El hombre se ha vuelto peligroso desde que no cree en ningún diablo.

El ser humano ya no ve al diablo: se lo ha tragado.

«La muerte es un pozo al que se tira la basura.»

La única frase de Lenin que me interesa. ¿Dónde la he leído?

Intrépido, le clava el pincho en el cuerpo al caracol.

Antes amaba a los pájaros, ahora amo las flores. Permanecen quietas para el ojo que desaparece.

¿Sería correcto, por tanto, cerrar los ojos antes de morir? ¡No, no y no! Abrir los ojos de par en par ante la muerte, maldecirla y maldecirla y volver a maldecirla. No intentar apaciguarla limitándose en el rechazo o pronunciando alguna bendición de vez en cuando.

Porque importa que existan cada vez más hombres y seres en general, no se trata de rodearla aludiendo a su *número*, la cuestión es atacar a la muerte en cada individuo, sin considerar cuántos pueda haber. La cuestión del número es irrelevante, el individuo, cada individuo, se enfrenta a la muerte, y cada uno debe superar la lucha contra ella.

El sentido de todo lamento fúnebre –lo más antiguo que poseemos de los hombres–, ¿fue antaño algo distinto?

No querían aceptar la muerte. Temían al muerto por no haberlo protegido mejor. Lo llamaban para que volviese. Le prometían cuanto podía necesitar: ayuda en el camino, alimento, ánimo y recuerdo permanente. Lo visitaban en los lugares que él mismo solía visitar. Lo convocaban y le garantizaban todos los derechos. A nadie trataban con tanto respeto, a nadie con tanta veneración, y aunque lo odiaran mientras vivía, trataban de ocultárselo cuando estaba muerto.

Cuando se destruía todo cuanto perteneciera al muerto, los hombres eran más honestos, porque, como nada le robaban, no había motivo para mantenerlo a distancia. Luego, con el robo que suponía la herencia, esto cambió, y nunca nada cambió la muerte tanto como ese robo permitido y recomendado.

Imaginar cómo sería nuestro mundo en la actualidad si se tuviera que destruir cuanto había pertenecido al difunto.

Heredar equivaldría entonces a profanar el cadáver, un crimen repugnante.

Al menos me voy sin rencor. Si bien me habría gustado enterarme de la muerte de Sadam.

Me habría gustado volver una vez a Praga. Dos semanas para una vida no son suficientes.

De Praga era también Werfel. Eso habría que perdonárselo a Praga. Fue la última lectura de Kafka moribundo. Werfel le regaló su novela de la ópera. Como no podía hablar, que cantara.

Werfel me dijo, *literalmente*: «Kafka no era un escritor, era un teólogo».

En cambio, Werfel fue *bautizado* una vez muerto y fue enterrado con frac. El amante de A. le ayudó a ella a vestir por última vez al difunto.

A. despreciaba a Mahler porque era impotente. Werfel la despreciaba a ella porque él disfrutaba dejando que lo engañara. Ella se gastó y destruyó su herencia. Ahora se lo tiene a él por

una víctima fofa.*

Pensar que la fe de los judíos derivó de la de los egipcios. Pensar que abandoné a Dios por Osiris.

Yo habría pertenecido a quienes huyeron, pero no habría estado de su lado. En la tierra de Canaán no habría rendido culto a Baal, pero sí a Isis.

Entre los romanos no habría sido cristiano, sino que me habría entregado a Isis. No la Isis que lleva al niño, sino la Isis que busca y encuentra los pedazos de Osiris.

Mi vida tiene períodos largos y oscuros en los que olvido a Isis. Pero luego muere alguien que me es cercano, y entonces emprendo el viaje para buscarlo.

No he encontrado aún los pedazos.

Mucho me repugna el orden que dejaré. Los pensamientos no son una fortuna. Los pensamientos han de saltar a lo alto y han de poder ocultarse. Los pensamientos cambian de peso. Los pensamientos se inflaman y empalidecen. Los pensamientos gimen y son castigados a callar. ¿Cómo se lega un pensamiento?

Si los alemanes no paran ahora a sus químicos de la guerra y a sus biólogos de la peste, habrán perdido toda la confianza que se granjearon por la forma en que llevaron a cabo su reunificación.

No son terribles por las armas que poseen, lo son cien veces más por los terribles instrumentos bélicos que fabrican para otros. Todavía no se ha producido ninguna tormenta por ello, pero cuando ésta recorra la Tierra de pronto se verá de nuevo de qué fueron capaces en su día. *¿Cómo pueden esperar?* Deberían adelantar esa tormenta, provocarla ellos mismos.

Aunque resulte extraño, el proceso de reunificación alemana ha suscitado más simpatía que temor en el mundo, pero sólo por el momento, y las amenazas de Sadam con las armas de destrucción que le han suministrado los alemanes pueden trocar muy pronto esta simpatía en miedo y en odio. Todas las renunciaciones y gestos de apaciguamiento, a los que se daba crédito, se transforman entonces, de repente, en amenaza. El gas, en particular, se ha convertido para siempre en la peste de la nación alemana. Ésta debe evitar cualquier trato con el gas, como si ella misma hubiera ido a parar a una cámara. Quien no sea consciente de ello está ciego y no es la persona apropiada para servir como político a los alemanes.*

Los alemanes no consiguen desprenderse del gas. Continúan produciéndolo y suministrándolo.

¿Qué ocurre en quienes lo han suministrado de forma individualizada y sin ser forzados a ello?

¿Desean que el gas surta su efecto?

¿Sigue activa en ellos la sed de matar?

¿Odiarán a los judíos siempre, como afirman aquellos que se lo reprochan?

«Allí en Buchenwald, en Buchenwald, a los judíos vamos a matar.»

Si aún fuera posible desaparecer del todo, sin dejar rastro, realmente sin dejar huella alguna, ¿no

te decidirías ahora mismo a hacerlo?

¿Ha existido alguna vez algo más ridículo que tú?

¿Quién ha odiado la muerte desde la más temprana juventud?

¿Quién ha dedicado su vida, su larga vida, a perder uno tras otro a sus seres más queridos?

¿Quién ha seguido viviendo y perdiendo? ¿Quién ha comprendido, de manera definitiva e irrevocable, que la supervivencia es el núcleo de todo miserable poder? ¿Quién ha detestado de la manera más profunda precisamente esta forma de poder y aun así se ha hecho más y más viejo? ¿Quién no tiene siquiera a un Dios ante el que pueda justificarse y continúa viviendo sin ninguna justificación?

¿Quién está convencido en lo más íntimo de que, cuando ya no viva, seguirá vivo por su conocimiento del poder, una especie de Ixión?

Un viejo médico visita a sus pacientes que han sobrevivido.

La sed de matar estatal de los alemanes se ha convertido, por obra y gracia de su nacimiento, en la de los proveedores alemanes. Para cada forma de muerte se encuentra siempre a algunos dispuestos a ejecutarla.

No consigue uno desprenderse de la sensación de que son muchos los que se apuntan a este tipo de negocio, y no sólo porque se trata de ir contra los judíos.

La primera vez que volví a Viena después de la guerra, estaba en un autobús frente a dos hombres adultos que me miraron de arriba abajo. «G.K.T.», dijo uno, y el otro asintió con la cabeza.

Después pregunté a un conocido lo que significaba eso. «¿No lo sabe usted?», preguntó extrañado. «Quiere decir *Gaskammer-Tachinierer* [‘gandul de las cámaras de gas’] y significa ‘judío de mierda’».

Allí preguntan primero a cada cual si desea morir. A quien no quiere, lo mantienen caliente en una incubadora. Al cabo de un tiempo vuelven a formularle la pregunta.

No he matado a nadie, soy virgen, como me dijo D. desde lo alto del caballo. Pero ¡cuántos animales he comido! ¿Soy aun así virgen o soy un asesino de lo más vil?*

Indeciblemente triste el saber *huérfano*.

El orden del comerciante reside en la suma. El mundo se hunde. Él suma. Los niños se mueren de hambre. Él suma. Los amigos se ahogan. Él suma.

Los médicos lo boicotearon, él se curó y les dio las gracias en cartas rebosantes de entusiasmo.

Lo «pueril» en ti reside en no haber reconocido –después de setenta y ocho años– la muerte de tu padre cuando tenías siete. Esta puerilidad, precisamente esta puerilidad, es lo que necesitaría el mundo.

Estoy totalmente escindido y no sé cuál es la solución.

Escindido también en la cuestión del Golfo. Es imposible dejar hacer a Sadam. Para muchos se trata del petróleo. Pero se trata también de algo más, de mayor importancia.

Echar a Sadam significa guerra, con todos los medios, incluso con aquellos que fueron por fin prohibidos. Con medios nuevos que, una vez utilizados, estarán en el mundo. Estoy contra cualquier tipo de asesinato. La única solución para el Golfo consiste en asesinar a Sadam. Estoy a favor de ese asesinato.*

«A la hora de buscar a personas ahogadas era costumbre llevar gallos en la barca. Según decían, los gallos empezaban a cantar a voz en cuello cuando la barca se hallaba sobre un cadáver» (Suzuki Bokushi, p. 97).*

Thomas Hürlimann se me presentó después de esperar un rato, conteniéndose. Me gustan sus obras, y él también me cayó bien. Me contó que en una ocasión sólo llevaba dos libros en el equipaje: Musil y *El otro proceso*. Por supuesto, me alegró mucho esa vecindad con Musil, y aunque Hürlimann sólo pretendiera decirme algo agradable, al menos supo *qué* podía alegrarme. Le dije que percibí cierto parentesco entre nosotros la primera vez que lo leí, lo cual es cierto. «La ticinesa», un breve relato suyo, me gustó sobremanera. Es el más talentoso de los jóvenes escritores suizos. El acontecimiento de su vida es la muerte de su hermano menor, fallecido a causa de un cáncer. *Conoce* la muerte, igual que yo, y nunca la ha aceptado. He ahí nuestro parentesco. Conocerlo ha sido lo más bello que me ha sucedido esta noche.

Monstruos de vidrio de una claridad tremenda; cómo se rompen. La música de su destrucción.

El ser humano rejuvenece gracias a los animales a los que perdona la vida. Y envejece en sus cacerías.

Lo más bello del anhelo es la palabra que lo designa.

Una ametralladora perseverante, hasta alcanzar a todos los seres humanos que sigan con vida.

Basta. Todo ha vuelto. Provocado por las muertes ocurridas en dos días seguidos: Ottheinrich Keller en Halle, Dürrenmatt aquí. A mi edad son cada vez más, más y más. ¿Morirá cada día alguien a quien haya conocido?*

Pensamos en los personajes de Dante, a los que sucumbimos debido a su nitidez. No podemos sustraernos a ellos, simplificados como están de una manera que preserva lo esencial de cada uno. ¿O es él quien nos impone *su* visión por lo esencial? Extrae la fuerza persuasiva de su muerte. Están vivos hasta lo monstruoso precisamente porque están muertos. Es la superación más asombrosa de la muerte que quepa imaginar. Se busca a los muertos allí donde ya no pueden escapar. Tal vez hayan dejado de estar aquí porque ya no quieren nada *el uno del otro*. Su anhelo

de la tierra es más grande que el nuestro de ellos. Ambos anhelos son insaciables, y que esto sea así, inamovible, es el hecho más grande, el verdadero hecho del mundo, que no podemos cambiar, que no podemos mover ni un milímetro por mucho que lo intentemos.

La humanidad se abandona si deja de intentarlo aunque sea en vano.

Celan como mártir me inspira aversión. Su intento de identificarse con Lenz es absurdo. Qué hábil era Celan; sus países, cada uno un capullo, y de cada uno surge una criatura más sofisticada. Y qué torpe, qué desesperantemente torpe era Lenz. Ningún suicidio puede hacernos olvidar lo deplorable de la situación de Lenz y lo honroso de la de Celan.

Eso sí, tampoco debemos olvidar a la tenaz asesina Claire Goll.*

El rigor, la *exigencia* de Celan me resultaban insoportables. En realidad *no* se trata de los crímenes, sino de su fama a despecho de los criminales, fama en la misma lengua que con ellos comparte.

Una constelación completamente nueva de la fama, a la que se sacrifica. Suicidio de un judío como poeta alemán después de los asesinatos cometidos contra los suyos.

No es extraño que no sienta ninguna piedad por bestias como Sadam.

Quien sin miramientos utiliza la muerte para sus propios fines se halla fuera de cualquier posibilidad de compasión para mí.

Sigo siendo un enemigo acérrimo de todos los poderosos (que lo son en el sentido estricto y verdadero del poder, tal como yo lo he descrito). Otra cuestión es si soportaría su muerte violenta, en el caso de que ésta se produjera en mi presencia. Entonces quizá estaría por un momento de su lado, por el mero hecho de odiar cualquier superioridad. Ese instante, sin embargo, sería breve y me daría vergüenza. En todo caso, haría lo posible por que ninguno escapara y volviera a sus juegos de poder. Lo mínimo a lo que los condenaría sería a cadena perpetua agravada.

1991

La muerte como instrumento del poder no puede cesar *repentinamente*. Pero cabe imaginar un proceso en tal sentido. Hace un año aún podía pensarse que se había iniciado esa andadura. Pero este año, este espléndido año ha concluido, y volvemos a estar donde empezamos. SDM

Este deseo de permanecer, una especie de contabilidad. SDM

¿No sería más correcto que no quedase nada de una vida, absolutamente nada? ¿Que la muerte significase extinguirse de pronto en todos los que retengan alguna imagen de uno? ¿No sería más cortés frente a los que vendrán? Pues tal vez todo lo que queda de nosotros constituye una exigencia que los abruma. Quizá por eso no es libre el hombre, porque queda demasiado de los muertos en él, y ese mucho se resiste a extinguirse. SDM

Hay muertos en los que *nunca* pensamos con nostalgia. Y algunos muy valiosos entre ellos. SDM

Cuando dice que sólo cree en la metamorfosis quiere decir que se ejercita en la evasión, sabiendo a ciencia cierta que él aún no escapará a la muerte, aunque otros, tal vez, algún día otros... SDM

Los cálculos de la cantidad de muertos que costaría la guerra del Golfo, cálculos que se están haciendo en Estados Unidos actualmente, tienen algo repelente e indignante.

Aun así, detrás hay algo mejor de lo habitual en las guerras anteriores: el sentimiento del valor de cada vida individual. No debe perderse ninguna, ni una sola. La suma de los individuos se presenta como forma de intimidación.

Los números son capaces de todo.

El gran número de caídos suponía antaño un elemento de dicha y gloria para los supervivientes. Hoy se ha convertido en la cantidad aterradora de los muertos a los que no se les dio la libertad de decidirse a favor o en contra de la guerra.

El hecho de que se pongan peros a este número demuestra hasta qué punto se ha vuelto significativo. Pero también abusan de él aquellos que hurgan entre los muertos sin orden ni concierto ni piedad alguna.

Después de la lluvia salió a buscar caracoles. Les habló y no se le escaparon. Se los puso en la mano y los apartó para que no los viera ningún pájaro.

Cuando murió, se reunieron todos los caracoles del vecindario y lo acompañaron en su último camino.

Dicen «creación», y cada cual sería creativo si lo dejaran hacer. Luego lo dejan hacer y, creativamente, lo destruye todo.

¿No podrían los estadounidenses empezar la guerra de tal manera que sus aviones sólo lo persigan a él, a Sadam? No deberían atacar nada más, ni destruir nada más, todo el mundo debería comprender que con su detención o muerte la guerra acabaría.

Ninguna amenaza a cómplices o a coautores, amenaza sólo a él y de tal manera que todos lo sepan.

¿Se ha intentado *seriamente* algo así alguna vez?

Ayer, la mitad de las fuerzas aéreas iraquíes quedó destruida. Hoy esa mitad se ha convertido en once aviones, de setecientos.

En el último instante lo atraparán. En un año quizá habría llegado a ser invencible. Manifestaciones en todo el mundo a favor de la paz. *Peace in our time*.

Y aunque el asco te sacuda hasta la muerte: la única posibilidad consiste en destruirlo ahora.

Si eso hubiera ocurrido en 1938, ¡qué aspecto tendría el mundo ahora!

Esto empeora. Se demuestra que el maldito era un peligro mucho más grande de lo que se creía. Si no lo derriban, todo cambiará, en el mundo entero.

El fanatismo contagioso, que desde hace más de un milenio siempre ha existido en algún sitio, ha encontrado a su líder más peligroso.

Sería un autoengaño deplorable no darse cuenta de ello, como hace cincuenta y dos años en Múnich.

El islam, la masa potencialmente más grande que ha habido nunca, será activada por Sadam a una velocidad de vértigo, es decir, se convertirá *realmente* en masa. El riesgo aumenta con cada día que resiste. No tiene ningún sentido contar con que ceda. No cederá nunca. Aguanta tres o seis millones de muertos, tal como ha asegurado. Es decir, lo aguanta todo. Cuenta con que Estados Unidos no soportaría diez mil bajas. Con lo cual tiene razón, dicho sea en honra de Estados Unidos. Por tanto, se trata de una única víctima: *él*. La proporcionará.

Los alemanes, que se manifiestan antes de haber ahorcado a sus proveedores de gas tóxico.

Sus manifestaciones a favor de la paz deberían consistir en perseguir a sus nuevos criminales de guerra.

¿No se lo dice nadie? ¿Son incapaces de aprender?

Me alegré sin reservas de su reunificación. Era acertado, era justo que se reunificaran. Ahora, por primera vez, algo en mí se vuelve contra los alemanes. Un ochenta por ciento de ellos están contra la guerra en el Golfo. Saben quién es Sadam. Saben lo que quiere. Sin avergonzarse, con aparente tono de reproche, lo llaman un nuevo Hitler. Saben que las empresas alemanas le han ayudado a producir gas tóxico, a construir centrales nucleares. Pero están a favor de la paz. Hay que perdonarle la vida, dicen. Algunos árabes se lo agradecerán. El mundo no lo olvidará. Yo no lo olvidaré.

No ha pasado una semana desde que empezó. No consigo pensar en otra cosa. A lo mejor ha sido el último instante en que la Tierra se ha salvado. Pero ¿se ha salvado? Esto parece incierto, y uno está lleno de dudas. ¿Tienen los aliados, es decir, sobre todo los estadounidenses, fuerza suficiente? ¿Se estirará el conflicto hasta que nadie quiera luchar? ¿Terminará Kuwait convertido en una gigantesca hoguera? Ya ahora, después del tercer ataque, confío mucho en Israel. Se salvará. Pero ¿podrán matar al maldito antes de que su país se convierta en un desierto? ¿Quién arderá, además de él? Habrá mucha destrucción antes de que él termine destruido. Se ha esperado demasiado tiempo. Se lo ha alimentado demasiado tiempo. Se le ha rogado por la vida de los rehenes. Todo aquel que estuvo allí alimentó su delirio de omnipotencia. ¡Y quién no estuvo allí! Incluso personajes venerables peregrinaron hasta allí, y cuando soltaba a diez, se sentía diez mil veces más fuerte. Hombres de este siglo, todavía no saben lo que es el poder. Confían en que se pueda recortar. Mientras él reza a aquel del que aprendió la omnipotencia, los demás creen que con él se puede regatear, el desprecio de ellos ha sido más oriental.*

Percibo hasta qué punto soy parcial y me pregunto si lo sería menos si no se tratara también del destino de los judíos en Israel.

No, de ninguna manera, en ninguna parte lo sería yo menos. Mantendría la misma postura dondequiera que se desarrollara lo que está ocurriendo ahora. Soy el enemigo mortal de Sadam, del dictador, del superviviente en el peor sentido de la palabra, del poderoso que obtiene su poder matando masivamente, a troche y moche. Hace treinta años expuse este retrato del superviviente a la opinión pública mundial, lo anticipé de manera clara e inequívoca como retrato de Sadam y pensé: después de semejante requisitoria ya no será posible en el mundo. Pero aquí está, ha vuelto, es posible y es admirado con fervor. Con menos fervor se lo odia, aunque por fortuna quienes lo odian son aquellos que están decididos a capturarlo.

No debe tener éxito, no debe seguir adelante. No importa que el último de sus modelos, Hitler, fracasara de manera calamitosa. Antes de fracasar pudo desencadenar una guerra mundial. En eso consiste el contagio que ha actuado sobre Sadam, y lo que hay que evitar es el desencadenamiento de *su* guerra mundial. Quien cree que eso es posible sin una guerra, que se manifieste a favor de la paz o lo que tome por tal cosa.

En estos días me siento cercano a la muerte. No es debilidad, mis convicciones siguen firmes y puras como siempre, pero podría deberse al hecho de haber reconocido que mi «superviviente» no desaparecerá nunca, es inmortal, retorna siempre, y este eterno retorno significaría que la humanidad está perdida, que nada puede salvarla.

Noto en mis entrañas que esta conciencia me corroe. Todavía no se ha apoderado de mí por completo, pero no cesa de amenazarme con ello.

¿Qué pensar cuando allí los hacen pedazos? ¿Qué pensar cuando no hay remedio?

Siempre me ha aterrado la vulgar comida como contenido más profundo de la vida. ¿Ha cambiado algo? ¿Puede algo cambiar? Vives de la vulgar comida. Todos viven de la vulgar comida. Tus ojos se empañan, pero aun así la sigues viendo. ¿Cómo puede el hombre sustraerse a

los efectos de la vulgar comida, de la cual vive?

Ahora intenta salvar los últimos ejemplares de algunas especies animales a las que casi ha exterminado. Tal vez ni siquiera consiga salvarlos. Él, en cambio, se multiplica rápidamente, no hay manera de salvarse de él en la Tierra. ¿Acabará asfixiado por sí mismo, por su propio número?

Esta guerra, un espectáculo ofrecido todos los días, a todas horas... ¿Qué necesitarán cuando acabe, qué tendrán que inventar entonces?

No veo nada de ello, pero lo escucho y leo sin cesar, tal vez sea lo último que lean mis ojos.

Sería, a decir verdad, el cierre desconsolador de una vida dedicada a la lectura... Pero ¿importa aún la vida de un individuo?

Haga lo que haga, me parece despreciable, porque no he conseguido cambiar nada en absoluto. Por tanto, miras con desdén tu vida, que seguirá siendo despreciable aunque nunca haya existido otra vida más llena de sentido.

Es la una de la madrugada, me siento inseguro y pienso a veces que no viviré el desenlace de esta guerra. Es triste, lo cual no significa que dude de su desenlace. No obstante, dudo mucho de que pueda surgir algo distinto. Vivo horrorizado la imbecilidad de la «izquierda», en la que siempre me he incluido. Hoy he oído hablar a uno, un escritor muy mediocre al que, no obstante, le gusta llenarse la boca de izquierdismo. Le tiene miedo a Bush y no menciona ni remotamente a Sadam, como si no existiera ningún Sadam en el mundo. Belicoso, dice el hombre, es el pueblo de los estadounidenses, mientras Sadam parece volver a amenazar con el gas y otras cosas y hacer realidad cada una de sus amenazas. En seis ocasiones utilizó el escritor la palabra *miedo* y no se avergonzó ante aquellos que ahora viven directamente angustiados. Siempre lo he tenido por un necio. Hoy me da asco.

Los políticos alemanes se dan cuenta de lo que han hecho. *Todos* sus partidos están de repente dispuestos a soltar dinero.

Su estallido de la paz les ha hecho más daño que si hubieran incitado a una guerra. Quieren ser tan buenos, tan formales, tan inofensivos, tan inocentes, y ahora aparecen ante el mundo como unos miserables, como unos pacíficos vendedores de venenos. Y no se quitarán la vergüenza de encima si ahora no castigan realmente a esos criminales inveterados. Sus fatuos vendedores de venenos han despertado de nuevo Auschwitz, que creían superado (como si realmente pudiera superarse), y todo el mundo se lo dirá y se lo repetirá. Es inconcebible la ceguera y la frivolidad de esos comerciantes frente a su propio pueblo (además de la infamia cometida contra todos aquellos a los que quieren matar). Estoy esperando las manifestaciones pacifistas contra sus vendedores de venenos en las ciudades alemanas. Así podrían conseguir algo.

Concluye este mes con la desgracia del mundo. Él mismo la ha provocado, ¿y yo? Yo sigo desesperado y le tengo apego al mundo y estoy descontento con su suerte.

Todas las vidas desperdiciadas. Todos aquellos que no fueran amados. Todos aquellos que no pudieron amar. Todos los que no pudieron cuidar a un niño. Todos los que no viajaron. Todos los que no conocieron la diversidad de los animales. Todos los que no escucharon lenguas extranjeras. Todos los que no se asombraron de las credulidades. Todos los que no se pelearon con la muerte. Todos los que no se sintieron embargados por la necesidad de saber. Todos los que no pudieron olvidar su excesivo saber. Todos los que nunca se tambalearon. Todos los que nunca dijeron que no. Todos los que no soñaron con el fin de los asesinatos. Todos los que se dejaron robar sus recuerdos. Todos los que jamás cedieron a su orgullo. Todos los que no se avergonzaron de los honores recibidos. Todos los que no pudieron empequeñecerse ni desaparecer. Todos los que no supieron mentir sin que sirviera para algo. Todos los que temblaron ante el rayo de la verdad. Todos los que no estaban ávidos de los dioses muertos. Todos los que no se familiarizaron con aquellos cuya lengua no comprendían. Todos los que no dejaron en libertad a los esclavos. Todos los que no se ahogaron en la conmiseración. Todos los que se avergonzaban de no haber matado a nadie. Todos los que no se dejaron saquear por gratitud. Todos los que no se negaban a abandonar la tierra. Todos los que no podían olvidar lo que es un enemigo. Todos los que no se vanagloriaban de andar erguidos. Todos los que no se regalaban pobremente. Todos los que no se dejaban estafar y todos los que olvidaban hasta qué punto habían sido estafados. Todos los que no le cortaban la cabeza a su arrogancia, todos los que no sonreían por sabiduría. Todos los que no se reían por nobleza de espíritu. Todas las vidas desperdiciadas.

Esto vuelve a parecer ahora tan terrible como en aquellos años en que, por ambas partes, el monstruoso exceso de peligros mortíferos impedía un estallido. Esta vez, sin embargo, el peligro se ve acrecentado a la manera árabe por las amenazas públicas, las armas son más toscas, cualquier autolimitación ha quedado suprimida. Nunca ha habido una cuenta atrás como esta de los días hasta que estalle la guerra. ¿Es posible una guerra que se anuncie de esta manera? Todas las fuerzas dedicadas a evitarla tienen tiempo para actuar. Pero ¿qué se lograría evitándola? El proceso de desarme, que entre las auténticas potencias comenzó como una gran esperanza, ha sido torpedeado por el libre mercado de armas. Mientras los grandes negociaban entre ellos, armaban a otros, a los pequeños, hasta que éstos se volvieron de pronto grandes, es decir, descarados con su armamento. Ahora habrá que quitarles esas mismas armas. ¿Cómo conseguirlo sin una guerra? El intento de lograrlo mediante la amenaza no es indigno, puesto que no hay otra salida. Pero ¿qué ocurre si la amenaza no se toma en serio? Precisamente éste parece ser el caso.

Una cosa está más clara que nunca: hay que evitar a toda costa el poder concentrado de los «supervivientes» (en el sentido que yo doy al término), de quienes no sólo desprecian la muerte de los otros, sino que la desean. Allí donde el poder ya existe, es preciso destruirlo. Continúa siendo el verdadero peligro para la humanidad, desde que la existencia de los nuevos tipos de armamento ha alcanzado su dimensión máxima.

Cada frase de Sadam es una ilustración de este peligro. De hecho, nunca dice algo distinto. Se burla de los demás porque no cuentan abiertamente con los muertos. Sabe con exactitud lo que es el poder, lo dice y lo practica. Todas sus astucias y trampas son cálculos que incluyen muertes. Utiliza para su juego asesino el hecho de que los otros quieran *evitar* muertes. Todo cuanto ocurre

ahora está dictado por su voluntad de evitar la propia muerte. Para ello, incluso estaría dispuesto a renunciar por un –breve– tiempo a las muertes de otros.

Asesinar a Sadam sigue pareciendo la única solución de este terrible peligro. No es improbable que entre sus oficiales se encuentre alguien dispuesto.

La ironía suprema sería que un palestino asesinara a Sadam.*

Los reconocimientos y el poder no se corresponden. El reconocimiento precisa de bocas que lo pronuncien, y por eso mismo, sólo por eso, carece de motivos para desearles la muerte. El poder, en cambio, necesita la muerte puesto que se basa en la supervivencia.

El cementerio que lleva desde hace muchos años en su interior es cada vez más amplio. ¿A quién se lo legará, dónde lo pondrá?

Lo único interesante en Sadam es su sinceridad. Es el más claro de su tipología. Ninguna palabra hipócrita sobre las muertes. Su búnker, a prueba de bombas.

A lo mejor lo desgarran. A lo mejor no será un santo.

La sabiduría lo carcome; con banalidades se mantiene con vida.

¿Qué esperanza puede tener este hombre aún? ¿El suicidio? ¿Tiene mimbres para mártir? ¿Necesita millones de muertos para su propio fallecimiento?

¿No hay nadie que lo derribe? ¿Son sus generales todas unas criaturas miserables? ¿Ninguno de ellos sabe que la única gran oportunidad de Irak sería que él dejara de existir?

No sabemos en absoluto quiénes son las personas que lo rodean. Debe de haber entre ellas una o dos que no pertenecen a su familia.

Si la vida no fuese destructible, ¿qué atacaríamos?

Comienzo el sábado a las dos de la madrugada. Es Purim en Israel, máscaras en las calles. Nunca me he sentido tan cercano a ellos. Seis semanas en las cámaras de gas con toda la familia, y siguen con vida.

Llegará el momento en que terminaré como un simple judío.

El tiempo de mi largo matrimonio con los alemanes ha pasado.

En lo que él más insiste es en este sentimiento vulgarísimo, en querer-seguir-con-vida. ¿Por qué se enorgullece tanto de ello? Es lo que quiere el gusano más repugnante, lo quiere tanto que se complementa a sí mismo cuando lo parten en dos; es en esto en lo que él más insiste. Lo proclama como un alemán proclama ser alemán, un judío ser judío, un suizo ser suizo. ¿Existe algo más casual? ¿Más insignificante, más fugaz, más vacuo, más absurdo, ni siquiera ligado al lenguaje? ¿Existe algo más absurdo que la hostilidad contra alguien porque es alemán, judío, suizo?

Los relatos vehementes, impetuosos, agitados, expuestos sin piedad a los escasos visitantes no son más que ensayos previos para las súplicas que te aguardan. Nada se pierde, su peso va en aumento.

¡Azusa a tus caballos, azúzate a ti! ¡No te rindas, jamás, no te rindas a la tristeza! Todavía la ves ante ti, y aunque te quedes ciego, la seguirás viendo ante ti.

Se trata de esta imagen imperdible, que nunca enceguece.

Poco a poco va perdiendo, una tras otra, sus letras. ¿Cuál quedará? ¿Cuál balbuceará? ¿Cuál será la última que balbuceará?

Max Frisch ha muerto esta mañana. Me he enterado por la tarde porque me llamó Jacobi, del *Neue Zürcher Zeitung*. Me pedía que dijera dos o tres frases sobre lo que significó para mí.

Me mostré un tanto reacio, puesto que no lo he visto desde hace diez años. Pero intentaré pensar en ello, a ver si se me ocurre algo. A las nueve de la mañana, Jacobi volverá a llamarme y le leeré las siguientes frases:

«Me resisto a creer que Max Frisch no siga con vida. Su arte era el de la duda. Me gustaría definirlo como una duda a pasos pequeños e incesantes, una duda que en el fondo se volvía contra el narrar, es decir, contra él mismo. Como él era el objeto de ese narrar, pudo disponerlo de tal manera que su duda permaneciera siempre despierta. Se lo percibía como el prototipo de una forma de veracidad absolutamente ajena a todo heroísmo, pero insistente. Desearía volver la duda, de la que él era el maestro, contra el último extremo de su vida: su muerte».

Esto es muy breve. Nunca escribo cosas tan breves para una ocasión así. Lo he hecho en este caso porque entre Frisch y yo se produjo un gran distanciamiento. Él estaba enfadado conmigo por diversos motivos y yo con él por los mismos motivos. Es verdad que sólo conozco una parte de su obra, pero lo que he dicho es cierto y más cierto aún es mi deseo de que no haya fallecido. Creo que no debo tener remordimientos de conciencia por esta breve necrológica.*

Metástasis: la palabra griega más difundida hoy en día.

Metamorfosis debería ocupar su lugar.

Realpolitik! ¡Política realista! Política que incluye los muertos en sus cálculos. Cuantos más muertos, más real.

Guárdate del lamento. Se extiende vorazmente entre vosotros, los judíos.

Mucho de lo que escribió hace décadas y no ha vuelto a leer ahora lo anima. Estos apuntes son sus años guardados. Va extrayendo años de los bolsillos y los va recorriendo. Nunca se confunden, se mantienen separados y le muestran nuevos significados para los cincuenta años siguientes.

¿Con qué se confrontarán entonces? ¿Con qué criaturas? ¿Torcidas, distorsionadas, dispersas, estiradas? ¿Pasarán sus frases miedo entre tales criaturas? ¿Se ahogarán, se ahorcarán, se asfixiarán? ¿Qué frase posee la fuerza suficiente para mirarle a ese futuro a los ojos? Marx está

fuera de lugar. Freud le sigue. Hay miles y miles de ordenadores. ¿Millones? Las estrellas se desintegran ante mis ojos. Ni una sola imagen se sostiene. Lo que Hera restauró está ahora guardado en algún lugar recóndito de Japón. Allí irá a parar a la hoguera de su comprador, que también arderá. Maravillas de Van Gogh, ¿quién os recomprará antes de que esto ocurra?

Lo más odiado ha prevalecido. Mucho dinero lo compra todo. Las almas del pasado que dan voces tienen un precio antes de pegarse un tiro en la sien.

Ahora espero la llamada de Johanna por la mañana como antes esperaba la de Hera. Como si la madre se ocultara en la hija y escuchara secretamente cuando ella me habla. Algún día no podrá contenerse y dirá dos palabras en medio de la conversación, y yo me desplomaré muerto de felicidad.

Así que he dicho algo sobre Max Frisch y tendré que dar cuenta de ello.

No dije nada que no quisiera decir. Él consistía en pequeñas dudas. Y en ello era realmente un maestro. No importa que como escritor a mí no me significara nada, nada de nada, porque muchos lo *necesitaban*, para asombro mío.

No obstante, dije también que no quería creer en su muerte, y que deseaba poder volver sus dudas contra su muerte. Era algo así como un duelo por él. Era duelo. Nos conocíamos bastante bien y dejamos de vernos durante más de una docena de años. Nunca me cayó bien. Hera y yo nos reíamos bastante de él. Ella nunca me creyó que lo tomara en serio. En efecto, nunca me lo tomé realmente en serio, muy al contrario que a Dürrenmatt. Él sin embargo, se esforzó mucho por mí sin que yo le significara mucho. El distanciamiento externo comenzó cuando me mandó *Holoceno*, con una dedicatoria pomposa. Ese libro me dio asco. Era como Thomas Bernhard, pero hecho de forma calculada. No le di las gracias. Habría sido indecente decir algo sobre esa mamarrachada. Nunca más le hablé. No volvimos a encontrarnos, ni siquiera por casualidad. Y entonces llegó el premio Nobel. Yo no lo esperaba. Él sí, lo esperaba, cabe decir que desde hacía décadas. Nunca me lo perdonó. Y continuó esperando, nueve años. Tenía una manera muy infantil de desear cosas grandes. No me escribió ni una palabra al respecto y faltó así a su propia dignidad. Por otros, me enteré de que estaba enfadado conmigo por el premio. Cada año de decepción aumentaba su enfado. No tuvo palabras para Hera, a la que conocía bien, ni una palabra cuando ella murió. Eso me pareció el colmo de la mezquindad, y por eso lo odié. Seguro que se dio cuenta, pues sabía perfectamente lo que la muerte significa para mí.

Luego, hace medio año, me enteré de que él también tenía la misma terrible enfermedad. A partir de ese momento sentí algo así como cariño por él. Me habría gustado verlo y convencerlo de que el «premio» no significaba nada en absoluto. Intenté decir algo sobre aquello que lo había convertido en escritor, y no me avergonzó dar a entender que su muerte me afectaba sobremanera porque murió en discordia conmigo y porque siento desesperación por cada persona que muere, aunque él hubiera puesto sus ojos en Hera alguna vez.

Este alegato a favor de una necrológica que nadie que conociera nuestra relación esperaba de mí es tan veraz que no quiero añadir nada más.

«El agotamiento de los animales»: el primer título para el nuevo libro que realmente estoy considerando.

Tal vez suene muy trivial, pero a mí no me lo parece. No obstante, el libro debería contener algo que se relacione de forma directa con este título. De hecho, hasta ahora sólo tiene algo que ver la crónica sobre los monos como vendedores en África occidental.

Al horror por el cada vez más logrado exterminio de los animales se suma hoy la perspectiva atormentadora de su transformación artificial a través de nosotros. Comienza la era de las monstruosidades. No se le ve el final a las formas crueles y caprichosas que aparecerán en la Tierra. No se las puede denominar metamorfosis, porque son productos del cálculo y, además, forzadas. En nuestras manos, la creación se convierte en una feria de monstruosidades. No aparecerá nada que no sea deseado por nosotros. Lo que no sirve a determinados fines se borra. No existe el animal que pueda oponerse a ello. Los mataderos lo hacen de manera sucinta, ¿los consideraremos lo más humano? El hombre se opondrá a la manipulación genética dentro de su propia especie. Tal vez consiga realmente impedirla. No obstante, cuanto mejor lo logre, tanto más tendrán que pagarlo los animales. Mediante bromas caprichosas cortaremos y ahogaremos algo que por sí habría durado un tiempo indefinido, la supervivencia y expansión de los animales.

Tal vez consigamos fabricar animales que no tengan ni que comer ni que cagar. Aun así los llamaremos animales y estaremos orgullosos de ellos. Los juegos perversos de los hombres no acaban nunca, salvo en el caso de que él mismo sucumbiera en alguno de esos juegos.

Lo único que tienen en común Musil y Proust es que ambos son escritores *absolutos*. Cada ser humano vale por *sí*; por *su* –no por *la*– historia. Cada cual es incomparable. A cada cual hay que verlo como si no hubiera habido nunca nadie más en el mundo. Cada uno pertenece a todos sus enredos e implicaciones. A cada uno le corresponden todas sus metamorfosis. (El color local es engañoso, sólo interviene para que nada se desgarre.)

Los *absolutos* no tratan con ligereza la destrucción, les cuesta desprenderse de los globos oculares a pesar de que tienen miles. Cuando finalmente no les queda más remedio que destruir, es que están por acabar. Sin embargo, no importa, puesto que dejan algo indestructible. Podría decirse que los únicos a los que la muerte no les hace gran daño son los escritores absolutos, por el carácter *indestructible* de sus personajes.

Oculto a tus muertos. Ellos se presentan por sí solos. No los manosees todo el tiempo. Odian estar a tu merced. Morir no significa ir a parar por completo a manos de otro.

De repente todos los mitos que había leído en los años ochenta empezaron a salir de él como gusanos.

Reencuentro con Heródoto: intenso entusiasmo. ¿Mi verdadero maestro? La misma especie de curiosidad, el mismo desprecio a los «hechos». Narración incontrolada y por tanto válida, *inquebrantable*.

Releer cada una de sus sílabas, recuperarlo todo entero. Morir con esta clase de historias en

los labios.

Saca a las personas de las profundidades en las que siempre las lleva consigo. A cada instante lleva a todas esas personas dentro de sí. Podría poblar con ellas toda una ciudad. Prefiere dejarlas en los calabozos de la memoria. A veces le entran ganas de una, la saca de ahí y la cocina como un pescado.

¡Que aproveche! Un día se asfixiará por culpa de alguna espina.

Desconfianza a la obediencia, como si ésta significara obediencia a la muerte.

Allí se sueña con un incendio y se huye, se huye, y siempre se acaba calcinado antes de despertar.

1992

Es posible que la rigidez de tu odio a la muerte te haya cerrado ciertas experiencias temporales. Acaso haya tiempos que te niegues a admitir y, por ello mismo, silencies. APS2

Cuando el desconsuelo no tiene motivaciones se disfraza de desilusión; desilusión ante una vida que, presuntamente, no ha sido tal.

Sin embargo, ha sido más que eso, ha sido una vida para muchos, miedo para muchos, expectativa para muchos, y, aunque muy raramente, logros. Ni siquiera brillo le ha faltado a esta vida, estuviste en Estocolmo con aquella cuyo aliento llegaste a sostener, y entre las mujeres de los galardonados ella era la más hermosa. Si desde entonces nada ha vuelto a ser brillante, tú lo has querido así y has apartado de ti el brillo y le has dado la vuelta a tu orgullo. Y luego, hace dos años, *lo* más bello: el nombre de Veza en libros, también en otras lenguas, Veza, que ahora lleva tu apellido y se halla unida a ti para siempre. ¿No es esto lo más prodigioso, esta resurrección veintisiete años después de su muerte? APS2*

Más difícil que renunciar al paraíso me resulta la renuncia a los infiernos. ¡Ah, las sombras, si al menos existieran las sombras de mis muertos!

Que quiera más no significa que renuncie a lo poco. APS2

Tan duro como el matar debe seguir siendo el repudio de la muerte. APS2

Si *tiene que ser*, que sea en medio de una palabra que con el morir se quiebre en dos. APS2

Él busca a los suicidas que ha habido en su propia vida y los recupera. ¡Con qué gusto vuelven! ¡Cómo se asombran de la compañía en que se encuentran! Habla con cada uno de ellos, que se justifican ante él. Ninguno se comprende, ninguno volvería a hacerlo.

Todos juntos le dan las gracias, el coro de los suicidas. APS2

La fidelidad crece con el número de años que transcurren después de una muerte. Alguien que llegara a ser muy viejo debería *petrificarse* en la fidelidad. APS2

Él *sabe* demasiado poco para morir. Quizá se habría enterado de lo más importante justo después. APS2

No deberá ser el último libro. No quieres un canto del cisne.

No quieres morir en absoluto ni, en modo alguno, resignado. APS2

Así pues, temprano viviste una muerte; y tarde, un nacimiento. Eso es lo que te *integra*, el intervalo entre ambas cosas, sesenta años. APS2*

Ya nunca podré controlar los sentimientos. Ha habido demasiado duelo en mí: los muertos. Ha habido demasiado embeleso en mí: el amor. APS2

A los muertos se les quiere por sus defectos. Por eso no hay ángeles muertos. APS2

Indignidades sobre la muerte incluso entre los chinos – eso sí, como contraste ante su avasalladora importancia en sus *ritos*. APS2

Una crueldad en ti que siempre has infravalorado. Es la crueldad de tu conciencia de la muerte. APS2

Nada más abominable que la descripción de un *último* hombre. ¿Para quién moriría? APS2

Hay que suprimir la palabra *genocidio*. Se ha convertido en la palabra más peligrosa. Es la palabra más *tentadora*.

Todo cuanto alguna vez ha servido para matar, cada palabra, cada opinión, cada convicción, retorna.

Éste es el *único* eterno retorno. APS2

¿Qué más has hecho aparte de *exigir* a los dioses que devuelvan la inmortalidad? APS2

Uno cumple cien años y se pasa a la religión de la muerte. APS2

El hombre que cincuenta y cinco años tras la muerte de su madre la llamaba por su nombre en cada página, me ha liberado de ella.

Desde que he leído su libro, ella se ha *desvanecido* por vez primera. APS2

Los millones de años de historia de la Tierra, ¿qué incidencia tienen en la autoestima del hombre moderno?

Éste es el resultado de muchas más cosas que antes. Todo acontece siempre más deprisa, aunque ¡cuánto tiempo se ha estado preparando! La relación de su breve arco vital (incluso si se prolonga) con la increíblemente larga prehistoria tiene algo provocador, embriagador, lo hace capaz de más cosas. Las prohibiciones, gracias a las cuales fue posible la vida entre más hombres, tienen menos peso. No son para ellos más valiosas que una inclinación de la cabeza. En lapsos de tiempo semejantes también ha perecido muchísimo más. El superviviente vuelve la mirada hacia más muertos. Empieza a despreciarlos. Son demasiados. Entre ellos hay generaciones enteras de animales, asesinadas. Ambos son víctimas en apariencia naturales, animales y hombres. Son tantos que se les desprecia. También podrían ser *todos*. La distancia entre muchos y todos se reduce. Se

empieza a pensar con más frialdad en un cataclismo universal. Como uno puede imaginarlo, se exceptúa – la excepción.

Se ha convertido en un juego o una broma apropiarse del final de los demás y experimentarlo.

Todas esas masas de muertos cada vez mayores no sólo son posibles: también son *deseadas* para potenciar la supervivencia. APS2

Un manuscrito que poco a poco reduces a la mitad. De pronto descubres aterrado: se ha quedado sin huesos. Aletea y revolotea y antes de acabar reducido del todo suelta un gemido que te abre ojos y oídos.

A decir verdad, nunca he continuado con aquello que estaba logrado. Una novela en vez de las ocho proyectadas. Un volumen de *Masa y poder* en vez de los dos anunciados. Tres dramas en vez de la obra dramática de toda una vida. Lo único que he continuado de manera consecuente durante cincuenta años son los apuntes, precisamente por su inconsecuencia.*

Poco a poco me doy cuenta de que no existe nada más vulgar, banal, trivial y demagógico que mi lucha contra la muerte.

He empezado a avergonzarme de ella, pero continúo, incansable.

Tigres antropófagos

«Cuando un tigre ha matado a un hombre, devora primero los muslos, el peritoneo y el tórax, después los hombros, la espalda, las extremidades y la cabeza. A veces deja la cabeza intacta; en ocasiones la parte como una nuez. Le arranca al hombre la ropa con los dientes incisivos y lo desnuda por completo antes de devorarlo» (F. Mayer).

Me ha escrito Daniel Bodmer. Hoy iremos juntos al cementerio de Fluntern. Quiere que mire qué tumba entraría en consideración.

Es el único que se toma en serio mi deseo de permanecer en Zúrich, aunque ya no siga con vida. Su propio amor por la ciudad coincide con el mío.*

¿Por qué no da igual dónde se halla la tumba de uno?

Luego vendrá gente a ver dónde «yace».

Si algo significa lo que alguien ha hecho en su vida, su nombre se asociará con la ciudad en que se encontró más a gusto. No cabe la menor duda de que, en mi caso, esa ciudad es Zúrich. Son innumerables los que vivieron en Viena y no importa que haya uno más o uno menos. En Zúrich estuvo quien (después de Goethe) más me ha importado en la literatura alemana: Büchner. Sólo residió unos meses aquí, pero cuánto habría deseado quedarse. También por él quiero tener mi tumba en Zúrich.

Ayer, paseo por el maravilloso cementerio de Fluntern. Un día caluroso de verano, no podría

haber sido más bello y luminoso.

Me tranquilizó la idea de la tumba al borde del bosque, no lejos de Joyce. ¿Le molestará mi cercanía? ¿Me molestará a mí? No será un monumento, sino una lápida baja, sobre ella mi nombre y debajo los de Veza y Hera.

Me hace feliz; quien no quería morir se siente feliz ahora por la proximidad de los tres nombres en ese lugar.

Sé que así será; a lo mejor mi postura servirá a los hombres en el futuro. Es un milagro que yo viva tanto tiempo. Un milagro también haber podido vivir tanto tiempo en esta ciudad, a la que pertenece mi corazón. Se la mostré a Veza. En el verano de 1961, cuando regresamos de Grecia, pasé unos diez días en Zúrich con ella. Nos alojamos en el hotel Dolder Waldhaus, y le gustó. Le enseñé el casco antiguo, la vieja Petersplatz le encantó. Viajamos por el lago a Rapperswil. Grecia no le sentó bien, sufrió por las moscas y los mosquitos y sólo fue allí por mí. En Zúrich se sintió a gusto y se recuperó de la estancia en Grecia. Además, recibió aquí una visita, la de una nieta de su padrastro, Erna Alkalay, casada en Belgrado con un arquitecto; estuvo con nosotros en la travesía en barco. Por otra parte, vino de América Gerti Spitz, su amiga de juventud. Fui a ver a Hera, cuyo nombre ni siquiera conocía aún, en el Kunsthaus y se lo conté a Veza. En esos días uní la vida de antes con la de después, y nadie se mostró hostil con nadie.

Por tanto, es lícito que los nombres de ambas se unan al mío sobre la lápida.

Menos legítima es la proximidad a Joyce. Le tengo respeto, sin duda, pero en realidad no me gusta. La única vez que nos encontramos, en enero de 1935, durante la lectura de la *Comedia* en Zúrich, yo tampoco le caí bien. Difícilmente se encontrará algo en común entre él y yo. A lo sumo quizá el amor de ambos por Svevo, que en el caso de Joyce, sin embargo, resultó sumamente eficaz (lo animó a escribir *Zeno*) y decisivo (invitó a Svevo a París: su fama tardía).

Mucha gente vendrá a vernos a él y a mí, y todavía no se sabe quién recibirá mayor gratitud. Ambos éramos apátridas, mas yo tuve la suerte de encontrar una ciudad que percibo como *superpatria*; él murió como exiliado en la misma ciudad.*

Los habitantes de países *muy pequeños* tienen algo desgarrador para mí. La muerte de cada uno de ellos posee mayor peso para los demás.

Titanic de la tierra. El último músico.

Aquella vez en casa de Selimović en Sarajevo pensé: ¡este hombre alto y orgulloso! Como un escocés de las *highlands*. Por supuesto, había sido partisano. Le gustó luchar. Y yo le tenía respeto porque luchó contra lo peor.

¿Y ahora? ¿Son ahora todos así? ¿Serbios, musulmanes y croatas? ¿Son todos igualmente asesinos? ¿Les gusta?

Con botas se aplastan las cabezas los unos a los otros. El líder de los serbios en el bombardeo de Sarajevo: un *médico* que trabajó allí en un hospital. Un médico.

Un médico. La palabra *gime* y a partir de ahora no dejará de gemir.*

«Las arañas son animales muy valorados en Etiopía. A los niños se les prohíbe matarlas. Se les dice: “Ésta es mi tía”.

»En Tigre no se mata a las arañas porque sus barrigas recuerdan supuestamente a mujeres embarazadas.»

En el libro que me acaban de traer de París encuentro esta frase que podría ser mía: «El miedo a la muerte del otro es sin duda la base de la responsabilidad por él».

No sé nada de Lévinas, no conozco más que su aspecto. Hasta el día de hoy, su procedencia de Heidegger me ha atormentado. Luego, en el último diálogo del libro encuentro la frase que acabo de citar.

¿A quién no he enseñado Zúrich visto desde lo alto del Sonnenberg? Todos se muestran fascinados, como yo hace ocho años.

Nadie, y yo tampoco, sabía que allá arriba, muy cerca, tendría mi tumba.

Morir ayer, su último truco.

Soledad absoluta: la presencia de quienes ya no están.

La fantasmagórica celebración de los sefardíes en Sarajevo: desde su propio cementerio, el más antiguo de la ciudad, reciben disparos de francotiradores apostados tras las lápidas arrancadas del suelo.

Todos los invitados llegan con chalecos antibalas, que se quitan para la fiesta, y son cacheados para ver si llevan armas.

Miles de ellos siguen en Sarajevo.

Antes de la guerra mundial eran doce mil quinientos. Ocho mil murieron entonces.

En ese cementerio estuve yo cuando visité Sarajevo hace más de veinte años. Lo tenía olvidado. Ayer leí la crónica sobre los francotiradores que se parapetan tras las grandes lápidas. Hoy se me apareció la imagen de ese cementerio que me mostró con orgullo una joven pareja de germanistas, dos serbios de Bosnia. Eran partidarios entusiastas de Tito, comunistas, el joven intentó ponerme la insignia del partido, en un gesto de hospitalidad que me costó bastante rechazar.

Dejó de respirar y continuó leyendo.

Una alondra entró volando por la ventana y ascendió al cielo.

Este mes de noviembre acabará, igual que este año. Algo sigue tirando de nosotros. Nadie sabe cuánto durará todavía este maldito mundo. Utilizando a tres cerdos, les demostraron cómo se degüella a los hombres. Todo estaba previsto. Y ellos obedecían gustosos. Violaban a las mujeres, se las llevaban y las mataban. Una niñita vestida de rojo, de diez años de edad, intentó ocultarse

detrás de su abuela. A todos los mataron a tiros. «Limpiaron» las localidades. No queda más que sangre.

Y cuando los limpien a ellos... Porque el mundo los castigará, todo aquel que lo haya ordenado y todo aquel que lo haya hecho tendrá que morir... Y cuando todos ellos, hasta el último, hayan desaparecido de la faz de la Tierra, quedaremos nosotros, y nosotros lo llevamos todos dentro, cogemos al cerdo por las orejas y tiramos su cabeza hacia atrás.

Tenemos esas orejas y tenemos el cuchillo en las manos y nos degollamos a nosotros, a los otros, a nosotros.*

Los dinosaurios extintos: ¿expondrán algún día las hormigas los restos de los extintos seres humanos?

1993

¡Ojalá supiera si hay una palabra que cuenta, una sola! ¡Cómo la mantendría, acariciaría y mimaría: una sola palabra!

No puedo despojarme de las palabras. Podría, si fuera necesario, tumbarme desnudo para morir. Sin las palabras no puedo hacerlo. APS2

Comparar el asesinato de animales con el de incapacitados. ¿Es lo mismo? APS2

La pasión de los románticos por la muerte me produce repugnancia. Se comportan como si *su* muerte fuera algo particular. APS2

Busca el lugar donde todos sigan vivos para él. APS2

¿A quién matar? ¿Por quién ser asesinado? Bosnia. APS2

Existe una limitación a los muertos. Existe una apertura a través de los muertos.

Lo primero es terrible, ha dado origen a toda suerte de desgracias.

Lo segundo salvará al mundo mediante la compasión. APS2

¿Qué es más punzante: la muerte o el tiempo sin dolores que vendrá luego? ¿Y por qué los dogmas de fe aseguran con tanto empeño dolores más intensos para después?

No veo nada. Aquí estoy. ¿Quién ve más? ¿Quién es capaz de tranquilizarme con lo que ve?
APS2

Mientras ellos son más y más numerosos, desesperadamente más, él predica: ni uno, ni uno solo debe perecer, todos deben vivir para siempre.

Pero ¿hay uno solo que merezca vivir para siempre?

Sobre eso no se pronuncia. Sobre eso no tiene opinión. APS2

Lo que más cuidan los *poderosos* es su inmortalidad. Y uno no tiene más remedio que avergonzarse de lo que haya deseado para sí. APS2

Siempre que acaba recalando en las proximidades de algún poderoso, se ve a sí mismo asesinado.
APS2

La tumba de Büchner, que él descubrió finalmente, es anticuada: remite a *La muerte de Danton*.

Ahora, después de *Woyzeck* y *Lenz*, el Zürichberg entero no bastaría para ser la tumba de Büchner.

No hay que admirarse del culto a los que murieron demasiado jóvenes. Les *debemos* sus años escamoteados. APS2

Hombre ridículo: la muerte se nos ha incrustado dentro, ¿y tú quieres liberar de ella a nuestro espíritu?

Pero lo importante es *no cejar*, aun cuando se llegue a los cien años. Lo importante es no *engañarse* ni *engañar* nunca a los demás sobre la muerte, no perder nunca los ánimos ante ella y execrarla *moralmente* incluso en medio del dolor. APS2

Allegados feos, que intentan hacerse con el prestigio de los muertos, su disfraz ávido pero ineficaz. APS2

Deja que M. se vaya. No más prédicas.

Empezaré por llamarla sólo M. Reducida ocupa menos espacio. Con las vocales pierde el sonido hueco de la infructuosidad. APS2

Muere para no quejarse ya más. APS2

Sentada en un banco, la anciana lee necrológicas. APS2

La reflexión sobre el hombre, ¿lo agotará algún día? ¿Desaparecerá él antes? ¿Tendrá que desaparecer para que la reflexión sobre él no lo agote? APS2

Hace ya un tiempo que se sorprende a sí mismo diciendo en sus conversaciones: «Cuando cumpla cien». Lo toma, pues, en consideración, lo considera plausible, menciona a conocidos suyos, gente *respectable*, que llegaron a los noventa y ocho, noventa y seis, noventa y cuatro, y él los conoció aún muy vivos y animados. ¿Serán los discursos contra la muerte los que lo mantienen a uno con vida? APS2

La Biblia, por su fuerza incomparable, ha contribuido a la desgracia de los judíos.

¿Quién perdona al otro el ser el elegido?

Es como hace casi ochenta años en Viena. Instintos sanguinarios por doquier. ¿A qué Suiza ha de ir el hombre para entrar en razón? ¿Habría imaginado que mi vida acabaría así, en el estado de aquella Primera Guerra Mundial, otra vez en Sarajevo, otra vez con los serbios? En general, ¿debería haber deseado seguir existiendo?

Goldoni murió pobre y ciego en París el 6 de febrero de 1793, a los ochenta y seis años.

Ese mismo día, Chénier pronunció en la Convención un ardiente discurso a su favor. Se le debería, dijo, volver a otorgar a él, al que Voltaire había llamado «el Molière de Italia», la

(pequeña) pensión real que había perdido el año anterior igual que todos los demás pensionistas reales. La Convención aceptó la propuesta de Chénier y tomó la buena decisión. Goldoni murió ese mismo día, sin enterarse.

¿Existe un final más triste?

Pieles andantes, vacías. Sin rellenar. Se ha acabado la paja.

Tampoco a tu abuelo, ese hombre de suprema, de incluso diabólica vitalidad, le habría servido de nada.

Lo habrían embutido en el vagón, lo habrían seleccionado en la rampa, se habría asfixiado gritando en el gas.

Si te hubieras enterado, te habrías convertido en un hombre distinto.

Si te hubieras enterado de esto mismo, pero referido a tu madre o a Veza, te habrías suicidado. No es posible saber algo así y no hacer nada.

Tus manifestaciones templadas del último año de guerra (en los apuntes) no sólo tienen que ver con el hecho de que todavía apenas conocías lo mínimo. Proviene del saber en torno a las ciudades alemanas destruidas, a la derrota y a la terrible venganza que amenazaba a los alemanes. Entonces se pensaba realmente que Alemania podría acabar arrasada. El destino de esos «cobayas de la fe», como los llamé en su momento, me ocupaba con creciente intensidad a medida que más se acercaba la guerra a la catástrofe definitiva de los alemanes.

Era peor que si Roma, a la que siempre odié, hubiera sido destruida físicamente en la época de César, junto con él. Normalmente, nunca ha pensado en paralelismos históricos, que jamás pueden ser ciertos, pero entonces sí veía Alemania ante mí como Cartago, como un país completamente desolado.

El nonagenario desarrolla su proyecto de un nuevo Proust. Tiene previsto empezar mañana mismo.

Éste es el borrador de la carta que mañana dictaré a Johanna, respuesta al señor Rainer Böhlke de Neustadt, que hace tres semanas me escribió la siguiente misiva:

*Gartenstrasse 35
3057 Neustadt
24 de marzo de 1993*

Muy distinguido señor Canetti,

como soltero que soy, no sólo pienso en el pasado, no, los pensamientos giran también en torno a cuanto está más allá de la propia existencia.

Para ser breve, poseo una fortuna no poco considerable y me gustaría incluirlo a usted como heredero en mi testamento.

Me supondría un gran honor, ya que querría expresar de este modo mi aprecio por su trabajo.

Sería una gran alegría para mí que aceptara usted esta herencia después de mi deceso. Confío mucho en que esta ayuda le permita proseguir de forma aún más intensa su significativa obra literaria.

Su atento y seguro servidor

Mi respuesta es la siguiente:

*Elias Canetti, c/o Carl Hanser Verlag
15 de abril de 1993*

Estimado señor Böhlke,
su carta sólo me llegó después de Semana Santa. Siento mucho no haber podido responderle antes.
Su propuesta me extraña. Le ruego no me tome a mal que no pueda aceptarla.
Pronto cumpliré ochenta y ocho años. Ya no se puede esperar mucho de mí. Gracias a mis libros tengo lo suficiente para vivir.
Así y todo, no quiero ocultarle que incluso en épocas anteriores y más penosas difícilmente habría conseguido vivir con la idea de una herencia que no me corresponde.
Le agradezco su intención y le deseo que tenga usted mucho más tiempo ante sí que aquel al que ha deseado el bien.
Con cordiales saludos

Elias Canetti

Ya no hay ninguna condescendencia en decir que respeto y admiro y casi diría que venero al presidente federal alemán Weizsäcker.

Ni un Kohl lo disuade de manifestar lo que considera imprescindible. Tiene valor. Pronto *lloverán* las amenazas de muerte sobre él.

Alemania se *balcaniza* con el odio a los turcos y a los gitanos. Los ríos de sangre que previó el inglés Enoch Powell podrían hacerse realidad en Alemania. La hostilidad de los alemanes a los turcos, sus admiradores más fieles, es absurda. Es terrible decirse que los descendientes de los asesinos de armenios han ido a parar entre los asesinos de judíos. Eso de poner la otra mejilla no es cosa de los turcos. Desde que se atacó a niños muy pequeños, ellos *nunca* perdonarán.*

Vive con la idea de que no existe, pero no puede decírselo a nadie. Si los otros se enteraran, desaparecería del todo. No obstante, si consigue guardar el secreto, podrá alcanzar la vejez sin que nadie se dé cuenta de nada.

El darwinismo, que convierte la muerte en algo *progresista*.

Uno no deja nada. Sólo frases mal escritas y peor comprendidas.

Pero si todo es en vano, si los ochenta y ocho años realmente no han servido para nada, si cada hora de cada día, de cada mes, de cada año se disuelven en la nada, ¿para qué sigues apuntando sin cesar aquello que te oprime? ¿No están tus frases para ser leídas por alguien que cobra conciencia a través de ellas, que las toma, las pondera, las considera, que se contiene a sí mismo gracias a ellas?

Dios: la simple palabra nunca ha muerto del todo para mí. La sigo usando en los momentos más inesperados, jamás con resignación, jamás con fe, siempre alejado de cualquier gratitud, con rabia, existiendo por mor de esa rabia. Así debe de sentirse la avispa que choca setecientas veces contra el cristal de la ventana y luego acaba liberada por mí –¿quién es éste?– rumbo a la libertad.

1994

Huida a Dante, al italiano. Una doctrina diferente de la propia.

Muy temprano, sin embargo –tenías siete años–, tu padre te dio a leer Dante en inglés, para niños.

Ahora, a los noventa, te resulta vital.

Allí arden en llamas y no se apagan demasiado temprano.

Allí hay escuelas para personas centenarias; no ha lugar para los jóvenes.

Allí les crecen dientes hasta que se asfixian.

Es hora de volver a comunicarme cosas a mí mismo. Sin tal escribir yo me disuelvo. Noto que mi vida se disuelve en una reflexión obtusa y opaca porque ya no apunto cosas sobre mí. Intentaré remediarlo.



Postfacio

No hay que alejar de nuestros pensamientos el muro hacia el cual corremos.

Canetti nunca escribió la primera frase de su libro. Este mero hecho ya plantea un enigma. Durante décadas tuvo la mirada puesta en esa obra, escribió estenográficamente apunte tras apunte al respecto en sus pequeños blocs, utilizó cientos de lápices, pero nunca redactó la primera frase. Da la impresión de que estaba sometida a un terrible tabú. De manera similar, la última frase de *El hombre sin atributos* debe de haberle supuesto a Musil una visión del horror. La evitó con la misma insistencia con que Canetti la suya primera. Tal vez fuera ésa la razón por la que Canetti veneró tanto a Musil: dos obsesos que anhelaban tanto como temían el final de su obsesión.

Más curioso aún es el hecho de que no exista ningún esbozo del conjunto, en el que, no obstante, pensaba a diario. Uno esperaría esquemas, bosquejos de la estructura del libro, de forma análoga quizás a la disposición de *Masa y poder* o en claro contraste con ella. No se encuentra nada parecido. Sólo aparece una idea estructural, tardíamente, hacia 1970. El autor admite que debería crear primero un personaje contrario a su propio papel si desea llevar adelante su campaña demoleadora contra la muerte y contra su reconocimiento por parte de la humanidad:

El único personaje que podría inspirarme sería el defensor de la muerte. Para despertar de la parálisis de mi hostilidad a la muerte debo inventar al *amigo de la muerte* (‡).

Se trata de un punto de partida fascinante. Ya ha pedido cuentas a numerosos simpatizantes de la muerte, los ha acusado, insultado, se ha burlado de ellos, les ha retirado la amistad si estaban vivos, pero nunca había pensado en este modelo escénico, en crear plásticamente una figura, un adversario vivo que apareciera como lo haría sobre un escenario, un personaje cuyas palabras sobre la muerte escuchara con atención para luego refutarlas. Siguió interesándose por esta idea durante un tiempo, a la vez que hacía autocrítica y condenaba su tendencia al monólogo:

Lo primero que me he propuesto es hacer justicia también a la muerte. Quiero tratar de sentir todo lo que se dice en favor de ella. También quiero decirlo ya mismo, para que me sea lícito replicar. Quiero ocuparme de ella *por completo* y no quedarme en mis ladridos parciales de antes (‡).

Sin embargo, todo queda en este propósito. La visión de un grandioso diálogo filosófico, para el que habría varios ejemplos ilustres en la historia del pensamiento, se esfuma. La obsesión nunca puede transformarse en la objetividad fría de un observador que concede a cada cual su opinión. Ésa sería la postura de un dramaturgo. No le era ajena a Canetti, pero habría exigido distanciarse también de su propia persona. Y precisamente eso es lo que no puede hacer un poseído. Es capaz de insultarse a sí mismo en un ataque de desprecio, como hace al referirse con malicia a los

«ladridos» llenos de parcialidad, pero no es más que otra variante de la pasión que continúa embravecida.

A veces, las comparaciones con grandes modelos lo aproximan a ciertos esbozos conceptuales. Por ejemplo, tiene muy presente a su querido Stendhal. Considera la posibilidad de que su libro, *De la mort*, haga de pareja oscura a la luminosa obra *De l'amour*. No obstante, no detalla las analogías, como tampoco los impulsos que de un análisis estructural de la obra de Stendhal podrían transmitirse a su propio proyecto. De ser así, debería pensar sobre construcciones, y las construcciones lo espantan. Intuye en ellas la muerte de toda experiencia genuina. Algunos detalles sugieren que secretamente esperaba una erupción inmensa, en la cual la obra de pronto se hiciera realidad. Por eso escribe en una ocasión: «*El libro sobre la muerte*. Continúa siendo mi verdadero libro. ¿Lo escribiré por fin *de un tirón?*» (‡). E incluso le viene la idea de que el diagnóstico de una enfermedad mortal pueda desencadenar este proceso.

Al mismo tiempo, le gusta la comparación con Cézanne: así como éste pintó la montaña Sainte-Victoire sin cesar, incansablemente, sin perder nunca el entusiasmo por la tarea, pero también sin esperar nunca la obra definitiva y concluyente, Canetti escribe año tras año contra la muerte, lleno de rabia y de placer renovados todas las mañanas. Sin embargo, para ello necesita, todo lo contrario que Cézanne, la visión final de un *opus magnum* realmente factible. Y la no menor tarea consiste en obligarse a sí mismo a creer en ello, contra su propia convicción.

Sabido esto, la pregunta por la intención de todo este proyecto pasa a un segundo plano. El juicio sobre si un individuo puede cambiar fundamentalmente la conciencia de la humanidad en lo que atañe a la muerte, como hiciera, por ejemplo, el monoteísmo respecto a la conciencia de Dios o el giro copernicano respecto a la conciencia que se tiene del universo, deja de ser lo esencial. En cambio, sale a la luz la realidad multiforme de esta escritura ciclópea. Una vez superada la primera e inevitable reacción: «¿Para qué?», la alternativa entre sentido y absurdo puede quedar en el aire. En cambio, se despliega ante nuestros ojos un paisaje inabarcable de saber, ingenio y sabiduría, de amor y odio, de rabia y melancolía, un espectáculo del pensamiento y de la poesía que difícilmente encontrará parangón.

Porque he aquí la paradoja más profunda del conjunto: todas las partes están acabadas. Lo que parece el terreno para construir la torre de Babel –con los montones de piedras, los depósitos de ladrillos, los hoyos para la cal– consiste en realidad en una serie de textos trabajados con una rigurosa voluntad formal. Están contruidos apuntando a la perfección en cada una de sus frases y es por eso que muchas veces sólo son, en efecto, una sola. Incluso las citas de obras de antropología de la religión, de filósofos e historiadores se rigen por los conceptos de condensación y énfasis, por un filo intelectual y formal que, según el caso, las convierte en objetos de la polémica o de la veneración emocionada. En el arte de convertir una simple cita en un arma se manifiesta el Canetti discípulo de Karl Kraus, por mucho que se desvinculara de su antiguo ídolo. Adoptó sin fisuras su cultura de la agresión.

Lo que tenemos aquí no son los trabajos previos y apuntes para una obra futura, sino textos cerrados de los que no sabemos cómo se habrían integrado en esa obra. El propio autor tampoco

lo sabía, de manera que es lícito pensar que la razón de ser del proyecto y de la voluntad decidida de llevarlo a cabo sólo era, precisamente, escribir estos apuntes. Porque de algo no cabía la menor duda: debía sentarse todas las mañanas a la mesa sobre la que se hallaban el bloc de notas y la hilera de lápices con la punta bien afilada y escribir, escribir durante horas. Vivía en este acto de escribir, por eso no podía tratarse de meras compilaciones y preparativos. Era el cumplimiento de su existencia como escritor.

En una ocasión imaginó cómo sería si existiera un automóvil en el que se sintiera totalmente a salvo, protegido contra todo mientras permaneciera dentro, incluso contra la muerte. La gente se subiría «para sentirse inmortal durante un rato». Esta es una de las numerosas traslaciones de su pensamiento sobre la muerte a un escenario surrealista. Pero luego se produce un giro inesperado. Declara que él ya posee ese auto: «Mi auto seguro son mis lápices. Mientras escribo, me siento (absolutamente) seguro. A lo mejor sólo escribo por eso» (‡). Aquí, el acto de escribir por sí solo se convierte en un triunfo sobre la muerte. Aunque esta idea parezca absurda –Canetti bien podría haber muerto escribiendo; de hecho, falleció mientras dormía, poco después de estenografiar su última frase–, es importante para su experiencia de lo que es el estado de escribir. No es el único autor que lo vive como el paso por una frontera. «Siento los aires de otro planeta», así lo definió George. Y Kafka explicó a Rudolf Steiner que al escribir no sólo se sentía en sus propios límites, sino «en los límites de lo humano en general». En un apunte fascinante, Canetti condensa lo que ocurre durante la escritura en un período absolutamente rítmico. En cuatro ocasiones pone «yo» hasta llegar finalmente a la disolución de ese «yo» consciente. El yo se convierte en un fenómeno concomitante y fútil del acto creativo literario. Sin embargo, lo verdaderamente grandioso de esa prosa es que la experiencia mística no es provocada por las herramientas, sino que éstas, los lápices, se implican en el proceso. Aparecen como instrumentos culturales que poseen poder propio y dominan a quien escribe con más fuerza que éste a ellos:

Yo ya no existo, yo soy miles de lápices, yo no quiero saber lo que escriben, yo quiero disolverme en sus movimientos que ya no entiendo (‡).

Esto, sin embargo, no explica por qué esta forma de escribir se centra de manera tan consecuente en los textos breves. También durante el trabajo en una obra extensa que avanza de capítulo en capítulo, todas las formas de éxtasis creativo resultan posibles, como demuestra, por ejemplo, Flaubert. De Canetti existen pocas manifestaciones acerca de su más importante modalidad de escritura. El texto quizá más significativo progresa tras un comienzo tranquilo hacia un movimiento cada vez más parecido al de una danza. Los impulsos de pensamiento cada vez más concisos se vuelven más paradójicos, intelectualmente más exigentes, el ritmo los lleva más allá de cualquier objeción, y acaban en una deliciosa coda poética. Nos hallamos aquí ante la poetología preceptiva de Canetti, la del «apunte», la de su forma específica de la escritura aforística. Lo que no menciona, pero sí muestra, son las posibilidades estético-musicales que implica. Como formas de un texto poetológico también van incluidas en el enunciado. El carácter poético supone un mensaje a lectoras y lectores: ¡Ojo, estamos hablando de arte!

Sólo en sus frases dispersas y contradictorias consigue el hombre recogerse, ser un todo sin perder lo más importante, repetirse,

respirarse, enterarse de sus gestos, fundamentar su acento, ensayar sus máscaras, temer sus verdades, convertir sus mentiras en vapor de verdades, encolerizarse para la muerte y desaparecer rejuvenecido (‡).

Habla, pues, de «frases», no de «apuntes» ni de «textos breves». Esto refuerza la suposición de que la forma particular de Canetti, la de la aseveración concisa, tiende a la frase aislada. Por supuesto, a la larga no se puede sostener; sería algo preciosista y contraproducente para el trabajo. El texto citado no sólo expone esta pendiente secreta, sino que, además, lo explica: las frases han de ser «dispersas» y «contradictorias» para que el autor pueda vivirse en cada una de ellas como un todo y su discurso pueda ser veraz y verdadero al menos mientras dure la frase. La afirmación se dirige contra el pensamiento que se plasma en sistemas, incapaz de admitir el conocimiento singular que se produce en un segundo de agitación. Los sistemáticos quieren reconstruir la totalidad en grandes edificios teóricos, y para ello han de destruir lo individual con su vida propia. Así, la esencia de lo individual ya sólo es su sitio en el sistema. Canetti se opone a ello con todas sus fuerzas, no por tener razón frente a los sistemas, sino porque simplemente no puede pensar como éstos hacen. No está diseñado para ello, como el pez no está diseñado para trepar ni el ciervo para mantenerse bajo agua. Otra cosa es si esto le confiere el derecho para despotricar contra los sistemas. Desde luego, él estaba diseñado para despotricar.

En medio de un escrito sobre su pasión por los libros aparece de pronto una frase que resulta reveladora en este contexto: «Nunca he aprendido nada sistemáticamente, como otra gente, sino por excitaciones súbitas» (‡). El conocimiento es para él brusca inflamación, no paulatina acumulación. Cuando coge un libro, espera el momento en que un mensaje lo alcance de golpe y lo conmocione. No tiene que grabarse nada en la memoria, lo que lee lo determina por completo. Esta estructura temporal de su lectura se refleja en la forma de su escritura. La brevedad de los textos quiere despertar en los lectores ese «súbito momento de excitación» sin el cual, según Canetti, no existe una ampliación del saber. El conocimiento ha de recorrer el cerebro y el cuerpo como una onda expansiva. Por eso Canetti no necesita pruebas, ni para llegar a su convencimiento ni para convencer a los demás. Con los procedimientos de la argumentación empiezan los sistemas. Ejecuta su *vendetta* contra la muerte sin las construcciones de la lógica deductiva, únicamente sobre la base de experiencias intensas, sean propias, sean de pueblos y tribus más remotos.

Este remontarse al momento vivido en el que el conocimiento se produce de forma eruptiva acerca a Canetti a los pensadores existencialistas de su época. En 1942, cuando comienza los apuntes, Albert Camus escribe *El mito de Sísifo* y la novela *El extranjero*. En ambas obras, el sujeto se desvincula de todas las seguridades. No cuenta con el apoyo de una fe religiosa o filosófica, no puede confiar en la naturaleza ni en la esencia del ser humano como normas conductoras. No existe nada que pueda dar un sentido irrefutable a su existencia, nada que pueda tener valor y duración más allá del instante vivido. En el instante efímero y convulso residen todas las oportunidades y todas las catástrofes de la existencia. Quien lo niega, busca refugio en los sistemas, aparatos creados para tranquilizar que funcionan mientras no nos demos cuenta de que cuelgan en el vacío. Aunque Canetti jamás habría podido asumir el concepto del absurdo de Camus, por el mero hecho de que este concepto poco a poco se fue presentando como algo que

otorgaba sentido, y aunque Canetti veía en todo ser vivo, fuese hombre u animal, una realidad sobre la que no debía ejercerse violencia alguna y que encarnaba por tanto un valor incontestable, sigue estando emparentado con Camus y su entorno contemporáneo por su adhesión al instante explosivo como base de toda comprensión. Cuanto ocurre en esos momentos llega de golpe, sin derivarse de nada, fundamentándose a sí mismo y posibilitando tanto el seguir escribiendo como el seguir pensando. En los apuntes de Canetti siempre se percibe algo del carácter repentino del conocimiento. Como si ese segundo siguiera vibrando en ellos.

Una cosa es la forma, otra son los temas. La condena de la muerte que recorre de modo obsesivo la escritura de Canetti desconcierta a muchas personas, que se creen obligadas a posicionarse a favor o en contra de esta irritante campaña; en algún momento, todos los lectores acaban desentendiéndose de esa impertérrita condena de la muerte, de manera respetuosa los unos, burlona los otros. No obstante, no podrán apartar sin más la paleta de los diversos temas asociados a la campaña. Son campos de reflexión autónomos que recogen una pléthora extraordinaria de explicaciones antropológicas, sociales y políticas.

Incluso los más importantes de estos temas sólo presentan al lector poco a poco todo su espesor constituyente. Porque no aparecen agrupados, no se reúnen nunca en capítulos, como tampoco existen los resúmenes retrospectivos. Siguiendo el ya citado texto poetológico, todos los apuntes han de quedar en «frases dispersas», cada uno por sí solo, sin referencia a la palabra emparentada de hace dos meses o tres años. Como si no existiera la multitud de manifestaciones similares, cada texto afirma su singularidad. En una lectura más reflexiva, sin embargo, se perfilan con mayor claridad los grupos de temas. Y cobran peso al margen del proyecto de lucha contra la muerte. Estos temas son los siguientes:

- el hombre que mata;
- la supervivencia del difunto en la memoria del superviviente;
- la muerte en los mitos y en las crónicas de la antropología cultural;
- la muerte en los momentos ejemplares de la Historia universal;
- bosquejos de una antiteología;
- la muerte y los animales;
- la muerte en el discurso de escritores y filósofos;
- muerte y lenguaje;
- la reflexión de experiencias privadas y personales.

A ello se suman tipos recurrentes de apuntes, que se han de agrupar menos por su contenido que por su estructura formal, retórica o genérica. Forman parte de ellos:

- las caricaturas grotescas;
- la muerte en el aforismo fantástico;
- frases y paradojas axiomáticas y conceptuosas.

Y por último se puede considerar un tema por sí solo la suma de apuntes sobre el propio proyecto:

- el proyecto de un libro contra la muerte.

Puede que este resumen peque de cierta arbitrariedad, pero ello se debe a la naturaleza de

todo orden tipológico. Y de ninguna manera se debe minar el imperativo de las «frases dispersas y contradictorias». No obstante, todo lector de este libro reconocerá con el tiempo que la empresa aparentemente monotemática posee un amplio abanico de contenidos. La lista sólo pretende que se tome conciencia de esta estructura profunda.

Un ejemplo: el hombre que mata. Parece evidente que un libro que trate de la muerte se refiera también al acto de matar. Sin embargo, no es así. La mayoría de las filosofías de la muerte parten del individuo que se enfrenta a su inevitable final y procuran enseñarle cómo conformarse con ello de una manera razonable. La negativa rotunda de Canetti a aceptar cualquier resignación ante la muerte lo obliga a pensar sobre los hombres que matan a otros hombres. Porque quien quiere proscribir la muerte debe, necesariamente, negar todo honor y prestigio a quien mata. Si la muerte ha de dejar de existir, primero habrá que impedir que actúen quienes la practican, la organizan y hasta llegan a ser alabados por ello. De ahí que el presente libro, que contiene cuanto Canetti pensó sobre la muerte, se convierta también en compendio de una antropología del acto de matar.

El primer apunte ya comienza con una frase explosiva en lo psicológico y social: «Se empieza contando a los muertos». Un procedimiento que nos resulta natural, y en el que espontáneamente reconocemos un argumento contra los asesinatos y contra la guerra, se revela aquí como un estímulo oculto para matar. El número de muertos, en general muchos miles, forma parte de las descripciones de batallas ya en el Antiguo Testamento. El número de los enemigos de Israel muertos demuestra la fortaleza de Dios. Y hasta el día de hoy la notoriedad histórica de cada batalla se basa no sólo en el lugar, la fecha y los generales, sino en el número de cadáveres. Cuanto mayor el número, mayor la gloria del vencedor. Canetti es quizá el primero en reconocer la inhumanidad inherente al acto mismo de contabilizar. Ese acto destruye la dignidad de la muerte individual, mata por segunda vez a cada caído en combate. El soldado muerto se convierte en simple elemento de una estadística. Deja de existir como individuo con nombre y destino. «Un muerto y uno más no son dos muertos», dice Canetti después de la citada frase en una provocadora paradoja. Y sabe que cuando la persona a la que han matado se convierte en número, éste quiere aumentar: «Ciudades enteras y paisajes pueden hacer duelo como si todos sus hombres hubieran caído, padres e hijos, todos. Pero cuando han caído 11.370 intentarán eternamente redondear el millón» (‡).

De esta manera se expone el acto de matar como problema antropológico. No obstante, a diferencia del célebre libro *Homo necans* (1972) de Walter Burkert, que realiza una descripción histórica y científicamente fundada del hombre que mata, explicando paso a paso una tesis central, Canetti se aferra a su método de las «frases dispersas y contradictorias». Así, encuentra perspectivas nuevas y sorprendentes para iluminar el problema antropológico básico, pero puede volver a posiciones ya tratadas. «Los números son capaces de todo», señala en un apunte sobre la primera guerra de Irak. Se refiere de este modo a dos cosas: a que el recuento de los muertos es tarea capaz de aumentar la matanza hasta lo inconmensurable, pero que a su vez puede actuar como una fuerza contraria, como cuando en una democracia como la estadounidense, por ejemplo, el número de hombres enviados contra su voluntad a la guerra y muertos allí provoca un movimiento de oposición y de crítica al gobierno:

Los cálculos de la cantidad de muertos que costaría la guerra del Golfo, cálculos que se están haciendo en Estados Unidos actualmente, tienen algo repelente e indignante.

Aun así, detrás hay algo mejor de lo habitual en las guerras anteriores: el sentimiento del valor de cada vida individual. No debe perderse ninguna, ni una sola. La suma de los individuos se presenta como forma de intimidación.

Los números son capaces de todo.

El gran número de caídos suponía antaño un elemento de dicha y gloria para los supervivientes. Hoy se ha convertido en la cantidad aterradora de los muertos a los que no se les dio la libertad de decidirse a favor o en contra de la guerra (‡).

Cuando Canetti comenzó sus apuntes, la Segunda Guerra Mundial se hallaba en su fase más terrible. Había empezado el bombardeo de las ciudades alemanas. Se trataba de matar la mayor cantidad posible de personas, sin importar si eran soldados, mujeres o niños. Era una cuestión de número. La dinámica propia del recuento de muertos se convertía en una realidad cotidiana. Y tras la guerra europea, en agosto de 1945, esto continuaría de una manera nueva con las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki. En 1941, el régimen de Hitler había emprendido el exterminio sistemático de los judíos. Se sabía de ello desde 1942. Junto con el recuerdo de la repentina muerte de su padre que el niño de siete años había presenciado, esos hechos, que ninguna imaginación realmente podía concebir, supusieron un impulso para el proyecto de Canetti contra la muerte. Fue como un mandato mítico. Así se movilizaba y se enviaba antaño a los profetas a difundir su mensaje, y ellos no podían evitarlo por mucho que se resistieran.

Canetti llegó a vivir la persecución de los judíos en Viena. Escapó por poco, junto con su esposa Veza, que fue la más fuerte en aquella situación. Ocurrió en 1938. Ya en Londres, Veza describió los hechos en su novela *Las tortugas*, un año después. El libro sólo se publicó en 1999, esto es, sesenta años después de haber sido escrito, treinta y seis después de su fallecimiento, cinco después de la muerte de su marido. En el relato, él parece atemorizado, desamparado, en absoluto como el profeta airado, sino más bien como el prototipo de tantas y tantas víctimas de los nazis que no sabían lo que les estaba ocurriendo y permanecían quietas, casi inmóviles, aguardando la detención. Por lo visto, el libro de Canetti contra la muerte, inacabado proyecto de toda una vida, por un lado, y por otro realidad bien tangible conformada por innumerables apuntes, surgió al mismo tiempo de una voluntad de cambiar el mundo y de un grave trauma. En toda la empresa late la pregunta de por qué los hombres se matan con tanta facilidad y con tanto entusiasmo los unos a los otros, por qué encuentran en todas partes un motivo para ello, por qué reciben para ello la bendición de sus dioses. Hasta el día de hoy, la humanidad no ha respondido a esta pregunta. Lo único que hace es cambiar de vez en cuando sus teorías sobre la agresión.

Para Canetti, no se trata tanto de encontrar la causa última de las ganas de matar como de eliminar las ideas falsas asociadas a esas ganas. La «falsa conciencia», que desempeñaba un papel importante en muchos de los filósofos contemporáneos que a él le desagradaban, también aparece implícitamente en su obra. No se puede describir la glorificación de la muerte sin una categoría de este tipo. A una falsa conciencia apunta, por ejemplo, la siguiente anotación sobre las justificaciones oficiales de la guerra y sus verdaderos fundamentos:

Las guerras se hacen por mor de sí mismas. Y mientras no admitamos esto, siempre será imposible combatirlas de verdad (‡).

En realidad, basta la primera frase. Posee ese chocante carácter lapidario con que Canetti a

menudo transgrede un tabú del pensamiento. Viene a decir que todo acto de matar, sea en el enfrentamiento entre dos individuos, sea en la multiplicación extrema de una guerra, se basta a sí mismo. El motivo y el objetivo son meros añadidos, decoraciones retóricas para ocultar que se trata de un fin en sí mismo. La idea resulta desagradable, pues confiamos fervorosamente en que un asesinato se produzca por un reloj de oro, y una guerra al menos por una pequeña isla. No obstante, si nos tomamos en serio la frase, toda la Historia universal empieza a cambiar ante nuestros ojos.

A partir de aquí se abren dos perspectivas: en primer lugar, la cuestión de las construcciones metafísicas de sentido, y, en segundo, la cuestión del poder o, para ser más precisos: la cuestión de quién da la orden de matar. El siguiente texto plantea el primer punto:

La promesa de la inmortalidad basta para poner en pie una religión. La pura y simple orden de matar basta para eliminar a tres cuartas partes de la humanidad. ¿Qué quieren los hombres? ¿Vivir o morir? Quieren vivir y matar, y mientras quieran esto tendrán que contentarse con las distintas promesas de inmortalidad (‡).

En un principio, el texto se entiende como crítica de la religión. Lo sugiere esta ligera expresión: «poner en pie una religión». Pero la verdadera fuerza explosiva está en la frase «Quieren vivir y matar». Se trata de una formulación antropológica que nadie acepta como palabras referidas a su propia naturaleza y, sin embargo, todos los Estados actúan con toda naturalidad conforme a ellas, en nombre de sus ciudadanos y con la aprobación de éstos. Hasta el Estado más pacífico es una máquina de matar; hasta en el Vaticano hay ametralladoras. Las fantasías de inmortalidad, no obstante, poseen, según el texto, la función de neutralizar las inhibiciones que pueda haber respecto al acto de matar.

Las frases siguientes relacionan la teoría del matar con la del poder. Fueron escritas poco después de publicarse *Masa y poder* (1960). Canetti comienza el pasaje de una manera muy característica de él, señalando el origen de su pensamiento en un instinto «profundo»:

... Mi instinto más profundo se opone al acto de matar, y de matar depende todo potentado.

La esencia del poderoso consiste en odiar su muerte, pero solamente la suya, y en que la muerte de otros no sólo le resulta indiferente, sino que la necesita. Esta tensión entre su muerte y la de los demás es lo que lo constituye (‡).

Se reconoce aquí una antropología del matar que haría de puente entre el libro sobre el poder y el libro contra la muerte. Para quien vivió como víctima las dictaduras de mediados del siglo XX, el poder está necesariamente ligado a un único conductor. La transformación del poder en un fluido inasible que lo impregna todo, tal como lo describió Foucault, no resulta posible para el pensamiento concreto de Canetti. Para él, el poder siempre tiene la cara de un hombre, y he ahí precisamente lo terrible. Se puede trabajar muy bien con el poder como idea; pero si el poderoso y asesino múltiple es un coetáneo, cabe preguntarse qué tiene uno en común con él, como ser humano. Hasta qué punto participa desde su constitución básica en aquello que aquél hace. Cuando Canetti examina al poderoso y su relación íntima con el acto de matar, siempre examina también al género humano. He ahí su humanismo.

De manera muy similar se podría describir cómo convierte Canetti en tema la supervivencia de

los muertos en la memoria de los vivos. Lo hace de manera «dispersa y contradictoria», sin duda, pero ese discurso es al mismo tiempo un *cantus firmus* de su escritura. Aquí no libra su lucha contra la muerte de manera retórica, tampoco de manera quijotesca, sino como un esfuerzo cotidiano por no dejar desaparecer del todo a los difuntos. En un pasaje maravilloso describe cómo los muertos pueden volver a estar presentes:

De pronto, sí, de un momento a otro vuelve uno a saber sobre ellos todo cuanto creía olvidado, oye lo que dicen, toca sus cabellos y florece en el brillo de sus ojos. Quizá por entonces no estaba uno muy seguro del color de aquellos ojos, y ahora lo reconoce sin hacerse la menor pregunta sobre él. Es posible que ahora todo sea en ellos más intenso de lo que fue, es posible que sólo en este brusco resurgir vuelvan a ser enteramente ellos mismos. Es posible que cada muerto aguarde su consumación en la resurrección que le ofrezca un superviviente (‡).

Sin embargo, Canetti tampoco oculta las ambivalencias inherentes a la reflexión sobre los muertos, todas las ambigüedades y disgustos y enfados del pasado que puedan despertarse. Incluso exige que no sólo se digan cosas buenas sobre los muertos; de lo contrario, no seguirían vivos según su verdadera esencia. Y la conciencia de esas ambigüedades engendra el siguiente apunte, que muestra por primera vez otra dimensión, la de la comedia:

Saca a las personas de las profundidades en las que siempre las lleva consigo. A cada instante lleva a todas esas personas dentro de sí. Podría poblar con ellas toda una ciudad. Prefiere dejarlas en los calabozos de la memoria. A veces le entran ganas de una, la saca de ahí y la cocina como un pescado.

¡Que aproveche! Un día se asfixiará por culpa de alguna espina (‡).

La confrontación de las dos citas refleja la amplitud del tema de la memoria en Canetti. Para vencer la muerte quiere cultivar la memoria incluso de aquellos que, dicho con cautela, no le caían nada bien. En la descripción de su relación con ellos se adentra en un extraño juego con metáforas del que sólo puede salir saltando hacia lo grotesco. El texto da una idea de la importancia que cobra lo grotesco en el libro contra la muerte, una idea también de la necesidad de la que surge esa forma estilística en la obra de Canetti. Que sea uno de los grandes maestros de lo grotesco en el siglo XX no es producto de la casualidad ni de un capricho personal.

Siempre lleva consigo a «las personas». El concepto es más bien neutro teniendo en cuenta con qué emoción suele hablar de los muertos, y luego, además, lo intensifica al mencionar a «todas esas personas». Así se habla de una ciudad congestionada, y efectivamente enseguida aparece la comparación: «Podría poblar con ellas toda una ciudad». A Canetti le gusta utilizar el pronombre «él» cuando se refiere aforísticamente a sí mismo. Eso confiere un rasgo ficcional al discurso y, por tanto, más libertad. Aprendió de Lichtenberg el truco. ¿Y dónde están esas personas? El espacio de la memoria se convierte sin más en unas «profundidades». En alemán, la palabra, *Versenkung*, hasta puede tener un significado solemne, pero aquí suena más que nada a almacén. Eso no le gusta tanto, de manera que desplaza la metáfora sin quitarle su ambigüedad. Los muertos se hallan entonces «en los calabozos de la memoria». Se trata de una cárcel, una prisión amplia. Y la gobierna sin limitaciones. De ese modo, sin embargo, se acerca peligrosamente a esos poderosos que tanto aborrece y que define por su voluntad de sobrevivir a todos los demás. No puede admitir tal asociación, aunque tampoco quiere cambiar lo dicho,

puesto que se corresponde con su experiencia. ¿Qué hacer entonces? Exagerar el enunciado hasta tal punto que acabe siendo cómico. Esto exactamente es lo que hace con la imagen del pescado que extrae del recipiente para cocinarlo. De este modo, sigue siendo un poderoso, pero no uno de los que entrañan peligro. Eso sí, la metáfora proyecta más sospecha sobre los muertos. ¿No se va todo respeto al garete? Canetti se salva con una jugada genial. Continúa con la metáfora del pescado y la amplía hasta convertirla en una escena alegórica: el señor de los muertos se asfixia por culpa de una espina del pescado. De este modo se castiga el orgullo desmesurado del superviviente. La variante más soberbia cuando se trata de recordar a los muertos se convierte en una trampa letal. Es así como llega este inquietante apunte, a pesar de todo, a un final éticamente soportable. No obstante, pensar en cómo, en sus libros de memorias, así como en algunos apuntes, Canetti agarraba y cocinaba sin piedad, delante de los lectores, a más de un pescado, invita a la reflexión.

El desplazamiento del pensamiento rigurosamente discursivo hacia lo grotesco y fantástico forma parte esencial de la imaginación de Canetti. Es allí donde su creatividad poética se realiza de una manera magnífica. Se suma así a una vieja tradición, particularmente arraigada en Austria, que va de Nestroy hasta Jelinek. Si bien conviene nombrar también a Dürrenmatt, a quien Canetti siempre menciona con respeto. El siguiente bosquejo podría ser el de una de sus obras de teatro:

Un traficante de armas que va y viene con un séquito de esclavos, con los cuales demuestra los efectos de sus armas. Su fortuna le permite reunir la colección de arte más grande del mundo, que regala a la humanidad. Muere como filántropo (‡).

Lo grotesco resulta angustiante también porque hoy en día se nos antoja cada vez menos improbable.

Canetti muestra una querencia particular por la paradoja en su concisión más extrema. De ahí que suene a observación ingeniosa, aunque, si se la quisiera interpretar, se necesitaría mucho espacio.

Lo tengo difícil, me gusta vivir (‡).

Su goma elástica, de la que se cuelga a diario (‡).

Dejó de respirar y continuó leyendo (‡).

Un asesino crítico: el hombre al que ha de asesinar no *encaja* con él (‡).

Morir ayer, su último truco (‡).

Está muerto. Pero no quiere a esa gente en torno a su cadáver (‡).

El feliz suicida que treinta años antes ya se alegra del suicidio que cometerá (‡).

El autor juega a menudo con expresiones convencionales que sitúa en un contraste inesperado. Y entonces la mirada se posa en la problemática de la muerte y el lenguaje:

Yacía cómodamente a las puertas de la muerte (‡).

Sea como fuere, ahora puede sentarse tranquilamente en cualquier sitio y morir (‡).

¡Pensar que precisamente yo me extinguiré! (‡).

Sobrevivió a su fama y siguió muriendo felizmente (‡).

Se escondió bajo la cama para no morir; tanto había oído hablar sobre el lecho de muerte (‡).

También se encuentran a veces textos largos. No obstante, siempre se componen de impulsos breves y grotescos. Todos exigen una reflexión propia al lector; es algo que se percibe de manera casi física, aunque se deje de reflexionar mientras se lee con rapidez. He aquí parte de un texto que es el doble de largo; uno cree estar leyendo a Elfriede Jelinek, con ciertos toques de Abraham a Sancta Clara:

Está de buen humor porque todos la temen, incluso los patriotas. Nada hay más divertido que dar miedo: se dice de ella que surgió del temor así como el amor surgió del mar. Está en contra del horror; cuando se presenta de manera horrorosa, sólo lo hace para atenuar el espanto y convertirlo en temor. Acostumbra a los hombres a la vida y les enseña a amar hasta el horror. Se alegra también porque es gratuita. Todo lo demás está tan lleno de sentido. Lleva pantalones chillones a cuadros para familiarizar con los frecuentes cambios. Toca la flauta nasal, porque es silenciosa y a veces ha de atraer con algún reclamo. Tiene muy largos los dedos de los pies, pero sin uñas, porque la gente se las ha arrancado en los estereos. Sus tacones son pezuñas; en los codos tiene dientes largos como dedos. Come por delante y por detrás y también por los lados, y cuando lo hace no está para bromas. No se deshace de nada, ¡oh muerte, dónde están tus intestinos! (‡).

Estilísticamente emparentados con estos textos, aunque constituyendo con claridad un género propio, están los aforismos fantásticos. Se trata de un tipo de texto que se puede encontrar ya en Lichtenberg, que aparece con cierta frecuencia en los diarios de Friedrich Hebbel, pero que en Canetti alcanza el carácter de una forma literaria propia. Proyecta *in nuce* una utopía, en el sentido estricto de *ou topos*, de lugar que no existe. Allí rigen otras reglas, surrealistas y grotescas. Además, los aforismos fantásticos se distinguen de los más corrientes por el hecho de ser textos narrativos, historias minúsculas, *fabulae minimae*. Introducen un rasgo colorido, poético y lúdico en el libro. Pueden ser conmovedores como el siguiente:

Se lo comieron los mosquitos: ahora, repartido por su enjambre, baila al sol (‡).

Las leyendas sobre muerte y resurrección son reflejadas aquí con delicadeza. El proceso se asocia a animales muy pequeños. Éstos siempre despiertan ternura en Canetti. Habla a menudo de las moscas y más aún de las hormigas, las cuales poseen un rasgo casi mítico en su obra. Ellas también pueden provocar minúsculas historias sobre la inmortalidad:

Él regresó como reina de las hormigas y fundó un Estado (‡).

Aquello que tanto repugna en los animales más diminutos, su pululante pluralidad, parece entusiasmarle particularmente. Como si percibiera en ellos una superioridad sobre la muerte. Más

de una vez aparece la idea de que las hormigas sobrevivirán a la humanidad. En una ocasión se asocia a otra: que en un futuro las hormigas expondrán los esqueletos de los extintos seres humanos, igual que éstos hacen ahora con los de los dinosaurios.

Los dinosaurios extintos: ¿expondrán algún día las hormigas los restos de los extintos seres humanos? (‡).

El creciente número de seres humanos en la Tierra, en cambio, no lo tranquiliza. Antes bien, teme que pueda acrecentar las ganas de matar. De ahí, la mínima historia sobre Noé en la era atómica:

4,7 mil millones de seres humanos. Justificación de la guerra nuclear. Reducción de la población mundial a una sola familia. La nueva arca (‡).

Los aforismos fantásticos demuestran con qué pasión busca Canetti el pensamiento concreto, con qué rabia desconfía de la reflexión abstracta. Eso sí, exige del lector que piense con él, que siga luego el hilo del pensamiento más allá de asentir o de rechazar con un gesto de la cabeza. ¿O será mejor decir que pide que el lector juegue con él? Ya que los aforismos fantásticos son pequeñas historias, *fabulae minimae*, estimulan la imaginación; cuanto más me figuro la escena, tanto mejor comprendo la intención del texto. ¿También en este caso?

Mi amigo me pidió la momia, y no se la di. No se la habría dado a ningún amigo. Me pidió un centímetro de su pelo, y tampoco se lo di. A nadie le habría dado ni un centímetro de pelo de ella. Dijo mi amigo que ella lo amaba, que le sonreía. Maté a mi amigo al que la momia le sonreía (‡).

Admitamos que no es esto algo sencillo. Se trata de unos celos asesinos. Por muy muerta que esté la difunta, sigue presente para el narrador. Éste posee su cuerpo embalsamado. Allí sigue viva para él, de manera real y verdadera, como si continuara siendo una mujer hermosa. Curiosamente, también para el amigo. El sentimiento del uno contagia al otro. El amigo pide la momia como un enamorado un rizo. Es más, la momia está para él más viva que para su propietario. Le sonrío. Por tanto, se produce la lucha de los hombres por la mujer, se produce el antiquísimo asesinato entre amigos. Tal es la fuerza y tal capacidad de resucitar que posee la supervivencia en la memoria. Y a todo esto, ocurre la terrible paradoja de que la lucha contra la muerte irrevocable engendra ella misma una muerte. El querer dejar vivir facilita el matar. ¿Quién lo piensa hasta sus últimas consecuencias?

También la antiteología de Canetti busca expresarse a través del aforismo fantástico. Se evoca, por ejemplo, el principio de los tiempos, la historia del Paraíso, la cual explica cómo por su culpa le llegó la muerte al ser humano. Canetti le da la vuelta, con siete palabras:

Adán estrangula a Dios; Eva lo mira (‡).

No sabemos si esto sucede después de morder la manzana, es decir, después de la aparición de la muerte, o antes, para evitarla. Sea como fuere, la muerte ha de ser el motivo para el asesinato de Dios. Porque Dios creó la muerte, y Canetti, a pesar de no creer en Dios, no se lo puede perdonar.

Se refiere una y otra vez a la historia del Paraíso, que trata precisamente de la posibilidad de una vida sin muerte, lo cual le resulta más importante que la manzana. En una ocasión constata sorprendido que no le resulta posible hablar de la muerte sin mencionar tarde o temprano a Dios; por tanto, ambos deberían ser idénticos. De ahí también el aforismo fantástico sobre el final de los tiempos:

Los resucitados acusan de pronto a Dios en todos los idiomas: el verdadero Juicio Final (‡).

Una inversión tan radical de los hechos más conocidos sólo es posible en esta forma del aforismo. En el ámbito de la antiteología afecta incluso, en una ocasión, al mandato supremo de Dios a los hombres, al comienzo del decálogo:

No morirás (el primer mandamiento) (‡).

Incluso esta brevísima sentencia guarda un reproche a Dios por haber creado la muerte y ser, en consecuencia, el primer y supremo asesino. Sin embargo, lo más notable de la frase no es que Dios se retracte de su acto, sino que declare la supresión de la muerte una tarea del hombre. Así, el propio proyecto de Canetti cobra por un instante la mayor justificación que pueda concebirse. Y un apunte de 1967 muestra que sólo en el contexto de una «nueva fe» considera él posible un cambio de mentalidad de la humanidad respecto a la muerte, una voluntad generalizada de nunca someterse a ella. Todo ello está pensado de manera consecuente. Hasta ahora los seres humanos se conformaban con la muerte, puesto que las religiones les prometían una vida en el más allá. Cuando esta fe se desvanece, un nuevo credo ha de ocupar su lugar. A eso apunta el trabajo de Sísifo de Canetti, quien, al igual que su mítico predecesor, sabe perfectamente que la piedra que empuja no llegará nunca a la meta. Sabe que no escribirá nunca la primera frase del libro que encarnaría ese credo y, no obstante, nunca deja de trabajar con ese objetivo en mente.

De ahí que la escritura cobre el carácter de un ritual. En ella se enfrenta Canetti a las matanzas que ha de vivir, a las matanzas en los bombardeos sin sentido de ciudades enteras, a la matanza de las personas de fe judía o de origen judío organizada en todo el continente. Ese hombre desamparado, profundamente atemorizado que Veza Canetti describe en *Las tortugas* y que él luego supo blindar con tanto éxito, lleva ya en 1938 la herida incurable que en los años siguientes se hará más y más profunda. No es tan sólo su herida particular, es la herida de todo su siglo. Lo obliga a escribir el libro salvador, sin parar, con el fin de poder vivir. Y tiene que creer en el libro, porque de lo contrario ya no podría escribir. La fe en ese libro es en sí una parte del ritual cotidiano. Lo sabe perfectamente. Nada de cuanto hace se escapa a su brillante inteligencia. A lo sumo lo reviste de una pregunta:

¿No soy yo como esos mendigos, no grito sin cesar «¡Muerte!» en vez de «¡Alá!», no soy también un santo ciego de la repetición? (‡).

Notas

Las remisiones a las obras de Elias Canetti se hacen conforme a la edición de sus *Obras completas*, publicadas por Galaxia Gutenberg y Círculo de Lectores bajo la dirección de Juan José del Solar.

Volumen I. *Masa y poder*, trad. de Juan José del Solar, Barcelona, 2002.

Volumen II. *Historia de una vida (La lengua salvada, La antorcha al oído, El juego de ojos)*, traducciones de Genoveva Dieterich, Juan José del Solar y Andrés Sánchez Pascual, Barcelona, 2003.

Volumen III. *La escuela del buen oír (Auto de fe, El Testigo Oidor, Las voces de Marrakesch)*, trad. de Juan José del Solar, Barcelona, 2003.

Volumen IV. *Apuntes. 1942-1993 (La provincia del hombre, El corazón secreto del reloj, El suplicio de las moscas, Hampstead, Apuntes 1973-1984, Apuntes 1992-1993)*, trad. de Juan José del Solar, 2006.

Volumen V. *La conciencia de las palabras (Teatro, La conciencia de las palabras, Miscelánea)*, trad. de Juan José del Solar, 2012.

Existe una edición en bolsillo de estas obras, publicada en diez volúmenes (Debolsillo).

Libro de los muertos (1942)

Hormigas y muerte. Todo el apunte parafrasea en buena medida un pasaje de *La vida de las hormigas* (1930), de Maurice Maeterlinck, tomado probablemente de la traducción inglesa de Bernard Miall, *The Life of the Ant* (Londres, Cassell & Co., 1930), pp. 168-169. Canetti alude a las investigaciones que Adele M. Fielde realizó sobre las hormigas alrededor de 1900. Canetti poseía varios libros sobre las hormigas; entre otros: Karl Escherich, *Die Termiten oder weisse Ameisen: eine biologische Studie*, Leipzig, 1909, y Otto Scheerpeltz, *Ameisen*, Berlín, 1931.

«*On the night following the 14th Sha'bán*»... 'La noche que sigue al día decimocuarto de Sabán (el octavo mes del calendario musulmán) se celebran servicios especiales en todas las mezquitas. El motivo tradicional es que «esa noche se sacude el árbol de loto del Paraíso, en cada una de cuyas hojas están inscritos los nombres de todas las personas vivas, y la hoja de cada mortal predestinado a morir el año siguiente cae marchita al suelo».'

La cita está tomada de una de las notas al libro de Ibn Battuta *Travels in Asia and Africa 1325-1354*, traducción, introducción y notas de Hamilton Alexander Rosskeen Gibb, Londres, 1929. Canetti conservaba en su biblioteca este libro, que figura en la bibliografía de *Masa y poder*. Se emplea aquí la traducción directa del árabe de Serafin Fanjul y Federico Arbós: *Ibn Battuta, A través del Islam*, Madrid, Alianza, 1987, publicada originalmente por la Editora Nacional en 1981.

Chinese Seamen «Reincarnated». 'Marineros chinos «reencarnados». Cincuenta y cuatro marineros chinos amenazados de expulsión por negarse a salir de nuevo a la mar tras haber sido torpedeados, adujeron que eran canadienses por reencarnación. Dijeron que habían muerto en el Atlántico después de que su barco fuera torpedeado y se habían reencarnado en un barco canadiense que los recogió. Las autoridades canadienses no estuvieron de acuerdo con esta explicación y los chinos tuvieron que hacerse de nuevo a la mar.'

«*Certainly animals are conscious*»... 'Algunos animales son presa de un desasosiego muy real ante la muerte de uno de los de su especie. No obstante, ninguno de ellos pretende enterrar al muerto ceremoniosamente. Los primeros ejemplos conocidos de estas prácticas se remontan a la época de los llamados hombres de Neanderthal, entre cincuenta y cien mil años antes de Cristo.'

Probablemente se trate de una cita del libro *Comparative Religion: A Short Outline* (Penguin Books, 1961), de Alan Coates Bourquet.

Las últimas palabras de la Bourignon. La mística flamenca Antoinette Bourignon de la Porte (1616-1680) pronunció estas

palabras poco antes de morir en Franeker, de camino a Ámsterdam, el 30 de octubre de 1680.

«Le soleil ni la mort»... ‘No se puede mirar fijamente al Sol ni a la muerte.’

Stalingrad. August 26, 1942. ‘*Stalingrado, 26 de agosto de 1942.* En los últimos días los combates se han librado cuerpo a cuerpo con piezas de artillería y bayonetas británicas. La capa de muertos que yacían en el suelo era tan gruesa que no ha habido tiempo para enterrar ni a la décima parte. | Los reportes llegados del frente describen cómo los ejércitos alemanes resolvieron este problema mediante la incineración en el terreno, algo al parecer no diferente de las cocinas de campamento.’

Died going to shelter. ‘*Murió yendo al refugio.* Al escuchar las sirenas la noche del lunes, Charles Stephens Evans, un peón de sesenta y siete años, de Newport Street, Lambeth, se levantó de su cama y se hallaba camino del refugio cuando se desplomó al suelo y murió en la calle.’

‘Stalingrado. Tuvieron tiempo para enterrar a sus propios muertos en una tumba fraternal.’

«Ce qu'il y a de certain dans la mort»... ‘Lo que hay de cierto en la muerte es un poco mitigado por lo que hay de incierto; es un indefinido en el tiempo que tiene algo del infinito y de aquello que se llama eternidad.’

Muerte de un australiano. ‘Entre los matorrales habían encontrado a un hombre moribundo, herido por venablos, y lo llevaron a la misión cuando estaba a punto de exhalar el espíritu. Yo estaba observando a dos de los legos que llevaban la camilla a una de las cabañas, seguidos por una horda de nativos. Advertí que, extrañamente, llevaban su carga a cierta altura y de pronto, cuando la bajaron para entrar por una puerta, vi con horror que los seguidores se abalanzaban sobre el cuerpo del moribundo y pegaban sus labios a los de él para inhalar su último aliento. Creían que al hacerlo iban a absorber su fuerza y su valor, su verdadera chispa vital, y todas las advertencias del «padre blanco» no lograron hacer que desistieran de su empeño. Por supuesto que el hombre estaba muerto cuando conseguimos sacarlo de ahí, y era un espectáculo fantasmal ver los carrillos hinchados del afortunado engullidor del «aliento vital», destinado a duplicar sus poderes en la caza.’

La periodista australiana de origen irlandés Daisy Bates (1859-1951) vivió durante unos años como única blanca entre los aborígenes.

La muerte de Tomás Moro. ‘Al apoyar la cabeza sobre el tajo, Moro pidió al verdugo que le permitiera poner a un lado su barba, porque ésta nunca había cometido traición alguna.’

Los muertos contraen matrimonio. ‘Cuando un hombre ha tenido un hijo, y otro ha tenido una hija, aunque ambos hayan muerto tiempo atrás, tienen la costumbre de hacer que sus hijos difuntos contraigan matrimonio, y de dar una dote a la hija. Al mismo tiempo pintan sobre papel personajes que representan al séquito de acompañantes, con caballos y otros animales, trajes de todo tipo, y cada pieza del mobiliario, y todo esto, junto con el contrato de matrimonio, redactado siguiendo el modelo habitual, es arrojado luego a las llamas, a fin de que, a través del humo (según creen ellos) les sea llevado a sus hijos al otro mundo y puedan convertirse en marido y mujer en la forma debida. Después de esta ceremonia, los padres y las madres se consideran emparentados entre sí, exactamente como si se hubiera celebrado una boda de verdad entre sus hijos vivos.’

El pasaje se refiere a los chinos. La traducción de Marco Polo empleada por Canetti es la de Thomas Wright, de 1854.

Apuntes 1942-1994

15 de febrero de 1942. Según él mismo contaba, los *Pensamientos* de Pascal, así como una crónica sobre su temprana muerte, incitaron a Canetti a escribir a diario sus anotaciones.

15 de junio de 1942. Mathilde Arditti, madre de Elias Canetti, falleció el 15 de junio de 1937. El relato de su muerte cierra *El juego de ojos* (pp. 1133-1143), el tercer y último tomo de *Historia de una vida*, en la que la tormentosa relación entre Canetti y su madre desempeña un papel vertebrador. El hermano al que se alude es Georg (1911-1971), el menor de los tres Canetti, médico investigador de profesión, quien cuidó de su madre hasta el último momento.

Very necessary qualification... ‘*Muy importante requisito para un buen narrador persa.* Además de haber leído todos los libros conocidos sobre el amor y el heroísmo, el narrador de historias debe haber sufrido mucho de amor, haber perdido a su amada, bebido mucho buen vino, llorado con muchos en su sufrimiento, mirado a menudo de cara a la muerte y aprendido mucho sobre los pájaros y

los animales. Además, ha de ser capaz de convertirse de mendigo en califa en un abrir y cerrar de ojos.’

La cita procede de *India Mosaic*, de Mark Channing, Londres, George Harrap, 1936, p. 48.

Desde hace muchos años nada me ha inquietado... El proyecto de una novela titulada *El enemigo de la muerte* lo concibió Canetti en el marco de la «*Comédie humaine*» de la locura, un ambicioso plan de ocho novelas que se propuso escribir en el otoño de 1929, después de su regreso de Berlín. De las ocho novelas planeadas, la única que llegó a ver la luz fue la que finalmente se titularía *Auto de fe* (1936). Fue inmediatamente después de terminada esta novela cuando Canetti consideró embarcarse en una nueva a cuyo protagonista se refería en sus notas como «el enemigo de la muerte». En una nota inédita de 1936 se lee: «El enemigo de la muerte es una extravagante mezcla de economía y derroche. [...] Su miedo a la muerte se amplía hasta convertirse en un miedo general por la Humanidad, amenazada en su conjunto por la muerte [...] El enemigo de la muerte vino sietemesino al mundo, demasiado pronto, y demasiado tempranas fueron también sus empresas contra la muerte; demasiado pronto, pero sólo dos meses demasiado pronto. El testamento del enemigo de la muerte. Su muerte a manos de un meteoro». En el esquema de la novela el «enemigo de la muerte» tenía un antagonista, un «cínico, principal adversario del enemigo de la muerte», que «reúne en sí todos los argumentos que hablan de la inutilidad de la vida». En los años sucesivos Canetti fue asimilando a su propia personalidad los rasgos de su personaje. De 1940 es otra nota inédita donde escribe: «De todos modos, la frontera entre él y yo es extremadamente fluida, tendría más distancia respecto a cualquier personaje que respecto a éste. Veo dos posibilidades, que ya temo: que el enemigo de la muerte se me convierta en un héroe, eso sería lo peor, porque con eso habría manchado el gran pensamiento que me importa. O –y esta perspectiva es la más soportable– que yo mismo me convierta lentamente en enemigo de la muerte, su locura en mi locura, y en vez de una obra nazca un sistema en el que me asfixie poco a poco». En febrero de 1942 Canetti postergó definitivamente el plan de la novela, que fue desplazado por el proyecto de escribir un «libro contra la muerte» al que no dejaría de dar vueltas hasta su muerte.

Siento un profundo rechazo... Canetti profesó siempre una profunda antipatía a la figura y a la personalidad de T.S. Eliot, cuya influencia vio crecer durante sus años en Londres. En *Fiesta bajo las bombas. Los años ingleses* le dedica numerosos pasajes llenos de hostilidad (consúltese allí el índice de nombres).

Guillotine Bombed. ‘*Guillotina bombardeada.* El verdugo francés Desfourneaux perdió en el último ataque aéreo sobre París, durante el cual su casa acabó destruida, sus dos guillotinas (*Daily Telegraph*, 22 de septiembre).’

No es nada vergonzoso ni egocéntrico... Conviene recordar, al leer este apunte, que Canetti permaneció en Londres y en sus cercanías durante los que se conoce como el *Blitz* (abreviación de *Blitzkrieg*, ‘guerra relámpago’), nombre por el que se conoce los bombardeos sostenidos a los que Alemania sometió al Reino Unido durante los primeros años de la Segunda Guerra Mundial. *Fiesta bajo las bombas* es la adaptación al castellano de *Party im Blitz*, título bajo el que se reunieron los recuerdos de los «años ingleses» de Canetti.

Je m’en vais quérir chercher le un grand peut-être! En el original, Canetti escribe *quérir* en lugar de *chercher*.

Hagas lo que hagas... Este apunte es un extracto del que comienza «A fin de mes...», en la p. 154 de *La provincia del hombre*.

De «La visión de Tundal». Tundal es el nombre de un caballero irlandés cuyas visiones del más allá describe *La visión de Tundal*, un texto religioso del siglo XII que gozó en su tiempo de enorme popularidad.

Hoy, durante un entierro... El 8 de octubre de 1912, Jacques Canetti, padre de Elías, falleció súbitamente en la casa familiar de Manchester, a la edad de treinta años, fulminado por un ataque de corazón. El acontecimiento (narrado con pormenores en el capítulo titulado «La muerte del padre. La última versión», de *La lengua salvada*) determinó el rechazo visceral de Canetti hacia la muerte, como reconoce en varios de los apuntes reunidos en este volumen (véase, en particular, el apunte de 1971 que comienza «Leo lo que los diversos filósofos han escrito sobre la muerte...», el de 1980 que comienza «Hay algo rígido en cuanto he hecho...»).

La Electra de Sófocles... El concepto «cristal de masa», empleado al final de este apunte, es descrito así en *Masa y poder*: «Denominaré cristales de masa a esos pequeños y rígidos grupos humanos, bien delimitados y de gran estabilidad, que sirven para desencadenar la formación de masas» (p. 81). Canetti dedica todo un capítulo a los «Cristales de masa», exponiendo con detalle sus características.

Una obra de teatro en la que... Comienza con éste una serie de apuntes en los que Canetti se refiere a su drama *Los emplazados* (1955), que si bien concibió años atrás, sólo se resolvió a escribir de un modo continuado en 1951. Canetti conoció a Gwyneth Barthall el 31 de mayo de 1944, y poco después realizó el primer esbozo de la obra, que por entonces se titulaba *El tiempo*

asignado. ¶ El de «máscara acústica» es un concepto central en la obra de Canetti, que designa de este modo a la particular fraseología con que cada ser humano tiende a involucrarse, al uso particular que hace del lenguaje, característico de los límites que impone a su relación con la realidad. ¶ En 1935 el compositor Wladimir Vogel propuso a Canetti escribir el libreto de una ópera. Canetti se puso manos a la obra, pero, como cuenta en sus memorias, «la idea de subordinarme a un compositor, de adaptarme a sus necesidades, no me hacía ninguna gracia. Me había imaginado que se trataría, como Vogel decía, de una clase de ópera enteramente nueva, en la que tendrían idénticos derechos los dos, tanto el autor de la música como el del texto. Pero quedó claro que aquello era absolutamente imposible» (*El juego de ojos*, p. 973). Mucho después, en 1950, conoció a Boris Blacher, de paso en Londres, y le ofreció al compositor aquel viejo libreto inacabado. Por aquellos días, escribió en una carta Cilli Wang: «Está [Blacher] tan entusiasmado con mi texto que quiere intentar con él una forma completamente nueva, algo que llamamos “ballet-comedia”. El mono, que es mudo, será bailarín. La mayoría de mi texto satírico, que él no quiere sacrificar bajo ningún concepto ni ponerlo en peligro mediante aspavientos operísticos, será *hablado*; sólo se cantará en determinados pasajes. La novedad de la forma dependerá de la ponderación de los recursos: baile, texto, música. Quiere una pequeña orquesta, y también los actores deben saber cantar para que cualquier teatro pueda arriesgarse a la representación. Es exactamente lo que yo había deseado: lo que más miedo me daba era una ópera en el sentido obtuso y tradicional. No tengo palabras para decirte lo contento que estoy». Se conserva un texto mecanografiado, de doce páginas, de esa *Ópera del mono*, que en efecto tiene a un mono por protagonista, y de la que, en su biografía de Canetti, dice Sven Hanschek que es una obra «alegre, parece como si Kafka y Mark Twain hubieran querido escribir juntos una ópera sobre Hitler».

He colgado cuadros de Grünewald por toda mi habitación... La admiración de Canetti por Matthias Grünewald remonta a los años veinte, cuando, regresando en 1927 de París a Viena, se detuvo en Colmar y contempló durante todo un día, extasiado, el *Retablo de Isenheim*, según cuenta en *La antorcha al oído*, III, «La vista sobre Steinhof»). También entonces clavó en las paredes de su habitación reproducciones del *Retablo*, con vistas a las cuales empezó a escribir *Auto de fe*. ¶ Canetti ruega a «san Grünewald» por la salud de Friedl Benedikt, su discípula y amante durante muchos años, a la que le fue diagnosticada la enfermedad de Hodgkins, de la cual fallecería en 1953, a los treinta y siete años de edad.

Un hombre que pone en riesgo su vida... El poeta romántico alemán Heinrich von Kleist se suicidó el 21 DE NOVIEMBRE DE 1811 en la isla de Pfaueninsel, a orillas del lago de Wannsee, a las afueras de Berlín. Lo acompañó en el suicidio su compañera y musa Adolfine Vogel, a la que Von Kleist llamaba *Henriette Vogel*. Kleist disparó a Adolfine-Henriette, enferma de un cáncer en fase avanzada, con una pistola, para después dirigir el arma contra sí mismo.

«Se le ponía una cinta de algodón alrededor del cuello»... Canetti cita este mismo pasaje de Charles Victor Monteil (1871-1949), africanista y etnólogo francés, en *Masa y poder*, concretamente en el capítulo dedicado a los «Reyes africanos».

Su letra, que es cada vez más valiosa... Varios de los apuntes de este año de 1953 conservan la huella de la muerte, ese mismo año, de Friedl Benedikt (véase más arriba la nota *He colgado cuadros de Grünewald por toda mi habitación...*).

Sueño de Veza. Conviene recordar, al leer este apunte, que la madre de Canetti se opuso siempre a la relación de éste con Veza, y que el hecho de que se casara con ella fue una de las causas del distanciamiento entre madre e hijo, tan intensamente unidos durante la infancia y la primera juventud del segundo. *Clement* es Clement Glock, esposa del crítico musical William Glock y muy amiga de Canetti. *Francis* es Francis Graham-Harrison, funcionario británico que llegó a ocupar altos cargos en la administración; tanto él como su esposa Carol fueron los amigos más íntimos de Canetti en Inglaterra, desde 1947, y la amistad duró hasta la muerte del autor.

Perutz, muerto... Alude al escritor austriaco Leo Perutz (1882-1952).

Siempre he conocido a Kanaima... Kanaima es el nombre que recibe, entre algunas tribus de la Guayana Británica y del noroeste de Brasil, un espíritu maligno, endemoniada (o una persona poseída por un espíritu maligno) que actúa como vengador.

La campaña de quince hombres taulipang... Tanto los taulipang como los pishauko y los arekuna son tribus indígenas de América del Sur. El relato que Canetti hace en este apunte está tomado del libro de Theodor Koch-Grünberg *Vom Roroima zum Orinoco* ('Del Roroima al Orinoco'), vol. III, Stuttgart, 1923. Canetti se refiere a esta campaña bélica también en el capítulo «La muta de guerra» de *Masa y poder*, donde se cita por extenso el pasaje correspondiente.

Los diarios de Pavese... Tras el fracaso de *Masa y poder*, y después de un colapso de Veza, Canetti se hallaba en una crisis de la que, según cuenta, lo salvó la lectura de *El oficio de vivir*, los diarios de Cesare Pavese. En otro extenso apunte de *Hampstead*,

correspondiente al mismo año 1960, se lee: «Entre 1942 y 1950, los diarios de Pavese discurren paralelamente a los míos. Jamás paralelismo alguno ha despertado en mí tal asombro» (p. 722).

El joven Burns Singer... El escritor y naturalista inglés Gavin Maxwell, y su hermano Aymer, fueron grandes amigos de Canetti durante sus años en Inglaterra. Éste los menciona a menudo en *Fiesta bajo las bombas* (véase allí el índice de nombres).

Ayer leí las conversaciones con Stalin de Djilas... Se refiere Canetti a las *Conversaciones con Stalin* del escritor y revolucionario yugoslavo Milovan Djilas, publicadas ese mismo año de 1962. En la segunda parte *Masa y poder* se analiza a fondo el vínculo entre poder y supervivencia, sobre el que Canetti vuelve en éste y otros apuntes.

Quien no haya matado no es un hombre... No se ha podido documentar con precisión esta frase que Canetti atribuye a Hemingway, pero sin duda es propia de este escritor. Canetti evoca de nuevo en este apunte la repentina muerte de su padre, de la que él mismo fue testigo, como cuenta en *La lengua salvada* (en el capítulo titulado «La muerte del padre. La última versión»).

Lo llamo P. ... El modelo de P. parece ser Georg, el hermano de Elías, quien, por lo visto, se enfrentaba a la muerte de otra manera que él: cuando alguien moría, hacía como si no hubiera existido jamás. Pero la crueldad de esta caricatura, muy estilizada, no se compadece con el enorme afecto que Elías profesó siempre a su hermano.

La escisión de la muta de lamentación en «Los persas»... El concepto de «muta de lamentación» lo desarrolla Canetti en *Masa y poder*, en el apartado correspondiente a «La muta». Previamente, dice de ella que «se forma cuando un miembro del grupo es arrebatado por la muerte. El grupo, que es pequeño y siente cualquier pérdida como insustituible, se reúne en esta ocasión para una muta. Puede que pretenda retener al moribundo, arrancarle tanta fuerza vital como pueda incorporarla a sí misma antes de que se le escurra del todo; puede que desee apaciguar su alma para que no se vuelva enemiga de los vivos» (p. 110).

Excusas, excusas... Canetti evoca aquí imágenes y episodios de su infancia en Rustschuk, Bulgaria, junto al Danubio; en particular el intento de asesinato, por su parte, de su prima Laurica, algo mayor que él. Ésta había aprendido a leer y escribir antes que Elías, quien, celoso de ese privilegio, le pedía que le dejara ver sus cuadernos. Ante las burlas de ella («¡Eres demasiado pequeño! ¡Eres demasiado pequeño! ¡Aún no sabes leer!»), él cogió un hacha que había en el patio de la casa, junto a la cocina, y se puso a perseguir a su prima gritando en ladino, el idioma en que Canetti hablaba de niño: «¡Agora vo matar a Laurica! ¡Agora vo matar a Laurica!». El episodio es narrado en la primera parte de *La lengua salvada*, en el capítulo titulado «El intento de asesinato». Es probable que este apunte –como el que, más arriba, empieza con las palabras «*Otros han recordado...*», constituya uno de los latidos preliminares que anteceden a la resolución de Canetti de escribir sus memorias de infancia y juventud, propósito que se volvería firme cuando la salud del hermano menor de Canetti, Georg, siempre muy precaria, empeoró gravemente en 1970. Canetti se propuso entonces obsequiarle con los recuerdos que ambos compartían, pero no llegó a tiempo de que su hermano los leyera.

Desde que poseo a una muerta valiosa... Canetti se refiere probablemente a Veza, fallecida el 1 de mayo de 1963.

Lo que más echaré de menos cuando muera... Recuérdese la afición de Canetti a escuchar en los locales públicos –en especial los cafés– las voces de sus ocupantes, hasta identificar sus diferentes «máscaras acústicas». Eso que en *La antorcha al oído* denomina «la escuela del buen oír».

Une vie multisonore, multicolore, multimorte. ‘Una vida multisonora, multicolor, multimuerta.’

Ante Jean Améry siento vergüenza... Jean Améry, seudónimo de Hans Mayer (1912-1978), sobrevivió al campo de concentración de Auschwitz. Canetti, que lo conoció en 1965, lo apreciaba mucho. Su suicidio en 1978 le afectó profundamente.

Elías. Este apunte y el siguiente son citas del libro de Micha Joseph bin Gorion, *Dies Sagen der Juden: I Von der Urzeit*, Frankfurt, 1919. Canetti rastrea la historia del profeta Elías (I Reyes, 17-21 y II Reyes, 1-2) identificándose abiertamente con él, como pone de manifiesto el apunte del año 1970, que empieza «*El profeta Elías derrotó al ángel de la muerte...*». En la literatura bíblica, Gog y Magog son dos pueblos apocalípticos que librarán una guerra contra los judíos antes de la llegada del Mesías.

Esta convicción sumaria a favor de la vida... La referencia a «los soldados egipcios muertos en el desierto de Sinaí» alude a las imágenes que –por las fechas a que corresponde este apunte– se divulgaron de la llamada «Guerra de los Seis Días», que tuvo lugar en junio de 1967, y en la que Israel se enfrentó a una coalición árabe formada por Egipto, Jordania, Irak y Siria.

Tengo que releer «El labrador de Bohemia»... Se refiere al más célebre poema de Johannes von Tepl (c. 1350-c. 1415), también conocido como Johannes von Saaz, escritor bohemio en lengua alemana. *El labrador de Bohemia* (conocido también como *El campesino y la Muerte*) es un diálogo entre la Muerte y un campesino que ha perdido recientemente a su esposa.

Sálvame, Kafka... Kafka es uno de los autores más admirados por Canetti, que le dedica numerosos apuntes y que le dedicó uno de sus más célebres ensayos: *El otro proceso. Las cartas de Kafka a Felice*, de 1968, recogido en *La conciencia de las palabras* (1975). En uno de sus «aforismos» más frecuentemente citados, correspondiente al año 1920, Kafka escribió: «Escribir es una forma de orar».

Un hombre como este Simon Wiesenthal... El libro de Simon Wiesenthal que Canetti dice estar leyendo con tanta fruición probablemente sea *Los asesinos entre nosotros*, sus memorias, publicadas en 1967. ¶ Michael Kohlhaas es el nombre del protagonista de la célebre novela homónima de Heinrich von Kleist y pasa por ser un paradigma del empecinamiento justiciero.

Musil, como oficial en la guerra... El «libro» de Musil al que Canetti se refiere reiteradamente en este apunte es, sin duda, *El hombre sin atributos*. A Musil dedica Canetti numerosos apuntes, además de uno de los capítulos de *El juego de ojos* («Musil»).

Así habría querido Fritsch hacer realidad a Thomas Bernhard. El poeta y novelista austríaco Gerhard Fritsch se acababa de suicidar el 22 de marzo de 1969, año en el que se publicó su segunda novela, *Carnaval*. Este apunte lo escribe Canetti bajo el impacto de la noticia. ¶ Sobre la relación de Canetti con Thomas Bernhard, véanse más adelante esta nota *Visita en casa de Thomas Bernhard* y esta otra *Querido Thomas Bernhard...* ¶ Herbert Zand y Jeannie Ebner son escritores austríacos, como Franz Nabl, con quien Canetti mantuvo una gran amistad y a quien dedicaría en 1975 el discurso de aceptación del Premio Nabl de la ciudad de Graz.

¿Cómo se vive con esta enorme cantidad de fuertes recuerdos?... Recuérdese que por la fecha a la que corresponde este apunte Canetti ya abrigaba el proyecto de redactar sus memorias de infancia.

«Sabíamos cuándo estaba muerta la gente»... La cita procede de la declaración de Rudolph Höss, comandante del campo de Auschwitz, en el juicio en que fue declarado criminal de guerra y condenado a muerte.

La muerte: «Vadim...». Por las fechas en que copió esta cita, Canetti leía la autobiografía de Alexandr Herzen como preparativo para *La lengua salvada*, según revelan otros múltiples apuntes contemporáneos de *Hampstead*.

Visita en casa de Thomas Bernhard. Este apunte y los tres siguientes documentan la relación de Canetti con Thomas Bernhard (mencionado a veces por la sola inicial de su apellido, B.), con quien terminó profundamente enemistado. Poco más arriba, en el apunte que comienza con las palabras «*Algunos de los mejores escritores de nuestra época...*», despunta ya la razón que determinaría esa enemistad: la actitud de Bernhard hacia la muerte, descrita por Canetti en el apunte que comienza «*Todo el mundo me pregunta por Thomas Bernhard...*». La visita a la que alude Canetti tuvo lugar en la granja adquirida por Bernhard en Obernathal, en la Alta Austria, en el año 1965. Se trataba de una enorme granja de forma rectangular, con un gran patio interior, que estaba en ruinas cuando el escritor la adquirió.

Lo que aún falta por completo en mi libro... Canetti se refiere, naturalmente, a su inacabado «libro contra la muerte». La persona «que me era más próxima y querida» es su esposa Veza, y la «pasión», el «amor» al que se entregó «por completo» es el que sintió por la historiadora de arte y restauradora Hera Buschor, a quien conoció poco antes de fallecer Veza y con quien se casaría en 1971.

Los cosmonautas rusos estaban muertos cuando aterrizaron... El 30 de junio de 1971 la estación espacial *Salyut 1*, lanzada el 6 de junio, regresó a la Tierra. Un problema técnico –probablemente un escape de aire– ocasionó la muerte de sus tres tripulantes, que en ese momento no llevaban trajes espaciales. El aspecto pacífico de los fallecidos y la incertidumbre sobre las causas del accidente dieron lugar a todo tipo de especulaciones.

Los filósofos que quisieran «entregarnos» la muerte... La pregunta «¿Dónde está, muerte, tu agujón?» corresponde a un célebre pasaje de la primera Epístola de Pablo a los Corintios, 15, 55.

Nos preguntamos si hacer intencionadamente... De nuevo un apunte que se desprende de las numerosas dudas y cuestionamientos que asaltaron a Canetti durante el proceso de redacción de su autobiografía.

Las normas morales que me obsesionan... La inicial N. probablemente se refiera a Friedrich Nietzsche.

Es imposible pasar en silencio una muerte... Sobre el concepto de «muta de lamentación», véase más arriba la nota al apunte que comienza con las palabras «La escisión de la muta de lamentación en *Los persas...*».

¿No estarás demasiado orgulloso de tus «rechazos»?... Los comentaristas de *Masa y poder* no dejaron de observar, a menudo escandalizados, la práctica ausencia de referencias a las obras de Marx y de Freud, autores poco menos que «inesquivables» por las fechas en que el libro fue publicado (1960). En diferentes entrevistas, el mismo Canetti justificó esta ausencia diciendo que muy pronto se impuso «contemplar los fenómenos con una mirada fresca, como si nadie antes hubiera reflexionado acerca de ellos» (entrevista de Heinz-Klaus Metzger, 1967).

Cada nueva masacre crea un nuevo modelo... Canetti alude en este apunte a la guerra de Vietnam, que por esas fechas se prolongaba sin avances sustantivos y que no terminaría hasta 1975. La «victoria de Bengala» alude a la que, en diciembre de 1971, el Ejército de Liberación de Bangladesh, con el apoyo de las fuerzas armadas indias, obtuvo sobre las fuerzas pakistaníes, y que dio lugar al reconocimiento del nuevo estado de Bangladesh.

De los esfuerzos de unos cuantos por apartar de sí la muerte... Retoma en este apunte Canetti la idea medular que lo movió a introducir el tema del poder en su trabajo sobre la masa. Véanse en *Masa y poder* los desarrollos del vínculo entre poder y supervivencia.

Tu desprecio a cuantos han equiparado muerte y nacimiento... El 23 de junio de 1972 nació Johanna, la primera y única hija de Elias Canetti, casado con Hera Buschor el año anterior. La experiencia de la paternidad vuelve a ser evocada en el apunte correspondiente al 24 de diciembre de este mismo año, así como en otros sucesivos.

En 1953, cuando regresé por primera vez... Se refiere Canetti a su primera visita a Viena desde que la abandonó en 1938, en compañía de Veza, la Noche de los Cristales Rotos.

Apunte de mi época de Zúrich... En 1916, Mathilde Canetti se instaló con sus hijos en Zúrich, en un piso de la Schaeuchzerstrasse. Canetti permanecería en la ciudad hasta 1921, y conservaría siempre un intenso y agradecido recuerdo de ella. El carácter tumultuoso de las relaciones de Canetti con su madre por aquellos años queda reflejado en *La lengua salvada*.

Oh hija mía, hija mía... Recuérdese que cuando nació su hija Canetti tenía ya sesenta y ocho años.

Un testimonio importante... La cita procede del artículo «The Medicine Dance of the /Kung Bushmen» (1969), de Lorna Marshall (1898-2002), etnóloga norteamericana, estudió la vida de los bosquimanos !kung en el desierto de Kalahari.

Querido Thomas Bernhard... En su discurso «La profesión de escritor», pronunciado en Múnich en 1976 (y recogido en *La conciencia de las palabras*), Canetti arremetió duramente contra «la pedante afirmación» de que «la literatura ha muerto» y contra quienes, aun suscribiendo este predicado, reclamaban el aplauso de un público ávido pese a todo de sus «sempiternas efusiones». Sus palabras fueron interpretadas como un ataque directo a dos poderosas estrellas de la literatura en lengua alemana de aquella época: Hans Magnus Enzensberger y Thomas Bernhard. Este último no podía menos que sentirse concernido por las palabras en que Canetti se refería a quienes, no siendo «lo suficientemente estériles como para agotarse en una simple proclama», y habiendo escrito «libros amargos y muy inteligentes», «adquirieron pronto cierta reputación como “alguien que escribe” y empezaron a hacer algo que los escritores ya solían hacer antes: en vez de enmudecer, escribían siempre de nuevo el mismo libro». La reacción de Bernhard fue violenta. Pocas semanas después del discurso de Canetti mandó al diario *Die Zeit* una carta abiertamente insultante en su contra. Bernhard aludía a Canetti como «el agente de aforismos de la actualidad», como un «profeta de lo auxiliar»; hablaba de su «galopante senilidad» y se refería a él como «padre tardío y extravagante filósofo de final de trayecto»; reconocía que «hace cuarenta años dio una prueba de talento» (en alusión a *Auto de fe*), pero aseguraba que entretanto, «como una especie de pequeño Schopenhauer y Kant de poca monta», había perdido el seso, y que en su discurso de Múnich había «apoyado su cabeza en la nada, sin vergüenza alguna, empleando frases realmente necias». Esta carta es la contestación que pensó darle Canetti, quien, por los motivos que expone en el apunte siguiente, nunca la envió.

Entre los mohave... La de los mohave era una tribu de indios que vivían en el desierto de Mohave, en el curso inferior del río Colorado, Arizona (Estados Unidos). Canetti cita a través de Verrier Elwin un artículo de Georges Devereux publicado en 1937 en la revista *American Anthropologist*.

«*Lo que atrae al lector hacia las novelas*»... La cita pertenece al ensayo *El narrador. Consideraciones sobre la obra de Nicolai Leskov*, de 1936.

No es que los maestros me resulten indiferentes... Por la fecha a la que pertenece este apunte Canetti estaba embarcado en la redacción de *La antorcha al oído*, en la que rememora sus años de formación y el ascendente que sobre él ejerció Karl Kraus. Éste y otros «maestros» son objeto, en las páginas tanto de *La antorcha al oído* como de su continuación, *El juego de ojos*, de cuidadosos retratos.

La pequeña quiere saber lo que es la guerra... Otro apunte en que despunta la melancólica constatación, por parte de Canetti, de que su avanzada edad le impedirá asistir al crecimiento de su hija. Pero Canetti vivió hasta el año 1994, cuando Johanna tenía ya veintidós años.

«*El jorobado de Mallorca*»... Primero de una serie de apuntes «rescatados» por Canetti de sus viejos cuadernos, seguramente durante el repaso y «balance» al que se refiere en un apunte anterior.

Hans Mayer. Recuérdese que éste es el verdadero nombre de Jean Améry, ya mencionado en un apunte anterior. Tanto Johannes Robert Becher como Alfred Döblin, Peter Huchel, Ernst Bloch y Hans Fallada son escritores alemanes del momento.

«*Les morts eux-mêmes, dit-on*... ‘Los propios muertos, se dice, desean de ser muchos.’

La famosa hospitalidad de los masaliotas... Los masaliotas eran los habitantes de la colonia griega de Masalia, la actual Marsella.

«*El olor de los cadáveres*»... La cita de Beckett pertenece a *Primer amor* (1945).

No puedo renunciar a la vivienda en Thurlow Road... En el otoño de 1954 Canetti se trasladó junto a Veza al número 8 de Thurlow Road, a una vivienda que conservó hasta muy avanzada edad, cuando residía ya en Zúrich. Allí conservaba en una urna las cenizas de Veza. Por la fecha a la que pertenece este apunte compaginaba largas estancias en Inglaterra y en Zúrich, atravesadas de frecuentes viajes.

Corpse Carrying Month. Canetti cita el pasaje en una traducción inglesa, pero aquí lo damos en el castellano original, convenientemente adaptado y modernizado. El Aya Marçay Quilla corresponde al mes de noviembre en el calendario incaico; es el mes de los difuntos, en el que se celebra una fiesta para recordarlos. Felipe Huamán Poma de Ayala es un escritor, historiador y etnólogo peruano del siglo XVI; la cita procede de *Primer nueva corónica e buen gobierno*, escrita entre 1612 y 1615.

He de descubrir qué son las mascarillas funerarias... En el capítulo titulado «Entre mascarillas funerarias», de *La antorcha al oído*, se extiende Canetti sobre la fascinación que éstas le producen, y habla de la que siente por un libro titulado *El rostro eterno* (Berlín, 1927), colección de fotografías de mascarillas funerarias recopiladas por Ernst Benkard. En *Masa y poder*, por otro lado, se dedica un capítulo a «El personaje y la máscara».

Los yámana declaran... El de los yámana es uno de los cuatro grupos étnicos que vivían en Tierra del Fuego a principios del siglo XX. Se extinguieron por las campañas de exterminio lanzadas contra ellos por los ganaderos blancos.

Amenazar con la propia muerte... En el *Libro de los muertos*, entre la primera y la segunda frase de este apunte se leía: «¡Cómo me amenazaba V., durante decenios! ¡Y cómo debería yo ahora cuidar de no transmitirle esa amenaza a H.!\», donde V. y H. Son, por supuesto, las iniciales de Veza y Hera.

«*Y de la unión de los seres desaparece la muerte*». La cita procede del *Hiperión* de Friedrich Hölderlin.

El doble reproche del idiota... Recuérdese que sólo a partir de mediados de los sesenta comenzó Canetti a obtener un cierto reconocimiento oficial (en 1966 obtuvo el Premio de Literatura de la Ciudad de Viena y el Premio de la Crítica Alemana; en 1968, el Gran premio del Estado Austríaco; en 1969, el Premio Literario de la Academia Bávara de Bellas Artes; en 1972, el Premio Georg Büchner, etc.), y que fue el éxito obtenido con *La lengua salvada*, libro publicado en 1977, el que le procuró notoriedad entre un público relativamente amplio. Cuando en 1981 le fue otorgado el Premio Nobel de Literatura, la declaración del jurado ponía especial énfasis en su autobiografía, de la que por entonces acababa de aparecer el segundo tomo, *La antorcha al oído*.

Pronto hará cuatro años... En 1976 se le diagnosticó a Hera Buschor un cáncer por el que tuvo que ser operada ese mismo año, y a consecuencia del cual quedó interrumpido su segundo embarazo. En 1977 tuvo que ser operada de nuevo. Después de un largo periodo de tranquilidad, en 1984 el cáncer se reactivó y la salud de Hera empeoró progresivamente. Murió el 29 de abril de 1988 a los cincuenta y cinco años de edad.

El mayor enigma de un ser humano... La obra de teatro a la que se refiere Canetti es, naturalmente, *Los emplazados*.

«If I must die»... ‘...Si he de morir / tomaré a la tiniebla como novia, / y la estrecharé en mis brazos’ (versión de Circe Maia).

Es como si yo tuviera que «pintar» siempre lo mismo... Hacia el final de su vida, retirado en Aix-en-Provence, su pueblo natal, Paul Cézanne pintó una y otra vez, la montaña de Sainte-Victoire, de la que se conservan más de ochenta esbozos y cuadros.

«A la muerte no se la puede ver»... La cita pertenece al mismo libro del que Canetti da noticia en el apunte siguiente. En un apunte del mismo año 1980, recogido en *El corazón secreto del reloj*, Canetti se expresa así en relación a otro libro de Sofía Fedónchenko: «Ayer leí—una vez más después de mucho tiempo— uno de los libros más sinceros que conozco. Lo tengo conmigo hace cincuenta y tres años: *El ruso habla*, apuntes de una enfermera, diálogos que oyó en boca de soldados heridos en un hospital del frente, entre 1915 y 1916...» (p. 500).

Un «sacrificio» que reconozco... La estudiante de biología y filosofía Sophie Scholl (1921-1943) murió guillotinado por los nazis por su participación en el movimiento de resistencia antinazi La Rosa Blanca. Canetti estaría leyendo su diario por la fecha a la que pertenece este apunte, según se deduce de los dos pasajes que copia poco más adelante ([aquí](#) y [aquí](#)). En Galaxia Gutenberg se han publicado *Los panfletos de la Rosa Blanca*, ed. de Inge Scholl, traducción de Rosa Sala, 2006.

¡Qué diálogo con Georg!... En este apunte Canetti parece glosar la actitud de su hermano Georg (fallecido nueve años antes, en 1971) acerca de la muerte; como hacía, más cáusticamente, en el apunte del año 1963 que comienza «[Lo llamo P., el pavo real práctico...](#)».

Bruno y Elettra Schärer vinieron ayer a vernos... Los Schärer eran un matrimonio de profesores de filosofía suizos, amigos de los Canetti en Zúrich.

Cientos de candidatos a verdugo. El asesino en serie norteamericano John Wayne Gacy (1942-1994) violó y asesinó a treinta y tres hombres jóvenes, por lo que fue condenado a muerte y ejecutado.

«Entierro en el cielo» en el Tibet. El texto procede de un artículo publicado en la revista *Der Spiegel*, núm. 46, 1980.

«No respiraba al nacer»... La anécdota, tomada probablemente de una biografía de Pablo Picasso, es cierta, al parecer, y ha sido narrada en numerosos lugares.

Recuerdo de la última noche de Sophie Scholl. Else Gebel, a quien pertenece el apunte, fue una prisionera política alemana a la que la Gestapo encomendó la tarea de espiar a Sophie Scholl. Sin embargo, quedó subyugada por ella y no pasó información ninguna, siendo ganada para la causa de La Rosa Blanca.

G. decidió... G. es Georg Canetti.

«Muchos de los inmortales»... Los tukuna son una tribu amazónica asentada en el curso superior del río Solimões (afluente del Amazonas), en la zona fronteriza entre Perú, Brasil y Colombia.

«No, tenga usted la seguridad»... La cita procede de un artículo de Marcus Herz en Christoph Wilhelm Hufeland, *Journal der practischen Arzneykunde und Wunderarzneykunst* (‘Revista de farmacología práctica y curandería de Hufeland’), vol. 5, Jena, 1798; recogido en *Insel-Almanach*, 1981, pp. 80-81).

«La muerte no puede ser un mal»... Karoline von Wolzogen (1763-1847), autora de la novela *Agnes von Lilien*, era hermana de Charlotte, la esposa de Friedrich Schiller. La cita procede de una biografía de Schiller escrita por Wolzogen sobre la base de recuerdos de la familia, cartas e informaciones de un amigo, y fue publicada en 1851.

«*No concibo ningún pensamiento*»... La cita pertenece a una carta de Miguel Ángel a su colega Giorgio Vasari, del 22 de junio de 1555.

Idea frecuente... A partir de 1946, Canetti instaló su residencia en el barrio londinense de Hampstead, en una casa de la que se resistió siempre a desprenderse, por los recuerdos que le traía de Veza. Véase el apunte fechado el [1 de mayo de 1982](#).

«*Por tanto, la muerte*»... La cita procede de *El ser y la nada* (1944).

«*On May I, 1968*»... ‘El 1 de mayo de 1968, un grupo de funcionarios del Gobierno entró, en Shanghai, en la casa de la madre de una joven mujer llamada Liu Zhao, que había sido detenida por llevar un diario en el que criticaba al partido. | Según tres reporteros chinos que han informado no hace mucho sobre los hechos, los funcionarios comunicaron a la madre que su hija había sido ejecutada tres días antes por contrarrevolucionaria. | Le explicaron que los gastos ocasionados por la ejecución habían supuesto un derroche para las arcas del Estado y exigieron a la madre que les pagara cinco *fen* –poco más de tres céntimos– por la bala que le habían descerrajado a su hija en la nuca.’

Muchos que ya no están vivos se habrían alegrado... Se refiere probablemente al premio Nobel que le fue concedido a Canetti en octubre de 1981, y que recibió en Suecia el 10 de diciembre de ese mismo año.

«*Me gustaría poder levantarme de entre los muertos*»... La cita procede del último capítulo de *El último suspiro* (1982), libro de memorias de Luis Buñuel escrito en colaboración con Jean-Claude Carrière.

All Souls... ‘*Todos los difuntos*. Conmemoración de todos los fieles difuntos. Su propósito más antiguo era conmemorar a todos los difuntos de la orden monástica. Bajo Odilon de Cluny (962-1049) se decidió ampliarla a «todos los difuntos que han existido desde el principio del mundo... hasta el final de los tiempos».’

Mucho tiempo se ha perdido... Otro apunte en que Canetti reflexiona sobre el Premio Nobel que le había sido recientemente concedido. Su primera esposa, Veza; la segunda, Hera; la hija que Canetti tuvo con ésta, Johanna; Georg, su hermano menor...: todas estas personas, determinantes en su vida, a quienes se ha referido Canetti en apuntes anteriores. Recuérdese que el impulso decisivo para escribir su autobiografía fue para Canetti el agravamiento de la salud de su hermano, a quien quiso obsequiar con sus recuerdos de infancia.

«*Cuando las llamas habían alcanzado*»... Jürgen Stroop (1895-1952), jefe de las SS, teniente general de las Waffen-SS y de la policía, fue encargado por Heinrich Himmler de reprimir el levantamiento del gueto de Varsovia (a esos hechos se refiere la cita). Terminada la guerra fue condenado a muerte por un tribunal polaco y ejecutado.

Hoy hace diecinueve años murió Veza... La relación de Veza y Elías Canetti fue muy compleja y poco convencional. Ella no pudo tener hijos con él. Hasta la muerte de ella Canetti siempre sometió a la aprobación de Veza a las amantes que tenía. ♣ Canetti se jacta de haber dado a conocer a Veza «en muchas lenguas», aludiendo sin duda a sus libros de memorias, en particular *La antorcha al oído*. Pero además se empeñó en publicar las novelas y los relatos inéditos de Veza, cosa que conseguiría años después, en 1990.

Cada vez más se consolida en mí... Como es sabido, Walter Benjamin se suicidó en Port Bou, Gerona, el 27 de septiembre de 1940. Sus amigos Max Horkheimer, T.W. Adorno y Gershom Scholem intentaron de varias maneras sacarlo de Francia, sin conseguirlo.

Cuando murió mi madre... El 15 de junio de 1937 es la fecha de la muerte de Mathilde Canetti, de soltera Arditti, madre de Elías.

La señora Von Krüdener... Juliane von Krüdener (1764-1824), escritora y asesora de los zares rusos, pertenecía a la nobleza báltica alemana y era pietista.

«*There was Dresden*»... ‘Allí estaba Dresde –dijo Vonnegut–, una ciudad maravillosa, llena de museos y de zoológicos, el ser humano en lo más alto de sus cualidades. Y cuando llegamos, la ciudad desapareció... El ataque aéreo no abrevió la guerra ni medio segundo, no debilitó ni la defensa ni la ofensiva de los alemanes en ninguna parte, no liberó a ni una sola persona de un campo de exterminio. Sólo una persona se benefició del ataque. | –¿Y quién fue esa persona? | –Yo. Recibí varios dólares por cada cadáver. Imagínese.’

Tanto esta cita como la anterior proceden de una entrevista publicada en el *Observer Magazine* de Londres en febrero de 1983.

«*It is well to remember*»... ‘Conviene recordar que, en la guerra que concluyó con la paz de Westfalia, Alemania perdió un treinta y cinco por ciento de su población. La población de Bohemia se redujo de tres millones a setecientos ochenta mil. Era una época en que había que matar a la gente una por una, a menudo con la fuerza de los músculos.’

El pasaje corresponde a un artículo de Washington George Will publicado en marzo de 1983 en varios periódicos de habla inglesa.

Buñuel... La cita corresponde, como la anterior del mismo Luis Buñuel, al libro de memorias de éste, *El último suspiro*. También pertenece al mismo libro esta cita.

Hoy, Hera ha cumplido cincuenta años... Recuérdese que Hera padecía un cáncer que a los pocos meses de ser escrito este apunte se manifestaría de nuevo con creciente agresividad.

Muerte de Tännerlin. Cita extraída del libro de Johannes Schiltberger *Als Sklave im osmanischen Reich und bei den Tartaren, 1394–1427* (‘Esclavo en el imperio otomano y entre los tártaros’), Stuttgart, 1983. Schiltberger (hacia 1380-hacia 1440), de origen bávaro, participó en la cruzada de Nicópolis y pasó treinta años prisionero en oriente.

La última vez que vi a Veza... Veza murió de una repentina embolia el 1 de mayo de 1963, en el hospital en el que había ingresado una semana antes, muy debilitada por una larga enfermedad cuya naturaleza no está del todo clara.

Es asombroso que... Durante décadas, Elias Canetti consideró al escultor austriaco Fritz Wotruba como su mejor amigo. Los dos se conocieron en 1935, y es a él a quien alude Canetti cuando titula uno de los capítulos de *Juego de ojos* «Obsequio de un hermano gemelo». D.S., a quien Canetti rinde tributo en el apunte siguiente, es Dieter Sulzer, germanista e historiador del arte alemán, autor del ensayo *Canetti, Wotruba und die Erfahrung des Raumes* (‘Canetti, Wotruba y la experiencia del espacio’), de 1980.

Ro-Lang, el cadáver que se levanta. Ro-lang es el nombre de un demonio de la tradición popular tibetana. Alexandra David-Néel (1868-1969) fue una escritora y viajera francesa que se convirtió al budismo. Su libro *Mystiques et magiciens du Tibet* se publicó en 1929.

«*It was believed*»... ‘Quienes practicaban la adivinación por el yin-yang creían que la hora de la muerte de una persona era determinada cuando nacía y podía predecirse estudiando la posición de los astros que presidían su nacimiento.’

«*Se negaba a darse por enterado*»... La princesa Marie de Thurn y Taxis (1855-1934), propietaria del castillo de Duino, fue durante muchos años amiga de Rainer Maria Rilke, quien allí comenzó a escribir sus *Elegías de Duino*.

Palmer the tragedian died»... ‘Palmer, el actor trágico, murió cuando hubiera tenido que fingir una muerte en el escenario del Drury Lane. El público lo abucheó porque el héroe no había muerto bien, pero el pobre actor fue encontrado sin vida.’

Hodler (1853-1918). Ferdinand Hodler es uno de los más destacados pintores suizos del siglo XX.

Muerte de al-Hamadhani... El poeta árabe Al-Hamadhani (969-1007) describió en prosa rimada árabe la vida en las calles, en la corte y en el campo.

«*Me ató los pechos para que no pudiera*»... Josef Mengele (1911-1979), médico y antropólogo alemán, miembro de las Waffen-SS, se hizo famoso por sus experimentos con presos en el campo de exterminio de Auschwitz, entre 1943 y 1945. En febrero de 1985 se convocó en Yad Vashem el llamado Tribunal Mengele, en el que éste, a quien todavía se le daba por vivo, fue acusado en ausencia y treinta supervivientes relataron su destino. Los textos citados en éste y el siguiente apunte proceden del semanario *Die Zeit* del 15 de febrero de 1985.

La muerte de Heinrich Böll... El escritor alemán Heinrich Böll, premio Nobel de Literatura en 1972, murió el 16 de julio de 1985. El «asunto polaco» probablemente aluda a las huelgas convocadas en Polonia por el sindicato Solidarnosc, que concluyeron con la declaración de la ley marcial por y el encarcelamiento de los dirigentes sindicalistas. G.G. son las iniciales de Günther Grass.

«*Imagínez la vie san la mort*»... ‘Imagínese uno la vida sin la muerte. Desesperado, intentaría suicidarse día tras día.’

«*Jesús y sus discípulos pasaron junto a un perro muerto*»... La anécdota pertenece al cuerpo de hadices y tradiciones islámicas.

Konjaku Monogatari es el título de una antología de cuentos japoneses de la primera mitad del siglo XII.

«*Pompa mortis magis terret queam mors ipsa*». ‘Las pompas de la muerte aterrorizan más que la muerte misma.’

«*Pues lo doloroso es la separación*»... Comienza aquí una serie de apuntes –citas, en su mayoría– derivados de la lectura de *Concepciones de la muerte en el marco de la antropología islámica*, del orientalista experto en derecho islámico Erwin Gräf. Algazel (hacia 1056-1111) fue un filósofo y místico persa, teólogo del islam.

Zen. Siguen una serie de notas y citas sobre el tema de la muerte en el budismo zen tomadas en su mayor parte del ensayo de Shizuteru Ueda «Der Tod im Zen-Buddhismus», en *Der Mensch und sein Tod*, ed. Johannes Schwartländer, Gotinga, 1976, pp. 162–172.

Rolling head. ‘Cabeza rodante. El cráneo de un suicida deberá rodar por el polvo hasta que haya salvado una vida.’

Después de tu autobiografía... *El juego de ojos*, el tercer y último volumen de *Historia de una vida*, la autobiografía de Canetti (años de juventud), se publicó en 1985.

Lo importante es... Es sabido que Canetti llevó durante gran parte de su vida un diario cuyo contenido permanece de momento inaccesible, por decisión suya. ¶ No está claro en quién está pensando Canetti cuando se refiere a «la historia de nuestro amor en todo su esplendor y horror». Probablemente en Veza, a pesar de que a continuación alude a las cartas de Hera.

Se dice... Somadeva (1035-1085) es un poeta indio de la corte del rey Ananta de Cachemira.

Me habría gustado volver una vez a Praga... Canetti visitó Praga en mayo de 1937, pocas semanas antes de la muerte de su madre. Su estancia en la ciudad es evocada en el capítulo de *El juego de ojos* titulado «“Hubda”. Baile de campesinos». En el mismo libro se encuentran numerosas referencias a Franz Werfel, a quien Canetti detestaba, así como a su mujer, Alma Mahler-Werfel (nombre que se esconde tras la inicial A.).

Aunque resulte extraño... El «proceso de reunificación alemana» al que alude Canetti se desarrolló entre los años 1989 y 1990 y concluyó en la adhesión de la antigua República Democrática Alemana (RDA) bajo la jurisdicción de la República Federal de Alemania (RFA).

No he matado a nadie... La inicial D. corresponde a Heimito von Doderer, escritor austriaco a quien Canetti conocía personalmente, aunque no se llevaba bien con él. En el capítulo «El tranvía de la calle 38», de *El juego de ojos*, se cuenta el episodio en que Doderer le espetó a Canetti, cuando éste le dijo que no había matado a nadie: «¡Entonces es usted virgen!».

Estoy totalmente escindido... Este apunte ha de ser posterior al 2 de agosto de 1990, fecha en que Irak invadió Kuwait, dando lugar a una crisis internacional que conduciría a que, con la autorización de la ONU, una coalición internacional compuesta por treinta y cuatro países y liderada por Estados Unidos invadiera Irak el 16 de enero de 1991, desatando la que se conoce como «primera guerra del Golfo», que se prolongó hasta la rendición de Irak, el 28 de febrero de ese mismo año. En los apuntes que siguen Canetti se refiere insistentemente a este conflicto bélico y a los peligros que a sus ojos conllevaba.

«*A la hora de buscar a personas ahogadas*»... Suzuki Bokushi (1770-1842) fue un comerciante y escritor japonés de la provincia de Eshigo, conocida por sus largos inviernos.

Basta. Todo ha vuelto... Ottheinrich Keller era matemático; Friedrich Dürrenmatt, narrador, dramaturgo y pintor. Los dos de origen suizo y amigos de Canetti.

Celan como mártir... La escritora y periodista germano-francesa Claire Goll, viuda de Yvan Goll, provocó en 1953 el llamado «caso Goll» al acusar a Paul Celan de plagiar a su marido. Este reproche sin fundamento conmocionó profundamente a Celan.

No ha pasado una semana desde que empezó... Dado que la guerra del Golfo comenzó el 16 de enero de 1991, cabe datar este apunte, así como los anteriores y buena parte de los siguientes, entre esa fecha y el final del mes de febrero de ese mismo año. Canetti alude a los turistas occidentales que fueron tomados como rehenes por las tropas irakíes cuando ocuparon Kuwait, dando

lugar a todo tipo de negociaciones para liberarlos. En los apuntes en que se refiere a él, queda claro que Canetti reconoce en Sadam Hussein un paradigma del poderoso tal y como lo caracteriza en *Masa y poder*.

Esto vuelve a parecer ahora tan terrible... Pese a su derrota en la guerra del Golfo, Sadam Hussein se mantuvo como presidente de Irak y del Consejo del Mando Revolucionario. Comenzaron entonces, casi sin solución de continuidad, las tensiones derivadas de las exigencias planteadas por Estados Unidos y la comunidad internacional para que Irak se deshiciera de su arsenal armamentístico y renunciara a sus intentos de procurarse armas nucleares.

Max Frisch ha muerto esta mañana... El arquitecto y escritor suizo en lengua alemana Max Frisch falleció el 4 de abril de 1991. Hansres Jacobi (1926-2006), colaborador del *Neue Zürcher Zeitung*, era amigo de Canetti desde los años ochenta.

Cuando el desconsuelo... La mujer que acompañó a Canetti a recibir en Estocolmo el premio Nobel fue, naturalmente, Hera Buschor, su segunda esposa. Como ha quedado dicho más arriba, en 1990 comenzaron a publicarse, primero en Alemania y luego en otras lenguas (incluida la española), las obras de Veza Canetti que permanecían inéditas (relatos, novelas, piezas teatrales). Aparecieron firmadas así, con el apellido de su esposo, con lo que se cumplió uno de los afanes más persistentes de éste.

Así pues, temprano... La muerte a la que se refiere Canetti en este apunte es la de su padre, el 8 de octubre de 1912, y el nacimiento, el de su hija, el 23 de junio de 1972.

A decir verdad... La única novela publicada por Canetti, *Auto de fe*, fue proyectada en el marco de una serie de ocho que había de titularse, como ya se ha dicho, «*Comédie humaine*» de *la locura*. Hasta bien entrada la década de los setenta, Canetti mantuvo la intención de escribir una continuación de *Masa y poder*. En cuanto a su producción dramática, resulta en efecto muy escasa si se tiene en cuenta que Canetti declaró en numerosas ocasiones que la de dramaturgo era su vocación medular.

Me ha escrito Daniel Bodmer... Daniel Bodmer (1928-1994) era editor, y buen amigo de Canetti.

Ayer, paseo por el maravilloso cementerio... Canetti estableció su residencia en Zúrich hacia mediados de los años setenta, si bien pasaba largas temporadas en su casa de Hampstead, en Londres. Tras la muerte de su segunda mujer, Hera, optó por pasar casi todo el tiempo en aquella ciudad, por la que manifestó siempre un aprecio y una gratitud enormes. Canetti narra su encuentro con Joyce en *El juego de ojos*, en el capítulo titulado «Joyce sin espejo».

Aquella vez en casa de Selimović... Se refiere a Mehmed Meša Selimović, uno de los más destacados escritores de la literatura serbia en el siglo XX. En abril de 1992 de desató la que se conoce como «guerra de Serbia», que se prolongó hasta diciembre de 1995 y que enfrentó a serbios, musulmanes y croatas. En febrero de 1994 la OTAN intervino en el conflicto.

Este mes de noviembre... Lo que Canetti dice acerca de los milicianos a quienes se instruía para degollar hombres empleando cerdos es cierto. Así ocurrió en junio de 1992 en el bando serbio, durante la guerra, entre soldados al mando de Radovan Karadzic.

Ya no hay ninguna condescendencia en decir... Richard von Weizsäcker fue presidente de la República Federal Alemana entre 1984 y 1994. Helmut Kohl fue canciller entre 1982 y 1998. El político británico Enoch Powell pronunció el 10 de abril de 1968, en la Convención Anual del Partido Conservador de la región de West Midlands, un emocionante discurso conocido como «discurso de los ríos de sangre», en el que advertía contra las consecuencias de una inmigración masiva.

Índice

Nota a la edición española

Libro de los muertos

Apuntes (1942-1994)

Postfacio, *por Peter von Matt*

Notas